

PANEGIRIC.

DE

A. ATOURDU.

BX4654

L3

V. 2

C. 1

135800



1080046348

FRANCIS
TAYLOR

E#2 - C#43



4-18-83
MICROFILMADO R-53

SERMONES PANEGÍRICOS

DE

MR. SANTIAGO FRANCISCO RENÉ

DE LATOURDUPIN,

Abad Comendatario de la Abadía de Nuestra Señora de Ambournai, Vicario general de Riez, Predicador ordinario del Rey, y de la Academia de las Ciencias y Bellas Letras de Nanci:

TRADUCIDOS DEL FRANCES

POR

DON TORQUATO TORIO DE LA RIVA,
Escritor de los Privilegios de Indias, Revisor de Letras antiguas por S. M. y Oficial del Archivo del Excelentísimo Señor Marques de Astorga, Conde de Altamira, &c.

SEGUNDA IMPRESION

CORREGIDA Y ENMENDADA.

TOMO II.



MADRID M.DCC.XCVI.

En la Imprenta de la Viuda de Ibarra.

Con las licencias necesarias.

38088

B X 4254

43

V. 2



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135800



PANEGÍRICO
DE SAN DIONISIO,
Apóstol de la Francia, y primer Obispo de París:

PRONUNCIADO

El día de su fiesta, á 9 de Octubre, en la Iglesia de la Real Abadía de Montmartre; y en el día de su octava, á 16 del mismo mes, en la Iglesia de San Dionisio de la Chartre.

Signaculum Apostolatus mei vos estis.
Tú eres la señal de mi apostolado.
I. Cor. 9. v. 2.

Si podrá desde el cielo en que se halla el apóstol de la Francia dirigir á los Franceses aquellas palabras que el apóstol de todas las naciones dirigia en otro tiempo á los Corintios? Vosotros sois, les decia, los testigos y las

A 2

las

B X 4254

43

V. 2



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135800

3



PANEGÍRICO
DE SAN DIONISIO,
Apóstol de la Francia, y primer Obispo
de París:

PRONUNCIADO

*El día de su fiesta, á 9 de Octubre, en
la Iglesia de la Real Abadía de Mont-
martre; y en el día de su octava, á 16
del mismo mes, en la Iglesia de San
Dionisio de la Chartre.*

Signaculum Apostolatus mei vos estis.
Tú eres la señal de mi apostolado.
I. Cor. 9. v. 2.

Si podrá desde el cielo en que se halla el
apóstol de la Francia dirigir á los Franceses
aquellas palabras que el apóstol de todas las
naciones dirigia en otro tiempo á los Corin-
thios? Vosotros sois, les decia, los testigos y
las

A 2

las

las pruebas mas constantes de mi apostolado. *Signaculum Apostolatus mei vos estis.*

Los frutos útiles y preciosos de tus trabajos, decia S. Juan Chrisóstomo hablando con San Pablo, subsisten aun despues de tu muerte. Las tierras que regaste con tus sudores, todavía son dignas de tu persona. Tu espíritu es el que se mantiene en ellas, y aun te pueden dar cuenta de la fe de que te son deudas. Si, bien puedes decir que en esas dichas tierras permanece siempre á la vista el precioso monumento de tus sucesos. *Signaculum Apostolatus mei vos estis.*

Y tú, ó Dionisio, que hiciste brillar en la capital de este imperio los primeros rayos de la fé, tú mismo reconoces aun en el día tu preciosa obra. Este pueblo conserva todavía la Religion que te debe. Su zelo por tu culto, es tanto una prueba de su fidelidad, quanto de su reconocimiento. Las sendas de tu apostolado, no están cerradas ni desconocidas: Nosotros te honramos como á nuestro padre en la fé, y tú puedes confesarnos por tus hijos. *Signaculum Apostolatus mei vos estis.*

Como un ministro que hace resucitar en la Francia el ministerio de los primeros apóstoles, es como yo intento representáros á San Dionisio.

Dionisio renueva en Francia el mérito de los apóstoles. He aquí los trabajos de su apostolado. *Punto primero.*

Dionisio renueva en Francia la gloria de los apóstoles. He aquí los sucesos de su apostolado. *Punto segundo.*

La

La conversion de vuestros padres y mayores, christianos oyentes, fué en otro tiempo su obra, y puede decirse que, mediante vuestra fe, constituís aun en el día su corona.

En lugar del apostolado que San Dionisio exerció con nuestros padres, exercéis, Señora (1), un encargo mas lisonjero, é igualmente eficaz en esta Real casa, de quien sois el exemplo y las delicias. Por la sabiduría de vuestro gobierno, la igualdad de vuestro carácter y la dulzura de vuestro espíritu, reynáis en ella sobre todos los corazones: la pública voz nos está diciendo la justicia con que al respeto que merece la brillantez de vuestro conocimiento se debe juntar el amor, que aun mucho mas bien merecéis por la delicadeza de vuestros sentimientos. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Los primeros apóstoles del Evangelio, no se introduxeron por sí mismos en el ministerio. Les destinó á él la Providencia, y conociendo ellos su llamamiento desempeñaron con tanta exáctitud y primor su destino, que aunque su zelo fué experimentado por medio de tantas contradicciones, jamas temieron sus tempestades.

Este mérito de los primeros apóstoles le renovó Dionisio en la Francia. Hizo ver de nuevo el mérito de su fidelidad, de su zelo y

A 3

(1) Madama de la Rochefoucaud, Abadesa de Montmartre.

de su paciencia. La fidelidad preparó y dispuso sus trabajos, el zelo les acompañó, la paciencia les coronó.

Yo no ignoro las contradicciones que á principios de este siglo se suscitaron entre los sabios. Sé que hacia mucho tiempo que se habia confundido por una no bien admitida tradicion á San Dionisio Areopagita con *San Dionisio* Apóstol de la Francia. No es mi ánimo discurrir sobre los plausibles motivos que determinaron á la Iglesia de París á distinguir en sus solemnidades á aquellos dos héroes christianos, sin embargo de que hasta entonces, ya fuese con razon ó sin ella, se habia creido hacer de los dos un solo y mismo héroe. Yo dexo á los curiosos disertadores el ingrato cuidado de registrar entre el caos de la antigüedad los pocos monumentos que nos presta para desentrañar la verdad escondida entre mil sombras que la obscurecen. Aun á pesar de las indagaciones mas exáctas, no me podria lisonjear de haberos instruido ni persuadido por medio de ellas. Yo respeto, pues, y seguiré con gusto la opinion á favor de la qual se decida. El nombre de *San Dionisio*, no será ménos respetable porque carezca de un origen tan antiguo como el nacimiento de la Iglesia. Sino tuvo la gloria de haber sido convertido por San Pablo, á lo ménos no carecerá de la de haber sido enviado por el jefe y cabeza de la Iglesia. Es cierto tambien que no se le verá renunciar los ídolos por conviccion, pero sí destruirles por su zelo. El haber brillado entre los sabios del Areópago,

se-

seria para él un corto mérito; pero no así por haber brillado entre los héroes de la Religion, porque esto le constituye un mérito superior y permanente.

La Religion debe su establecimiento al ministerio de los apóstoles. Pero ántes de ejercitarse en él, habian recibido del mismo Jesu-Christo una autoridad legitima para predicar las verdades del Evangelio á todo el Mundo. La mision de que habian sido encargados estos héroes evangélicos por el Autor de la Religion, la recibieron sus sucesores en los tiempos que despues vinieron de aquellos que ellos habian puesto para representarles sobre la tierra. Ocupados todos los que eran cabeza de la Iglesia con el cuidado de extenderla y perpetuarla, lo tuvieron igualmente en repartir á todas las naciones diversos hombres con el encargo de llevar por entre aquellas tinieblas la luz de la verdad.

Entre el número de estos venerables hombres, nombrados por los soberanos Pontífices para propagar la fé entre las naciones, colocan las memorias de la Iglesia Galicana á *San Dionisio*, por haber sido desde luego llamado al ministerio apostólico. Permitaseme, hermanos míos, reflexionar sobre los caracteres ó señales de su vocacion, comparándola con la de tantos hombres temerarios, que intentan en el dia trastornar en Francia la Sagrada Religion, cuyos fundamentos echó *Dionisio*.

¡Qué diferencia tan notable se encuentra entre éstos que quieren arrebatarnos la fé, y aque-

aquellos hombres que la introduxeron primeramente en este reyno! Yo no me paro en la diferencia que hay de unos talentos á otros, ni de las costumbres de éstos á las de aquellos: este reparo seria demasiado humilde para los Deistas, y por consiguiente muy venajoso para *San Dionisio*. Solo pregunto, ¿en nombre de quien profetizó este glorioso Santo? ¿y en nombre de quien profetizan los oráculos modernos? Vosotros sois apologistas de la pretendida Religion natural, vosotros que os creéis autorizados para esparcir esa singular doctrina que intentais persuadir. Quando con mano atrevida trastornais los misterios, los milagros, el Evangelio y hasta la eternidad misma ¿quién sale garante de vuestros indignos proyectos? ¿De qué tribunal dimanara el derecho que con tanta osadía os abrogais? ¿os ha intimado acaso el cielo sus órdenes? ¿os ha fortificado la Iglesia con su poder? No por cierto. Vosotros mismos sois los que os concedéis esa autoridad. Hablais, y en vuestras expresiones se conoce que es la preocupacion quien os guia, y la razon que os ilumina una razon seductora, que únicamente busca seducir á las demás.

No son estas orgullosas señales las que dan á conocer la vocacion de *San Dionisio*. El ministerio que ejercerá muy en breve, se le confió por una mano sagrada. San Fabian, aquel Pontífice á quien representa San Cipriano como el apoyo de la afligida Iglesia, el consolador de los perseguidos christianos, su apóstol por su zelo, por sus talentos su orá-

cu-

culo, su modelo por sus exemplos: sabio en su gobierno, fiel en su ministerio, superior á los peligros, rayo de la heregia, destructor de los ídolos, y, en fin, mas grande aun entre los suplicios que entre los honores, San Fabian fué el respetable ministro que ácia la mitad del tercer siglo, encargó á *Dionisio* la predicacion de la divina palabra á aquellos incultos pueblos que aun caminaban por entre las sombras de la muerte.

El fixar desde esta época el nacimiento de la Iglesia Galicana, seria usurparla una reconocida antigüedad que es la que forma su gloria. A los mismos discípulos de los apóstoles cuenta por sus primeros fundadores. Pero esto no fué sino como el nacimiento de una aurora que prometia el dia mas brillante y hermoso. Este, pues, comenzó desde que principió *San Dionisio* su apostolado.

Chorreando estaba aún la sangre de San Pothino, y ya parecia que en venganza pedia al cielo la destruccion de los ídolos. Mas para conseguirlo, era menester un hombre formado en la escuela de las ciencias y de las virtudes, un hombre firme é intrépido que venciese quantos obstáculos se le presentasen, y desease no solo los peligros, sino hasta la misma muerte, sabiéndola vencer, digámoslo así, haciendo el sacrificio de su misma vida, si el honor y la gloria de Dios lo exigiesen. Tal justamente es como se habia formado *Dionisio* en la Grecia, y tal como se ofreció á los designios del soberano Pontífice. A mí me parece oír decir á San Fabian transportado de ale-

alegría: Aquí tenéis al hombre hecho según el corazón de Dios: este es el vaso de elección que ha escogido para extender su nombre entre las naciones. *Vas electionis est mihi iste, ut portet nomen meum coram gentibus* (1). Anda nuevo apóstol, yo te envío mediante la autoridad que la divina misericordia me ha confiado: anda, ejerce tu ministerio en la capital de las Gaulas. *In quas nunc ego mitto te* (2). En tí manifestará su poder el Todopoderoso. *Deus enim ostendet splendorem suum in te* (3). Con tu presencia se destruirá el orgullo de los mortales. *Incurvabitur sublimitas hominum* (4). Y el ídolo, delante del qual doblan con timidez la rodilla, no presentará otra cosa á la vista que una ruina vergonzosa y horrenda. *Et idola penititis conterentur*.

Esta es, hermanos míos, la que llamo una vocación parecida á la de los apóstoles. No de aquellos que se han declarado como hijos de la mentira y del error, sino de aquellos á quienes Jesu-Christo decía: yo os confío la suerte y el cuidado de mi Religión. Las puertas del infierno no servirán contra vos ni contra ella. Recibió, pues, *Dionisio* el encargo de su misión, y al instante empezó á cumplirla. La inmensidad de su zelo responderá de la grandeza de su destino.

El ministerio de los apóstoles fué un ministerio

(1) Act. 9. 15.

(2) Act. Ap. c. 26. v. 17.

(3) Baruch. 5. v. 3.

(4) Isa. 2. 17. : 18.

ministerio laborioso. Quando dividieron entre sí la conquista del Universo, se abrieron un camino tan costoso como sangriento. El imperio de las preocupaciones, el reyno de las pasiones, la política de los poderosos y el furor de los tiranos, eran otros tantos obstáculos que se oponían á sus trabajos, y otras tantas barreras que detenían los rápidos movimientos de su zelo. Los apóstoles se propusieron menospreciar semejantes obstáculos, y salvar estas barreras. Por mas vasto y dilatado que fuese el Mundo entero, tal vez no sería comparable con la inmensa extensión de sus deseos.

Los que animaban á nuestro Santo, pedían igualmente que sus trabajos no tuviesen otros límites que los del Universo. Pero fué la capital de la Francia la region que en sus altos decretos le señaló la divina Providencia para que le sirviese como de teatro á su apostolado.

Acompañado de Rústico y de Eleutherio, aquel como un nuevo Thimotéo, y éste como otro Esteban, despues de haber sido consagrado por la cabeza de la Iglesia, y de haber predicado en Arlés en medio de las fatigas y de los peligros, imitando con su rápido curso la velocidad de su resplandor, se dexó ver *Dionisio* sobre las riberas del Sena. Penetró hasta esta ciudad, célebre ya en los fastos del Mundo por la conquista que habia hecho de ella Julio César: hasta esta ciudad, digo, no tan rica, dilatada y brillante entonces como en el dia, pero á lo ménos el centro del

del imperio, floreciente por la extension de su comercio, distinguida por el ingenio de sus habitantes, y mansion ya tambien de la licencia y del vicio, como que era el trono de la idolatria, del mismo modo que lo es en el dia el del escándalo y la luxuria por haberse hecho la escuela de la irreligion. ¡Oh ascendientes nuestros! Si vengo á turbar el profundo reposo de que gozais tantos siglos hace en el terrible lecho de vuestros sepulcros, no es tanto por recordar vuestros errores, quanto por aplaudir el singular mérito que tuvisteis en abjurarles y detestarles. *Populus, qui sedebat in tenebris, vidit lucem magnam.* El pueblo que estaba sumergido entre tinieblas, vió una grande y resplandeciente luz. ¿Un pueblo entre tinieblas? Sí, hermanos míos, esta imágen nos recuerda con demasiada fidelidad lo que eran en el tercer siglo los habitantes de París. Como hija de la ignorancia y madre de la supersticion, reynaba la idolatria en esta capital, protegida por las leyes.

No hablo yo precisamente de aquella idolatria grosera y estúpida, que en los tiempos mas remotos habia dado á los supersticiosos Gauslos por objetos de su adoracion, ya una antigua cadena, ya una onda de agua fugitiva; aquí una floresta consagrada por la pública credulidad, allí un marmol que aun no habia logrado la ventaja de ser pulimentado por las manos del artífice. No: hablo sí, de aquel tiempo en que vencidos por los Romanos, habian mudado los Gauslos los objetos de su culto, sin detenerse á indagar los mo-

ti-

tivos. El águila victoriosa habia traído desde Roma á París otras leyes y otra Religion. Ya no se atribuía la divinidad á los sepulcros, sino para que mas bien se construyesen altares por las orillas del Sena, tan célebres como sobre las del Tiber. Muchos aseguran, que el adelantamiento que tuvo París en las ciencias y artes, mediante el comercio de los Romanos, no la sirvió de otra cosa que de saber deificar ó divinizar baxo de ingeniosos emblemas todos los vicios y pasiones. Como pueblo belicoso, y filosófico al mismo tiempo, era amigo de la literatura y de los combates: tan empeñado en conservar sus preocupaciones como sus derechos, y tan zeloso de su culto como de sus costumbres, reunía con un espíritu vivo y entendido una alma fiera, y con un corazon recto un inflexible carácter. Tal vez se condenaba á sí misma sus simulacros; pero les incensaba no obstante por respeto á sus dueños y señores, exigiendo lo mismo la política por su libertad, y el gusto por sus placeres. Los hombres se sujetan fácilmente á todo aquello que les lisongean sus pasiones. Una Religion acomodada á sus inclinaciones, atrae con facilidad su inteligencia. El imperio de la ilusion, es muy fuerte quando tiene por apoyo el encanto de los pensamientos.

Tales eran, y aun mucho peores, las tinieblas que cubrian el hermoso clima que habitamos. *Populus, qui sedebat in tenebris.* En medio de las fatales sombras que cubrian á este pueblo, digno de mejor suerte, hizo brillar *Dionisio* la luz de la fé. *Populus:: vidit lucem*

cem

cem magnam:: Habla, en fin, y dice á los grandes del Mundo, que se deben humillar delante del Dios muerto por ellos en el Calvario. A los sabios, les enseña los misterios que deben someter su razon, y cuya profundidad no les es permitido sondear. A los filósofos mundanos, los ofrece milagros en lugar de razonamientos y discursos. A los oradores, no procura cautivarlos con los atractivos encantos de la eloqüencia, sino atraerlos por medio de los insinuativos rasgos de la gracia. A los crédulos y abusadores, les hace ver el escándalo de su culto, y la impotencia de sus simulacros. Les asegura, que multiplicar la divinidad es destruirla. ¡Qué testimonios, qué pruebas tan decisivas y admirables fueron aquellas en que fundó la divinidad de Jesu-Christo! El nos le representa eterno y nacido en tiempo, inmortal y espirando en la Cruz, muerto por nosotros y resucitado para justificarnos. ¡De qué rasgos tan admirables se sirve para descubrir el espíritu del Evangelio, la sabiduría de sus preceptos, la utilidad de sus máximas, la perfeccion de sus motivos y la eternidad de sus castigos y recompensas!

Al oír este nuevo language, me parece que estoy viendo á las amedrentadas pasiones reclamar sus derechos, y á los condenados vicios solicitar defensores. ¡Vanos esfuerzos! *Dionisio* desafia, por decirlo así, á las contradicciones, y se avanza en medio de los peligros. El zelo á quien anima la gloria de Dios, solo teme el no ganar para él á todos los corazones. ¡Pueblos infelices! Salid, salid de
vues-

vuestras tinieblas, y seguid la luz que camina delante de vosotros. Desde el punto en que empeceis á conocer vuestros errores é ilusiones, comenzareis á conocer la verdadera felicidad.

De este modo hablaba *Dionisio* para imprimir el respeto de la Religion Christiana, inspirar ácia ella el amor, y atraer á su establecimiento las atenciones de la Francia.

Y vosotros los que pensais en el dia destruir esta misma Religion, ¿os atreveréis á comparar vuestra conducta con la de *Dionisio*? Este hablaba delante de un pueblo inmenso, vosotros solo habláis en presencia de aquellos que se interesan en aplaudiros. Aquel se declara el ministro de Dios vivo, á quien quiere que todos adoren; vosotros aun no sois para declararos apóstoles del Deísmo que queréis introducir. Aquel demuestra, que el Evangelio es la fuente de la verdadera felicidad; vosotros pintáis su doctrina como tirana. Aquel combate contra las pasiones; vosotros las favoreceis. Aquel expone la persecucion de la Religion para establecer en ella la divinidad; vosotros para disputarla esta misma divinidad la atacáis por partes, porque no sois hombres para hacerlo en el todo. Los milagros acompañan á sus predicaciones, y vosotros los teneis por unos verdaderos engaños é ilusiones. Aquel dice á los Franceses: si no creéis en mis palabras, creed á lo ménos la infalibilidad de las promesas que Jesu-Christo ha hecho á su Iglesia: vosotros les decís, todo os engaña á excepcion de la razon. Nosotros

somos para vosotros una guia infalible, como que somos los intérpretes que teneis de la razon. ¡Oh desgraciados filósofos! Si hubiéseis vivido en tiempo de *Dionisio*, tal vez podríais esperar mejores sucesos, pues predicaríais una Religion bastante conforme con la idolatria que vino á combatir y á arruinar; pero en un siglo en que se conoce el valor de la fé y el mérito de la virtud, ¡ah! no podreis tener sectarios, sino entre aquellos hombres que recuerdan los desgraciados tiempos en que la Francia era idólatra, como que tienen todos los vicios proscriptos en la Francia Christiana. En una palabra, *Dionisio* lo hizo todo por la felicidad de este reyno; vosotros todo quanto haceis es para su ruina y desgracia.

Todo lo que hizo nuestro Santo fué para el mayor bien de la Francia. He aquí en lo que consistió su zelo. Aun diré mas, sufrió todo quanto le sobrevino, y en esto consistió su paciencia. Paciencia, por cierto, igual á la de los primeros apóstoles.

Si nunca ha seguido vuestra imaginacion á los primeros conquistadores del Evangelio en la tempestuosa carrera de su ministerio, ¿á que se reduce lo que habeis visto? Unos hombres útiles por todos caminos y siempre contradichos. Unos hombres, á cuyos beneficios corresponde el Mundo ingrato con persecuciones. ¿Cómo es que se detienen en vencerle? Por un valor que le admira, por una dulzura que le encanta, por una paciencia que le confunde. Se puede decir, que el cielo

con-

concede al mérito de sus sufrimientos las victorias que habia negado al ardor de su zelo.

Sucesor *Dionisio* de los apóstoles en la predicacion de la fé, debia ser al mismo tiempo heredero de sus sentimientos. Apenas conoció el ingrato terreno, cuyo cultivo le confió el cielo, quando se entregó á todo lo que su ministerio tenia de mas penoso. No, solia decir él muchas veces, los esfuerzos y las contradicciones de los malévolos, no harán decaer la actividad de mi zelo. La indocilidad pondrá límites á mis trabajos; pero yo jamas se los pondré á mi paciencia. *Libentissimè impendam, et superimpendar* (1).

El Señor tiene entre sus manos el corazon de los hombres. Puede en un instante hacerlos pasar de las tinieblas á la luz; pero permite algunas veces que estos mismos hombres eludan, digámoslo así, y se burlen de las impresiones de su gracia por medio de una orgullosa resistencia. ¡Ah! El pueblo á quien nuestro Heroe intenta convertir, como poco ansioso desde luego de su verdadera felicidad, camina muy lentamente y entre los mas bien meditados obstáculos ácia las vivas y puras fuentes de la verdad.

Este es un pueblo ilustrado que tiene conocimientos. Mas á los méritos que no puede profundizar, les mira como unas ilusiones á quienes no debe creer. ¿Quánta paciencia no es menester para resolver sus dificultades, responder á sus razonamientos, desengañarle y

Tom. II.

B

ven-

(1) II. Cor. 12. v. 15.

vencerle? Pues la paciencia de *Dionisio* basta para atender á todos estos cuidados. Para quitar excusas se propuso resolver todas las dudas: *Libentissimè impendam.*

Es un pueblo voluble é inconstante::: Entónces se acusaba y aun en el dia se les tiene á los franceses por ligeros é insubsistentes. Yo no sé qual es mas difícil, si hacer que se fixe la inconstancia, ó sujetar la rebelion. El fruto de una larga paciencia, es el de detener en cierto y determinado punto á unos hombres que vagan de objeto en objeto, que siempre movibles é inconstantes se mudan á gusto del capricho, se deleytan con sus mismas irresoluciones, y no ven en una union estable sino una decente y honerosa cautividad. La paciencia de nuestro Apóstol no menosprecia á este insólido carácter. Sabe ser hombre con los hombres, y el modo con que perdonaba su indulgencia algunos defectos leves, le servia de un inocente artificio, con el que conseguia desarraigales de sus preocupaciones. *Libentissimè impendam, et superimpendar.*

Pero ¡qué tempestades hicieron resonar sobre su cabeza los alterados sacerdotes de los ídolos y los furiosos Druidas! Baxo estos nombres, hermanos míos, os debeis figurar unos hombres ambiciosos y poderosos, emprendedores y políticos, envidiosos y vindicativos, bárbaros y sacrilegos. unos hombres ámbitos en la Religion, filósofos reverenciados, sacrificadores supremos, intérpretes de las leyes, depositarios de la doctrina y encargados solamente de manifestar los oráculos de los Dioses:

ses: unos hombres colmados de honores, distinguidos por sus privilegios, zeladores hipócritas del culto, porque la magestad de él era el mas firme apoyo de su crédito; unos hombres hábiles en sorprehender la credulidad de los pueblos, y aun mucho mas para aprovecharse de la seduccion; en una palabra, indiferentes por los intereses de la patria, y siempre armados por los suyos propios.

A estos ministros de la falsa deidad les estaba reservado exponer la paciencia de *Dionisio* á las pruebas mas rigurosas. En París comenzaba ya á percibirse un rayo de la fé. Hiere su resplandor á sus moradores, y éstos buscan poderosos defensores á la declinante idolatría. Oponian grandes revoluciones á algunos ciudadanos sumisos, á los desengañados sabios sistemáticas sofisterias, y á algunos levitas fieles un mundo perseguidor. Oponian ademas contra el zelo de nuestro Santo las amenazas y la indignacion de los Césares, y en una misma y sola ciudad parecia, por decirlo así, haber dos diferentes poblaciones. En esta peligrosa fermentacion de los espíritus, permanecia siempre tranquilo y sin alteracion el del Santo Apóstol, viendo la tempestad y burlándose de ella. Las actas que conservan la memoria de su apostolado, nos le representan siempre invencible en medio de las flechas que le disparaba la incrédula ferocidad de sus enemigos. *Non veritus incredulæ gentis experire feritatem* (1). Sin otras armas

B 2

que

(1) *Ex act. Pass. SS. Dionis. Rust. et Eleut. Brev. Paris. 9. Oct. 1661. 4.*

que las de su fé, sabia resistir á las empresas y maquinaciones de un pueblo armado para perderle. *Inermi viro non valebat plebs armata resistere* (1). Y ¿cómo habia de conseguir reunir las voluntades y unanimidad de unos hombres tan ingeniosos como interesados en romperla y desbaratarla? Por la paciencia. Por medio de ella es como consiguió aplacar los clamores, deshacer las conjuraciones, encantar los espíritus y documentar á los corazones. Por ella sabia hablar á un mismo tiempo á la razon que al sentimiento. En una palabra, como Apóstol, pastor, amigo y padre, solo hacia oír el language de la caridad; pero de aquella caridad humilde, pacífica, generosa y sufrida, que sabe atraerse las voluntades mas inconstantes y conseguir un imperioso ascenso que nada se le resista.

Y vosotros que os jactais de espíritus fuertes, é intentais separaros de nuestra Religion Santa para sujetarnos á la vuestra, ¿conoceis y practicais por ventura aquella caridad y paciencia que manifiesta *Dionisio* en el ejercicio de su ministerio? El Deísmo, de quien os declarais por apóstoles, ¿es acaso un Evangelio de caridad, ó de odio; de dulzura, ó de animosidad? Si juzgo por vuestros escritos, advierto que vosotros mismos publicais lo peligroso que es el atacaros y contradeciros. Empapadas en la hiel vuestras plumas, describen en todas las obras la suma acrimonia de vuestros resentimientos. Si juzgo por vuestra con-

(1) *Ex act. Pass. SS. Dionis. Rust. et Eleut. Brev. Paris. 9. Oct. lect. 4.*

conducta, veo que excitais en el mundo sabio una guerra escandalosa, que aun á la misma reputacion no respeta. Vosotros ultrajais á todo el mundo con los mas feos dictorios de la calumnia, manifestando bien claramente la poca humanidad que os asiste en medio de que incesantemente reclamais sus derechos. En efecto, ¿qué sucede quando contra vuestras paradojas se forman y oponen unos juicios legítimos y bien fundados? El que no respondeis sino por medio del acalorado entusiasmo del furor. ¿Que quando se descubren las horribles consecuencias de vuestros principios? El que cruélmente perseguís á vuestro agresor, hasta en el sagrado seno de su familia, no librándose ni aun su misma providad de vuestras odiosas suposiciones. Y, en fin, ¿que quando nos tachais, acusándonos de una falsa filosofia y literatura? El que aquellos talentos que obscurecen á los vuestros, pierden su brillantez á vuestra vista, y lo que hay de mas sagrado, dexa de serlo para vosotros. Pero ¿nos deben sorprehender estos excesos? No, vuestra conducta es una infalible consecuencia de vuestros principios. Como no conoce mas móvil que el interés personal, debe por consiguiente sacrificar á este vil precio la decencia, la equidad y todas las leyes.

¡Ah! ¡Con cuánta dificultad se podrá alguno persuadir, que una Religion semejante, es la de la sabiduría, la de la razon y la de la verdad! En una religion que es demasiado conforme con las pasiones de los hombres,

yo no encuentro otra cosa que la obra de los hombres.

Al contrario en la Religion que predicó *Dionisio*: en ella descubro una Religion que reprime los pensamientos, arregla los deseos y purifica los sentimientos. Yo la respeto desde luego, y la creo dimanada de Dios, respecto de que su único objeto es el de encaminarme á este Señor. En la conducta de *Dionisio* percibo una Religion que es conforme á la divina Ley que enseña. En ella encuentro la fidelidad, el zelo y la paciencia. Como fiel, sigue *Dionisio* su vocacion. Como zeloso, él solo basta para todos los trabajos. Como paciente y sufrido, sostiene y vence todos los contratiempos. El, pues, hizo revivir el mérito de los apóstoles, é igualmente renovará su gloria.

SEGUNDA PARTE.

Quando San Juan Chrisóstomo (1) trató de la gloria que se adquirieron los primeros apóstoles de la Religion, la distinguió con estos tres caracteres ó señales; triunfos resplandecientes, muerte rigurosa, y nombre y fama inmortal. Yo creo, y con mucha razon, que si este Santo Doctor hubiera vivido en tiempo de *San Dionisio*, no se hubiera valido de otras ideas para manifestarnos la suya.

La gloria que este Héroe consiguió en sus innumerables conquistas, fué como las primicias de sus sucesos.

La

(1) *Joann. Chrysost. in Duod. Apost.*

La gloria que se adquirió en las pruebas de su martirio, hizo el fruto de aquellos mismos sucesos.

Y la gloria, en fin, de la perpetuidad de su culto, los recompensa igualmente.

Los Apóstoles tenían que convertir á un mundo entero. Este era á la verdad su maravilloso encargo, y en su desempeño cumplian con la obligacion que se les habia impuesto. Semejantes á una benéfica lluvia, se esparcieron por todas partes, sin dexar ninguna, en donde habiendo hecho oír la voz del Evangelio, no hubiese este contado sus victorias en tanto número quantas habian sido sus empresas.

Estas mismas empresas y victorias se advierten en el apostolado de *San Dionisio*. Mi misericordia, decía el Señor, se extenderá por todas las naciones. Haré perecer á sus simulacros, y no adorarán ya en adelante la débil obra de sus manos. Y ¿quién á vista de estas proféticas expresiones, dexará de conocer los gloriosos sucesos que coronan y engrandecen el ministerio de *Dionisio*? Embiados por Roma aquellos venerables é insignes hombres para anunciar la palabra de la verdad, se dispersaron y extendieron por las Gaulas. *Ad predicandum gentibus* (1). Pero nuestro Santo era su gefe y cabeza. *Dux Dionisius*. Al instante se propusieron una juiciosa eleccion del ingrato terreno, cuyo cultivo les habia confiado el cielo. *Legunt sibi quisque terras*

B 4

(1) *Orat. S. Dion. Brev. Paris. 9. Oct.*

ras (1). Yo veo á Paulo, que con toda presteza se encamina á Narbona, á Trophimo que predica en Arlés, á Gatieno que se adelanta á Tours, á Saturnino que instruye en Tolosa, á Ustreinoine que recorre la Aubernia, á Marcial que triunfa en Limoges, y á *Dionisio* que penetró, como ya habeis visto, hasta la capital de la Francia, exerciendo en ella su ministerio, y haciéndose superior á todos los obstáculos.

Estos, pues, no se habian originado del carácter de los Gaulos. La historia misma nos manifiesta, que aunque bárbaros estos pueblos, se hallaban ya con las mejores disposiciones para recibir la predicacion de la fé. Una fácil y preventiva condescendencia, les distinguía á pesar de la rudeza de las costumbres que parecia reynar en su trato y comercio. Se preciaban de aquella urbanidad cortesana que acoge como á porfia á los hombres llegados de extrañas tierras. En la práctica de la hospitalidad que entre ellos se hallaba establecida, descubrian aquellos sentimientos de humanidad de donde dimanaba la confianza. Y ¿añadiré, hermanos míos, que la curiosidad de que todos los hombres son susceptibles, era con especialidad suya, aunque frágil, pasión dominante? ¿Que la novedad en todas las cosas fixaba su atencion, y que por sola esta circunstancia, ponian la suya hasta en los ménos dignos objetos, y les hacian prorumpir en exclamaciones y alabanzas, manifestando

(1) *Hym. C. Brev. Paris.*

festando de este modo la gratitud de sus sentimientos?

Al modo que corria el pueblo de Israel, transportado de admiracion para escuchar los oráculos de Ezechiel (1), corrian tambien los habitantes de París con una apresurada ansia para recibir las instrucciones de *Dionisio*. El nombre de este nuevo apóstol, despertó la atencion pública. El era el asunto de todas las conversaciones. *Loquuntur de te*. Los padres enseñaban á sus hijos las primeras lecciones que le oían, y los hijos repetian á sus padres los admirables misterios que les explicaba. *Dicunt unus ad alterum*. Venid, se decian mutuamente, venid á escuchar lo que aun no habeis oido jamás. *Venite et audiamus*. Con aquel espíritu tan vivo y penetrante que tenian, conocieron la debilidad y ridiculez de la teología pagana. La sabiduría de la moral evangélica, chocó á su delicado y sutil entendimiento. Y de una de las mas ilustres naciones del paganismo, llegó á ser muy en breve una de las mas escogidas porciones de la Iglesia. Pero ¿qué es lo que digo? Inmediatamente manifestó su docilidad esta, hasta entonces bárbara nacion. *Barbara gens jam docilis Deo* (2). Al instante se formó de ella una floreciente cristiandad. Era como una viña recién plantada, cuyo cultivo estaba al cuidado de *Dionisio*. En ella preparó discípulos fieles, levitas y presbíteros fervorosos, y pas-

(1) Ezechiel 33. v. 30.
(2) Santol. Victor. Hymn.

tores vigilantes. Como un nuevo Pedro, colocaba con una mano en el santuario la adorable señal de la Redencion, y con otra, á imitacion de Josaphat, destruía los altares de las divinidades falsas. Con estos primeros sucesos, empezaron ya á estremecerse el paganismo, á enmudecer sus oráculos, á vacilar sus ídolos y á caer sus templos. Todo se mudaba. Por donde ántes corrian las impuras aguas de la supersticion, se veía correr la sangre del Cordero sin mancha. En seguida se advertia ya un nuevo templo, distinto culto, diferente sacrificio y diversa ciudad. *Crescit sancta fides; fit nová civitas* (1). Se buscaba á París dentro de ella misma y no se encontraba. A estos primeros prodigios se siguieron otros inmediatamente. Nuestro Santo se sabia reproducir con felicidad entre mil christianos héroes que iban á llevar la verdadera luz á las demas Iglesias, al modo que lo habia hecho él en la de París.

De sus bienhechoras manos recibió Beauvais á su Luciano, Ruan á su Nicasio, Ebreux á su Taurino, Chartres á su Antonio, Meaux á su Santino, Senlis á su Rieule. Con el exemplo de *Dionisio* se formaron Sinice, Ursino, Exúpere, Quintino, Fulciano, Victórico, Chryseul y Piaton; y si las Iglesias de Bourges, Bayeux, Terouane, Soissons y Tournai no son, digámoslo así, hechura suya, son á lo ménos los preciosos frutos que preparó con su zelo, y multiplicó con su proteccion. El

(1) Santol. Vict. Hymn.

fué el primero que encendió en esta capital las llamas de la fé, haciéndolas pasar desde ella á las mas remotas provincias de esta monarquía. Establecióse, pues, el Evangelio en Francia, y esta le correspondió con su constante fidelidad: ved aquí, hermanos míos, la justa causa con que se adquirió y conserva eternos derechos sobre nuestro reconocimiento y gratitud.

¡O Santo Apóstol! ¡Quáles serian vuestros sentimientos al haberos propuesto penetrar las densas nieblas de lo futuro! ¡Qué santamente lisonjeado estaríais al ver aquella sucesion de héroes christianos, que debia substituirlos en esta misma Iglesia, de la que erais su primer Pontífice! Muchos contarán entre los prodigiosos efectos de vuestro apostolado la predicacion eficaz de un San Remi, el zelo vencedor de una Santa Clotilde, la dichosa conversion de un Clovis, las milagrosas expediciones de un Cárlos VII. baxo de vuestras banderas, y la solemne abjuracion de Henrique el Grande al abrigo de vuestros altares. Dirán tambien, que si Pothino é Ireneo os sirvieron de modelos, no habeis sido vos peor dechado para Hilario de Poitiers, Martin de Tours, Próspero, Fulgencio y Sulpicio. Mas por lo que hace á mí, me contentaré con felicitaros por la luz siempre inextinguible que estaba unida al augusto trono que habiais establecido. No, nunca parecisteis mas precioso á la Iglesia que, quando edificada la Francia, os vió, digámoslo así, revivir en la persona de Marcelo, Landry, Doctrovec y Germa-

mano. Todas aquellas victorias que conseguís-
teis contra la idolatría, las renuevan vuestros
sucesores contra el libertinage, la ilusion y la
incredulidad.

Y ¿qué opondrá esta á semejantes sucesos?
¿Qué armas empleará para arrancar el pro-
fundo edificio de la Religion, tan sólidamen-
te establecida en Francia aun ántes de la fir-
meza de la monarquía misma? ¿Qué podrán es-
perar los Deístas á vista de todo esto? ellos
querrán como temerarios detener al Christia-
nismo en el constante curso de sus sucesos.
Pero ¿han reflexionado la arrogancia de su em-
presa? ¿Pues qué? ¿Piensan ellos que una Re-
ligion que por espacio de quince siglos sub-
siste en Francia, ha de temer sus sacrilegos
esfuerzos? ¿Piensan que sus fútiles escritos han
de hacer caer á una Religion que se ha esta-
blecido en este reyno por medio de tantos mi-
lagros, y se ha señalado con la sangre de
tantos mártires? ¿Piensan que sus ruinosos
principios y sus fastidiosas declamaciones, nos
han de hacer ménos amable á una Religion
que hace nuestra segura y eterna felicidad? ¿A
una Religion que profesan otros hombres mas
sabios que ellos; que respetan nuestros reyes
y sus señores, y que nuestras leyes y sus jue-
ces protegen? ¿Piensan, en fin, que si la Fran-
cia temiese alguna revolucion por sus atenta-
dos, les habia de dexar gozar del peligroso
honor con que se juzgan temibles? No por
cierto, al primer golpe de la tempesta que
quisiese descargar sobre ellos, les reduciría al
polvo de donde han salido, y ninguna cosa
que-

quedaría sobre la tierra de sus escritos, de su
reputacion, ni aun de ellos mismos.

Pero los enemigos de la Religion, ni fue-
ron, ni serán jamas expectadores tranquilos
de sus triunfos. Siempre se esforzarán, ó bien
para degradar, ó bien para perder á sus ze-
losos defensores. ¡Pero ah! ¿adónde me dirijo
sin sentir? Yo estaba refiriéndoos la historia de
Dionisio, y, sin saber cómo, estoy hablando
de su martirio.

Este se halla por lo regular unido al mi-
nisterio apostólico. A la sangre de sus fun-
dadores, es á quien debe la Iglesia, tanto co-
mo á su zelo, su propagacion. Si los comba-
tes que sostuvieron hubieran sido ménos san-
grientos, también serian, como dice San Am-
brosio, ménos dignos de la recompensa que
les esperaba. Era menester que su mérito he-
cho ver por los sucesos, se perfeccionase con
el sufrimiento. *Tolle certamina; tulisti coro-
nas.*

El ministerio de *San Dionisio* fué tan fata-
lísimo para el infierno, que éste no pudo em-
prender la detencion de su carrera. ¿Qué ha-
cen, pues, esos hombres llenos de ceguedad,
que, de acuerdo con Satanás, meditan derri-
bar la obra del Señor? ¿No saben que la san-
gre de los mártires fertiliza el campo de la
Iglesia, y que de sus mismas hogueras y ca-
dalsos nace un pueblo de christianos? El fue-
go de las persecuciones puede sepultar á los
obreros que trabajan en la viga del Señor; pe-
ro quando esta débil y pequeña obra parece
amenazar su ruina en medio de aquella llama,
se

se hace un permanente edificio que se burla de la impotente rabia de los tiranos, á los que nada basta para abatirle.

Deténgase aquí vuestra reflexion, hermanos mios, y repare en aquellos tristes tiempos en que vencedor Aureliano del Oriente, fué á buscar al Occidente nuevas victorias, aterró á su innumerable gentío, y puso sobre sus sienas la corona de los dos impérios. Aquel príncipe reunia en sí todas las qualidades necesarias para hacerse amar, y parecia que violentaba su carácter por hacerse temer. Como nacido en medio de la supersticion, era en efecto naturalmente supersticioso. Apoderado de las Gaulas, baxo el império de Valeriano (1), se hizo en estas desgraciadas provincias el azote de los Christianos. Habiendo subido al trono de los Césares, juró la destruccion de la verdadera Iglesia y de sus hijos, siendo nuestro Santo la victima privilegiada que inmoló con suma ansia y presteza á su venganza. Enterraré, decia, en un mismo sepulcro, tanto al apóstol como á los discípulos. Yo no quiero que subsista, ni aun la mas leve señal de sus conquistas. Inmediatamente procuró juntar, á exemplo del soberbio Nabucodonosor, los principales individuos de su consejo. *Vocavitque omnes majores natu, omnesque duces* (2). Comunicó las correspondientes órdenes al ministro executor de sus intenciones. *Vocavit::: principem militiae sue.*

An-

(1) Hist. de la Iglesia Galicana por Longueval, t. I. c. I.

(2) Judith c. 2. v. 2. 4. 5.

Andad, id, le dice, por todo el império de Occidente. *Egredere adversus omne regnum Occidentis.* Id prevenido y declaraos contra aquellos que, por una religion contraria á mis leyes, menosprecian mi poder, y parece se quieren eximir de mi império. *Et contra eos præcipue, qui contempserunt imperium meum.* El Prefecto de las Gaulas Fescenio, hombre cruel y político, que con la extincion del Christianismo creía formar la gloria del Pueblo Romano; zeloso defensor de los ídolos, mas bien por interés que por conviccion, digno ministro de los tiranos, ó, por mejor decir, de los infernos, deseaba señalarse al modo que lo hizo Holofernes, tanto por su zelo en favor de los Césares, quanto por su aborrecimiento contra los Christianos. Llamó para esta sangrienta expedicion á todos los hombres que se entregaban á su furor. *Vocavit viros in expeditionem.* ¡Bien podeis temblar apóstoles santos! ¿Quién se atreverá á resistir sus órdenes? Vosotros perecereis. *Omnes sibi resistentes, occidit.* Ya se percibia el acero que debia cortar las primeras cabezas del Christianismo. *Occidit in ore gladii.* Ya se apoderaba el terror de los habitantes de esta capital. *Cecidit timor illius super omnes inhabitantes terram.*

¿Si Dionisio permanecerá mucho tiempo oculto á las rigurosas pesquisas del Gobernador? No por cierto, en medio de los mas útiles trabajos de su ministerio se le sorprendió. El hombre mas pacífico fué acusado de rebelde. ¡O crimen! ¡o furor! Los bárbaros ministros le pusieron sus manos profanas. Con

el

él fueron detenidos los que sobrellevaban los laboriosos trabajos de su ministerio apostólico. Arrancósele de su pueblo para arrancar el pueblo á Jesu Christo.

¿Qué sentimientos, hermanos míos, os parece que causó á *Dionisio* esta horrible y repentina resolución? Con una santa apresuración, corrió inmediatamente para oír el juicio de su sentencia. *Voluntariè præibat ad supplicium* (1). ¡Qué magestad se dexaba ver en su semblante! ¡Qué heroísmo manifestaban sus palabras! El tirano mismo permanecía vacilante entre el furor y el respeto. La virtud obliga á que se la rinda homenaje hasta por aquellos mismos que la persiguen. En el auge de su ingenioso furor, inventó Fescenio aquellos insufribles tormentos que se habian escapado al ingenio destructor de Herodes y de Neron. Los cuchillos, los azotes y las cadenas, anunciaban los horribles preparativos del suplicio. *Apantur gladii, verbera, compedes* (2). Acude, desgraciado pueblo, acude y alaba el inhumano espectáculo que te presentan los ministros de tu religion. Pero no, no lo aplaudirá, porque teme en *Dionisio* los tormentos que él menosprecia. Corrian al lugar de su detención para admirarle, al modo que en otro tiempo lo hacian encaminándose al desierto para oír á San Juan Bautista. Las esposas con que estaban atadas sus manos, inspiraban al pueblo de París otro tanto respeto, quanto en los

(1) 2. Machab. c. 6. v. 19.

(2) *S. V. in S. Dion. Brev. Paris. 9. Oct.*

los primitivos tiempos de la Iglesia infundian en el de Jerusalén las cadenas de San Pablo. La admiración se apoderó de los espíritus á vista de aquel nuevo Eleázaro, que cargado de años y agoviado de la vejez, se mantenía firme y valeroso para la defensa de la verdad, y para el aguante de aquellos horrosos tormentos. Su constancia, parecía desde luego que les predicaba la divinidad de su Religion.

¿Qué respondió quando intentaron librarle del trance cruel que le amenazaba por medio del insidioso interrogatorio con que tiraban á sorprenderle? No esperéis de mí, les dice, un indigno fingimiento de un Cristiano. Vuestros ídolos son obra del infierno. Jesu-Christo es solamente el Dios á quien adoro. A este Señor es á quien quisiera unir y atraer á todos los corazones. A él es á quien desearia someterme á tí, poderoso ministro de los Césares. ¡Qué no pudiera mi sangre, despues de derramada por mi Religion, enseñarte á menospreciar y dexar la tuya!

Cesa la piedad al oír estas nobles exclamaciones, y se dexa arrastrar el tirano del ímpetu de su rabia. ¿Cuál es? ¿adónde está aquel instrumento fatal que va á descargar, digámoslo así, su fiero golpe sobre sus ya despedazadas carnes y sobre su palpitante corazón? ¿quáles son aquellos ardientes y puntiagudos hierros que van con fiereza á causar en sus rotas venas la impresion de los mas profundos dolores? Al oír esta pintura, me parece que se estremece vuestro compasivo corazón. Mas

no tengais que temer de que *Dionisio* se altere. Este es un héroe, que en el sufrimiento de sus horribles tormentos canta su victoria y la de la Religión. No teneis que temer, y aun pelea y triunfa. *Pugnavit, et vicit.*

¡O sangrienta tragedia! Al acordarme de ella me estremezco. Ya murió Rústico, y espiró Eleutherio. *Dionisio*::: Pero ¡ah! que á manos de un hierro homicida se desprende aquella cabeza tan preciosa para la Francia, para la Iglesia y para la fé. Sí, hermanos míos, tres víctimas se inmolaron en la tierra por defender la Religión. *Tres simul occidunt* (1). Tres víctimas suben coronadas al cielo para proteger desde allí la Religión y acarrearla nuevos sucesos. *Tres casto simul advolant.* El golpe que toca á los defensores del império atrae muchas veces su ruina: la espada que atraviesa á los héroes del Christianismo, asegura siempre su estabilidad. No hay que cansarse: la diferencia que hay entre la obra de Dios y la de los hombres es notabilísima.

Yo no preguntaré á los incrédulos, ¿si esperan por medio de su muerte establecer tambien su incredulidad? Pero no dexaré de decirles, ¿si son capaces de morir por ella? Aun no nos ha ofrecido ningun mártir el Deísmo. Se exagera con mucha ostentacion el ingenio de los filósofos, y aun no se nos ha podido citar alguno de sus sacrificios. Nos les pintan vencedores de las preocupaciones, y aun no nos les han hecho ver vencedores de los suplidos.

(1) *S. V. Hymn. in S. Dionis. Brev. Paris. 9. Oct.*

cios. Han escrito para enseñar su Religión, y no adoptan su modo de pensar, ni la defienden á la hora de la muerte. Desde luego consiento en que se les conceda una superioridad de corazon; pero será muy dificultoso concederles una imperturbabilidad de constancia. En efecto, nosotros estamos viendo, que no solo á la vista de la justicia que les persigue, del trono que les amenaza, y de los zelosos pastores que les mandan, lloran sus errores, abjuran sus sistemas, experimentan remordimientos de conciencia y dexan su nueva Religión para volver á su antigua fé; sino tambien á las primeras señales de una enfermedad, ó con solo una mera aprehension de la muerte. Con mucha razon os podria yo ahora decir, ingenios sublimes, que para insinuar vuestra Religión, y derribar la de quien *Dionisio* fué el fundador en Francia, debiais de suministrarnos pruebas en vez de dudas, verdades en lugar de ilusiones. No contradeciros en vuestros sofismas, y creer vosotros mismos lo que enseñais á los demás. Podria, en fin, pedir os milagros en vez de mártires. Pero ya veo que nada de esto haréis, porque no estais tan afirmados en vuestra Religión que queráis ser víctimas de ella. Donde empieza el peligro acaba vuestro zelo.

Así, pues, ¿quál será vuestra suerte? ¿La podeis comparar con la reputacion inmortal de que goza despues de su muerte el Apóstol de la Francia? Consideradlo vosotros mismos, y sentenciad.

La muerte de los Apóstoles, no es el término

mino fatal de su poder ni de su gloria. Después de sus días, mantienen á la Iglesia, según os dice San Juan Chrisóstomo (1), como unas firmes é inmutables columnas. Son unos conductos propicios y saludables por los que se comunican á los mortales las gracias del cielo. Incesantemente colman de beneficios á los pueblos que piden su ayuda y socorro. En su sepulcro dexaron cenizas inmortales. *Pulverem immortalem sepulcris reliquerunt.*

Yo creo, hermanos míos, que al oírme referir todas estas maravillas, tan finamente expresadas por el eloqüente Arzobispo de Constantinopla, las ireis aplicando justamente á San Dionisio. En vano disponen los adoradores de los ídolos sepultar su cuerpo en el seno de las aguas para borrar á los fieles el rastro de su sangre. No faltaron manos piadosas que confiesen a la tierra este sagrado depósito, llegando á hacerse por él una tierra de bendición. No es ya este sepulcro frecuentado con un gran sigilo como sucedía en los antiguos tiempos de persecucion. Es un altar solemnemente consagrado, á cuyos pies implora la Francia su salvacion, y obtiene la Iglesia sus victorias. Los siglos se pasan; pero el nombre de San Dionisio triunfa de las vicisitudes del tiempo. Pasará de generacion en generacion, y aun nuestros últimos descendientes cuidarán de adquirir el reconocimiento que nosotros en el día tenemos ácia el primero de nuestros Apóstoles.

(1) *Joann. Chris. in duod. Apost. Gerard. nost. inter pr.*

¡O sagrada montaña (1), testigo de sus sufrimientos, regada con su sangre y depositaria de sus cenizas! ¡qué tanta celebridad te has adquirido en todo el Universo por la gloria de haber dado á la capital de la Francia con el primero de sus pontífices el primero de sus mártires? ¡Montaña tan venerable como la de Sion! ¡Ah! y como diría yo, si intentára describir el sacrificio de un Dios, que el sacrificio de un hombre representa á mi memoria la imágen interesante del calvario. El calvario fué, digámoslo así, la cuna de la Iglesia universal: tú eres la cuna y el principio de la Iglesia Galicana. *Hic cuna fidei* (2). A la sangre de Jesu-Christo es á quien debemos la dicha de haber tenido á San Dionisio por apóstol, y á la sangre de este santo Héroe á quien debemos la de conocer y adorar á Jesu-Christo.

De aquí dimanán esos honores que en todos tiempos han tributado á la memoria de nuestro Santo Apóstol los cabezas y gefes de la Iglesia, las magestades de la tierra, los sabios y hasta los santos mismos. ¡Qué zelo tan grande tuvieron por su gloria las Genovevas, los Elois, los Germanos de Auxerre, los Pepinos y los Felipes Augustos! ¡Con qué tanta edificacion se vió á Luis el Gordo en el duodécimo siglo levantar sobre el mismo sepulcro de San Dionisio dos soberbias Basílicas (3),

C 3 tan

(1) Montmartre.

(2) *S. V. Hymn. in S. Dionys. Brev. Paris. 9. Oct.*

(3) Esta Anecdota está sacada de los registros de la parroquia de Montmartre; 1146, al art. de la medicac. de las dos Iglesias, tanto Abacial, como Parroquial.

tan dignas de la grandeza de un monarca como de un santo! ¡Con cuánta admiracion se vió á un Eugenio III., Papa piadoso, á un San Bernardo, apóstol solitario, y á un Pedro de Cluni, reformador zeloso, imponerse la religiosa obligacion de hacerle una consagracion tan tierna como solemne!

Mas aun prescindiendo de esto ¿ cuánto pudiera decir de los tiempos mas cercanos? En esas venerables catacumbas, donde parece que respira nuestro Héroe, es adonde conduce San Ignacio á sus primeros discípulos para recibir sus votos y animar su zelo. Sobre el sepulcro de los mártires debia levantarse una compañía de apóstoles.

Desde este mismo sepulcro fué desde donde celebraron en otro tiempo con eloqüencia Guillermo de París y Thomas de Aquino el triunfo de la Religion, debido á la predicacion y al ministerio de nuestro Santo, y estimularon con sus vivas persuasiones á los Franceses á que jamás olvidasen lo mucho que debian á su santo Apóstol.

Pero ¿qué es lo que digo? *Ad sacros cineres currite, civitas* (1). La Religion misma es quien convida á los habitantes de esta capital para que se postren delante de sus reliquias. Ya veo que siguiendo sus mandatos, os encaminais confiados á implorar la proteccion de vuestro santo mártir. Vuestros votos lo manifiestan. Su poder resplandece. La tierra tefida con su sangre, es fecunda en prodigios. ¡En

(1) *Santol. Victorin.*

qué tiempos tan criticos se ha declarado el Apóstol de la Francia por su protector! Baxo su proteccion han marchado nuestros temibles exercitos contra sus enemigos, y los han vencido. Baxo los auspicios de *San Dionisio* triunfó Clovis del Arrianismo y del soberbio Alarico: San Luis extendió el terror por el campo de los Sarracenos, y amedrentó á los principales cabezas de la heregía Albigense. Hasta las puertas de esta Ciudad llegó, como hidra muchas veces destrozada y siempre reproducida, el presuntuoso Calvinismo; pero retrocedió con asombro. Nunca, nunca establecerás tu trono en una ciudad en la que *Dionisio* hizo reynar la verdad. Donde fué el fundador de la Religion siempre será su apoyo.

Desde este templo (1), que era en otro tiempo el teatro del sufrimiento y de la cautividad de nuestro Santo, se me figura que aun inspira al infierno el mismo terror que en vida supo inspirar á la idolatría. Me parece que sus prisiones, visibles aun y conservadas milagrosamente, no subsisten sino para apartar de nosotros todos los monstruos de la impiedad, ó sujetarlos á los pies de estos altares.

Caminad, amados patriotas, caminad á otro templo (2) desde éste, en donde se conservan esas prisiones, y veréis como se exponen á la piedad de los fieles aquella venerable

C 4

ca-

(1) S. Dionisio de la Chartre.

(2) La Real Iglesia de la Abadía de San Dionisio, en Francia.

cabeza, que cortó el filo de un acero idólatra. En él vereis por un lado el triunfo de la Religión, y por otro el de la muerte. Contemplad, aunque vacilantes entre el respeto y el horror, el espectáculo mas augusto y mas espantoso al mismo tiempo. Mirad á vuestro apóstol y á vuestros reyes. Acercaos á estos altares, é id al sepulcro de aquellos. ¡Qué cenizas! ¡y qué cenizas! El mártir reverenciado, y los monarcas casi olvidados. Nosotros ponemos nuestra vista en los unos, y dirigimos nuestras súplicas al otro. El Santo parece que vive allí en los preciosos residuos de su cuerpo (sin embargo de que ántes era víctima de la persecucion), y protege todavía al pueblo á quien conduxo á la felicidad, sin dexar todavía de ser su padre: los príncipes han reynado, pero desaparecido. Fueron sepultados en los tristes monumentos que encierran los despojos de su mortalidad, y el pueblo de quien fueron señores, no vé su grandeza sino sobre el mármol y sobre la tierra, testificando uno y otro de que ya no existen. Todos los corazones llevan al sepulcro del Santo mártir el constante tributo de sus homenajes; pero los potentados no reciben otros respetos que los que excita la curiosidad en los mausoléos que los representan. *Dionisio* aun lo puede conseguir todo para nuestra felicidad, y los reyes tal vez esperarán de nosotros esta felicidad misma. ¡O gloria! ¡O siempre permanente poder de los héroes Christianos! ¡O fragilidad! ¡O nada de las grandezas humanas! En un solo y mismo lugar ¡quántos motivos de

de emulacion para la virtud! ¡Quántos objetos de consternacion para la vanidad! No, hermanos míos, no hay leccion mas eficaz, ni mas útil para todos los mortales, que las gloriosas reliquias de un Santo colocado con esplendor sobre los altares en el templo mismo en donde los humildes huesos de los reyes están tristemente confundidos en el seno de la tierra.

A esta consideracion es á la que yo quisiera atraer á todos los incrédulos para reprimir su orgullo. ¿A qué género de gloria pueden aspirar despues de su muerte aquellos hombres que no deben la fatal celebridad de que gozan sino á sus atentados contra la Religión? ¿Les erigirá el imperio de la incredulidad unos altares como los que ha levantado la Religión á las cenizas de *San Dionisio*? ¿Conservarán por lo ménos entre el polvo de su sepulcro aquella especie de inmortalidad que conservan hasta en los suyos los reyes de la tierra? ¡Ah! El incrédulo que muere al instante es olvidado de todos. ¿Qué monumentos transmitirá su memoria á la posteridad? Monumentos que no eternizarán su audacia sino á expensas de su reputacion. Los elogios que les prodiguen los imitadores de sus escándalos, serán desaprobados por la voz de la equidad. Un incrédulo puede tener admiradores mientras viva; pero si dura su memoria despues de su muerte, será estando manchada con el menosprecio de todos los siglos. Esta es solamente la inmortalidad que merece en este Mundo. ¡Dichosos, por fin, si en el otro

otro no se la aseguran mil veces aun mas horrosa!

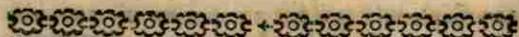
Permitidme , espíritus fuertes , permitidme que aun os haga una reflexion al acabar mi discurso. Vosotros acusais muchas veces á los oradores sagrados , de que en los elogios de los Santos confunden la verdad con la mentira. Quisiera que me dixerais , ¿si en el que acabo de pronunciar encontrais semejante tacha? En efecto , si yo hubiera seguido algunas tradiciones que , aunque respetadas por mucho tiempo , son sospechosas en el dia , seria dificultoso el justificarlas. Pero sin embargo de esto , no penséis tampoco que he querido yo favorecer vuestra incredulidad. No , yo solamente he querido excusaros nuevas blasfemias. Aun no he dicho todo lo que la Religion me permite decir. Ademas de que , ¿qué la importa á ésta que el mismo *San Dionisio* sea ó no discipulo de San Pablo , autor de algunas obras celebres y piadosas , Apóstol de la Francia , y el primer Obispo de Paris? ¿Qué la importa tampoco que despues de su muerte haya hecho oír su voz en las dilatadas llanuras que separan la montaña donde se consumó su martirio , de la ciudad que se ha ilustrado con su nombre? La Religion impide que se coloquen entre los hechos apócrifos aquellos que son dudosos , y mucho ménos si no interesan á su gloria ni á nuestra fé. ¡O incrédulos! Bien podeis contradecirlos sin temer que los defendamos. Pero lo que no podeis negar es , de que el Apóstol de la Francia ha renovado el mérito en su fidelidad , ze-

lo

lo y paciencia , y los sucesos en sus conquistas , martirio y culto. Lo que no podeis igualmente negar es , de que para echar *San Dionisio* en Francia los fundamentos de la Religion Christiana , se valió siempre de unos medios tan respetables y tan santos , como son los vuestros de indignos y escandalosos para arrebatár á la Religion sus triunfos.

En fin , reflexionad sobre la humildad que podeis sacar de mi discurso , y procurad aprovecharos de ella. Mi dicha será completa , si vuestras útiles reflexiones os encaminan á profesar la fé de *San Dionisio* , y le rendís el homenaje de vuestra conversion. Imitad la docilidad de vuestros mayores , y dexad de pervertir á su posteridad. Esforzaos para aspirar á la corona que este Santo os tiene preparada , y procurad merecerla ; pues así como él la posee , la conseguireis vosotros por toda una eternidad. *Así sea.*





PANEGÍRICO
DE SAN CAYETANO,

Fundador de la Congregacion de los
Clérigos Regulares:

PRONUNCIADO

En la Iglesia de los Padres Teatinos.

*Ne dicas, ::: non est Providentia. No
digas que no hay Providencia. Ec-
cles. 5. v. 5.*

En vano procura el incrédulo alucinarse con los extravíos de su espíritu: en vano en la depravacion de su corazon finge ruinosos sistemas que protegen y lisongéan sus locas pasiones. Al paso que con obstinada ceguedad, se empeña imprudentemente en rehusarse los auxilios siempre permanentes de la divina Providencia, se manifiesta ésta, ya en los poderosos socorros que sin cesar proporciona á la afligida Iglesia, ya en las útiles virtudes con que la consuela en sus males, la in-

demniza sus pérdidas, y perpetúa su primer espíritu al mismo tiempo que su fervor. *Ne dicas, non est Providentia.*

San Cayetano de Tiena, Fundador de la Congregacion de los Clérigos Regulares, se dexó ver en los tiempos mas borrascosos de la Iglesia. Conducido por la divina Providencia, proporcionó socorros á la Religion, reformadores al mundo, modelos á la clerecía, y á todos los estados instrucciones y virtudes.

Yo, pues, consagro este elogio en honor y gloria de la Providencia, y contra los atentados de un mundo incrédulo, y la indiferencia de un mundo ingrato.

En la vocacion de *Cayetano*, respetará el mundo incrédulo la obra de la Providencia divina. En su conducta, admirará el mundo ingrato la total confianza en la Providencia. *Ne dicas, non est Providentia.*

Cayetano, es una prueba bastante reciente de la Providencia en las necesidades de la Iglesia. *Punto primero.*

Cayetano, es un eterno exemplo de fidelidad á la Providencia para edificacion de la Iglesia. *Punto segundo.*

¡O gran Santo! de cuánta complacencia me sirve tener que celebrar hoy vuestras glorias delante de un pontífice (1), panegirista de la piedad (2) de quien fué el modelo (3), vencedor de la heregia de quien fué el azote (4), triun-

(1) Mr. el Obispo de Puy.

(2) La piedad reconciliada con el espíritu.

(3) Conferencias pacíficas.

(4) Qüestiones sobre la incredulidad.

triunfador de la incredulidad de quien fué el espanto (1), apologista de la Religion de quien fué el ornamento (2), exemplo, modelo y oraculo de la clerecía de quien fué el reformador! AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

¿Hasta quando, decia el profeta David, han de prorumpir en horribles blasfemias los hombres iniquos? *Usquequo peccatores effabuntur, et loquentur iniquitatem* (3)? Aun en el mismo tiempo en que se jactan de oponerse á la Providencia con una escandalosa incredulidad, les estimula con sus milagros á su conversion.

Esta Providencia que conduxo á Josef á Egypto para sostener el trono de Faraon: esta Providencia que sacó á Moysés de la impetuosa corriente de las aguas para hacerle legislador de su pueblo: esta Providencia que distinguió á David entre sus hermanos para colocar sobre sus sienas la corona de Israel, fué quien nos proporcionó á Cayetano en las necesidades de la Iglesia.

Ella fué la que le dispuso para cumplimiento de sus designios: ella la que le dirigió en ellos con acierto: ella la que le coronó por lo bien que los desempeñó.

Si meditamos profundamente sobre estos apreciables rasgos, resultará la indubitable ver-

- (1) La incredulidad convencida por las profecías.
 (2) Quatro obras del Obispo de Fay.
 (3) Ps. 93. v. 4.

verdad, de que Cayetano es una prueba reciente de la Providencia. *Ne dicas, non est Providentia.*

Tal vez preguntará la incredulidad, como tan fertil en objeciones, ¿quién es este privilegiado legislador, cuya vocacion se atreven á anunciarnos como obra de la Providencia? ¿Quién es este Cayetano? *Quis est hic* (1)? Si yo respondiera que este era un hombre ilustre por su nacimiento, y que sus mayores por los triunfos militares, el resplandor de sus talentos y la ilustracion de los honores habian mantenido siempre con dignidad las ventajas de un origen que se esconde entre la obscuridad de los siglos mas remotos, tal vez pareceria extraña esta parte de su elogio á los designios de la Providencia. Pero no es así. Norabuena que las virtudes y talentos de otros den á conocer su nombre: el de Cayetano hará conocer sus talentos y virtudes.

Pero ¡qué virtudes! *Quis est hic?* Parece que con el nacimiento recibió el espíritu de su ministerio. El Cielo que le formó para ser el mayor lustre de la clerecía, quiso que desde luego fuese el modelo de ella. Modelo de una sabiduria con que le dotó la razon en una edad en que apenas comienza á descubrirse. Modelo de una consumada piedad, que decoró los altares antes de defenderles. Aquí se levanta por su liberalidad un templo magestuoso, que vaticina los muchos asilos que le deberán su nacimiento. Allí en un retiro,

- (1) Eccli. c. 31. v. 9.

donde hace la humildad que se olvide la grandeza, donde reyna el fervor sin escúpulo y la penitencia sin hipocresía; quiero decir, en la Congregacion del amor Divino, practica él mismo y comunica á los demas la ciencia de los Santos, que debe enseñar algun dia á sus discipulos.

Esta, pues, fué su primera, mas no su única ciencia. Su doctrina no tiene ménos parte que su piedad en las disposiciones de la Providencia. Un Legislador debe ser el oráculo de aquellos hombres que quiere someter á sus leyes. En el restaurador de la clerecia, es menester que encuentren todos los ministros del altar quantos talentos deben tener ellos mismos.

Si consideramos los de nuestro Santo por lo que mira á la eloqüencia, hallarémos que no dió, como en efecto no debia dar á la Iglesia, los mas célebres oradores christianos de su tiempo, sino despues de haberse presentado él mismo en la cátedra de la verdad como otro Chrisóstomo. Si por la filosofia, veremos que casi todos los hereges son filósofos, ó á lo ménos presumen serlo. Pero Cayetano debia ser el azote de la heregia, y era menester que, á exemplo de San Justino, enseñara á combatir por el arte seductor de los sofismas, y el invencible del razonamiento. Si por la teologia, todo el mundo sabe quantos enemigos tiene la Religion. Es menester haberla estudiado para defenderla. Nuestro Héroe, siguiendo los pasos de San Hilario, debia abatir las sutiles armas del error con las victorio-

sas armas de la verdad. Su distintivo carácter es exáctamente conforme á las miras de la Providencia, y singularmente dispuesto para el socorro de las necesidades de la Iglesia y de las demas desgracias de su tiempo.

A Ezechiél le era muy sensible ver menospreciada la Ley, abierto el Santuario á la iniquidad, los sacerdotes sin zelo, el pueblo sin instruccion, sin vigor la disciplina, desavenidos los príncipes, dominante la guerra, triunfante el vicio, y universal la licencia y el libertinage. Esto es justamente lo que pasaba en tiempo de Cayetano. Mil tempestades se levantaron. El interes reynaba en lugar de la providad. Las costumbres estaban tan estragadas, que no podian llegar á mayor exceso. Con el estímulo de todas las pasiones, se encendia el fuego de la guerra. Carlos V. y Francisco I. eran dos príncipes rivales que tenian dividida la Europa en partidos, manteniéndola inquieta y aniquilándola con sus continuas disensiones. En medio de estas divisiones, se presentó al Mundo el império Otomano que, como el mas poderoso y formidable, espantó á todos con sus movimientos. ¡Todo parecia que presagiaba la ruina de la Iglesia. Los príncipes y sus defensores, no tenían ya para su defensa sino una tímida emulacion. Los ministros y sus apóstoles, no conocian ya mas que un vergonzoso reposo, un vil interes y una insaciable ambicion. Al paso que debian edificar, escandalizaban. Ninguna ciencia tenían, ningun zelo, ni ninguna virtud. Una horrorosa obscuridad cubria

la posesion de Jesu-Christo. Y para colmo del horror y de aquellos abismos infernales, se encendió un fuego que causó la desolacion de las ciudades, de las provincias, y aun de los reynos. Las cortinas del Santuario se rompian, los altares se profanaban, las vírgenes se arancaban de su trono, y los sacerdotes perecian á manos de los nuevos tiranos. Protegida la atrevida y fogosa heregía, rompió todos los diques, hacia armar á los poderosos, excitaba la rebelion, predicaba la independencía, rompía las costumbres, trastornaba la Religion, y formó de la Europa un vasto y dilatado campo de batalla, produciendo en la Iglesia un sin número de mártires.

Vosotros me preguntabais que ¿quién era Cayetano? *Quis est hic?* Mas ¿si querreis que os diga ahora la necesidad que de él tenia la Religion? Lo cierto es, que para reparar sus pérdidas, vengar sus ultrajes, defender sus dogmas, mantener su culto y conservar sus leyes, necesitaba de un hombre como él. La hacia falta para excitar el fervor en los pueblos, la edificacion en los pastores, las obligaciones de su estado á la clerecía, los príncipes á la paz, los hereges á la sumision, y á todo el Universo á los principios de la primitiva fé. Le necesitaba para dar un Ambrosio al episcopado, un Bernardo al retiro, un Atanasio á los concilios, guía al Mundo, oráculo á las escuelas, apóstoles á la Iglesia, exemplos al Universo y al cielo cortesanos. En una palabra, le necesitaba para convencer á los incrédulos, porque Dios, aun en medio de

de los males mas terribles, se deleyta en hacer resplandecer sus mayores misericordias.

Así, pues, ¿cómo no se ha de adorar la profundidad de la divina Sabiduria, combinando sus miras con las necesidades de la Iglesia y sus recursos? Ella sola es quien se valió de Cayetano para sus designios. Aun quando no hubiera pruebas suficientes para justificar que fué un efecto de la Providencia, con solo el exemplo de nuestro Santo tenia bastante para una invencible demostracion. *Ne dicas, non est Providentia.*

Hay algunas señales características, por las que es fácil reconocer esta Providencia aplicada á dirigir á Cayetano, y encargada al parecer del cuidado de su empresa. A mí me toca el demostrároslo.

Ya habia intentado el Concilio de Letran cerrar las profundas llagas que habian abierto á la Iglesia la infinidad de monstruos que se habian reunido contra ella: Ya se habian congregado los santos Padres para tomar las medidas mas acertadas á fin de reprimir el escándalo y el libertinage. En efecto, se habia comenzado la obra; pero aun no estaba concluida. Adriano VI. habia vivido muy poco para consolidar el plan de reforma que proyectó. La irresolucion y los males de Clemente VII, solo le habian hecho concebir laudables designios, sin proporcionarle la deseada ocasion de realizarlos. A Cayetano solamente era á quien estaba reservado juntar al mérito del proyecto la gloria de la execucion. Lo primero que hizo fué, establecer una Congrega-

cion de Clérigos Regulares, destinados á la santificacion del Mundo, y santos tambien ellos mismos (1).

En esta Congregacion, pues, juntó algunos hombres que se consagraron al Señor por medio de un voto irrevocable, como aun lo hacen en el dia sus sucesores, en el agosto ministerio del sacerdocio. Celebraban como tales los divinos Oficios, y permanecian como religiosos muy distantes del mundo. No vivian como San Benito y San Bernardo sepultados entre la soledad de los desiertos, ni tampoco como Gerónimo y Salviano errantes por el Mundo sin otras reglas que las leyes generales del sacerdocio. No por cierto, sino que á los títulos de la clerecía, juntaban la obligacion de la regularidad. Ellos se santificaban entre una sociedad de ministros, que fixaron leyes uniformes, ejercicios determinados, y constituciones particulares.

Lo que siempre les distinguirá, será una magnánima y voluntaria pobreza. Seguirán aquel espíritu de desinterés que se admira en los apóstoles. *Apostolicam vivendi formam* (2). Por medio de un desprendimiento noble y generoso, combatirán contra los ministros interesados. Los que lo fuesen de la ambicion, admirarán en ellos unos hombres dignos de todos los honores, al mismo tiempo que se resistian á admitirlos. En ellos respetarán los mi-

(1) Prefac. de la vida de San Cayetano por el P. Bernardo, Teatino.

(2) *Orat. S. Cayet. in Brvo. Romae*

ministros hipócritas una virtud sólida, social, útil, sin embrollos y sin rodeos. Se presentarán, y á su vista dexará de vivir la clerecía en el infeliz abandono de sus obligaciones. Se reconocerá y mudará de idea. Los discípulos de *Cayetano* estimularán por su piedad á la virtud, y confundirán al error por su doctrina. En el mismo año en que Lutero dexó el hábito, y abjure la regla de San Agustín, abrazarán ellos la nueva regla, y echarán los fundamentos á su Congregacion. El Luteranismo abolirá, por un escandaloso atentado, el culto exterior. Los Clérigos Regulados, emplearán su zelo para darle su debida decencia y magestad. Por una parte se suprimirá el Sacrificio de la Misa, por otra será defendido. El Heresiarca se armará contra la confesion; el Fundador de la Congregacion aumentará su práctica. Los jóvenes se desbojarán con la heregía del primero; pero en la sociedad del segundo, observarán escrupulosamente su obligacion. Los partidarios del error serán los enemigos de la caridad, los nuevos apóstoles serán víctimas de ella misma. Por lo tanto, percibiendo Lutero los inmensos recursos que nuestro Santo iba á proporcionar á la Religion, él mismo profetizó su vergonzosa ruina. *En Roma*, decia, *se dispone contra mí, y contra mis sectarios, una guerra peligrosa.* La heregía no tiene ningun auxilio para defenderse contra la ciencia y la virtud.

¡O Iglesia santa de mi Dios! ¿Crestas tú que no tenias otras armas en tus desgracias que las de las lágrimas estériles, las de los senti-

mientos inútiles, y las de las excomuniones sin fuerza? Pues no, no es así, consuélate: *letare, sterilis, que non paris* (1). Los abusos y las desgracias van á cesar ya. Una repentina revolucion mudará el semblante de la clerécia. ¿A quién serás deudora de esta dichosa revolucion? A *Cayetano*.

Pero ¿cómo ha de ser él solo bastante para esta importante empresa? Es preciso que á *Geodon* le ayuden unos hombres dignos de pelear con él, y á *Cayetano* es necesario que le ayuden unos hombres escogidos por la Providencia. El los encontrará pues. Una parte de los mas distinguidos ministros de la Italia por su nombre, ciencia y santidad, se sujetarán á sus leyes.

Bonifacio del Colle, tan noble de corazon como de origen, sabio y virtuoso, cortesano sin política, rico, caritativo, apóstol edificativo, y; en una palabra, hombre en quien concurrían todas las qualidades apreciables, y casi ningun defecto, fué uno de ellos.

Pablo, consejero aun mas conocido por su mérito que por su nacimiento: espíritu sólido y delicado, y corazon sensible y generoso, que parecia no tener ya mas progresos que hacer en el camino de la piedad, fué otro.

Juan Pedro Carafa, hombre para todos los estados, y de los mayores talentos y virtudes, que habia hecho brillar su prudencia en la corte, y amar su vigilancia, su caridad y su desinterés en el episcopado: ingenio vasto, profun-

(1) Galat. 4. 27.

fundo y delicado, delante del qual desaparecian todas las dificultades, y se convertian los obstáculos en medios útiles: espíritu brillante, y muy diestro para manejar las persuasivas armas de la eloqüencia: espíritu sólido, para quien las tinieblas de la Religion, eran rasgos de luz y de claridad: espíritu pacífico, que daba envidia con sus sucesos, y la desarmaba con su moderacion: tan respetado en España, como en Inglaterra é Italia: tan zeloso en su propia santificacion, como ardiente en procurar la de los demas, fué tambien otro de los que siguieron sus leyes.

Aprovechémonos, dice *Cayetano*, de estos hombres á quienes somete la Providencia, y del precioso instante que la gracia nos proporciona. Unanse, pues, á mí todos aquellos que se interesan por la Religion. Vamos, vamos á santificar el santuario y á renovarle. *Ascendamus nunc mundare sancta, et renovare* (1). Hablaba, y persuadía. El espíritu que le animaba se comunicaba á sus discípulos. ¿Empezais ya, hermanos míos, á distinguir la mano de Dios en la empresa de *Cayetano*?

¡Pero ah! ¡cuántos inesperados obstáculos vienen á retardar su execucion! Los cardenales y prelados estaban encargados de examinar el plan de la proyectada Congregacion. Al leerle se recreaban; pero si la idea les parecia admirable, juzgaban la execucion por imposible. La novedad que causaba en sus preocupados ánimos una orden de Clérigos Re-

D 4

gu-

(1) I. Machab. 4. 36.

gulares como esta, les hacia creer, que aunque podia merecer elogios, necesitaba precisamente su exámen de mucha reflexion. Muchas veces contradice la política las empresas que debia proteger.

¿De qué modo vencerá nuestro Fundador esta multitud de dificultades? Siendo firme, y siguiendo el orden de la Providencia. De esta suerte hará ver á los preocupados entendimientos, que aquel desinterés que parecia tan raro y singular, tiene por sus garantes á los mismos apóstoles. Les manifestará, que la alianza ó union del estado regular con la disciplina clerical, debe su origen á San Agustín, que dió de ello el primer exemplo en Hipona.

En vano les hablaba de este modo, porque las opiniones y tropiezos que habian encontrado San Francisco de Asis, y el de Paula en el establecimiento de su Orden, se le acrecentaban á *Cayetano* contra la fundacion de la suya. Pero la misma Providencia que sostenia al apóstol de Umbría, y al Taumaturgo de la Calabria, protegía tambien al Fundador de los Clérigos Regulares. Todo parecia que se conjuraba contra él; pero varió bien presto este modo de pensar. El Santo Obispo de Verona Giberto, expuso en una ocasion favorable aquel mismo plan que antes se habia recibido con tanto desagrado. Reflexionaron los Cardenales sobre él, y se admiraron. Exáminale el Papa, y le aplaude. Edificada Roma, vió perfeccionarse el proyecto. Aprobóse la orden, y se estableció. Este fué el triun-

trunfo de la Providencia. No puede atribuirse á otra cosa; pero aun se reconocerá mas bien en los admirables sucesos que coronarán al Héroe al mismo tiempo que á la obra. Consideradlo, incrédulos, consideradlo y confundios. *Ne dicas, non est Providentia.*

¡Dichoso el hombre que penetrado del amor de Dios, confia sus empresas al cuidado de la Providencia! Su posteridad se enriquecerá y llenará de gloria. Parecerá que los siglos no se suceden unos á otros, sino para eternizar su reputacion. Las potestades de la tierra protegerán las obras de su zelo. Su ministerio será milagroso. Desde lo interior de la espesa nube que cubrirá el tiempo en que viva, saldrá una resplandeciente luz que favorezca á todos los siglos futuros.

Este profético oráculo, va justamente á cumplirse en *Cayetano*. ¡Afortunado legislador! *Beatus vir* (1). El primer asilo que juntó al padre y á los hijos, fué un beneficio de la divina Providencia. Allí reproducian, como unos héroes christianos llenos de dulzura, la tierna imágen de los primeros apóstoles. Allí imponia, su siempre heróyca y recompensada pobreza, silencio á la malignidad de la censura, siendo tambien la apología sensible de su regla. Nada les falta en ella, como no sea la desinteresada esperanza de carecer de todo. Sentian tener muy pocas pruebas que sostener, y demasiadas liberalidades que rehusar. *Gloria et divitiæ in domo ejus* (2).

Des-

(1) Psalm. III. v. I.

(2) Ibid. v. 3.

Desde el principio de sus trabajos, florecia el culto, se reformaban las costumbres, se proscribía el vicio, se extirpaba la heregia, y salía la luz del centro de las tinieblas. *Exortum est in tenebris lumen* (1).

Pero ya le anuncian á nuestro Santo las promesas del cielo una proteccion poderosa en Venecia. Se encamina á ella, y toda la ciudad le recibe con respeto, y le emplea con utilidad. No se sabia, si se debian admirar mas bien los beneficios que la Providencia le concedia, ó los señalados servicios que este hacia á la nobleza, al pueblo y á la Iglesia.

Deseaba Nápoles, como Roma y Venecia, tener la distinguida fortuna de poseer al apóstol de la Italia, y á los herederos de su espíritu. Pero ¿cómo lo habia de conseguir si á cada paso se multiplicaban los inconvenientes? La Providencia los allanará. El mismo *Cayetano* veía aumentarse milagrosamente, tanto sus establecimientos como sus discípulos.

¡Qué discípulos! Vosotros que conocéis mejor que yo sus virtudes, y las sabeis imitar, vosotros delineareis el retrato de aquellos venerables hombres que le ayudaron á sobrellevar sus trabajos, ó que, despues de su muerte, perpetúan su espíritu. Vosotros nombrareis á un Marinon, zeloso defensor de la disciplina, admirable religioso, inimitable superior, y viva imágen de vuestras constituciones: á un Fuscarena, prodigio de la sabiduría y del desinterés: á un O impa, célebre por su reputacion y aun mucho más por sus virtudes: á un

(1) Psalm. III. v. 4.

Iscaim, modelo de piedad: á un Caraciolo, exemplo de penitencia: á un Osoira, victima de la caridad: á un Scupoli, cuyas obras deleytaban á San Francisco de Sales: á un Thomas, á quien la Iglesia piensa incluir entre el número de aquellos fieles á quienes se les da culto por su ciencia y santidad: á un Bernardino Escoto, habil jurisconsulto, teólogo profundo, versado en todas las lenguas, sabio en las negociaciones políticas, guia, amigo y confidente de los soberanos pontífices, y menospreciador de sus honores por su humildad: á un Pablo de Trezo, imitador de Bernardo en el retiro, de San Agustin en el episcopado, y muy ingenioso para mortificarse con una camisa de crin que le servia de silicio, y para ocultarla debaxo de la púrpura romana; y, en fin, nombraréis á un San Andres Avelino, propagador de la Congregacion, oráculo de los directores, pacificador de las turbulencias, mártir de la caridad, héroe de la perfeccion christiana, santo único en la Iglesia por la dificultosa mira que se habia propuesto de hacer cada dia nuevos progresos en la virtud, y santo, en fin, cuya conducta ha hecho ver, con la observacion de vuestras reglas, una viva y animada expresion del Evangelio.

No dirigió *Cayetano* á todos aquellos hombres ilustres: no todos han estudiado su espíritu desde el principio de su Congregacion á vista de sus exemplos; pero todos se han santificado baxo de sus leyes, y todos han concurrido á transmitir á la Iglesia sus virtudes y

sus

sus triunfos. *Potens in terrâ erit semen ejus* (1).

Obsérvese al santo Fundador en medio de los primeros cooperadores de su zelo. No es ménos padre que maestro suyo. Su espíritu es quien da movimiento á aquellos obreros evangélicos. A todas las partes del Universo hubiera querido suministrar apóstoles el santo ardor de su caridad. A todo el mundo llevaba en su corazon.

Ya se cumplirán sus deseos. Al cabo de algunos años, se establecerá sucesivamente su Congregacion en Italia, España, Portugal, Alemania, Polonia, y hasta en las Indias, con la ayuda de una Providencia protectora. No dexarán tampoco de venirse á establecer en Francia sus discípulos. En ella empezarán con trabajos, y se mantendrán con sucesos. En ellos tendrá la Iglesia Galicana directores iluminados, hábiles teólogos, comentadores fieles, é historiadores juiciosos. Unos anunciarán la verdad á los magistrados de la tierra, otros instruirán á los príncipes en el arte de reynar. ¿Quién de vosotros, hermanos míos, no se representará en esta ocasion á aquel pontífice (2), que, estando en la corte sin ser cortesano, se habia hecho tan digno de la confianza de su rey? Justísimamente se sintió su muerte por aquellos que aman á la Iglesia, á la probidad y á las buenas costumbres.

Perdonadme, pues, si cambio los tiempos.

Re-

(1) Psalm. III. v. 2.

(2) Juan Francisco Boyer, antiguo Obispo de Mirapois.

Referir los sucesos de *Cayetano* en su Congregacion, es hacer mencion de los del mismo Santo. Aun casi estuve para contar entre sus vastos y dilatados sucesos las inmortales empresas de San Ignacio. Uno y otro se conocian, se amaban y se respetaban. ¡Con cuánta facilidad se edificarian mutuamente por medio de los exemplos de obediencia y de humildad, haciéndose el uno discípulo del otro, y dividiendo entre ambos las interesantes funciones de su ministerio! Tú participarás *Cayetano*, tú mismo participarás del de Ignacio; pero no será individuo de tu Orden. Legislador por sí mismo, vendrá á ser el padre de una piadosa y sabia Compañía. Pero instituida en algun modo por el modelo de tu Congregacion, hará reverberar sobre ti los resplandecientes rayos de su gloria.

En efecto, *Cayetano* fué el primero que pensó en que la reforma de la Clerecia podia volver á la Iglesia su antiguo esplendor. Así lo pensaba, y de aquellas profundas reflexiones resultó el proyecto de hacer renacer en su Congregacion la regularidad de los primitivos tiempos. Si los santos Ignacio, Felipe Neri, Carlos Borromeo y Cesar de Bus, juntaron para despues de sus dias hombres y apóstoles defensores de la Iglesia: *Cayetano* será siempre mirado como el primer móvil de aquellas diversas congregaciones (1). El llevará de-

(1) La Congregacion de Clérigos Regulares Teatinos, aprobada en 1524. y la Orden de Clérigos Regulares de la Compañía de Jesus, confirmada en 1540.

delante de Dios por el transcurso de los tiempos el mérito de sus trabajos, de sus escritos, de sus sufrimientos y de sus triunfos. A este modo revivía San Juan en San Ireneo, y San Pablo en San Juan Crisóstomo. La Iglesia conserva la sucesion de los santos lo mismo que conservan las familias los vinculos de sus mayores. *Generatio rectorum benedicetur* (1).

A vista de esto ¿no podré yo igualmente contar entre los sucesos de *Cayetano* quantos bienes proporcionó á la Religión su discípulo Paulo IV. despues que llegó á ser la cabeza de la Iglesia? ¡O adorable Providencia! ¡Con quanta dicha reunes todas aquellas circunstancias! Los Clérigos Regulares perderán un verdadero padre en su fundador; pero hallarán otro en el soberano pontifice, su hermano, protector y amigo. Aquel será, quien, por medio de su discípulo, defenderá la verdad, restablecerá la disciplina, amendentará el error y llevará la luz de la fé hasta los parages mas retirados del mundo. Mientras que dure la memoria de Paulo IV. en los fastos de la Iglesia, durará la de *Cayetano* su maestro, su guia y su modelo. *In memoria aternâ erit justus* (2).

Aunque os le manifestase en esta ocasion mandando á los vientos, á la mar, á los rayos, á la muerte, y, en una palabra, á toda la naturaleza, no haria sino confirmar, por medio de una encadenacion de prodigios, la

(1) Psalm. III. v. 2.

(2) Psalm. III. v. 7.

la incontestable verdad de que es mirado por todas partes como el hombre y el héroe de la Providencia. No ignoro el poco crédito que concede á los hechos maravillosos la filosofia moderna. Pero por mas que diga la irreligion, tan temeraria en sus dudas como insensata en sus sistemas, lo cierto es, que nuestro Santo fué destinado por la divina Providencia para resucitar en su tiempo el espíritu de los apóstoles. Debía como éstos presentarse al mundo con aquella poderosa virtud que manda á la admiracion, y descubre los designios de Dios en los de su ministerio. Debía ser á un mismo tiempo el hombre de Dios y del pueblo. El hombre de Dios por sus milagros: el del pueblo por sus beneficios. Como hombre de Dios, es el consejero á quien consultan los soberanos pontifices para dar sus determinaciones; el modelo á quien imitan los varones apostólicos para que les sirva de norte en su carrera, y el oráculo á quien preguntan los sabios para convenirse en sus pareceres. Como hombre del pueblo, es la guia á quien buscan los pecadores para convertirse, el maestro que escogen los justos para perfeccionarse, y el santo en quien confia todo el mundo para aprender de él el dificultoso arte de vivir y el de morir bien, que todavia es mas difícil.

¡Quantos sucesos podria yo citar aun! En efecto, podria hacerlo de tres céebres establecimientos consagrados á la oracion, al zelo y á la penitencia, que deben á *Cayetano* su origen, sus leyes y su estabilidad; y del mismo

mo modo por lo que hace al fervor os podria citar á vista de la admirada Italia los Melanies y los Pablos del décimo sexto siglo. En nuestro Santo consultan un segundo San Gerónimo para arreglar su piedad y dirigir sus empresas. Sucesos en los cuales siempre se manifiesta una atenta misericordia á las necesidades de la Iglesia. ¡O incrédulos! No digais que no hay Providencia. *Ne dicas, non est Providentia.* La vocacion, los trabajos y los triunfos de *Cayetano*, demuestran palpablemente una Providencia que todo lo preside, y un Dios único, principio y fin de todas las cosas, al que la misma naturaleza reclama con eloqüencia.

Prueba muy sensible y reciente en las necesidades de la Iglesia; pero que aun no es menos en *Cayetano* por el eterno exemplo de fidelidad á la Providencia para edificacion de la Iglesia.

SEGUNDA PARTE.

No está universalmente establecido el rey-no de la incredulidad. Los milagros de la Providencia, aun sujetan ácia sí espíritus que reflexionan. Muchos creen y adoran en ella. ¡Pero ah! que muchas veces no son mas que unos discípulos rebeldes, inquietos, é ingratos á esta Providencia misma de quien ellos son adoradores humildes. Confundamos á estos falsos christianos con la conducta de *Cayetano*.

Este, pues, siempre estuvo sumiso á las órdenes, firme en los trabajos, y reconocido á los

los beneficios de la Providencia. Hasta aquí solo os he representado al legislador, ahora voy á manifestaros el santo.

Salid de la tierra en que nacisteis, decia el Eterno Padre al santo patriarca Abraham. *Dexad á aquellos á quienes estais unidos por los vínculos del parentesco. Venid adonde yo os enseñaré. Egre dere... veni (1)...* Escuchando Abraham la voz que le llamaba, mostró una absoluta sumision á la soberana voluntad del Señor. *Et in tentatione inventus est fidelis (2).*

Este magnifico elogio que conceden las sagradas Escrituras en honor del Padre de los creyentes, se le prodigan en todos los tiempos á vuestro Padre y Fundador *Cayetano*. Sí Señores. La Providencia exige de él semejantes sacrificios, y hace resplandecer en él igual fidelidad.

¿Le manda esta dexar la casa de sus padres para ir á las academias mas florecientes de la Europa en busca de sabios maestros que sean capaces de formar su espíritu y su coraton? *Egre dere.* Pues se transfirió á Padua, donde admira á los primeros ingenios del Mundo por la superioridad de sus talentos, y edifica á los hombres mas consumados en la práctica de la santidad por el heroísmo de sus virtudes. *Inventus est fidelis.*

La misma voz que le habia conducido á Padua le llamó tambien á Roma. Un corazon sumiso no se entrega jamas á sus propios deseos. Por

(1) Genes. 12. v. 1.

(2) Ecles. 44. v. 21.

Por aquel tiempo ocupaba Julio II. la Cátedra Apostólica. No llenaré el retrato de este Pontífice de colores desagradables como se cree susceptible. Algunas atrevidas y preocupadas plumas nos le han pintado disimulado, político y guerrero. Yo os le describiré mas fiel: zeloso por la Religion, firme en perseguir el vicio, protector de los buenos talentos y amigo del mérito. A mí no se me olvidará lo mucho que se debe á aquel príncipe de la Iglesia por mas que diga la preocupacion contra el enemigo de la Francia.

La Providencia llevó á la corte de éste príncipe á nuestro Santo. Anunciábale su reputacion, y su conducta hacia poner sobre él todas las miras y atenciones. Las mejores y mas lisonjeras dignidades, se ofrecieron á sus superiores talentos. Si desde luego condescendió con las órdenes soberanas, fué porque creía que en ello acertaba á cumplir con los designios del mismo Dios. Mas quando este Señor se le manifestó de diferente manera, la tomó tambien muy distinta en su modo de pensar. El aceptaba y desechara los honores quando el Cielo se lo ordenaba.

Subió Leon X. al trono de la Iglesia, y desde luego manifestó á *Cayetano* la estimacion y el cariño que le profesaba. Ninguna satisfaccion podia desear la ambicion que él no lograrse. Pero ¿qué es lo que vino á conseguir? Una ventaja mas gloriosa que los honores con que se le queria colmar. Logró la reputacion de un santo, que dueño de su fortuna y elevacion en Roma, trastornó por sí mis-

mismo el edificio en que se fundaba.

Digo en Roma, porque ya en Vicenza habia vencido la humildad de nuestro Santo los obstáculos que le oponia la erguida vanidad de su familia. La Congregacion de San Gerónimo reunia en Vicenza unos hombres, cuyo nombre era tan poco conocido como resplandeciente su piedad. Id *Cayetano*, id y cuidad de esa asociacion popular. *Veni*. En el servicio de Jesu-Christo no se conocen los honores sino las virtudes. El será el primero y único entre la nobleza, que no se avergonzará de tratar públicamente con aquellos hombres vulgares de la plebe. Algunos le sindicarán esta accion, pero él se rie de los vanos é ilusorios clamores. El respeto humano no impéra sobre un corazon que está entre las manos de la Providencia.

Impóngale ésta otros cuidados, é inmediatamente se verá como por obedecerla dexa aquel género de vida á que solamente le conduxo la obediencia. Dirigido este nuevo Pablo por otro Ananías, se encamina á Venecia para permanecer en la casa que allí habia mas fértil y brillante en ejercicios de virtud. *Inventus est fidelis*.

Experimentaba aquella poderosa república las mas horribles desgracias. Mas así como en otro tiempo hizo detener en Roma al soberbio Atila la dominante eloquencia de San Leon; así tambien consiguió *Cayetano*, por medio de sus eficaces oraciones, apaciguar aquella tempestad de desgracias en que gemia Venecia. Las virtudes que son las únicas armas con que peleaba contra el magnífico Soliman, eran otros tantos diques impenetrables que detenia-

en su precipitada carrera á aquel temible torrente que nada parecía bastaba para detenerle.

El hombre de la Providencia, es el ciudadano del Universo. Quando nuestro héroe era útil en Venecia se detenía y encerraba en ella; quando hacia falta en Verona se trasladaba tambien á aquella ciudad. Y ¿qué es lo que observa en ella? ¿qué? El que un zeloso Pontífice fué la víctima de su mismo zelo. El Obispo Giberto se habia declarado contra la desenfrenada licencia de la clerecía y del pueblo. Rebelde aquella, habia menospreciado sacrilegamente sus anathemas, y agitado, preocupado y seducido el pueblo, habia enarbolado el estandarte de la rebellion y de la discordia. Preséntase *Cayetano* en esta ocasion y toma el remedio á su cargo. Su palabra era, como la de Elías, un rayo de fuego que estremecía, hacia reflexionar, instruía á los entendimientos y cautivaba los corazones. Ni la ciudad de Nínive fué mas dichosamente mudada y convertida al oír á Jonas, que lo fué Verona al escuchar á nuestro Santo.

Este, pues, era un hombre que desempeñaba todos los ministerios. El sacrificio que hizo de todo al Señor, fué una perpetua victoria que consiguió sobre su corazon.

Yo discurro que quando hablo de las victorias que consiguió sobre su corazon, os acordareis de aquel dia en que resplandeció el triunfo de Carlos V. en Nápoles. Vuestra memoria os excitará la idea de aquellos trofeos fingidos por el ingenio, que ensalzaban la gloria del monarca, y que, por el clarín de la

fa-

fama, parecía contarse los muchos reyes que habia vencido, las provincias que habia conquistado, y las coronas que habia puesto y reunido sobre su cabeza. Mas ¿si diré yo lo que se me previene? *Cayetano* es el vencedor que me choca y me admira aun mucho mas que Carlos V. En el silencio del retiro, en el fervor de la oracion y en el ejercicio de la penitencia se demuestra. En vano se esfuerzan en persuadirle, que su reputacion ha llegado hasta la Corte de Carlos V. y que este príncipe protegería con sumo anhelo á una Congregacion que era tan útil á la Iglesia. La Providencia, decia él, me impone estas esenciales obligaciones, y por otra parte no me prescribe inútiles adornos. Respeto el favor de los potentados, pero no le busco. Id discípulos fieles, id á contemplar la gloria de vuestro maestro, que yo alabaré vuestro zelo. Pondré mis miras en la prosperidad de sus armas. Esta es mi vocacion: con ella me conformo.

A vista de esto, christianos oyentes, ¿qual de los dos os parece mas grande, el Monarca ó el Santo? Carlos V. con sus vastos y dilatados proyectos, parece que ofende á las disposiciones de la Providencia; pero *Cayetano* las respeta. El primero se emplea en formar el plan de una monarquía universal, y se alimenta con la vana idea de dar leyes á todo el mundo: el segundo, puesto al frente de una Congregacion de quien es el padre, se delecta en recibir leyes hasta de sus mismos discípulos. Aquel desea que las tímidas naciones obedezcan su voz: el cumplimiento de los deseos

E 3

de

de éste pende en la cautividad del yugo de su obediencia. La presuncion y vanidad siempre acompañan por lo regular al conquistador, así como el legislador va guiado por la sabiduría. El primero pone todo su conato en triunfar de sus enemigos: el segundo no cuenta otras victorias que las que consigue sobre sí mismo. Al uno se le teme, al otro se le admira. Carlos V. es el héroe del tiempo: *Cayetano* es el héroe de la eternidad. Héroe tan firme en los trabajos, como dócil á las órdenes de la Providencia y al exemplo de una total sumision, á quien sabe añadir el mérito de una confianza sin limites.

No nos figuremos, pues, al oír este nombre una Congregacion de ministros sin mas fondos que los de la Providencia. No por cierto. No manda el fundador á sus discípulos que renuncien aquellos bienes que la Iglesia y los Concilios permiten poseer á las demas órdenes; ademas de que, aun quando les hubiera sujetado á la dura ley de una pobreza tan rígida como se supone, hubiera hecho la Iglesia que se mudase, maxime habiendo sido dada en un siglo tan irreligioso como aquel. Siempre se debe confiar en la Providencia; pero jamás exáspersarla, ni precisarla, digámoslo así, á cosa alguna.

Nuestro Santo confió en ella en efecto. Pero ¿de que suerte? Esperando conseguirlo todo de ella, aun en las mas difíciles ocasiones. Llamo ocasiones difíciles ó peligrosas á aquellos combates que tuvo que sostener para defender el heroísmo de su desinterés contra los reiterados ataques de la prudencia humana.

El

El conde de Oppido, tomaba tanto cuidado por las cosas de *Cayetano*, quanto éste se descuidaba de ellas. ¡Quantas plausibles razones expuso aquel para determinarle á recibir una renta fixa, como único medio de dar á su órden una estabilidad y firmeza que bastase á triunfar de las vicisitudes del tiempo! Lo apagada que estaba la caridad, la miseria de los tiempos y las calamidades de la guerra, se pintaban con aquellos vivos colores capaces de seducir á un corazon menos firme que el de *Cayetano*. Pero á este nada le movía. Me parece que le oigo exclamar santamente transportado de indignacion, que la política humana solo influye sobre los humanos corazones; pero que la Religion le enseñaba lo mucho mejor que era poner su confianza en Dios que en los hombres. *Bonum est confidere in Domino, quam confidere in homine* (1).

Puede, tal vez, que la autoridad venza una virtud á quien no pudo alterar la amistad. Algunos religiosos, tan célebres por su mérito como por su virtud, hacian ver á nuestro Santo el uso y los exemplos á quienes, decian ellos, debía respetar y podia seguir. Mas ¿que les responde? Que si no hubiera Providencia podria aprovecharse de sus saludables y juiciosos consejos; pero que *la mano de Dios no se habia retirado* (2). Le replican, ¿que es menester distinguir á Nápoles de Venecia? Pues él responde, que el temor jamas debe entrar en un co-
ra-

(1) Psalm. 117. v. 8.

(2) Isaias 69. v. 1.

razon á quien anima la confianza, y que el mismo Dios es el de Venecia que el de Nápoles (1).

El que sabe resistirse á unas pruebas tan delicadas, ninguna cosa tiene que temer. Las sospechas y malicias del falso zelo, las murmuraciones de la envidia y la perfidia de la ingratitude, vaticinaban la pérdida de *Cayetano* y la ruina de su órden. Como sensible bienhechor de sus mas terribles enemigos, hará caer á sus pies aquella turba que intentaba destruirle, desarmando la inquieta rabia que le perseguia con una invencible paciencia, un perdon generoso y unos servicios constantes. Los que hizo tan apreciables á Venecia en tiempo de calamidad, permanecerán siempre grabados en los eternos monumentos del reconocimiento.

Mas ¡que fatal desdicha es la que se esparce por toda aquella desgraciada ciudad, en donde reynaba la paz, la opulencia y el luxu! Ya no era Venecia otra cosa que una triste mansion en donde hacia respirar el contagio un ayre corrompido. Con facilidad se comunicó é hizo sentir por todas partes este sutil veneno, y con él el temor, la destruccion y la muerte. Aquella ciudad, pues, tan rica y floreciente, perció á manos de su propia grandeza. El angel exterminador vertia por todas partes el vaso de la divina cólera. No habia parage que el rápido fuego no consumiera y destruyese. Solo se veían pálidos semblantes, ca-

(1) Vida de San Cayetano, por el Padre Bernardo, lib. 2. cap. 2.

cadáveres corrompidos, sepulcros que infestaban, y soledad horrible y afrentosa: Todo huía ó espiraba. El amigo no encontraba ya amigos con quien tratar: el padre abandonaba á los hijos. En donde empieza el peligro parece que las leyes se destruyen y aniquilan.

En aquellos peligrosos tiempos en que, por decirlo así, era negarse la subsistencia el entregarse á la voluntad agena, fué en los que el intrépido *Cayetano* confió los dias de su vida al cuidado de la Providencia. De este modo la hizo un noble sacrificio. El no cuidaba de su vida. Nada era bastante para impedirle la actividad de su zelo. Ni ¿quien le podria detener? ¿Seria acaso el peligro? Mas bien podremos decir que le detendria su poder, que su intrepidez le desanimase. ¿Si será la muerte? Nada menos que eso, porque mientras pudiesen vivir sus hermanos, se creia en morir sumamente dichoso. Quando se cuenta con Dios, solo se teme faltar á este Señor.

No le faltará *Cayetano* aun en las pruebas mas rigurosas que tiene que sufrir en Roma. ¡O Santo Dios! Y ¡que es lo que va á suceder! ¿Se renovarán acaso en la christiana Roma aquellos lamentables dias de horror y de carniceria con que la amenazaba San Juan quando ella era idólatra? He visto á una muger, decia aquel bienaventurado, cubierta con la sangre de los Santos (1). De repente vendrán sobre ella las plagas mas terribles, y la aniquilarán. Dentro de sí misma tiene la muerte. Una ham-

(1) Apoc. 17. 6. 18. 8. 17. 18.

hambre devoradora la desolará, y un fuego terrible consumirá las tristes reliquias de su antigua hermosura. En efecto, señores, se abre el abismo y toca á las puertas de su ruina. Con estas espantosas señales daba á entender el apóstol la destruccion de Roma baxo el imperio de Vespasiano, ó, lo que es lo mismo, dexabá percibir Clemente VII. el horrible asalto que Roma debía experimentar. Sí, en tiempo de éste Pontífice, de Carlos V, Fronsperg, Borbon: pero ¡quantas consideraciones me asaltan al citar estos famosos hombres! En efecto, se me representa aquel Papa desgraciado por su imprudencia; aquel terrible monarca despues de irritado; aquel famoso guerrero á quien protegía la heregía, porque le condenaba la Iglesia; y aquel príncipe infiel á su rey por descontento. A estas políticas causas atribuyen las historias los males y las desgracias de Roma.

Adelantóse ácia esta capital del mundo christiano una formidable armada. Parecía resonaba en el ayre el espantoso estrépito de una infinidad de rayos y exálaciones. Ya no era Roma señora de sí misma. Victorioso el enemigo, venció todos los obstáculos. En su precipitada é impetuosa fuga, rompió los diques, y salvó las murallas. Me parece que á vista del Vaticano se le muda en furor su ánimo valiente, formando de este modo arroyos de sangre. ¡O que aceros se emplearon en esta sangrienta empresa! ¡que fuegos, que incendios y que atenta dos se vieron! Destruídos y hechos ceniza los prodigios del arte; abiertos los templos

los á todos los delitos; entregados á las llamas los sagrados huesos y reliquias de los santos; hechos nuevamente hogueras y leñeros los sepulcros de los mártires, y las cenizas de los papas dispersadas y ultrajadas con la mayor ignominia. Nada, en fin, respetaba la impiedad. Jamas presentaron escena mas sangrienta los siglos de persecucion. Mas ¿por qué bárbara predileccion vinieron á caer sobre Cayetano todos los males que affligian á Roma? ¿Será porque no temió presentarse á los hereges entre el estruendo de las armas, y porque reprehendió con un vigor apostólico sus excesos del mismo modo que sus sacrilegios á los católicos? Puestos todos de acuerdo, le insultaban, le perseguian y le obligaban, por decirlo así, hasta en su mismo retiro. Para él se inventaron suplicios, cuyo rigor se habia escondido á la ingeniosa crueldad de Neron y Diocleciano. La paciencia y el sufrimiento del justo puede probarse de muchos modos, mas no se la puede abatir ni confundir. Un hombre, ó, por mejor decir, un monstruo de ingratitud á quien en muchas ocasiones habia colmado nuestro Santo de beneficios, penetró hasta el santuario, y puso sus sacrilegas manos sobre el santo apóstol. ¡O monstruo de la naturaleza! ¿Adonde te lleva tu temeridad? Detente. Respetá el santo templo. Teme á un Dios vengador y justiciero. En efecto, hermanos míos, Cayetano fué arrebatado del altar. Lleno de heridas, bañado en su propia sangre y cargado de prisiones, fué encerrado en un triste y obscuro calabozo. Pero os podeis consolar, porque
aun-

aunque su cuerpo sea sujeto y encadenado, está libre su corazón. Sufre y se contenta con padecer. Desde las tinieblas del sitio en que estaba encerrado, salieron aquellas maravillosas palabras que dieron á conocer á un mismo tiempo su seguridad, su alegría y su confianza: *Dominus regit me, et nihil mihi deerit* (1). El Señor es mi apoyo: con semejante defensor, nada tengo que temer ni ninguna cosa me puede faltar. Los suplicios que tienen los hombres son demasiado débiles é inútiles para hacerme caer de mi constancia. En Dios tengo toda mi esperanza, él será mi libertador. *Dominus regit me, et nihil mihi deerit*. ¿Se frustrará su confianza? No por cierto, porque sus obstáculos se vencerán, y una mano invisible encaminará sus pasos. Inaccesible á los interesados esfuerzos de sus perseguidores, engañará su esperanza. Las olas de la mar parecerá que se humillan y sosiegan á su vista, respetando dóciles los vientos su virtud. A vista de esto, no puedo menos de desentenderme de su firmeza, y poner mi única mira en su reconocimiento, que es lo que mas bien se percibe.

Este, pues, es eloqüente; por el fuego de sus expresiones pinta la vivacidad de sus sentimientos. También es activo, porque justifica por el ardor de su zelo la sinceridad de sus discursos. Y es perseverante, pues con una muerte heróyca corona sus sentimientos, sus obras y sus sacrificios. Todas estas preciosas qualidades se reconocian en su corazón.

Al

(1) Psalm. 22. v. 1.

Al oír decir estas expresiones: «Siempre emplearé mi lengua en celebrar la gloria del Señor. Jamas dexará mi reconocimiento de publicar en todo tiempo sus alabanzas. Siempre he puesto en él mi confianza, y siempre le he hallado fiel (1)», ¿quién será capaz de distinguir, si es David ó Cayetano el que habla? Uno y otro son los que lo hacen. David para defender á vista de Israel á un Dios lleno de bondad y siempre grande. Cayetano para defender á presencia de Italia una Providencia siempre atenta, cuidadosa y liberal. ¿Quántas veces hizo ver á los indiscretos censores de su desinterés los resplandecientes prodigios con que le recompensó? La Providencia es, les decía, quien me ha socorrido en Roma, protegido en Venecia y fixado en Nápoles. ¿Veis esta mar tan propensa á alborotarse? Pues la Providencia es quien me ha hecho evitar los escollos. ¿Observais á mis discípulos sin asilo? Pues ella es la que los ha recogido. ¿Se hallaban sin recurso? Pues ella les ha mantenido y alimentado. ¿He necesitado protectores? Pues ella me los ha proporcionado. ¿Apologistas? Ella me los ha dado. ¿Socorros? Ella me los ha proporcionado con prodigalidad. Y ¿habia de ser ingrato mi corazón? ¡Ah! permita Dios que perezca en el instante mismo en que quiera olvidarme de su propicia Providencia, que es á quien todo se lo debo. Como madre generosa, me ha sostenido y favorecido como á hijo querido: y así

(1) Psalm. 33. v. 1. y 2.

así como hijo reconocido la debo un amor sin límites, y una confianza sin medida. Jamas recibirá tantos homenajes y sacrificios de mi fidelidad, que iguallen á los infinitos beneficios que me ha prodigado su proteccion.

De este modo habla el reconocimiento; pero ¿cómo obra? *Cayetano* os lo va á enseñar. Ya que la Providencia le habia arrancado y libertado de los atentados de la heregía en Roma, debía, como por reconocimiento, declararse contra las empresas de esta depravada secta en Nápoles. Preparada con arte la seducción, corría como por canales imperceptibles (1). Aunque el Universo se admiró en otro tiempo al ver á Arriano, no advirtió Nápoles ménos sorprendida su próxima caída con el Luteranismo. Tres apóstoles de la mentira y del error se percibían en aquella desgraciada ciudad, que con sus discursos sorprendían y pervertían á las gentes baxo de una falsa piedad.

El primero sabia encantar por su dulzura; el segundo lograba seducir con su hipocresía, y el tercero procuraba cautivar con su eloqüencia. Juan Valdez hablaba con confianza á sus amigos en un aislado retiro. Pedro Mártir instruía á sus discípulos en una escuela autorizada, donde decidía con império. Bernardino Ochín reformaba las públicas costumbres desde la cátedra de la verdad, dogmatizando con audacia. El secular alteró el verdadero sentido de las Sagradas Escrituras; el

(1) *Mirabatur orbis se esse Arrianum. Hieron.*

Profesor corrompió la doctrina de la tradicion, y el predicador atacó á la autoridad de la Iglesia. El primero es un hombre digno del mayor castigo, porque enseña sin mision; el segundo es un hombre peligroso, porque engaña sin pudor, y el tercero un hombre despreciable, porque, sin ser virtuoso, enseña la virtud.

Los hereges que públicamente ostentan no querer serlo, se exploran y comunican secretamente entre sí. Con unas tramas sordas y ocultas intentaban arruinar á la Iglesia. Disponían con reflexion el sistema de su doctrina, y repartían con destreza las funciones de su apostolado. Mas, ¿cómo habian de poder ser suficientes sus concertadas precauciones contra el vigilante zelo de *Cayetano*? Este, pues, les observó cuidadosamente, y, por fortuna, los descubrió. ¡Con cuánto ardor hacia que se declarasen contra ellos la vigilancia, la autoridad, la ciencia y las excomuniones! Informó á Roma de todos estos peligros, é hizo que Nápoles se pusiese alerta, exhortando, combatiendo y escribiendo contra aquella depravada secta. Los emisarios de la profana novedad, solo experimentaban ya menosprecios, anatemas y suplicios. Huían llenos de vergüenza y de temor, é iban á llevar á los climas en donde reynaba la libertad, unos su odio contra la Iglesia, otros su furor contra *Cayetano*, y solo Ochín que antes era tan orgulloso, logró, despues de sus sentimientos, su arrepentimiento y su penitencia.

Despues de haber sido el apóstol de la Pro-

videncia, ¿qué es lo que le falta á *Cayetano* que ser sino su mártir? Así como el Doctor de la Grecia San Agustin se presentó en sus últimos dias en la ciudad de Hipona para consolarla en las aflicciones que la habian causado los Wandalos; así tambien apareció nuestro Héroe en Nápoles al fin de su carrera para remediar aquella ciudad, que era el teatro mas sangriento de una guerra civil.

Aunque fugitiva la heregia, dexó en ella, por no estar enteramente destruida, bastante semilla de discordia. En vano intenta la autoridad exterminarla con las temerarias amenazas de que, para asegurar la fé y mantener la sumision, estableceria é introduciría en aquella ciudad el tribunal de la Inquisicion; porqué reclamando la libertad sus derechos, logró que se coligasen los grandes, se armase el pueblo, y que cada uno de por sí fuese un verdadero soldado para defender sus intereses. El gobierno disimulaba desde luego por política; pero muy en breve tuvo que valerse de las órdenes, amenazas é indignacion del príncipe. Encendióse la guerra, diéronse los combates, y Nápoles vino á ser el sepulcro de muchos de sus habitantes, que fueron tristes víctimas de aquellos desórdenes.

Acude, pues, acude, ó glorioso *Cayetano*, como Angel de la Providencia, y protector y Apóstol de Nápoles, acude y une aquellos ánimos tan discordes y desavenidos. Háblales como profeta y como padre. Muéveles sus razones. Acostumbrado estás á enseñarles y doctrinarles. Pero ¡ah! en vano le dirijio estas

sú-

súplicas y estos ruegos. *Cayetano*:: Mas ¿si lo diré yo christianos? Semejante *Cayetano* al gran Sacerdote Elias, que no pudo vivir después que robaron el Arca, se sintió entrañablemente herido con la triste vista del espectáculo que le presentaba un pueblo á quien amaba; pero aun mucho mas quando reconoció que estaba en Nápoles la fé á punto de espirar, porque esta sola consideracion le hizo dar tambien á él sus últimos alientos. *Cecidit* (1). Sensible (aunque sin sentir sus propios males) á las imponderables desgracias y miserias que padecía aquella ciudad; agoviado de fatigas; consumido por la penitencia; arrebatado de la caridad, entre las manos de la Providencia; enmedio de sus consternados discípulos; sentido y llorado en la tierra, y digno merecedor del cielo; acabó sus trabajos y su vida. *Cecidit, et mortuus est.*

Si, hermanos míos, ya murió aquel hombre que era la prueba mas reciente y verdadera de la Providencia en las necesidades de la Iglesia. ¿Podrá acaso el incrédulo, si reflexiona sobre ella, permanecer todavía en su incredulidad? Yo lo dificulto. No háy ninguno que mas bien que *Cayetano* sea eterno exemplo de fidelidad á la Providencia, para edificación de la Iglesia. Aquellos christianos que se fian mejor en los hombres que en Dios, pueden aplicarse este instructivo exemplo para aprovecharse de él.

En este mismo dia en que celebramos no-

Tom. II.

F

80-

(1) I. Reg. 4. 18.

turas, usa un monarca idólatra, solo manifiestan los sentimientos de una fingida dulzura. Al propio tiempo que aquel príncipe anunciaba la paz á los pueblos que seguian sus leyes, estaba disponiendo que un hierro homicida vertiese la sangre de una nacion fiel, que componia parte de su mismo estado. El lenguaje de la política, es casi siempre engañoso y traidor.

Puestas estas expresiones de clemencia y de caridad en boca de un christiano Pontifice, causarán los sentimientos de una verdadera dulzura. Su lenguaje no es el de la política, sino el de la sinceridad. No señores, *San Francisco de Sales* no se produce con el mismo espíritu que Asuero: Yo he querido gobernar con dulzura á los pueblos que están sujetos á mi império. *Volui lenitate gubernare subiectos.* Sus discursos y escritos, son los mas fieles intérpretes de sus acciones y sentimientos. Sus sucesos, son las pruebas garantes de su dulzura: dulzura por cierto Evangélica, que confunde á un mismo tiempo al vicio y al error, que asegura triunfos á la verdad y á la piedad conquistas.

¡O victorioso encanto de la dulzura! ¡O virtud la mas atractiva de todas! ¡Cuán poderoso es vuestro império sobre el espíritu y el corazon de todos los hombres! Vos Señor: vos sois el que arreglais la conducta de *Francisco de Sales*, y haceis que con ella se cautiven los espíritus, é indemnice la verdad sus pérdidas: vos quien caracterizais su moral, y haceis que con ella se atraiga los corazones, y

re-

renazca la piedad de entre sus ruinas. En una palabra, *San Francisco de Sales* es el modelo de la dulzura, ya se le mire como Pontifice, Apóstol y Conquistador, ó ya como Escritor, Legislador y Santo.

Por la dulzura de su conducta hace triunfar la verdad. *Volui lenitate gubernare subiectos. Primer punto.*

Por la dulzura de su moral hace triunfar la piedad. *Ut optatâ cunctis mortalibus pace fruarentur. Punto segundo.*

Muchos rasgos, Señor (1), del elogio de *San Francisco de Sales*, pudiera aplicar con justa causa al vuestro. El brillo y la antigüedad del nombre, la sabiduría del gobierno, el espíritu de la dulzura y los sentimientos de piedad, os distinguen á proporcion de la celebridad que os han adquirido. Tal vez en el ingreso de este discurso notaréis un hecho que pueda hacer os al caso, como que interesa á la clerecía de la ilustre iglesia de donde sois la cabeza y el padre. Por lo que hace á vosotros, christianos oyentes, os debo advertir, que si entre el Santo de quien celebráis la gloria y el nuevo Borroméo que ha venido á ayudar os á ello, encontrais alguna aplicacion singular, lograis el fin á que se debe encaminar la reunion de los hombres de talento y de virtud en una funcion semejante á la de este dia.

PRI-

(1) El Cardenal de Choiseul.

PRIMERA PARTE.

La dulzura, segun *San Francisco de Sales*, es la virtud que con mas particularidad recomendó Jesu-Christo, tanto con sus palabras como con sus exemplos (1). Esta virtud es la perfeccion de la caridad. Ella es quien reprime los movimientos de la cólera, ahoga la semilla del odio, y detiene los atentados de la venganza; y ella, en fin, es quien aconseja la moderacion, la sabiduría y el perdón de las injurias. Contra la roca de su poderosa fuerza, baten y se destruyen las olas de las pasiones, las tempestades del mundo, y las armas del infierno. El hombre lleno de dulzura, cuenta, como el que está lleno de paciencia, tantas victorias como combates.

¿Es este que acabo de delinear el retrato y el elogio de la dulzura y de la conducta de *Francisco de Sales*? Sí señores. Por su carácter, su modo de gobernarse y sus sucesos, lo conoceréis. *Volui lenitate gubernare subjectos*. En su carácter se descubrirá un Santo que por su dulzura se esfuerza en persuadir á favor de la verdad, cuyos triunfos presagia. *Volui*. En su gobierno se reconocerá un Pontífice que por su dulzura sabe inspirar el amor á la verdad, facilitando los triunfos. *Gubernare*. En sus sucesos se admirará un héroe que por su dulzura, aun en medio de las mayores contradicciones, consigue añadir con-

(1) Introd. á la vid. dev. l. 3. c. 8.

quistas á la verdad, asegurándola los triunfos. *Subjectos*.

El carácter y distintivo de *Francisco de Sales* le constituye la dulzura; pero esta no nació con él. Es feliz fruto de los combates mas vivos, y de las reflexiones mas sabias. *Volui*.

Bien sé que desde el principio de sus dias fué el *Conde de Sales* favorecido del Señor con las bendiciones mas abundantes. Pero, ¿qué nombre ó qué título, puramente de vanidad, se me ha escapado de la boca? ¿El *Conde de Sales*? Este será, señores, el único honor que yo haga á su brillante nacimiento. No ignoro que las diversiones de su nifñez fueron unos edificativos preludios de su sacerdocio. Sé tambien que al abrigo de vuestros altares, ó Virgen santa, se atrevió á formar un propósito con el que hizo estremecer á la naturaleza. Pero entre tantos indicios de esta reciente santidad, no faltaron á *Francisco de Sales* pensamientos que reprimir, ni defectos que desarraigara. Tuvo una imaginacion viva, un espíritu ardiente, y una condicion irritante y difícil de sosegar. El mismo lo confesaba quando decia: *¿Es posible que en un momento de tiempo baya yo de perder esta dulzura que me ha costado mas de veinte años el adquirirla* (1)? Mas ¿qué es lo que digo? Despues de veinte años ¿procuraba adquirir la dulzura? Sí, hermanos míos. Esta apreciablesima qualidad, no fué en él obra de la naturaleza, sino de la gracia.

F 4

Así,

(1) Espíritu de San Francisco de Sales.

Así, pues, las actas que le proponen á la veneracion de los fieles, nos le representan desde luego como un Santo vencedor de sí mismo. *Sui victor* (1). ¿Vencedor de sí mismo? ¿Por qué? Porque sus primeros pasos ácia la dulzura fueron señalados por una perfecta sumision de su voluntad con la de Dios. Porque los progresos de esta virtud en su corazon exigieron de él una total destruccion del amor propio. Y, en una palabra, porque no hizo, por decirlo así, la conquista de la dulzura, sino por medio de la destruccion de todas las pasiones, y por la adquisicion de todas las virtudes.

Para convencéros me será suficiente recordaros la ocasion en que para *Francisco de Sales* se volvieron rigores los consuelos de la piedad, privaciones las gracias, y tinieblas la luz. En el Dios que adoraba, solo advertia un maestro ofendido, un padre sin ternura, y un juez sin misericordia. Le parecia oír aquella irrevocable sentencia que le condenaba para siempre á aborrecer á su Dios desde el infierno. ¡Terrible tentacion! Pero su fervor triunfará de ella. Señor, exclamaba impelido de un amor generoso, aunque vuestra justicia me condene á que os aborrezca por toda la eternidad, emplearé por lo ménos todos los dias de mi vida en amaros y serviros. Triunfando del infierno y de sí mismo con semejantes consideraciones, consiguió el hombre mas sensible y mas colérico de todos ser

el

(1) *Bulla Canonis S. Franc. Salesii.*

el mas dulce y mas amable.

No tardará mucho en seguirse á esta desesperada tentacion otra de placer y de consuelo. Es cierto que contra *Francisco de Sales* se inventaron quantos artificios pudo discurrir el ingenio seductor. ¡Quántos esfuerzos y diligencias hizo éste por quitarle el mérito y honor de resistirse á ellos! Mas aquellas poderosas armas con que se supieron defender los santos á quienes tentaba con los atractivos ataques de la luxuria, las empleó nuestro Santo con igual suceso contra las maniobras del soborno, habiendo salido despues de este incendio que acababa de apagar una llama pura y moderada que hizo brotar en su alma, naturalmente virtuosa, la preciosa semilla de la dulzura.

Esta dimanó en él del cumplimiento de quantas virtudes nos encarga la Religion, y fué ademas el fruto de quantas reflexiones nos inspira. ¡Quántos motivos de estos le suministró el triste estado de la Francia!

¡Que no se pudiera borrar de nuestros anales la negra historia de los frenéticos excesos con que siempre estarán manchados nuestros mayores! Figurémonos quanto puede la impiedad de la heregía, el fanatismo del falso zelo, la rivalidad de los poderosos, y el ódio de las facciones entre los destrozos de una guerra intestina, de quien la Religion es pretexto y la ambicion motivo. Los mismos furoros que baxo de los tumultuosos reynados de Francisco II y Carlos IX; aquellos furoros que pusieron á la monarquía á punto de perder-

derse, se renovaron justamente con una licencia aun mas desenfadada, tal vez, en el debilitado Reynado de Henrique III. Con el acero en una mano, y el incienso en otra, se manifestó aquel monstruo alimentado de la sangre y de la horrible carnicería que inhumanamente armaba el ciudadano contra el ciudadano, el amigo contra el amigo, el hermano contra el hermano, la Francia contra la Francia. En una palabra, figuraos el horroroso espectáculo que presentaría un reyno ensangrentado, asolado y consumido por ocho ejércitos, tan pronto deshechos como victoriosos, conquistadas y reconquistadas las ciudades, y aniquiladas las provincias por otros tantos tiranos quantos eran los señores que habia tenido. España, Inglaterra y Alemania se interesaban en el aumento de la discordia, y fueron muy hábiles y diestros para aprovecharse de las disensiones de la Francia, y reducirla al triste recurso de mendigar sus socorros para acabar con sus males.

Aun era joven *Francisco de Sales* quando paró la consideracion sobre esta universal desolacion de la Francia; pero sin embargo estaba ya capaz para reflexionar sobre ella. Sus consideraciones le encaminaron insensiblemente hasta el origen de las turbaciones, cuya espantosa pintura le sorprendió. Descubrió, pues, que aquellas revoluciones y desavenencias, dimanaban del alterado espíritu de la heregía; que así la potestad regia como la eclesiástica, habian reunido todo su zelo y poder para remediar tan fatales consecuencias;

cias; pero que lejos de conseguirlo y abatir el orgullo de aquellas insolentes y desbocadas tropas, solo sirvió para poner mas en claro la rebelion. A vista de esto concluyó diciendo, que si el Cielo le destinase para combatir y dar siempre contra la heregía, lo haría mas bien con la dulzura que con la fuerza, porque, como dice San Bernardo, no es ménos imposible agradar á los hombres sin la dulzura que á Dios sin fé (1).

Reflexiones sólidas por cierto: permitid, Señor, por medio de vuestra gracia, que acaben de perfeccionar en *Francisco de Sales* aquel carácter afable, civil, é insinuativo; aquel carácter siempre igual, indulgente sin cobardía, firme sin rigor, activo sin arrebataimiento ni impetuosidad, y, en fin, deseoso de hacer felices á todos aunque sea á costa de adquirirse muchos ingratos.

Id en buen-hora, Apóstol Santo, id en buen-hora adonde la Providencia os llama; id y medita la mision y encargo que os espera. *Intende* (2). No dudeis conseguir los mas rápidos y brillantes sucesos. *Prosperere procede*. Reynareis sobre el corazón de todos los hombres que tengan la dicha de conocerlos. *Et regna*. Así como otros no han podido ganarles sino por medio de la severidad, vos lo conseguireis por medio de la dulzura. *Propter mansuetudinem*. Ninguno es mas á propósito para ha-

(1) *Hominibus sine lenitate, non plus quam Deo sine fide placere possibile est.* Bern. Serm. 5. de Nativ.

(2) *Psalm. 44. v. 5. y 6.*

hacer triunfar la verdad que aquel que á la dulzura de su carácter añade la del gobierno. *Volui lenitate gubernare.*

Esta, pues, no es ménos de desear en los Pontífices de la Iglesia que en los Reyes de la tierra, con la diferencia, de que estos estan obligados á obrar como señores sobre los intereses de su império, y aquellos á obrar como padres sobre los de la Religion. Así unos como otros se ven precisados algunas veces á declararse contra el vicio, el escándalo y la rebelion; pero todos deben hacer conocer, que aun en el caso de que se vean precisados por rason de su destino y superioridad á castigar á los delinquentes, les es sumamente sensible á su corazon el no poder perdonarles.

Jamas hubo Pontífice alguno que tuviese tanta necesidad de esta dulzura en el gobierno como *Francisco de Sales*. En efecto. ¡Cuán dificultoso es inspirar el amor á la verdad en los preocupados hombres que la aborrecen!

¿Habeis acaso formado alguna vez una justa idea del árido campo, cuya cultura se confió á los cuidados de nuestro Santo? Génova:: Sí: esa nueva Babilonia que acabo de nombrar, centro, sólio y amparo de una fugitiva y rebelde heregía, tan terrible y abominable que disputa á los santos su culto, al Purgatorio su existencia, á los Sacramentos su virtud, á la fé sus dogmas, á la tradicion su autoridad, á la gracia su dulzura, al hombre su libertad, y á la Iglesia sus anatemas y sus derechos. ¡O Génova! En tí es en donde como dentro de una inexpugnable fortaleza exer-

exercia el Calvinismo, ya hacia medio siglo, su furor, despotismo y tiranía. En vano aquel desgraciado clima por la naturaleza, presentaba únicamente á la delicadeza humana lugares y motivos de horror y de espanto. Lo cierto es que lisongeó á la heregía, y la pareció el pais mas á propósito para asegurar su império. Desde lo alto de las montañas que la dividian y rodeaban, formaba el Calvinismo la independendencia, se acrecentaba con los bandos y partidos que tomaba, se fortificaba con las guerras, se sostenia con los poderosos que tomaban interés en turbar el reposo de la Europa, y, en una palabra, los sequaces de la heregía amenazaban con audacia al estado, á la Iglesia y á la Religion. Hoy coronados con la victoria, y mañana abandonados con su pérdida; muchas veces debilitados, y jamas abatidos; demasiado políticos para componerse, y muy poderosos para rendirse, y, en fin, unos hombres, que quando debian temer se hacian temer y respetar. Por todas partes se advertian templos destruidos, altares derribados, profanados los divinos misterios, vertida la sangre de los apóstoles, y por último, hasta sus recientes cenizas, como que pedian al cielo un defensor que las librara de males tan terribles.

En efecto, preséntase *Francisco de Sales* con este encargo, y lo mismo fué dexarse ver, que estremecerse con su presencia los enemigos de la verdad, y, por mejor decir, verse obligados á aplaudir sus pacíficas demostraciones. El arte delicado de descargar el golpe

pe con suceso, consiste en prepararle con dulzura.

Tal vez no hubiera sido esta tan necesaria en nuestro Santo en una Diócesis ménos tempestuosa y alborotada. Su ciencia y desinterés hubieran sido suficientes para acelerar sus sucesos. Su ciencia, porque habia merecido la aceptación de Genebrardo, Maldonat, Pessevin, Pancirota, Baronio, Belarmino y Clemente VIII. Instruido este Pontífice de los primeros combates que habia presentado á la heregía, y testigo de su erudicion, le tituló el Apóstol de la Saboya, y le elevó á la silla Episcopal de Génova. Ya hace tiempo, le decia, que como una fuente inagotable extendéis por vuestra patria las aguas saludables de la verdad, mudando su esterilidad en riquezas. *Deriventur fontes tui foras, et in plateis aquas tuas divide* (1). Su desinterés, porque colocado por la divina Providencia en una dilatada, aunque poco opulenta diócesis, le prefirió constantemente á las mas brillantes dignidades, con que le honraron Leon XI, Henrique el Grande, el Duque de Saboya, la Princesa del Piamonte y el Cardenal de Retz. Mas tanto su ciencia como su desinterés, no daban á entender que le hubiese encargado el cielo el gobierno de un pueblo semejante, porque por una ciega preocupacion de este injusto rebaño, se creía siempre á este Pontífice de la Iglesia con demasiada riqueza para ser un sucesor de los apóstoles.

(1) Prov. 5. 16.

¿Quál, pues, era, ya que no la eloqüencia y los exemplos, el encanto mas poderoso de que se valia *Francisco de Sales* para reconciliar con la verdad á los hombres que huían de ella? La dulzura de su gobierno.

¡Ah! ¡si la rapidez de vuestra imaginacion pudiera seguirle por los diversos parages que ha regado con sus sudores y trabajos, y por las escarpadas montañas que ha atravesado, veriais como solo á él parecia que habian sido accesibles, transitando por medio de las nieves que cubrian los precipicios, sin ayuda, guia, ni socorro alguno, causando admiracion el verle quando, sin otro auxilio ni apoyo que el de su confianza, se presentó á su pueblo rebelde, entrando en la capital enseñando á la juventud, y conversando con el perverso Novador! Su insinuativa dulzura se abria camino en los corazones á quienes la preocupacion parecia haber cerrado contra su clase y estado.

Desde luego se descubrió esta dulzura en los sínodos que convocó. Por sus discursos y exemplos inspiró en ellos el verdadero espíritu del Sacerdocio en los ministros de la confesion. ¡O hermanos míos, les decia, á quienes miro en particular como á un otro yo mismo! Huid, huid de esas delicias criminales que adormecen á los pecadores en sus desarreglos; atrevéos á decirles quanto pueda contribuir á su conversion; pero manifestadles con una paciencia indecible el deplorable estado de su alma, y el peligro de una condenacion eterna que les amenaza. Quando se descubre un

un verdadero zelo á nadie desagrada. Jamas os olvideis de que sois padres para no dexar de ser jueces.

La dulzura de *Francisco de Sales* que tanto resplandecia en los sinodos que congregaba, no se manifestó ménos en los reglamentos que estableció. Reglamentos que sirvieron para ofrecer en su palacio la imagen de la edificación y de la concordia, que intentaba introducir en todas las partes de su diócesis. Yo me deleyto al considerarle por una parte entre la eleccion de sus sacerdotes y levitas, y por otra entre los fieles dependientes de su casa. A la frente de aquellos ordenó los famosos asilos en donde Antonio y Benito vivian en medio de sus discípulos, pobres, solitarios, penitentes y dichosos: estos disponian entre sí y trataban los secretos de su conciencia, reprehendiéndoles él sus defectos con una dulzura encantadora. Si se reflexionára sobre su ternura y bondad, se creeria fácilmente que no habia ninguna diferencia entre él que manda y los que obedecen: por el respeto que le tenían, se conocia únicamente que era su dueño y superior: Reglamentos hechos con el fin de no colocar en el santuario, sino á los hombres recomendables por su sabiduría y por sus costumbres. Persuadido á que la ignorancia de la clerecía y su desarreglo, es la fuente y origen fatal de las desgracias que asolan y destruyen á la Iglesia, ordenó que en un congreso de hombres ilustres, se disputasen los talentos y las virtudes, con una noble emulacion, las gracias que él dispensaba. No era

su voto el decisivo entre el de los demas. La pluralidad, despues de un prolixo exámen de los concurrentes, era la que colocaba la corona sobre las sienes del vencedor, y la que le conducia, como en triunfo, al honroso destino que concede la equidad al mérito.

Quando se gobierna á los hombres con un espíritu de dulzura, todo contribuye á facilitar el triunfo de la verdad, y á hacerla amable hasta de sus mismos enemigos. Yo empecé á amar á San Ambrosio, decia San Agustín, porque observé en este Pontífice un hombre lleno de bondad y de dulzura para mí. *Eum amare cepimus, tamquam hominem benignum in nos* (1).

¿Se verán obligados los discípulos de Calvino á dar un testimonio semejante de *Francisco de Sales*? Sí: me parece que les oygo decir: Ya hemos empezado á amarle, y á amar á la Religion que enseña: *eum amare cepimus*, porque le hemos visto ser amigo de los pobres, distinguiendo con acierto la miseria real y efectiva de la fingida, y advirtiendo causas y motivos que tal vez se avergonzaría uno al referirlas. Nosotros le vimos en tiempo de pública calamidad dedicarse enteramente á la salvacion y remedio de su rebaño, disipar con sus eficaces oraciones la llama destructora, y renovar en la diócesis de Génova el mismo espectáculo que San Carlos Borromeo habia hecho ver en la de Milan.

Eum amare cepimus. Le hemos empezado á amar,

Tom. II.

G

amar,

(1) *Aug. de S. Amb.*

amar, por haberle visto suspender sus trabajos evangélicos, y encerrado en Anecy, sitiado por el Duque de Namur, sobrellevar las desgracias de su pueblo, y, con la dulzura de su eloquencia, obligar á este príncipe, así como en otro tiempo lo hizo San Leon con el fiero Atila, á llevar á otros países sus armas y pretensiones.

Eum amare cepimus (1). Hemos principiado á amarle, porque hemos sido testigos de que *el solo ha sido para todos*. Su diferente religion no le ha impedido emplear todo su cuidado ácia nosotros. Al mismo tiempo que se declaraba con indecible firmeza contra nuestros errores, nos colmaba de beneficios, y nos cautivaba por medio de su bondad. Atento á nuestras quejas, y sensible á nuestras desgracias, le vimos prestarse á todo y disputar sin acrimonia, persuadiéndonos por la dulce uncion de sus palabras y haciéndonos ver, que no combatía ni disputaba contra nuestro modo de pensar, sino por la salvacion de nuestras almas. *Eum amare cepimus, tamquam hominem benignum in nos.*

¡Pero ah! que muchas veces empieza uno con facilidad á amar la verdad, y es poco generoso para abrazarla. *Francisco de Sales* podía muy bien, por la dulzura de su gobierno, conciliar los espíritus y facilitar sus triunfos. *Gubernare*. Pero la gloria de ganar los corazones y la de aumentar sus conquistas, aun en medio de aquellas contradicciones, solo se debe á su dulzura. *Subjectos.*

El

(1) *Orat. S. Franc. Sales Brev. Rom. & Paris.*

El meditar la ruina de la heregía ha de ser sin acarrear el odio de sus secuaces, porque de lo contrario el primer paso de estos es el de la venganza. Yo no me detendré con la fastidiosa relacion de los proyectos homicidas que tramaba el Calvinismo contra nuestro Santo. Los lazos y conjuraciones que tramaban contra él, y hasta el veneno de que usaron, todo servia para aumentar su rabia y su furor. A la heregía nada la cuesta cometer delitos. La humanidad no tiene derecho alguno sobre ella, respecto de que se alimenta con el detestable placer de perder á sus enemigos.

Aunque estaba *Francisco de Sales* acometido continuamente de semejantes tempestades, ¿quanta era su tranquilidad? Os lo demostraré solamente con un exemplo. Impuesto de los bárbaros designios del error, parte inmediatamente á Génova, y le insulta hasta sobre el mismo trono de su dominacion. La tímida prudencia de la carne y de la sangre, discurría que caerían sobre él mil daños y peligros, de quienes se burlaba. *No*, respondia él, *yo no temo peligro alguno quando se trata de la gloria de Dios* (1). Mi obligacion es mi regla y mi única guia. Yo seré felicísimo si me sacrifico en su observancia por el discurso de mi vida.

Pero la reputacion es un bien aun mas precioso que la misma vida. No hablo yo de aquella fama estéril que varía segun quiere la preocupacion y el interés; hablo sí de aquella reputacion sólida que merece todos nuestros cui-

G 2

(1) Espíritu de San Francisco de Sales.

dados y desvelos, y es otro tanto mas fácil el perderla, quanto esencial el conservarla y defenderla contra las asechanzas de la calumnia. Esta, pues, vomitó sobre *Francisco de Sales* todo su veneno y ponzoña. En la corte de Roma le acusó de que por su indolencia y floxedad favorecia las empresas del error. En la de Francia le hacia responsable del criminal designio de renovar la conspiracion del Mariscal de Biron; y en la de Saboya intentaba hacer creer, que caminaba de inteligencia con los enemigos del Príncipe y del Estado. Y ¿qué es lo que opondrá contra las siniestras intenciones de sus artificiosos calumniadores? La inocencia, su dulzura y sus beneficios. Como defendía la causa de Dios, estaba muy confiado en este Señor, y así no hizo hablar al Soberano Pontífice para justificarse, sino solo á sus obras. Su candor é ingenuidad, fué la única defensa que presentó para apear á Henrique IV. de las preocupaciones que le habian inspirado. Solamente su presencia llegó á ser su apología quando se dexó ver al Duque de Saboya.

El hombre lleno de dulzura, como dice San Gregorio Nacianceno (1), será destrozado por la calumnia: mas ¿cómo la vencerá? Callando. *Silebit*. Intentará tambien llenarle de oprobios; pero se vengará perdonándolos. *Parcet*. A estos preciosos rasgos no es menester añadir otra cosa que el nombre de *Francisco de Sales*; porque él solo forma la pintura del singular quadro de su conducta.

En

(1) Gregor. Nacianc.

En efecto, hermanos míos, como conducta digna de un héroe christiano ¿quantas milagrosas mudanzas y variaciones se experimentaron mediante su zelo? Ahora empezaré la serie de sus acontecimientos, y os desengañaréis. Cesaban los obstáculos y se aumentaban los sucesos, logrando tantas conquistas quantas emprendia. ¡Admirable revolucion y trastorno! Casi no contaba Thonon en el recinto de sus muros ocho hijos que se sujetasen y obedeciesen á la Iglesia: mas apenas se dexó ver nuestro Santo, quando ya se contaban en aquella ciudad casi tantos discípulos como habitantes: ¡O Gex! ¡O Chablais! Decidlo: decidlo vosotras que, como experimentásteis en vosotras mismas esta verdad, podeis hablar mejor que yo. Por todas partes se disipaban las tempestades, brillaba la verdad y decaía la heregia. Nada se resistía al Apóstol de la dulzura. ¡Ah! ¡quanto mayor es el império que esta tiene para mandar sobre los espíritus que no la autoridad!

De aquí dimana el magnífico testimonio que le dió el sabio Cardenal du Perron. ¿Quiere algun herege, decia este Purpurado, desengañarse de su error? Pues venga á mí, que yo me atrevo á convencerle. Pero si quiere convertirse, es necesario que se encamine al Obispo de Génova. ¡Excelente prueba por cierto, pero justa y equitativa! Porque el Cardenal du Perron como de ingenio vasto, delicado y conseqüente, admiraba, atraía y sujetaba; y *Francisco de Sales* como de un espíritu dulce, insinuativo y pacífico, encantaba, atraía y aseguraba. El primero mostraba la flaqueza del error:

el segundo inspiraba el aborrecimiento y disgusto ácia él. El uno quita á la heregia el poder que tiene para defenderse: el otro quita á los hereges la voluntad para que no lo hagan. Du Perron tenia la felicidad de instruir y desengañar á los entendimientos alucinados, haciéndoles conocer la verdad: *Francisco de Sales* la hacia abrazar y profesar, teniendo aun mucho mayor y mas feliz talento y disposición para cautivar los corazones.

¿Quereis ver un precioso exemplo de aquel absoluto imperio que gozaba su victoriosa dulzura sobre todos los corazones? Bien os acordareis, que uno de los mas famosos guerreros de quantos produjo el Reynado de Henrique el Grande, debió á nuestro héroe el haberse vuelto á la verdadera fe de sus padres. El Condesable de Lesdiguières protegía el error con su autoridad y le animaba con sus exemplos: pero lo mismo fué oír á nuestro Santo que convertirse. Para vengarse la heregia del indigno modo que la es tan propio, se empeñaba en atribuir al interés y á la política una mudanza y variacion que la cubria de deshonra y de vergüenza: siempre habrá una infinidad de testigos que citar contra el error, y se podrá probar, que movido de la dulzura de *Francisco de Sales* se propuso y sujetó Ledisguieres, aunque despues de convencido, á seguir la verdad, profesándola sin fingimiento, y defendiéndola, por su resplandeciente fidelidad, de su criminal y detestable rebeldia. Pero esta le ofrecé á nuestro Héroe nuevos combates y victorias. ¿Si me atreveré yo á referirlas?

A la frente de sus Prelados tenia por entonces Génova un hombre, que durante la vida de Calvino, habia sobrellevado con él su autoridad, reuniéndola toda solamente en sí despues de la muerte de este pérvido hombre. Aquel fué Teodoro de Beza, ingenio adornado de quantos excelentes conocimientos presta la literatura, de quantas sutiles ideas suministra la filosofía, y de quantos profundos razonamientos presenta la teología; pero al mismo tiempo de genio inquieto, ardiente, indócil y malicioso, acostumbrado á producirse engañosa y erroneamente baxo de un supuesto colorido, y á defender sus paradojas con sofismas artificiosamente dispuestos: ingenio político y consumado en el arte de aparentar solidez con un lenguaje el mas superficial: ingenio blando, suave y atractivo, aunque vano y presuntuoso, adherido al error mas bien por flaqueza que por convencimiento. Tal vez puede que tuviese ménos partidarios la heregia, sino patrocinara tanto á los vicios.

Clemente VIII., pues, encargó á *Francisco de Sales* la delicada empresa de la conversion de este ministro. ¿Pensaréis acaso vosotros que se valió aquel Santo del persuasivo lenguaje de la sabiduría humana para atacar á su peligroso y nocivo adversario? Pues nada menos que eso: el modo de introducirse, fué el de tomar un nombre fingido. Desde luego se propuso ocultar su ciencia y su elevado carácter y destino. De este modo hizo resplandecer la verdad aun quando parecia que sólo intentaba descubrirla. Suponia dudas para ha-

cerle dudar: de tal suerte, que Beza se vió convencido y admirado á un mismo tiempo, y sin embargo se resistía. Bien quisiera dexar sus errores, pero se lo impedía la adhesion que tenia al partido de quien era el gefe, el alma y la cabeza. El los hubiera abandonado, pero un lazo tan fuerte como el del interés y la vanidad le tenia cautivo. La mucha edad aun no habia extinguido en él el fuego criminal que le consumia. El espíritu habia cedido, mas el corazon permanecia infiel. La dulzura de *Francisco de Sales*, no podia lograr de aquel desenfrenado ministro, sino la confesion de sus extravíos, sin conseguir el que los abjurase. ¡O hombres desgraciados y entregados á la heregía! Advertid por este memorable exemplo las muchas veces que os obstinais en sistemas y errores que hasta vuestros mismos cabezas y superiores os desapruedian y envilecen.

Reparad vosotros, hermanos míos, con quantos nuevos sucesos satisface el cielo á nuestro Santo la importante conquista que su zelo y amor no ha podido conseguir. El le indemnizó por medio de la conversion que hizo de un famoso ministro para que diese de este modo á la fe y á la verdad un apóstol y un mártir. Le indemnizó de aquella pérdida con la conversion del Barón de Avuli, que era uno de los cabezas mas famosos del Calvinismo en Chablais, y despues llegó á ser allí mismo el mas zeloso protector de la fé católica. Le indemnizó con la conversion de la Condesa de Perdreuille, cuya famosa muger, valida del crédito que tenia en la corte de Francia, apo-

ya-

yaba y defendia á los Calvinistas, y separaba de nuestra creencia con sus consejos á una multitud de aquellas personas que con facilidad se tuercen y apartan del camino de la verdad.

¡O, y quan poderoso es el zelo de un hombre que no hace consistir el império que establece sobre los demas, sino en los atractivos encantos de la dulzura! *Cujus imperium mansuetudo*. En esta dulzura, pues, es en la que consistió que *Francisco de Sales* fuera Pontífice, Conquistador y Santo, porque tuvo todo el mérito que corresponde á esta virtud, sin que hubiese en ella ningun defecto que la hiciese degenerar en vicio. Siempre ha sido ella afable é indulgente: jamas tímida ni cobarde. Ha sabido sostener sus derechos y perdonar las ofensas, cediendo por prudencia, y resistiendo con dignidad. El mismo Pontífice solia decir: *Señor, si me condenais, que sea mas bien por demasiada dulzura que severidad* (1): Atreviéndose tambien muchas veces á exclamar delante del Magistrado de Thonon: jamas me quitarás que defienda los intereses de la Iglesia, y si para esto necesitase valerme de las anatemas, lo haré. La verdadera dulzura es semejante á la gracia, pues sabe tomar diferentes formas para hacer triunfar á la fe y á la verdad.

Mas ¿qué puede esta sobre los espíritus sino reyna la piedad en los corazones? No basta enseñar á los hombres á que no se extravíen,

CS

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales.*

es menester enseñarles el modo de salvarse. Para trabajar á un mismo tiempo sobre la conversi6n y la salvacion de las criaturas, juntaba el Obispo de Génova á la dulzura de su conducta la de su moral. Por la dulzura de su conducta, hacia triunfar la verdad. *Volui lenitate gubernare subjectos.* Por la dulzura de su moral, hacia triunfar la piedad. *Ut optatâ cunctis mortalibus pace fruerentur.*

SEGUNDA PARTE.

No hay que esperar de que por medio de una moral austera, aspera y menospreciadora se puedan atraer á la piedad á aquellos hombres pervertidos que se apartan de ella. A la virtud no se la manda con império, sólo se la persuade con suavidad. ¿Quién será, pues, el ministro, que por la sabiduria de sus máximas afirme el império de la piedad contra las revoluciones del tiempo y la inconstancia de los hombres? Este sería el único que formado sobre los exemplos de Jesu-Christo pudiera decir: Aprended de mí que soy dulce; amable mi yugo, y ligera mi carga. *Discite á me, quia mitis sum.*

No era extraño este language en la boca de *Francisco de Sales*: no hermanos míos, porque por la dulzura y suavidad de su moral, hacia que la piedad triunfase. *Lenitate.* Por ella era su mas persuasivo Apóstol; su panegirista mas útil, y su mas dichoso propagador. Como apóstol de la piedad, conseguia el fruto de la paz en medio de las mayores turbulencias.

ciás. *Optatâ pacè.* Como su panegirista, lograba introducir en todos los estados el verdadero espíritu del christianismo. *Cunctis mortalibus.* Y como su propagador, fué el fruto de sus constituciones el de perpetuar la perfeccion evangélica en todos tiempos. *Ut fruerentur.*

Yo no quiero considerar por lo tocante á la fe el siglo en que vivió, sino por lo perteneciente á las costumbres. ¡Que diluvio de males aquel! La liviandad y el desenfreno reynaba en las cortes, la ambicion dominaba en el Santuario, el interés presidia en los tribunales de justicia, la supersticion estaba muy acreditada entre el pueblo, y, en fin, el estar permitidos los desafios, ley tal vez tan perjudicial á la virtud como á la novedad de las opiniones, favorecia y patrocinaba los mas detestables excesos. Ignorada de unos la piedad, y desfigurada por otros, estaba casi generalmente abandonada. Sin embargo de que en otro tiempo abrasaba con su sagrado fuego todos los corazones, no despedia en este mas que débiles centellas. Hasta ent6nces habia contado muchos héroes, y apenas la quedaban ya discípulos.

En este licencioso y desarreglado tiempo, se apareció *Francisco de Sales* para defender la piedad, é indemnizarla de sus pérdidas; pero logró por medio de la dulzura de su moral, restituirla todo el resplandor y brillantez que tenia en los siglos de Constantino y de Carlo Magno. Decidnoslo vosotras, famosas ciudades de Paris; Dijon, Grenoble, Chambery, Leon y Bálley; decidnoslo vosotras, que fuisteis su-

cesivos teatros de su eloqüencia, ¿con quanta dulzura y firmeza hizo ver á los hijos de la Iglesia, que no les basta profesar la verdad sino la honran tambien por medio de sus exemplos? Hasta esas Cátedras Evangélicas, desde donde hoy se dexan oír sus elogios, nos estan diciendo el modo que tenia de aplicar el yerro á las llagas mas profundas. Jamás era destructor, sino siempre saludable; pintaba el vicio, y le hacia aborrecer y detestar, describia la obligacion y la hacia amar, y, en una palabra, ensalzaba la piedad y hacia que se practicase.

Pero ¿qual es la verdad que se propuso persuadir y defender? Aquella misma á quien el error procuraba destruir: la devocion ácia María Santísima, cuya virtud mira el error como un abuso: la piedad respectiva al Sacramento de la Eucaristía, á quien el mismo error condena como idolatría, y, en fin, la piedad ácia otros varios é interesantes motivos, que supo descubrir de tal modo con su persuasiva eloqüencia que cautivó en el Delfinado la atencion del Senado, y se atraxo toda la nobleza de Borgofña, haciendo derramar lágrimas de compuncion y ternura á las Duquesas de Mecœur y de Longueville en la capital de la Francia, y produciendo gran mudanza y trastorno en Belley, que era de lo que ya habia desesperanzado el piadoso Pedro Camus, Obispo de esta ciudad.

¡Quan diferente era el ingenio de estos dos ilustres amigos! Todas las riquezas de la imaginacion, no le servían al Obispo de Belley mas que para alucinarse y confundirse; pero

en

en las del de Génova se conocia la madurez y reflexion con que trabajaba. El primero se entregaba al entusiasmo de una rápida eloqüencia: en el segundo se advertia, que la que usaba, tenia un precioso maridage de fuerza y de dulzura. El uno parecia un relámpago, pues mostraba el fuego y la severidad de Elías: el otro se hacia amable, porque representaba la prudencia y la bondad de Eliseo, Aquel, rápido y penetrativo, á fuerza de sembrar flores aunque sin recoger frutos: este moderado y tranquilo, logrando, aunque sin una composicion tan ajustada al arte, dexar estampados en los ojos la impresion que hacia en los corazones. En una palabra, Pedro Camus dexaba á los hombres con sus mismos vicios y costumbres: *Francisco de Sales*, lograba corregir-seles y desarraigárseles: *Valebat summá, & efficacissimá dicendi forma* (1).

Así lo hacia en todas las ciudades á donde su zelo le encaminaba, espantando hasta de la vista del trono las inquietudes y turbaciones que combatía y destruía sin temor; pero jamás lo hizo en ninguna parte con tanta fuerza y eficacia como en la corte de Henrique el Grande.

En esta, pues, donde prevalecia el deseo por la guerra y la política, contaba por suyos la luxuria y la liviandad mas partidarios y discípulos que los que la piedad tenia: apartado el error del trono, pedia mas bien la reserva de sus amenazas, para que no se renovasen las sangrientas escenas de los anteriores reynados

(1) *Bulla Canonis XXVII.*

dos (1). En aquella corte, donde el Monarca era el mejor y mas grande de los potentados; el mas humano de los hombres; el mas sabio de sus ministros, y el mas valiente de sus generales: vencedor, en fin, y padre de sus vasallos, estimaba y protegía los talentos, acogía el zelo y le empleaba: consultaba á la virtud y la respetaba. ¡Dichoso él, sino hubiera reynado en un tiempo tan alterado y tan lleno de fanatismo!

Bien sabemos que en aquellos remotos siglos, anteriores á la era christiana, excitaron los oráculos de Natham los remordimientos de David. Pero ¿quién podrá decir los sentimientos que interiormente experimentó Henrique el Grande quando se descubre la prudencia moral que enseñaba *Francisco de Sales*? Admirado siempre el monarca de aquella inalterable dulzura que caracterizaba sus discursos y sus acciones, le comunicaba continuamente sus dudas y colmaba de elogios. Tal vez al oír esto habrá quien me pregunte, ¿quales son los frutos y la utilidad del apostolado que *Francisco de Sales* exerció en aquella corte? A la vista están. El fruto y la utilidad de su apostolado es el de inspirar al Monarca el zelo de la Religion, el de atraerse todas las voluntades por medio de su dulzura y el de acabar desde el Tribunal de la confesion y de la Penitencia con las conversiones que habia empezado á hacer desde la cátedra de la verdad.

Yo pienso que entre las funciones del Sacer-

(1) Mr. el Presidente Henaut. Histor. de Francia.

ceidocio ninguna es mas penosa y difícil de desempeñar que la de la direccion de las conciencias. ¡Qué escasez de talentos y de virtudes se hallan en los que la exercen! Nuestro Santo reunía en sí la excelencia de todas estas qualidades. ¿Hubo jamás quien hiciese mejor uso de la piedad? Pero lo que hay que admirar en su moral, es el modo con que variaba su direccion, atemperándose á la diversidad de caracteres y de necesidades; considerando la distincion que se debe hacer entre los estados y edades de las criaturas; reprehendiendo sin menospreciar, y agradando sin adular y sin decaer de su precisa severidad, que defendía y justificaba con indecible cuidado en contra de aquellos que la atacaban (1). Yo estimo mas, decía nuestro Héroe, inspirar la confianza que la desesperacion, hacer penitentes que hipócritas. Sentimientos dignos de un San Atanasio y de un San Ambrosio. Sed vosotros santos, ministros de la confesion; sed santos, y pensareis y obrareis como *Francisco de Sales*. ¿Que motivo ha de haber para no imitar la conducta de un héroe, cuya dulzura en el tribunal de la penitencia se justifica siempre por las conversiones que hace, y á las que yo casi llamo milagrosas?

A vista de esto, ¿habrá quien se admire de que al mas dulce de los apóstoles y de los doctores le empleen todos los potentados de la Europa en los asuntos mas delicados? Al punto que la corte de Roma le envió á las Abadías de Abundancia, Sisa, Talaira y Orbe, donde

(1) Vida de San Francisco de Sales por *Marsouiller*.

ademas del relaxamiento reynaba la division y la discordia, se vió que, como si fuera un angel de paz, restableció por medio de sus dulces persuasiones la quietud y la regularidad.

La corte de Bruselas le nombró inmediatamente asimismo para que fuese el árbitro de los intereses mas grandes. Ya hacia mucho tiempo que resonaba en Europa aquella famosa disputa que entre el archiduque Alberto y la clerecía del condado de Borgonia se habia suscitado. Aunque los soberanos Pontífices habian interpuesto su autoridad, no fueron suficientes para conciliar los ánimos de una y otra parte; porque ni el príncipe quiso ceder, como tan zeloso defensor de sus derechos, ni la clerecía subscribir á sus pretensiones por la manutencion de sus privilegios. Pero no hay que temer, que mediador nuestro Santo entre el altar y el trono lo mismo será derramar su dulzura que triunfar. En efecto, por ella se concluyó una tan enredosa y delicada quæstion, que, aunque para terminarla se emplearon los mas profundos políticos, jamás lo habian podido conseguir.

Pero aun fueron mas honrosos los asuntos y negociaciones que su soberano le confió. El cardenal de Saboya habia sido destinado por embaxador á la corte de Luis XIII. Su objeto se dirigia únicamente á conseguir de este monarca la princesa su hermana para esposa del príncipe del Piamonte. Y ¿en quién os parece que penderá el buen éxito de esta empresa? En un sugeto á quien tiene el duque de Saboya por el hombre mas precioso de sus esta-

tados. En una palabra, en *Francisco de Sales*. Sigue éste al prelado; pero mal dixe. Le sirve de guia y de consejero. Si christianos: él fué quien unió á los sugetos, quien dispuso los ánimos y quien los concilió. ¿Si acaso habrá errado tambien en esto? Yo pienso que no tuvo nada que hacer, porque nunca creyó la Francia que podia fiar mas bien sus intereses que á las manos de la piedad y de la dulzura. Esta es la causa de que la corte de Luis XIII. conserve ácia él los mismos sentimientos de admiracion, respeto y confianza que mereció á la de Henrique IV. Sí, hijos míos, la misma confianza en su sabiduria, el mismo respeto por su santidad, y la misma admiracion por sus obras.

Las de *Francisco de Sales*, pues, coronan sus trabajos. Por ellas consiguió que renaciese la paz en medio de los alborotos y turbaciones: *optatù pace*. Con sus escritos va á introducir el verdadero espíritu del Christianismo por todo el Mundo: *cunctis mortalibus*.

Yo, decia á Tobías el Angel que le debia guiar, conozco todos los caminos por donde he de dirigir tus pasos, porque los he recorrido muchas veces. *Novi, et omnia itinera ejus frequenter ambulavi*.

Aunque la humildad no le permitia pensar ni decir muchas cosas á nuestro Santo Obispo y Príncipe de Génova, lo publicaba y comprobaba su conducta en la vida tan exemplar que tenia. Y sino, ¿qué era en substancia, quando empezó á instruir con sus apreciables obras á todo el mundo? Un hombre

enteramente entregado á los ejercicios de una piedad sin fausto ni ostentacion, que parecia vivir como los demás á no haber sobresalido y elevádose por la práctica de las mas sublimes virtudes. En el comercio del mundo ó trato de las gentes, era enemigo de la singularidad y distincion. Puesto á los pies de la Cruz, se abrasaba en un fuego celestial, al modo que le sucedia á un San Pablo, á un San Agustin, y á una Santa Teresa. *Amar ó morir* (1), repetia continuamente su boca y su corazón. Estas palabras eran su distintivo, y formaban sus sentimientos, los quales desde luego se propuso inspirar por medio de sus obras. De este modo imitaba por una parte al principe de los apóstoles, porque de ellas sacaba la instrucción mas sencilla, aunque mas digna de reflexion; y por otra al águila de los evangelistas, porque su vuelo es tan rápido como valiente. Aquí se admiraba un lenguaje mas eloqüente y sublime, que era un fuego que abrasaba: allí una luz que dirige, pues con ella se hace la obra mas útil, y tal vez mas necesaria.

Si, hermanos míos, útil y necesaria es aquella obra en que *Francisco de Sales* enseña á todos los mortales á santificarse con la práctica de una verdadera y sólida devocion (2). El no quiere que esta consista en un perpetuo retiro, ni en una no interrumpida contemplacion; sino en el exácto cumplimiento de las

(1) Theod. *lib.* 12. c. 13.

(2) Introd. á la Vid. dev. part. 1. c. 1.

obligaciones que impone el Christianismo á cada estado respectivo. En todos ellos puede estar el hombre animado de un buen espíritu, observar sus reglas, y recoger sus frutos. ¿Con qué colores tan propios nos pinta aquella piedad fantástica, que, sin tener mérito, se atreve á usurpar un nombre tan sagrado? Nada se le resiste á su pluma inimitable. Hasta las mismas penas y trabajos se cambian en delicias. En sus obras reconoce todo el mundo la piedad, del mismo modo que Josué y Caleb anunciaron á Moyses la tierra de promision: tierra de ningun modo igual á la de una region, en donde el ayre contagioso que se respira atrae los funestos efectos de la muerte; sino tierra, cuya hermosura iguala á su singular riqueza (1). En ellas es, donde á competencia de San Basilio y San Gregorio, enseña este doctor de nuestros últimos siglos el arte tan ignorado de ser piadoso sin fingimiento, sin escrúpulo y sin supersticion; noble y modesto en la grandeza, generoso y pobre en la opulencia, mortificado en medio de los placeres, y recogido y solitario en medio del bullicio del mundo: en fin, en ellas es en donde enseña á los hombres á dexar en algun modo de serlo, sin exceder á la humanidad. ¡Qué obras! ¡Qué tratado el de la *Introduccion á la vida devota!* El es el que con justa causa inmortalizó su nombre.

No le eternizó ménos con su *Tratado del amor de Dios*. ¿Dónde se encontrarán ideas

H 2 mas

(1) *Ibid.* c. 12.

mas sublimes, expresiones mas bien pintadas, mayor fuerza en las pruebas, mayores sentimientos en las reflexiones y mayores luces que en las materias aun mas abstractas y profundas de la teología mística? En aquel mismo asunto que trató San Agustin con tanta energía, y San Bernardo con tanta unción, se abrió *Francisco de Sales* un nuevo y seguro camino. Es tan sólido que admira al Obispo de Hipona, tan delicado que encanta al Abad de Clarabal, y si comparamos principios con principios, máximas con máximas y consecuencias con consecuencias, apenas se podrá decidir, cuál de los tres panegiristas del amor de Dios ha propuesto sobre este precepto tan grande cuestiones mas interesantes, dado reglas mas seguras, ni prodigado santamente mas erudicion ni mas piedad. Si nos enseña San Agustin, que el amor es la perfeccion del culto de Dios, y nos dice San Bernardo, que el motivo de amar á Dios es Dios; tambien leemos en *Francisco de Sales*, que la gloria de este amor consiste en consumir y acabar con todo lo que no es el mismo Dios. Leemos::: Pero ¿qué es lo que yo hago? Analizar una obra en donde todo es hermosura, riqueza y sentimiento, es desfigurarla mas bien que darla á conocer. La obra de *Francisco de Sales*, es el retrato de su corazon. Sí, hermanos míos, de aquel corazon tierno, sensible y compasivo, que siempre se impuso la obligacion de encaminar á los hombres á la piedad por medio de la dulzura.

A esta, pues, se debe atribuir la tacha que
le

le puso, aunque en vano, el espíritu de malignidad é injusticia, atribuyéndole una moral relajada. ¿Moral relajada? ¿Pues qué? ¿se han olvidado de que compuso sus lecciones sobre las de San Pablo, sus máximas sobre las máximas de San Agustin, y sus decisiones de las decisiones de Santo Thomas? ¿Y á esta se la llama moral relajada? ¡Ah! ¿Cómo tienen valor esos ciegos é injustos acusadores para contradecir los unánimes y bien merecidos elogios que han dado á los escritos de *Francisco de Sales* los soberanos pontífices, los reyes, los príncipes, los pueblos, los sabios, todas las lenguas y naciones, y en fin, hasta los mismos enemigos de la Iglesia y de los santos? ¿Y esta es una moral relajada? No ignoro que á presencia de los sagrados altares hubo predicador tan temerario y fogoso que se atrevió á condenar los escritos del Obispo de Génova, y por un atentado inaudito á arrojarlos á las devoradas llamas; pero tambien sé, que desde el trono de la Iglesia; desde las cortes de los reyes, y desde el santuario de las ciencias, salieron millares de millares de voces que defendieron á *Francisco de Sales* y su doctrina. ¿Qué otra cosa era aquel que un juicio apasionado, á quien todo el mundo desaprueba? Quando solo se tiene por enemigo al falso zelo, ni hay necesidad de excusas ni de apologias para defenderse.

Y ¿esta es una moral relajada? ¡Ah temerarios censores! ¿Por qué no decis tambien, que es falsa esa vuestra espiritualidad, presagio y señal del Quietismo? ¿Quántos esfuer-

zos han hecho los que se distinguen con este nombre para apoderarse de las obras que escribió? Quiere Dios que en sus máximas ha reconocido siempre la clerecía de Francia unas máximas diametralmente opuestas á aquellas que quería hacer valer el espíritu del error: y el sabio Bossuet demostró á los discipulos de Molinos, que separarse de *Francisco de Sales*, sería hacer una usurpacion igualmente injusta á este Santo que á la Iglesia.

Esta, pues, nos da de la doctrina que enseñó de este Santo la verdadera idea que debemos tener de ella. En ella, dice, se encuentra un camino fácil y seguro para llegar al colmo de la perfeccion christiana. *Iter ad christianam perfectionem tutum et planum demonstrat* (1). Si, un camino seguro, porque la doctrina de *Francisco de Sales* es por si misma severa. Toda se dirige á reprimir la concupiscencia, á destruir al hombre viejo, y á formar el yugo de Jesu-Christo. *Iter tutum*. Un camino fácil, porque para formar al nuevo hombre se une al espíritu del Evangelio. El yugo de Jesu-Christo le hace dulce y ligero por el modo tan sabiamente reflexionado con que le obliga á llevar. *Iter planum*. Un camino seguro, porque quanto exige, es todo conforme á lo que pide la Religion. Nada concede á las pasiones ni al amor propio. *Iter tutum*. Un camino fácil, porque concede quanto la Religion permite que se conceda. Para conseguir lo que se de-

(1) *In Officio S. Franc. Salesii.*

debe, solo pide lo que es indispensable pedir. *Iter planum*.

¿Es extraño que á vista de una doctrina tan pura y tan sólida, se extendiese su nombre por todo el mundo christiano? Yo le considero, por decirlo así, agobiado baxo el peso de los honores que le rinden, tanto los reyes de la tierra, como la cabeza y principe de la Iglesia.

Embiadas sus obras por Maria de Medicis á Santiago I. de Inglaterra, lograron la dicha de ser aplaudidas por aquel rey y sus vasallos, del mismo modo que lo habian sido ya en los reynos católicos. Admirado aquel monarca, separado de la Iglesia, del apóstol, y del defensor que tenia, le convidó con su corte. Mas ¿por qué la política de los potentados á quienes *Francisco de Sales* debía obedecer, se opone á los deseos del monarca y al zelo de nuestro Santo? Puede tal vez, que como un nuevo German hubiera llevado á las Islas Británicas el último golpe de los errores que allí reynaban, mucho mas difíciles aun de destruir que los del Pelagianismo. Puede ser que la conversion del principe: Pero no gran Dios: no es permitido sondear vuestros arcanos. Vos inspirasteis la idea, y no permitisteis la execucion. *Francisco de Sales* ya os hizo tambien este sacrificio: Y respecto de que tuvo el mérito de agradar con él á vuestros ojos, importa poco el que á los de los hombres les sucediese ó no lo mismo.

La gloria de estos no la necesitaba para sellar su reputacion. Traducidas sus obras á

todos los idiomas, le habian hecho el apóstol del Universo. A ellas mismas tambien es, á quien debió el honor de ser consultado, como otro Jethró por los maestros de Israel, en las ocasiones mas delicadas é importantes. En el pontificado de Clemente VIII. empezó aquella famosa Congregacion, en la que dos bien conocidas Ordenes suscitaron questões muy arduas, y con tanta erudicion como empeño. Los diferentes sistemas sobre la gracia, serán siempre una fuente inagotable de disputas. Paulo V. subió al trono apostólico, y viendo con suma afliccion aquellos combates, donde brillaba muchas veces el ingenio á costa de la caridad, citó á nuestro Santo para que los decidiese. No hay duda que si hubiera sentenciado este oráculo, se habria concluido la causa. Pero no, no sentenciará. Aunque capaz para penetrar las dificultades que hubiese, se contentó con gemir entre la muchedumbre. Y si bien era sensible á los intereses de las dos Ordenes, que se hallaban comprometidas, lo era aun mucho mas por el bien de la Religion, por cuya razon hizo conocer, que qualquiera decision definitiva en el particular, seria funestísima para la paz de la Iglesia. Ved ahí el hombre moderado. El fué quien mantuvo á los dos partidos su estimacion y confianza. Ved ahí el hombre sabio. Despues de haber descubierto la doctrina de los libros sagrados, la de la Iglesia y de los concilios, es de admirar, exclamaba él (1), que se apli-

(1) Marsollier. Vida de San Francisco de Sales.

quen á disputar con tanto ardor sobre las maravillosas operaciones de la gracia, y que siempre se resistan á corresponder á sus saludables efectos. Ved ahí el Santo. Pero es menester que entendaís que este es un Santo, que por la dulzura de su moral hace recibir en todas partes el verdadero espíritu del christianismo. *Cunctis mortalibus*. Además es el panegirista mas útil de la piedad, y aun su mas feliz propagador: el fruto de sus constituciones era el de perpetuar en todos tiempos la perfeccion evangélica. *Ut fruerentur*.

Ya habia guiado Francisco de Sales con sus sabios consejos al cardenal de Bérula en el establecimiento de su Congregacion, é introducido desde luego el espíritu de Santa Teresa en las principales ciudades de Francia: ya con el fervor de su piedad se habia asociado y unido á los hijos de San Francisco de Paula; y ya por medio de sus cuidados, y baxo de sus auspicios, se habian formado algunas santas sociedades, unas dedicadas al culto de la Cruz, otras consagradas á la adoracion de la Eucaristía, estas con destino á hacer florecer la piedad ácia María, y aquellas fundadas para renovar el retiro y las austeridades de Hilario y de Pacomio.

Con unos trabajos tan grandes, se hubiera agotado el zelo de un corazon mas pequeño que el suyo. Mas para él no eran únicamente sino una especie de ensayo para un proyecto mas vasto. Los sucesos de la obra que delineó en su espíritu, debian de permanecer constantes mas allá de su misma ereccion.

cion. En efecto , trazó el plan en su imaginacion ; y como tan abundante en recursos, convino su ingenio los medios de que se debia valer. Aun estaba reflexionando sobre las dificultades de la empresa , quando le proporcionó el cielo un eficaz y poderoso socorro para ejecutarla.

Entregada á la piedad , vivia en Borgofia una muger fuerte tan á propósito para obedecer como para gobernar. Nada ménos que la sangre de San Bernardo era la que corria por sus venas. Heredera de su ingenio , lo era tambien de sus virtudes. Como naturalmente era de gran talento , y se habia sabido adquirir mérito con la posesion de generosos sentimientos , se atraía las atenciones del público. Humilde entre la elevacion y grandeza , caritativa en la opulencia , superior á la prosperidad y á las desgracias , hija obediente , esposa fiel y madre tierna , se habia exercitado en la santidad y perfeccion de todos los estados. Jamas se habia viciado su corazon , aun en medio de la mas desenfrenada licencia y desenvoltura del mundo. ¡O Dios mio! ¡y cómo parece que vos no habiais roto sus primeros vinculos y cadenas , sino para hacerla capaz de formar despues otras indisolubles! Cierito es, que en el Baron de Chantal habia perdido aquella Heroína un esposo y un amigo ; pero tambien lo es , de que en *Francisco de Sales* encontró un maestro y un modelo á quien imitar.

¡O , y qué posteridad tan brillante va á resultar al Señor por el zelo de Abrahan y la pu-

prudencia de Sara! *Francisco de Sales* abrirá la carrera , y la bienaventurada Chantal será la primera que se apresure para caminar por ella. El dictará la ley ; ella la seguirá. El erigirá el instituto ; ella le abrazará. En una palabra , aquel será el padre , y esta el ornamento de tan preciosa fundacion.

Dexaos ver incomparables constituciones por vuestra sabiduría , discrecion y dulzura. *Constitutiones sapientiâ , discretionè , suavitate mirabiles* (1). Dexaos ver , que la Iglesia os aprobará , os admirará el mundo y formareis un pueblo de escogidos. Antes que nuestro Santo habian recogido algunos hombres respetables los residuos del mundo virtuoso , y , segun las diferentes vocaciones , habian proporcionado diversos asilos á la piedad. En ellos habia tenido la contemplacion sus modelos , y el zelo no dexó de tener sus apóstoles. Por todas partes se inmolaban victimas á la penitencia. Pero ningun Legislador se habia propuesto la caritativa idea de juntar , como fruto de la moderacion , baxo de cierta regla , á las personas del otro sexó , que en los últimos dias de su edad , en el estado de viudedad , y hasta en medio de sus enfermedades , deseáran consagrarse de todo punto al Señor , y acabar sus dias baxo las leyes de la obediencia. Toda la dulzura de *Francisco de Sales* era menester para inventar el plan y discurrir los ejercicios de un orden que contuviese las almas religiosas en un género de piedad cor-

(1) *In Offic. S. Franc. Sales. Brev. Rom.*

correspondiente á la flaqueza y debilidad de las que la practicaban. *Dulcis et rectus dabit legem* (1). Un sexò, cuya herencia es la de un temperamento delicado, no debe prometerse renovar la milagrosa penitencia que proponen San Bruno y San Romualdo.

Mas ¿qué hizo la esclarecida dulzura de *Francisco de Sales*? Proporcionó sus reglamentos al carácter de aquellas que debían abrazar su instituto. Con su prudencia, ahorraba los ejercicios de una vida penible y laboriosa; pero exigía la práctica de una entera y fiel obediencia. Hace que se constituyan en una pobreza honrosa; pero encarga un humilde desprendimiento de las cosas terrenas. En lugar de las penitencias que consumen el cuerpo, substituyó las mortificaciones que prueban el espíritu y le acrisolan. No es en la ostentacion de las obras en donde hace él que estrive la Cruz evangélica. Es en las privaciones secretas del corazon. ¿Quereis conocer el espíritu de la Visitacion? Pues para llegar á la perfeccion de este conocimiento, no es menester saber otra cosa que triunfar de sí mismos.

Levantóse aquella nueva órden tan gloriosa á la humanidad como á la Religion. La época de su celebridad es la de su nacimiento acreditada por la dulzura de *Francisco de Sales*, protegida por el zelo del cardenal de Marquemont, y dirigida por la sabiduría de *Francisco de Paula*, se estableció en toda la Fran-

(1) Psalm. 24. v. 9.

Francia y la Saboya. Pero así este ducado como aquel reyno ¿detendrán el rápido curso de estas saludables corrientes? No por cierto: su fecundo riego se extenderá por la Italia, la Flandes, la Babiera, la Polonia, la España, y, en fin, hasta por el nuevo mundo. Las hijas de *Francisco de Sales* llenarán toda la tierra del resplandor de sus virtudes. *Semen ejus hereditabit terram* (1). Sus sucesos perpetuarán los de su padre. Harán revivir su caridad y dulzura hasta en los parages en donde ni sus obras ni su reputacion se conocen. Acabará nuestro Santo con sus dias; pero por ellas dexará todavía permanente el triunfo de la piedad sobre la tierra. *Et in bonis demorabitur.*

¿Morirá *Francisco de Sales*? Sí señores: aquel nuevo Moyses por su dulzura, pagará á la muerte el inevitable tributo con que todos los hombres la contribuyen. Pero aun antes de espirar le queda mucho que resistir. El duque de Saboya le llamó á su corte para confiarle los importantes negocios de sus estados, del mismo modo que en otro tiempo llamó á San Buenaventura Gregorio X. para confiarle los mas preciosos intereses de la Iglesia. Oradores habrá que con mas elegancia que yo os conviden á que sigais los pasos de *Francisco de Sales* por el condado de Aviñon, en donde, vencedor del Calvinismo, Luis XIII le testificó la misma confianza que San Luis á Buenaventura despues de haber vencido y der-

(1) Psalm. 24. v. 12.

rotado la heregia Albigense. Pero lo que todavía me llama mas la atención, es la llegada de nuestro Obispo de Génova á las riberas del Rhona. Aquí, pues, y en la misma ciudad en donde al seráfico Doctor se le aclamó como á columna de la christiandad, fué recibido como un Profeta. Si murió aquí lleno de aplausos, nada ménos que de todo un concilio; allí espiró entre las lagrimas del pueblo, de la clerecía, de los grandes, y de un orden reciente que la parecía iba á perecer con él mismo. Aun conserva Leon con respeto las venerables reliquias de San Buena Ventura y, despues de cinco siglos, le implo- ra como á su protector, sin cesar de experimentar sus beneficios: enriqueciéndose con tan dichosos tesoros, logra la felicidad de poseer tambien el corazón de *Francisco de Sales*. De este corazón emana una poderosa virtud que restablece la debilidad, y libra de los trabajos y calamidades. Lleno de los preciosos dones del reconocimiento, él solo basta para consolar á este reyno de la desgracia de no haber podido conservar todas las reliquias de un Santo, cuya memoria subsistirá mientras permanezca la Religión.

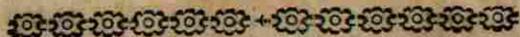
Habia dispuesto Joseph, que sus inanimados huesos fuesen transportados desde Egipto á la tierra de Chanaan; y sus hermanos cumplieron con lo que dexó ordenado. A este modo, deseaba nuestro Santo que, despues de su muerte, fuese trasladado su cuerpo á su patria. Un hermano que le sucedió, ó por mejor decir, un otro sí mismo, desempeñó este de-

deseo que tan apreciable habia sido á su corazón. ¡O dichosa Saboya! Goza en buen-hora del tesoro que la Francia te cede por respeto á *Francisco de Sales*::: Alexandro VII. que tanto se interesaba en la gloria de este Santo por deberle, no solamente la Thiara, sino tambien la vida, creyó desde luego que debia autorizar su culto en todo el mundo christiano. Por vosotras, pues, recibe este culto un nuevo resplandor. *Francisco de Sales* no dexará de ser vuestra guía, despues de haber sido vuestro Apóstol. Todo el Universo posee sus obras y su orden, y vosotras poseeis sus sagradas cenizas. ¡Ah! ¡quiera Dios que su sepulcro sea siempre un escollo contra el que se estrellen la heregia, el libertinage y la irreligion! ¡quiera Dios que desde este sepulcro salga aun una voz de dulzura que se perciba en toda la redondez de la tierra! ¡quiera Dios que esta voz sea tan eficaz, que forme unos hombres que, como nuestro Héroe, sean los primeros para defender la verdad por la dulzura de su carácter; que por la de su gobierno la hagan amable, y que por la dulzura tambien, hasta en las mismas contradicciones, aumenten las conquistas á la verdad! *Volui lenitate gubernare subjectos*. Que por la dulzura de su conducta triunfe la verdad, y que por la de su moral hagan que resplandezca la piedad. Que su moral, que no deberá ser otra que la de Jesu-Christo, haga brotar la paz en el seno de las discordias, revivir el espíritu del Christianismo en todos los estados, y, en fin, reynar la perfeccion evangélica en todos

dos los siglos. *Ut optatâ cunctis mortalibus pace fruereutur.*

La verdad, decia San Francisco de Sales en sus cartas (comparables por su espíritu con las de San Gerónimo, por su sentimiento con las de San Agustín y por su piedad con las de San Bernardo), la verdad que no es caritativa, procede de una caridad que no es verdadera (1). Aprovechaos vosotros, ministros del Altísimo, los que habeis escogido á este glorioso Pontífice por vuestro protector y modelo, aprovechaos de sus lecciones é imitad sus exemplos. Este es el único medio de reproducir sus sucesos sobre la tierra, y merecer la corona de que goza en el cielo.

(1) Espíritu de S. Franc. de Sales, lib. I.



PANEGÍRICO
DE SAN AGUSTIN,
Obispo de Hipona, y Doctor de la
Iglesia:

PREDICADO

En la Iglesia de los Grandes Agustinos.

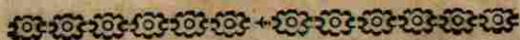
Manus ejus contra omnes. El solo contra todos. *Genes. 16. v. 12.*

Cada Santo parece que se distingue con su cierto carácter. San Pablo es conocido por el Doctor de las naciones, San Atanasio por el terror del Arrianismo, San Crisóstomo por el oráculo de los Predicadores, San Gregorio Nacienceno por el Aguila de la Teología, San Antonio por el Ángel del desierto, San Ambrosio por el Maestro de los Pontífices, y San Bernardo por la vida y alma de los Concilios. Con sólo una imágen se acaba el retrato de cada uno de estos héroes cristianos; pero para formar el de *San Agustín* es menester jun-

dos los siglos. *Ut optatâ cunctis mortalibus pace fruereutur.*

La verdad, decia San Francisco de Sales en sus cartas (comparables por su espíritu con las de San Gerónimo, por su sentimiento con las de San Agustín y por su piedad con las de San Bernardo), la verdad que no es caritativa, procede de una caridad que no es verdadera (1). Aprovechaos vosotros, ministros del Altísimo, los que habeis escogido á este glorioso Pontífice por vuestro protector y modelo, aprovechaos de sus lecciones é imitad sus exemplos. Este es el único medio de reproducir sus sucesos sobre la tierra, y merecer la corona de que goza en el cielo.

(1) Espíritu de S. Franc. de Sales, lib. I.



PANEGÍRICO
DE SAN AGUSTIN,
Obispo de Hipona, y Doctor de la
Iglesia:

PREDICADO

En la Iglesia de los Grandes Agustinos.

Manus ejus contra omnes. El solo contra todos. *Genes. 16. v. 12.*

Cada Santo parece que se distingúe con su cierto carácter. San Pablo es conocido por el Doctor de las naciones, San Atanasio por el terror del Arrianismo, San Crisóstomo por el oráculo de los Predicadores, San Gregorio Nacienceno por el Aguila de la Teología, San Antonio por el Ángel del desierto, San Ambrosio por el Maestro de los Pontífices, y San Bernardo por la vida y alma de los Concilios. Con sólo una imágen se acaba el retrato de cada uno de estos héroes christianos; pero para formar el de *San Agustín* es menester jun-

tar todos estos diversos lineamientos. *Manus ejus contra omnes.*

¡*San Agustin!* ¡O qué nombre tan precioso! ¡Cuántos hombres se admiran en él solo! Rayo exterminador de la incredulidad, terror y espanto de las heregias, panegirista de la Religion, doctor de la gracia, luz de los concilios, modelo de los pontífices, prodigio de penitencia, orador sublime, filósofo sutil, teólogo profundo, controversista incomparable, y, en una palabra, ¿qué no es *San Agustin*, ó qué es lo que no ha hecho? Obras brillantes, trabajos infinitos, sucesos admirables, y, en fin, un dichoso conjunto y dechado de todas las virtudes. Mucho he dicho, pero siempre me quedaré corto para lo que debía decir. El fué la admiracion de su siglo, el apoyo de la Iglesia, el defensor de la fé, el oráculo del mundo, y despues de haberse pasado nada ménos que XIII. siglos desde el en que vivió, léjos de haberse obscurecido su reputacion, con el transcurso de tanto tiempo, solo ha servido para sellarla mas bien con la inmortalidad.

¿A dónde me inclinaré yo para componer su elogio? ¡Ah! bien conozco que si me he de proponer una idea correspondiente á este Santo, y á la que tienen de él los sabios que le consultan como á maestro, la Iglesia que consagra su doctrina, los concilios que se arreglan á sus decisiones, y las órdenes religiosas que le respetan como á su legislador; era menester representárosle á un mismo tiempo que un Apóstol, un Doctor, un Pontífice y

un

un Santo, con quien solamente tiene la Religion bastante para contrarrestar á todos sus enemigos. *Manus ejus contra omnes.*

Agustin solo, es capaz de contrarrestar á todos los enemigos de la Religion. *Punto primero.*

Agustin solo, triunfa de todos los enemigos de la Religion. *Punto segundo.* AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

¿Qué héroe christiano mas capaz que *San Agustin* para contrarrestar por sí solo á todos los enemigos de la Religion? ¿Quién mas capaz de instruirles con su penitencia, de combatirles con sus talentos, y de confundirles con su autoridad? *Manus ejus contra omnes.*

En los grandes hombres, tanto sus virtudes como sus vicios instruyen. Sus vicios hacen ver al mundo que es de hombres el errar, y que no pocas veces el que es mayor tiene mayores flaquezas y defectos. La flaqueza humana por todas partes se encuentra. Sus virtudes enseñan al mundo, que si el hombre se entrega á los malos pensamientos, á las pasiones deleytables, y muchas veces á los delitos mas criminales y odiosos; tambien es propio del hombre grande el combatirles, vencerles y repararles. La prueba mas patente de esta eterna verdad será nuestro *Agustin*. Yo, christianos oyentes, no haré una halagüenia descripcion de sus extravíos. Estos solo sirvieron para dar un nuevo resplandor á su santidad. Su penitencia es instructiva.

I 2

La

La humildad, pues, es el principio de la penitencia de *Agustin*. Con ella remedió sus criminales extravíos. Que se presenten aquí esos espíritus sistemáticos, esos apóstoles de la incredulidad, esos pretendidos espíritus fuertes, que intentan sujetar las augustas verdades de la fé á las débiles luces de la razón: que se presenten norabuena y les dirá, que el no guiarse mas que por sí mismos, es exponerse al peligro casi inevitable de tomar el error por la verdad, lo malo por lo bueno. Nuestro amor propio y nuestro orgullo es el origen de todas las ilusiones.

Desde luego tuvo *Agustin*, aunque con no poco espíritu, mucho amor propio. Codicioso de una gloria mundana y engañosa, demostraba con ella sola su ambición. El pomposo título de sabio, bastaba para lisonjearle y seducirle. Para alcanzarle, todo lo quería saber y lo erraba. El mismo se pinta semejante á una frágil navicilla, que anda vacilando sobre una mar tempestuosa y no encuentra por todas partes sino escollos donde estrellarse. En efecto, pasaba de sentimiento en sentimiento para buscar la verdad; pero nada le hacia detener, ni en nada se fixaba. Como si fuera un discípulo de Pirron, se deleytaba siempre con nuevas dudas; pero á la verdad no tardaban mucho tiempo en importunarle y desasosegarle. Como discípulo de Epicúro, erigía altares al deleyte y á la liviandad, pero no tardaba en llenarse de remordimientos. Como discípulo de Mánes, se ofuscaba en el sistemático absurdo de dos principios, que siem-

siempre chocan y jamas se destruyen; pero no tardaba en percibir la debilidad é inconstancia de este sistema.

En este tiempo ya hablaba con admiración de todos sobre los brillantes teatros de Cartago y de Roma. Aunque lisonjearan su ambición, nunca se satisfacía su vanidad. El hombre siempre lleva sus deseos mas allá de sus sucesos.

Tal era *San Agustin* quando estaba entregado á sí mismo. ¿Qué vendrá á ser por medio de la gracia? Desde el instante mismo en que se mudó y fué penitente, no se veía ya en él sino un hombre que con un santo y laudable zelo procuraba humillarse á los ojos de los demas, haciendo que fuesen sus admiradores con una brevedad inexplicable.

Cierto es, que habia deseado resonase su gloria por todo el Universo; pero tambien se propuso instruir en todos tiempos con sus humillaciones.

Con el utilísimo libro de sus confesiones lo intentó hacer (1). Libro en donde al presente se ven pintadas las antiguas y deplorables flaquezas: libro en donde el espíritu desengañado reflexiona sobre las ilusiones que le asaltan y combaten: libro en donde el nuevo hombre aprende á castigar la vanidad del viejo en que gemia: libro en donde la modestia no sabe ocultar nada á la verdad para dexar aun algun recurso al amor propio: libro en donde el corazón penitente se repre-

(1) Confesion de S. Agustin.

senta los yerros y las prisiones que se habia forjado mientras se dexó seducir, regándolas despues con sus lágrimas. ¡O libro inmortal! imágen de la sinceridad, fruto del arrepentimiento, modelo de la humildad, milagro de la penitencia. Libro por el que nuestro Santo es otro tanto mas admirable, en quanto estaba mas distante de hacerse admirar con una obra semejante. No buscaba otra cosa que su humillacion, ni trabajaba sino para la gloria. Gloria que este Héroe habia obscurecido, tanto con los extravios de su corazon, como con los errores de su entendimiento.

¡O mundo profano! desde luego me persuado, que hubieras tenido tal vez una criminal complacencia en seguir á *Agustin* por el camino fatal por donde la embriaguez de sus pasiones le precipitó tantas veces! Pero repara, repara lo que era, y toma exemplo de lo que llegó á ser. Quando la falsa idea de libertad é independencia favorecia sus costumbres y agradaba la pesadez de sus grillos; quando en el seno de la indolencia gustaba de los placeres que una delicadeza ingeniosa sabia sazonar, renovar y hacer siempre mas interesantes y apetecibles; demostró al mundo, que el mas grande corazon se detiene muchas veces en los mas pequeños objetos. Esta es la debilidad del hombre á quien imitas. Mas quando le veas triunfar de tantos objetos seductores, y quando le veas mandar y sujetar á sus pasiones, sin duda le aplaudirás su valor, aunque tal vez no le imites.

Ya se acercaba el feliz momento en que ha-

habia decretado el cielo la mudanza de su vida. No estaba ya suspendida la victoria por mas tiempo, sino porque fuese mas brillante. Sin embargo, aun en este caso vacilaba *San Agustin*. Quería, y luego dexaba de querer. Formaba una idea, y al instante la destruí. Proyectaba, y se retardaba en la execucion del proyecto. Prometia, é inmediatamente se retractaba. Siempre estaba incierto, vario y mudable. El espíritu se le oponia al corazon, y el corazon al espíritu. En una palabra, *Agustin* chocaba contra *Agustin*, y al disiparse una duda renacia otra. El amor y el odio, la resolucion é irresolucion, la verdad y la mentira, la virtud y la pasion, entregaba, decia él, su alma agitada á las inquietas transportaciones de mil sentimientos contrarios.

Suspiraba *Agustin*, *suspirabam*, gemia *Mónica*, exhortaba *Ponticiano*, y representaba *Alipio*. Del mismo modo que el rayo penetra un árbol, penetraba á nuestro Santo la relacion de las virtudes de *Antonio*. Se le figuraba que oía una imperiosa voz que le decia: toma y lee: *tolle, et lege* (1). En efecto, tomó y leyó. ¡O Cielos! ¡Qué impresion tan viva hizo en él la tierna doctrina de *San Pablo*! La Gracia era quien le hablaba por los escritos de este grande Apóstol. No hay que temer de que empezada la conquista tarde ya mucho en acabarse. Ella misma es quien conduxo á nuestro Héroe á *Milan*.

Aunque en *Cartago* y *Roma* habia encon-

(1) *Aug. libr. Conf.*

trado siempre maestros del vicio y del error, no dexó tampoco de hallar en Milan un apóstol de la verdad y un modelo de todas las virtudes. Era un sabio y humilde pontifice que, aunque habilísimo en dirigir y gobernar los espíritus, lo era mucho mas en amaestrar los corazones por el inocente atractivo de sus predicaciones. Atrevido en sus empresas y firme para mantenerlas: capaz de resistir á las potestades mismas, y de hacer que se rindiese la magestad imperial á las dificultosas leyes de su zelo inflexible: Ambrosio, en fin, el grande Ambrosio era entónces el ornamento y apoyo de la Iglesia, y el oráculo y la luz del Universo.

Baxo los auspicios de esta respetable guia, rompió *Agustin* sus cadenas. Desapareció su inconstancia. Ya no era el mismo que ántes, ¡Qué mudanza tan maravillosa! Aquel cuerpo á quien en otro tiempo idolatraba, llegó á ser la víctima de un millar de martirios diferentes. Ingenioso tirano de sí mismo, imitaba en los piadosos excesos de su penitencia á los finísimos deleytes de sus pasadas liviandades. Los sentidos, el corazon y el espíritu estaban sujetos, cautivos y reprimidos. El mismo se imponía leyes tan rígidas en la observancia, que se excedía en su cumplimiento al que ántes habia dado á las lisongeras y extravagantes leyes que seguía. Al criminal fuego de un profano amor, se siguieron los santos ardores de un amor divino. Su corazon no habia hecho mas que mudar el objeto de su ternura. Dios solo será quien reyne en él en lo sucesi-

sivo. Todos los pasos de *Agustin* se señalarán con nuevos sacrificios. La caridad que le abraza, hacia que se esparciese su sagrado fuego en todos sus escritos y acciones, no pudiendo ya decidir el mundo edificado, si excedía la ciencia en *San Agustin* á su santidad, ó la santidad á su ciencia.

Así instruis, ó Dios mio, con el exemplo de uno solo á tantos hombres extraviados por los torcidos caminos de la heregia, y á tantos otros que se pierden entre las atractivas sendas del vicio. Aunque estaba *Agustin* fixado dentro del seno de la Iglesia y sujeto á ella, como fluctuaba su corazon entre una multitud de errores, llegó á decir, que no hubiera creído en el *Evangelio* si la autoridad de la Iglesia misma no le hubiese obligado á ello. *Evangelio non crederem, nisi me Ecclesie commoveret auctoritas.* *Agustin*, que era el esclavo de sus pasiones, llegó á ser, no obstante, la conquista de la gracia y el modelo de la penitencia. ¡Ah, cuán poderoso es un exemplo como este! Desde luego me atrevo á decir, que con ménos vicios, y con una virtud mas bien practicada, no hubiera sido *Agustin* tan á propósito para vencer á los enemigos de la Religion. Con la misma penitencia y sin tantos talentos, hubiera sido tambien su exemplo ménos instructivo. Solo es propio del hombre grande dar grandes lecciones. Así como era capaz de instruir á los enemigos de la Religion con su penitencia, así tambien lo era para combatirles y contrarrestarles con sus talentos. *Manus ejus contra omnes.*

La Religion, decia *San Agustin* (1), está establecida sobre unos fundamentos inmutables. Sus enemigos podrán atacarla, pero jamas destruirla. En vano se esfuerza el inferno para derribarla con sus redoblados golpes, si estos recargan y se vuelven en contra suya.

¿Cuál era, pues, la triste situacion de la Iglesia en tiempo de nuestro Santo? La idolatría, cuyas cenizas renacían á cada paso, responderá por mí. No se observaba otra cosa que á la heregía sostenida por los potentados, y acreditado el vicio por el contagio del exemplo. Estos eran los males que la afligian, mas para colmo de sus desgracias encontró en Constantino un verdadero tirano quando debiera haber sido su mayor protector. Este era hijo y sucesor de Constantino el Grande, pero indigno de padre tan religioso. Así gemia la Religion en aquel tiempo, y pedia como de justicia un poderoso socorro. Oyó el cielo sus súplicas, y la deparó á *San Agustin*.

¡Qué ingenio! Como que parece que las sagradas Escrituras nos han bosquejado su retrato. Ingenio maduro y sazonado: *Spiritus intelligentiæ* (2). Nacido con aquella superioridad de talentos que tan poco á poco se descubren en los demas, apenas entró en la carrera de las ciencias, quando por la extension de sus luces, por su acertado discernimiento y por la facilidad de su penetracion, se pue-

(1) Aug. de *verâ Relig.*

(2) Sap. 7. v. 22.

de decir, que sin aprender nada lo supo todo. Ingenio que reunia quantas partes formaban seperadamente y de por sí un perfecto Orador: *Spiritus disertus* (1).

La naturaleza le habia hecho tan eloqüente, que hasta los maestros mas consumados en el arte de hablar le comunicaban ménos secretas riquezas en esta ciencia que eran los preceptos que recibian de él. Hasta las ciudades mas sabias del Mundo veían que los árbitos de la eloqüencia sacaban de sus obras el arte de pintar los objetos, de animar las imágenes, de expresar los sentimientos y de ennoblecer las ideas. En los aplaudidos panegíricos de Máximo y de Baucón, habia ya juntado nuestro Santo los estudiados adornos de aquella profana eloqüencia que admira por las agudezas del entendimiento, por la sublimidad de los pensamientos, por las gracias del estilo, y por la delicadeza y finura de los elogios. Por todas partes manifestaba el gusto su ingenio. En su persona parecia reproducirse aquel que, siendo único, dió tanto honor al siglo de Augusto, y no se dexará de leer y de admirar en todos los que le sucedan. Pero todo esto no era todavía mas que la aurora que nos empezaba á señalar el sol. Aquel Retórico era un grande hombre sin duda; pero mayor sin comparacion se va á dexar ver nuestro apóstol. Fué destinado *Agustin* al ministerio evangélico, quando Valerio, Obispo de Hipona, se hallaba ya en una edad

avan-

(1) Sap. 7. v. 22.

avanzada. Con este motivo pensaba hacerse con un digno sucesor de su Silla. Exácto apreciador del mérito, le media con sumo acierto, y desde luego advertía en nuestro Héroe todo quanto la Iglesia y él se debían prometer. Se estremecía al entrar en el Santuario, cuya instrucción confió aquel Obispo á su cuidado. En fin, presentóse *Agustin* sobre la Cátedra de la verdad en Hipona, con el mismo brillo y magestad que se habia dexado ver en Constantinopla San Juan Chrisóstomo.

Este estaba en la ciudad imperial delante de las magestades de la tierra, y ponía toda su atención en la elevación de las ideas; pero el pueblo donde *Agustin* exercitaba sus talentos, era una ciudad marítima, poco fecunda en hombres eruditos. No obstante esto, les atraía por la noble simplicidad de sus discursos. En Chrisóstomo parecía que se oía á otro Ezechiél: en *Agustin* se representaba el modelo de Habacuc. Aquel se valía de unos rasgos tan brillantes que encantaban: este se limitaba á reflexiones sólidas que instruían. Aquel despedía rayos que amedrentaban: este persuadía y movía. El primero se dexaba llevar de una imaginación viva, siempre pródiga en sus riquezas: este, avaro, si me es permitido hablar así, del espíritu con que se hallaba para derramar riquezas, no hablaba sino la lengua de los Profetas y del Evangelio. Ambos igualmente propios para defender los derechos de la Religion, la anunciaban con aquella dignidad que siempre deben respetar sus ministros. Eran sublimes, aunque sin

sin pompa ni vanidad: naturales, pero sin baxeza; y nerviosos, sin valerse del arte: atacando el vicio con fuerza, y pintando la virtud con quantos colores la pudiesen hacer amable, ambos atemorizaban á los pecadores, les confundían y convertían. Sus discursos los coronaban los oyentes, no con los aplausos, sino con las lágrimas, que es el laurel mas lisonjero. A la verdad que yo no me atreveré á decidir, si Chrisóstomo hizo en Constantinopla con sus discursos servicios mas importantes á la Grecia, que *Agustin* con su predicación en la ciudad de Hipona.

En este grande hombre no se sabia cuál era mas, si la filosofía ó la oratoria. Su espíritu siempre fué filosófico. ¿Quién mejor que él conoció el artificio de un razonamiento justo y victorioso? ¿Quién supo unir mas bien los principios mas abstractos, y descubrirles con aquella precision metafísica, que, esparciendo fecundidad inesperada sobre las materias mas estériles y sobre los objetos ménos capaces de ello, les muestra con tan viva claridad, que por todas partes lleva consigo la evidencia y la convicción? De los principios que establecía, nacían las consecuencias que todos abrazaban. No aseguro yo esto porque él lo haya dicho así; pero atendiendo á sus primeras ideas, desde luego puedo caminar en este supuesto sin temor de salir engañado. *Spiritus subtilis* (1).

Siendo un Teólogo tan profundo, como sutil

(1) Sap. 7. v. 22.

til filósofo, no es extraño que proporcionase á la Religión dichas hasta entónces desconocidas. Estas tan pronto se lograban con la autoridad de las profecias que establecia, como con el Misterio de la Encarnacion que justificaba. ¡Quánta fuerza tenian sus discursos quando demostraba la divinidad del Christianismo por la resurreccion de Jesu-Christo, y la certeza de esta resurreccion por el mismo establecimiento del Christianismo! Pero ¿qué cosa es la que él no dixo, ó no escribió? Nada habia en el dogma ni en la moral que, por abstracto que fuese, no lo desmenuzase: nada misterioso que no sondease, ni nada difícil que no allanase. La ley y el Evangelio, Jesu-Christo y su gracia, su Iglesia, el pecado y sus conseqüencias y castigo, la fe y sus objetos, la caridad y sus leyes, la penitencia y sus caractéres, la misericordia y sus prodigios: todo, todo, sin distincion, era el objeto de sus sabias discusiones. Y sino, descubridme el punto de Religión que no ha explicado, y os indicaré entónces todos los que él abrazaba, descubria y profundizaba. *Omnia prospiciens* (1).

¿Acaso no es él un controversista el mas ilustrado, fuerte y temible? *Spiritus acutus* (2). Los sistemas mas bien imaginados, los que mas ingeniosamente se anunciaban, los mas tristemente combinados, y los que con mayor cuidado se descubrían, nada tenían que sorpre-

(1) Sap. 7. v. 23.

(2) Ibid. v. 23.

prehendiese á su razon, que excediese á su inteligencia, ni que ofuscase sus luces. Hasta en las tinieblas del error descubria las luces de la verdad. No fué tanto la seduccion de los Manichéos, como las armas que ellos le prestaron para destruírsela y vencérsela. La apariéncia de la verdad le pudo sorprehender alguna vez, pero jamas fixarle ni hacerle conceder. Conocia que la debilidad del error estaba en la variacion, y en ella fué en donde encontró el motivo que le determinó á dexar la heregia.

Ven, pues, oráculo del Manicheísmo, ven tú presuntuoso Rausta, que por medio de una eloqüencia superficial, aunque brillante, sabes encubrir con destreza la ponzoña entre mil flores, y hacer que tus oyentes tomen el lenguaje de la heregia por el de la verdadera fe: ven, y, como tan industrioso intérprete del error, esfuérate para ver si puedes trastornar las penetrantes luces de *Agustin*. ¡Inútiles esfuerzos! ¿Disputa nuestro Santo? pues él le confundirá siempre. ¿Qué no debe esperar la Iglesia de un hombre que, sin mas ayuda que la de su ingenio, penetra el misterio de la iniquidad? ¿Qué de un hombre que anuncia á la estremecida heregia lo que se debe prometer de él, siendo su vencedor, aun quando todavia era su discípulo?

Buscando la verdad con constancia, y siendo bastante feliz para encontrarla, no hay que temer de que se separe de ella jamas. Nunca tendrá otra doctrina que aquella por quien la fe salga su garante. *Spiritus stabilis, certus*

tus (1). Con las mismas verdades combatirá errores diferentes. Defenderá contra los Manichéos los derechos de la libertad, porque estos hereges no ensalzan la gracia sino sobre las ruinas del libre albedrío. Defenderá el poder de la gracia contra los Pelagianos, porque estos no establecen el império del libre albedrío sino sobre las ruinas de la gracia. Pero jamás á costa de esta concederá ninguna cosa á la libertad, ni á costa de la libertad ninguna cosa á la gracia. Siempre firme en sus principios: *Stabilis*, mudará al parecer de sistema, pero no de doctrina. Se valdrá de diversas armas, segun la diferencia de sus enemigos; pero siempre en honor y gloria de la verdad. Así, pues, ¿qué ingenio mas propio para pelear contra los enemigos de la Iglesia que aquel que hasta en sus diversos sentimientos esté siempre conforme con los de ella misma? Siempre será el punto mas esencial sobre el que él se detenga. *Certus*. Si en alguna ocasion se retractaba de sus ideas, no creais que fuesé por haberse apartado de la verdad, sino porque no la hubiese hecho comprender á su gusto.

Sobre ser un ingenio verdadero, era tambien universal. Parece que no tenían límites sus talentos. Lo que los mas sabios ignoraban lo sabia él. Hasta sus mayores enemigos se veían obligados á confesar, que juntaba él solo las luces de todos los hombres y de todos los tiempos. Del centro mismo del Paganismo

(1) Sap. 7. v. 22.

salió aquel elogio tan glorioso para *San Agustín*, de que era el padre de los padres, el doctor de los doctores, y la imágen de la Divinidad sobre la tierra. En efecto, todos los que la pueblan se afanan por leer sus obras.

¡Que obras aquellas! Admira su multiplicidad y encanta su hermosura. Ellas son brillantes, sólidas, concisas y conseqüentes, por cuyas circunstancias serán en todos tiempos un seguro testimonio con que se acredite, que jamás hubo hombre que poseyese talentos mas sublimes, mas variados, ni mas universales. Si apenas hay quien pueda leer unas obras tan extensas, ¿cómo es que pudo *Agustín*, entre tantas ocupaciones que á cada paso se le renovaban, formar el plan de todas ellas, y llevar á cabo su execucion? ¿Cómo ha podido darlas aquel punto de perfeccion que las imprime el sello de la inmortalidad? Aun quando no nos quedasen de él otra cosa que sus cartas, me faltarian expresiones para pintar el fuego de su ingenio, los rasgos de erudicion, y los hermosos sentimientos de que estan llenas. Apenas se podrá decidir qual es mas digno de admiracion, su corazon ó su entendimiento.

¿Con qué elogios podría yo adornar su retrato, maxime quando en sus escritos abraza este incomparable Doctor toda la Religion Católica? Con solo el título de sus obras llenaria un discurso. Necesitaria muchos volúmenes para hacer su extracto. Si se leen separadamente, parece que cada uno es el mas útil; y en el conjunto de ellos se encuentra el ingenio

nio mas adornado, la ciencia mas profunda, la piedad mas tierna, la sublimidad que transporta, el razonamiento que convence, lo patético que altera, la delicadeza que agrada, la unción que mueve y la verdad que triunfa. El entendimiento de *Agustin* reunia en sí todos los entendimientos, y su ciencia todas las ciencias: no habiéndose podido saber hasta ahora qual es mas maravilloso en él, si la fecundidad ó la superioridad de sus talentos: *Spiritus qui capiat omnes Spiritus* (1).

Desde luego quisiera que me dixerais, hermanos míos, si habeis encontrado talentos mas á propósito para combatir á todos los enemigos de la Religión. ¿Son estos de un entendimiento vanidoso, y se niegan á creer todo quanto ellos nos dicen? Pues *Agustin* les convencerá. ¿Son de un espíritu rebelde que se desdén de sujetarse á otro? Pues él los humillará. ¿Son espíritus alucinados con los que se ha sorprendido á la Religión? El los desengañará. ¿Sabios preciados de su sabiduría? El los confundirá. ¿Hombres célebres por su reputación? El los borrará su fama. ¿Hombres sepultados en las tinieblas del paganismo? El los iluminará. Y, en fin, ¿son hombres que únicamente oponen sus dudas contra la verdad? Pues él los hará que se aseguren de ella. Las opiniones y sistemas, el error, el cisma y la irreligión, todos igualmente encontrarán en él un adversario invencible que les derribará, no teniendo así bien necesidad de otras armas pa-

(1) Sap. 7. 223.

ra conseguirlo que de las suyas propias.

Si *Agustin* es capaz de combatirlos con sus talentos, no lo es ménos para confundirlos con su autoridad. *Manus ejus contra omnes.*

Los hombres que exceden á los demas por la superioridad del ingenio, tienen precisamente entre ellos un carácter de autoridad respetable. Sus exemplos son contra sus enemigos una prueba triunfante y vencedora. El mismo golpe que quitó á Pablo del judaísmo, le atraxo á este un destructor. En aquel tiempo en que la Grecia se hallaba acosada con mayor artificio, la defendió el cielo con un exemplo vivo y demostrable. Este fué el de nuestro Santo. Yo no creo que para destruir al Pelagianismo, necesite amontonar una multitud de discursos, sacados de sus obras. Este Santo Doctor solamente suministra por sí mismo contra el error una prueba incontrastable, sólida, é invencible. La conversion de este Héroe demuestra á un mismo tiempo la dulzura y el poder de la gracia. La dulzura quando le dispone, le atrae y le determina. El poder quando le persigue, y, sin ser por fuerza, le hace mudar de parecer y de vida. Tal vez no hubiera sido tan á propósito para vencer á los enemigos de la gracia, si ésta no hubiera ántes triunfado de él.

A la fuerza que tiene el exemplo añadamos lo que autoriza el destino. Un ingenio superior es capaz por sí solo de atacar y confundir á sus enemigos. Solo con sus talentos le basta; pero la autoridad del lugar que ocupa parece que aun quando no dé mas fuerza á la

razon la da mayor crédito. Quando la voz del Pontífice está apoyada en la ciencia, puede mas que la del ministro subalterno, aunque sea de ciencia igual. Así como los principales empleos vienen á ser muchas veces un escollo para los de medianos talentos, así tambien vienen á ser para un ingenio sublime la ocasion oportuna de darse á conocer con mas brillantez, y hablar con mayor sublimidad y elevacion. A los buenos talentos solo se les admira en un estado inferior; pero en un puesto elevado se les respeta.

Ya era célebre en Africa el nombre de nuestro Santo ántes que la Providencia le hubiese destinado al Episcopado; pero aun casi se ignoraba en la Iglesia. Los espíritus infernales habian probado ya, digámoslo así, quanto debian temerse de *Agustin*; pero el orgullo no les dexaba percibir en él mas que un rival poco peligroso y temible, como que solo era un hombre sin crédito y sin poder, cuyo único recurso estribaba en la erudicion. Mas apenas fué colocado sobre la silla de Hipona, quando se les representó toda la fuerza de los golpes que iba á descargar sobre ellos. El discípulo de Valero les atemorizaba: el sucesor de Valero les llenaba de espanto. En efecto: ¿quanto crédito daba el Pontífice á nuestro sabio Apóstol? Todo el mundo habia puesto ya los ojos en *Agustin*. El era el apoyo que reclamaban los concilios y el maestro á quien los defensores de la Religion consultaban. Un Pontífice como este era preciso que fuese el oráculo del mundo. Aunque siempre estaba atento á

las

las necesidades de su Iglesia particular, no por eso dexaba de velar sobre los intereses de la Iglesia universal: predicaba la Religion, tanto con sus exemplos como con sus discursos: era sabio en su gobierno, irreprehensible en sus costumbres, firme en sus resoluciones, inagotable en su caridad, poderoso en obras y en palabras, pastor vigilante, padre tierno, solitario por gusto y apóstol por obligacion; armado siempre contra el vicio, el error y la incredulidad, y siempre animado de la noble ambicion de santificar el mundo, y aun mucho mas de santificarse á sí mismo.

Sin duda, un Pontífice de este carácter debia ser un adversario muy temible contra los enemigos de la Religion. Así fué en efecto. Si la verdad le miraba como su apoyo y la Iglesia como su recurso, los enemigos de una y otra le consideraban como un escudo impenetrable á quien no esperaban romper, y como un muro hecho de arena, en el qual se habian de embotar é inutilizar como las balas sus esfuerzos, su ciencia, su audacia y su furor. La autoridad de *San Agustin* era tan poderosa quando él vivía, como lo es despues que ha muerto.

Perdonad, pues, que no os recuerde los pomposos títulos con que la Religion honra sin cesar su sepulcro. Las lumbreras mas brillantes de la Iglesia San Bernardo, San Pedro de Amiens y San Buenaventura convienen en decir, que *Agustin* es el aguila de los doctores, un hombre celestial, el mas sabio de los santos y el mas santo de los sabios. El Angel

de las Escuelas Santo Thomas de Aquino, no hubiera llegado á ser tan célebre en la Iglesia, sino hubiese caminado por los pasos de nuestro Héroe, bien que con método diferente, en las obscuras sendas de la predestinacion gratuita de la Gracia eficiente (1). Que los soberanos Pontífices se hayan impuesto la obligacion sucesivamente de perpetuar la gloria de nuestro Santo; que los concilios han defendido su doctrina contra los hereges que abusaban de ella, y que el de Trento formó tambien sus decretos y anatémas siguiendo los principios, discursos y doctrina de *Agustin*, es constante; no habiendo dexado la Iglesia de renovar en todos los siglos los mismos sentimientos que tenia respecto de él en el tiempo en que por ella le vió pelear y vencer. El concilio de Trento, no dice de él otra cosa que lo que ya habian dicho los concilios de Cartago y de Mileva. Si en el XVI. siglo declaró al Universo Clemente VIII. que en las disputas de la Gracia no se necesitaba otro Juez que *Agustin*; ¿no manifestaron tambien á todo el Mundo en el quinto siglo Inocencio I., Felix, Leon, Hormisdas, Bonifacio y Celestino, que era muy suficiente por sí solo para ahogar y desvanecer los infinitos monstruos del error y de la irreligion?

Los eloqüentes panegíricos que los últimos Padres de la Iglesia han consagrado á su gloria, son verdaderamente unas nuevas pruebas afia-

(1) Mr. de Godeau, Obispo de Vence, en la Vida de *San Agustin*.

añadidas á las que dieron de él los Paulinos, los Prósperos, los Fulgencios y los Posidios.

¿Quantas veces San Gregorio el Magno, oráculo de la Iglesia tanto por su erudicion como por su autoridad, concedió á los escritos de *Agustin* los mismos elogios que él recibia de todo el mundo christiano? San Gerónimo, que era la luz de la Iglesia de Occidente y de un ingenio vivo, profundo y brillante: San Gerónimo digo, terror del Pelagianismo, reconocia en él un vencedor. Dexaba, decia aquel santo, de combatir la heregia, por que encontraba en este un Doctor capaz de extinguirla, y la primitiva fe un apóstol mejor que él para defenderla. *Antiquæ rursus fidei conditorem*. Los santos no envidian los sucesos de los que lo son: se contentan solo con aplaudir sus talentos y respetarles.

Ved ahí, hermanos míos, qual era la autoridad de *San Agustin* durante su vida; pero no juzgueis que despues de su muerte es menos temible á los hereges.

En todos tiempos han procurado estos temerarios producirse baxo la pretendida autoridad de nuestro Santo. Jamas podian haber elegido mejor mecenas. Escudados con las expresiones de que este se sirvió, las cuales están aprobadas por los concilios y consagradas por la Religion, creyeron poderse eludir los Luteranos y Calvinistas de las rigurosas exéceraciones de la Iglesia. ¡La lástima es que no son estos solos los que lo intentan! Mas esta afectacion de todos los hereges, en querer justificar sus errores con las obras de *San Agustin*,

¿no pone el colmo al respeto que tiene la Religión por estas mismas obras? Preciso es que la autoridad de este Santo esté bien sólida, constante y universalmente establecida en la Iglesia, quando para huir los hereges de sus anatemas, no creen hallar mejor medio que el de encubrirle con su autoridad.

Los hereges de los últimos siglos imitan á los de el en que vivió nuestro Héroe. El espíritu de error siempre es el mismo. El despecho y la venganza armaban á los Manichéos contra *San Agustin*. Menos se atemorizaban por los combates que les presentaba, que por la amarga memoria de haberle tenido entre los de su partido, y no haberle podido conservar en él. Al paso que el Santo mostraba ser un rayo que les abrasaba, se alababan ellos de que era su enemigo por política y su amigo en secreto.

¿De quantos medios se valió Pelagio para seducirle? Para justificarse este herege, abusó de la autoridad de *Agustin* contra el mismo *Agustin*. Llegando á ser su discípulo el Obispo de Hipona, se prometia Pelagio la ruina de la Iglesia. Asi como la autoridad de *Agustin* era verdaderamente fatal para la heregia; así tambien era él solo capaz de descargar tales golpes sobre el error, que absolutamente no se pudiera mover. Asi lo pensaba la Iglesia; y aunque los mismos hereges se hubieran alegrado de ello, no podian ya desmentirse. Solo con que se oyese entre ellos el nombre *Agustin* bastaba para sobresaltarse y llenarse de terror y desesperacion. Casi tanto temian sus virtudes como su doctrina.

na. Su virtud condenaba sus vicios. Su doctrina trastornaba sus sistemas, naciendo de esta preocupacion tan grande la universal autoridad de *Agustin*. ¿Acaso no es este capaz de contrarestar por sí solo á todos los enemigos de la Religión? Sí: él es suficiente para instruirles con su penitencia, para combatirles con sus talentos y para confundirles con su autoridad. En efecto, él solo es suficiente para pelear y triunfar de todos. *Manus ejus contra omnes.*

SEGUNDA PARTE.

San Agustin es el panegirista de la Religión contra aquellos que sustancialmente la contradicen: él es el oráculo contra los que la atacan con su doctrina: el defensor y la viva imagen contra los que la asestan en sus costumbres. Esta es la causa de que él solo baste para todos los enemigos de la Religión, y de que triunfe de todos ellos. *Manus ejus contra omnes.*

Habiéndose colocado el christianismo en el trono de los Césares de mas de un siglo á aquella parte, hacia cada dia nuevos progresos; pero sin embargo de esto, no estaba el paganismo totalmente extinguido (1). Debaxo de las ruinas de sus templos tenian aun los ídolos secretos adoradores. Los altares que la autoridad de Constantino habia hecho derribar en toda la extension de su imperio, se hallaban en el corazon de los pueblos. Parecia que

(1) El Abate Houtteville en su *Relig. Christ. probada con los hechos*, Disc. prelim.

que las antiguas victorias que atribuía públicamente el error á sus inútiles Dioses, se prometian otras nuevas. Por una encadenacion de desgracias que experimentaba el imperio, llegó á ser Roma la presa de un bárbaro vencedor: á vista de lo qual, y de la inesperada ruina de aquella potencia tan formidable en otro tiempo, parecia que por todas partes se anunciaba á los supersticiosos sectarios del paganismo la justa venganza de los Dioses irriados. Esta preocupacion tan sin sustancia, se comunicó, esparció y acreditó en muy breve tiempo. El christianismo vino á ser el objeto del aborrecimiento popular. En su inteligencia no era otra que él la causa de tantos males y desdichas como se habian experimentado. Se persuadian que Roma no habia dexado de ser señora del Mundo, sino porque habia dexado de ser hija de sus Dioses. Arrastrado del entusiasmo, llevó aquel inconsiderado pueblo sus clamores hasta los pies del trono, no esperando la persecucion, hasta entonces suspendida, sino un príncipe que favoreciese sus furiosos para vengar con la sangre de los christianos la pretendida deshonra del paganismo.

¿Quién será, pues, el apoyo de la Religion tan injustamente atacada? *San Agustin.* Con él solo tiene bastante. A ninguno otro le está reservado ensalzar la verdad del christianismo á costa de los despojos de la idolatria. Aquella será la que triunfe de esta.

¿Que no tuviera yo la sublime eloqüencia de *Agustin* para trazar el plan razonado de la

mas

mas perfecta de sus obras (1)! ¡de aquella obra donde por la victoriosa fuerza de sus demostraciones descubre la injusticia de los Paganos, y les hace ver, que si ellos se libraron de las desgracias que padeció Roma fué por causa de esta misma Religion á quien atacaban, encontrando al abrigo de un Dios crucificado la salud y el consuelo que en vano esperaban de sus impotentes simulacros! Con que expresiones tan nobles les pintaba en aquellos públicos y desgraciados tiempos la visible ventaja de los Christianos con respecto á los idólatras! Todo se acabó sobre la tierra para el infiel, les decia nuestro Santo, desde el mismo instante en que perece. Como triste víctima de su desesperacion, aguanta sin consuelo, y sin tener quien le consuele: mas el christiano, sosteniéndose poderosamente en sus desgracias por medio de su fe, queda inmutable y permanece tranquilo en medio de sus ruinas. ¡Que descripcion tan viva y tan arrogante hace de las infinitas desgracias que padeció el imperio Romano ántes del nacimiento del christianismo! ¡Quan bien hace conocer á los Paganos, que los crimines dispuestos, y aun autorizados con el exemplo de sus mismos Dioses, son la primera y única causa de sus desgracias; y que la suerte de los combates, y la revolución de los imperios, son efectos de una sabia Providencia, y no obra de un ciego destino! ¡Con quanto orden y facilidad explica en el mismo libro la creacion del hombre y su primer estado!

(1) De la Ciudad de Dios.

do: su voluntaria caída y las fatales consecuencias de su pecado: la encadenación, antigüedad, relación y cumplimiento de las profecías; y el triunfo tan rápido del Evangelio en medio de unas persecuciones capaces de ahogar al christianismo en su cuna; si los esfuerzos del hombre pudieran trastornar la obra de Dios! Con quanta solidez establece la economía de la salvación de los hombres por Jesu-Christo: las penas presentes y la gloria futura; y, en fin, quantas partes de la Religion, acertadamente reunidas comprueban la excelencia, demuestran la verdad y hacen palpable la eterna duración! Todo quanto concierne á la Religion lo trata en el inimitable libro de la *Ciudad de Dios*, como maestro y vencedor. Lo trata con aquella superioridad de ingenio, propia para confundir á los idólatras obstinados en su falsa creencia, y para confirmar á los christianos en los invariables principios de su fe. No ha producido la antigüedad sobre la Religion obra tan sabia. A todos quantos despues de *San Agustin* han emprendido un asunto tan vasto y tan difícil, les ha servido de modelo. En todos tiempos será el camino seguro de los sabios, y el inevitable escudo de los incrédulos.

Del mismo modo lo serán otras muchas obras en las que le reconoce el christianismo por su mas eloqüente panegirista. Todas se distinguen con este sello. Todas son dignas de semejante autor.

¡Quantos aplausos mereció desde el principio aquella obra tan sólida como brillante,

en

en que pinta (1) los caracteres esenciales de la verdadera Religion! Allí se manifiestan los trabajos de los Apóstoles y sus sucesos; los tormentos de los mártires y su constancia; las persecuciones de los tiranos y los triunfos de la Iglesia. En ella prueba evidentemente, que no es menester buscar la verdadera Religion entre los Filósofos que justifican con sus acciones el culto que condenan con sus discursos. No: no se encontrará jamás, decia él, esta Religion santa entre la idolatría, entre la heregía, ni entre el cisma: solo se hallará en la Iglesia católica: en esta Iglesia que está esparcida por todo el Mundo. Todas las demas Religiones son obra de los hombres: solo la Religion christiana es obra de Dios.

¡Que rasgos tan brillantes esparce sobre la doctrina Evangélica (2)! él explica sucesivamente la sabiduría de sus preceptos, la sublimidad de sus máximas y la perfección de sus consejos. ¿Qué diré yo acerca de su meditada explicación sobre las Sagradas Escrituras (3)? Los concilios de Cartago y Numidia responderán por mí: uno y otro le encargaron el penoso cuidado de interpretar las obscuridades. Los mas célebres mirados acudían á él para que les aclarase las dificultades que se les ocurrian, y que para ellos eran insuperables. El solo supo penetrar todos los secretos, descubrir todas las preciosidades y for-

mar

(1) Verdad. Relig.

(2) Doct. Christ.

(3) Explic. de la SAGR. ESCRIT.

mar una coleccion de verdades con tanto arte, que de su encadenacion resultaba el plan general de la Religion christiana. Este plan razonado, pues, le descubrió *San Agustin* con igual fuerza en sus preciosos libros de la fé y del simbolo (1); de la fe y de las obras (2), y, sobre todo, en aquella profunda obra, en donde familiarizada su pluma con todas las pruebas de la Religion, sostiene la divinidad por medio de la reprobacion de los Judios (3), y de la vocacion de los Gentiles, predicho uno y otro en la antigua ley y justificado todo por la nueva.

¿Quien podrá contar los sucesos tan generales, rápidos y constantes que con aquellas obras diferentes se aseguran á la fé? Apenas se dieron á conocer, quando las recibió la Iglesia con aprecio, y las leía el paganismo con admiracion. Desde que vivió *San Agustin* hasta nuestros dias, no se ha cesado de recoger su fruto. Puede decirse, que si en el dia no subsisten mas que algunas tristes reliquias de la idolatría en los parages por donde anduvo nuestro Héroe, es por el zelo, los talentos y los escritos de este santo Doctor, á quien debe su ruina la idolatría, la Iglesia su gloria, y la Religión sus triunfos. Pero estos á la verdad van á mudar de objeto. Aunque panegirista de la Religion contra los que la atacan en su esencia, no por eso dexa de ser su orá-

(1) De la Fe y del Símbolo.

(2) De la Fe y de las Obras.

(3) Tratado contra los Judios.

sulo contra aquellos que lo executan en su doctrina. *Manus ejus contra omnes.*

La heregía es una hydra de cien cabezas, que aunque se la corte fina inmediatamente renace otra. Cuidadosa siempre de juntar el artificio con la fuerza, nunca dexa de saberse reproducir. Desde el punto mismo en que advierte que no la temen, procura manifestarse con destreza. Muy débil para atacar, y demasiado orgullosa para ceder, intenta perpetuarse y sobrevivir á su derrota. Es una de aquellas imágenes tristísimas con que se caracteriza el monstruo, cuya cabeza debe quebrantar *Agustin*. Pero ¿que digo yo? Es un monstruo que á cada paso se reproduce. Todas las heregías de su tiempo debían experimentar el ardor de su zelo. ¡Ah! ¿que siglo hubo nunca mas abundante en heregías que el suyo?

Aun en medio de su ruina subsistía la impiedad Arriana. Los anatemas de la Iglesia la habian lastimado bastante; pero sostenida por los potentados, siempre combatida y jamás destruída, pensaba insultar atrevidamente á la fé que reynaba en Nicéa, y fiera y triunfante hasta en el tiempo mismo en que se veía humillada, no dexaba nunca de hacerse temer: meditaba varios proyectos, y se disponía, favorecida de los Wandalos, para emprender repentinamente una irrupcion en Africa. ¿En Africa? ¡O gran Dios! Aquel era el sepulcro que vos teniais destinado para su audacia. El Africa misma era quien debia dar á la Divinidad del Verbo un defensor como *Agustin*. Sí, christianos, *Agustin* es el que va

á dar los últimos golpes al Arrianismo rebelde.

Desde la cátedra de la verdad resuena y resplandece. Con su persuasiva elocuencia despierta á los pueblos adormecidos, y detiene los progresos de la heregia, arrebatándola sus primeras conquistas. En sus libros de la *Trinidad* (1), prueba con tanta solidez como ciencia la eterna generacion del Verbo y su consubstancialidad. Parece que como otro Pablo, elevado hasta el tercer cielo, penetró los secretos que á los demas mortales les eran desconocidos. En sus célebres conferencias siempre desarmaba ó confundia á sus enemigos.

En vano afectaba aquella columna del error, Maximino (2), confesar la fe de Rimini: lo mismo fué emprenderle *San Agustin*, que descubrir su errado modo de pensar, no pudiendo encubrir su afrenta el Obispo arriano aunque no queria confesar su vencimiento.

Pasencio (3), que por sí mismo habia solicitado el combate, reconoció bien presto en él un rival mucho mas fuerte que lo que se habia persuadido. Solo le quedó el frívolo recurso de vengar su manchada reputacion, ajando la de su vencedor. Mas la reputacion de este siempre supera á las calumnias que la heregia inventa.

Los Manichéos experimentaron acaso suerte mas favorable? No por cierto. Su derrota habia precedido á la de los Arrianos. Siendo

(1) Libro de la Trinidad.

(2) Hist. Ecclesiast. de Fleury.

(3) Ballet. Vida de *San Agustin* 28 de Agosto.

Agustin otro tanto mas á propósito para destruir las perniciosas opiniones de aquellos orgullosos filósofos, quanto conocia mas bien la debilidad de sus fuerzas, les puso en claro el hilo de sus secretas sofisterias. Humilló á Fortunato, desarmó á Fausto y convirtió á Felix. Zeloso defensor de la libertad de los hombres, los libertó del peligro en que se hallaban de ser esclavizados por los discípulos de Manes (1), como lo intentaban. Les hizo ver, que el hombre no podia abrazar el bien ni el mal sin que una libre y espontanea voluntad determinase su accion. Si los movimientos de la voluntad, decia nuestro Santo, no estuviesen en la mano del hombre, se hallaria este sin mérito alguno aun quando se entregase al bien, y no sería responsable á la culpa aun quando se abandonase al mal obrar.

Tan diferente era su modo de pensar al que le atribuian sus pretendidos discípulos. La doctrina de este santo Doctor, es mas bien la condenacion de sus errores que la justificacion de sus principios. Ya lo conocéis vosotros muy bien. Pero si *Agustin* era el defensor de la libertad contra los Manichéos, tambien era el escudo impenetrable de la Iglesia contra los Donatistas.

Yo no me detendré en referiros los admirables progresos que habia hecho en Africa el cisma de Donato. Ocultaré tambien á la gloria de nuestro Santo aquella conducta llena de dulzura que siempre supo oponer á la odio-

Tom. II.

L

sa

(1) *De Moribus Manichæorum.*

sa crueldad de los *Circunceliones*, cuyos monstruos se alimentaban muchas veces con la sangre y la carne de las victimas que sacrificaban á su propio furor: ni haré cuenta de sus primeros combates, de sus primeros escritos, ni de aquellas obras (1) en donde explica tan sólidamente toda la cuestión de la Iglesia, su perpetuidad, extensión, unidad y santidad, á pesar de los crimines de los christianos. Estos son unos débiles preludios de la confusión que esperaban sufrir los Donatistas en la famosa conferencia de Cartago.

En las ocasiones de importancia es en donde se ven los superiores ingenios. Os traeré aquí á vuestra consideracion aquellos dias para siempre memorables en los anales de la Iglesia, en los que no parecía haber juntado el error todas sus fuerzas sino para acarrear un triunfo mas resplandeciente á la Religion. En vano emprendió la defensa de su partido el traidor Petiliano, sostenido de trescientos obispos cismáticos: en vano intentaba escaparse de la tempestad que le amenazaba, por medio de la sutilezas adquiridas en el artificioso estudio de Barreau. Habla *Agustin*, y trescientos Obispos católicos le encomendaron á él solo la causa de la verdad. No fué necesario mas para que se agregasen todos los pareceres al suyo. Hasta sus enemigos aplaudian sus sucesos por medio del silencio que guardaban. Confundidos y desesperados ya, se valieron, como único recurso, de la calumnia.

Re-

(1) De la Unidad de la Iglesia.

Recurso débil, y presagio demasiado cierto de su ruina.

Al oír, pues, esta expresion, me parece que no os digo lo que debo, si callo la que el mismo *Agustin* disponia para la heregia mas sutil y peligrosa. Como ácia el principio del V. siglo, se presentó un hombre eloquiente, insinuativo, é hipócrita refinado (1); artificiosísimo, reservado en sus discursos, disimulado en su conducta, modesto por afectacion, severo al parecer en sus costumbres, é ingenioso para lisonjear á la naturaleza orgullosa por medio de un sistema que encontraba en el espíritu del hombre una preocupacion favorable, y en su corazon un partido interesado. Pelagio, en fin, el qual sabia quitar desde luego, por sus estudiados artificios, la sospecha de una fé falsa. Diestro en preparar su fatal veneno, y prevalido de la reputacion que tenia acreditada en Palestina, Roma y Africa, sabia prestarse á la voluntad de aquellos que se empeñaban en seguir sus sentimientos.

Su heregia hacia otro tanto mayores progresos, en quanto era mas difícil de conocer, y á proporcion de los ningunos contradictores que habia hallado. Sin embargo debía imponer á la credulidad una heregia como esta, que dexaba libre al género humano de la mancha original, y volvía á poner á la naturaleza en su primitivo é íntegro estado, sin mancha ni defecto alguno, concediendo al libre albedrío

L 2

el

(1) Vida de Pelagio.

el poder conducir al hombre á la bienaventuranza eterna sin el auxilio de la gracia? Lo cierto es, que esta misma se veía abatida, destruida desde luego su necesidad, y, despues de todo esto, reducida á las instrucciones, á la ley, á la doctrina, y á los exemplos de Jesu-Christo, substituidos por la eficacia de sus méritos. Tal era el sistema de Pelagio. Sistema impío por cierto, el qual apenas fué conocido por la Iglesia, quando concibió un justo horror contra él. *Cæperunt horreri*. Dos concilios se juntaron, uno en Cartago y otro en Jerusalem, con ánimo de extinguirle. Apenas nació quando ya se vió anathematizado. En vano consiguió Pelagio por medio de su mafia ocultarse del concilio de Dióspolis (1). Por él se declaró Orthodoxó, y se condenó su doctrina. La misma suerte experimentó en otros tres concilios que hubo en Africa. La determinacion de estos, se remitió á la de Inocencio I, cuya decision no tardó en uniformarse con la de aquellos Obispos (2). Solo esperabas tú esta decision, ó Santo y glorioso Obispo de Hipona, para desplegar toda la fuerza de tu eloqüencia y erudicion contra la heregia.

En efecto, armóse *Agustin* del cuchillo de su voz, y empezó á dar contra el error (3). Como Pelagio cobró valor con las declaraciones de Celestino, y los artificios de Juliano de Eclana, intentó, con mil furtivos recursos,

(1) Mr. Molinier, Paneg. de S. Agust.

(2) Hist. Ecclesiást. de Racine.

(3) El Ab. de Leguy, Paneg. de S. Agust.

sorprender la Religion de los obispos Orthodoxós; pero *Agustin* lo precavió al instante. Roma ha hablado, decia él, y sus decretos han venido yá: *Rescripta venerunt*. ¿Por que, pues, se ha de remover una causa que está ya determinada y concluida? *Causa finita est*. ¡Quiera Dios que el monstruo del error, quebrantado por las excomuniones de la Iglesia, vuelva á entrar en el seno de las tinieblas de donde ha salido para no verle jamas! *Utinam aliquando finiatur error*.

Este fué, por decirlo así, el primer ensayo de *Agustin* contra el pelagianismo. No tardará en ser el alma de los concilios. Los demas Obispos le confiarán el delicado encargo de combatir, y sentenciar (1). Agitada la Iglesia, esperaba sus decisiones como si fueran otros tantos oráculos. El disputaba y escribia. Sondeaba el profundo abismo de la Gracia. Demostraba que el pecado de nuestro primer Padre Adan, habia llegado hasta nosotros; que al nacer el hombre le heredaba con la vida; que solamente la gracia, era el principio del mérito para la eternidad (2), y que una causa natural, solo podia producir virtudes morales, y estas estériles. Sabia, con justo discernimiento, establecer el poder de la gracia sin destruir los derechos de la libertad; explicar el como la gracia ni es, ni puede ser esclava de esta misma libertad, ni depender servilmente de ella, como si fuera de un tirano

L 3

que

(1) Hist. Ecclesiást. de Fleury.

(2) De la Gracia, y del libre albedrio.

que la sujetase, no gobernándola tampoco, ni siendo, en caso de hacerlo en algun modo, con demasiado imperio. En las obras de *Agustin* se ve, que la gracia y la libertad concurren juntas á la perfeccion de las buenas acciones del hombre (1), y que estas mismas buenas obras y acciones del hombre, son al propio tiempo el precioso don de la gracia, y la accion santa de la libertad. Ni la necesidad, ni la gratitud, ni la eficacia de la Gracia, se escapaban á su esclarecido zelo. Por todas partes demostraba que Dios es todo poderoso, y el hombre siempre libre. Ved aquí, pues, el compendio de su doctrina. Con ella condenó no solo á los errores de su tiempo, sino á los del nuestro y á los del que nos suceda.

Pero de las cenizas del Pelagianismo abatido acababa de nacer una nueva herejía. Por evitar un error imaginario, se originó un error verdadero. Los artificiosos Pelagianos, procuraban levantarse, extenderse y acreditarse. Unos hombres respetables por su estado y virtudes eran los autores de semejante idea. De aquí dimanaron para *Agustin* nuevos combates y nuevos triunfos. ¡Con quanta moderacion disponia la victoria! Un zelo acalorado á nadie respeta: mas tambien un zelo lleno de sabiduría trata las cosas con dulzura. No sabia usar de reprehensiones amargas, ni de vivezas sin tiempo ni orden. Defendia á la Religion sin herir á sus enemigos, y mas bien tiraba á moverles é infundirles piedad, que á con-

(1) Idem, Ibidem.

confundirles. Combatió su sistema, y logró mantener su reputacion. Aplicado solamente á refutar los principios peligrosos, y á simplificar las engañosas distinciones, hacia conocer que el error, por mas que se endulzase y suavizase, no por eso dexaba de serlo. Determinaba con claridad y exáctitud sobre la sensible oposicion que hay entre el modo de sentir de la Iglesia y el de Casiano. Su *Carta á Vital*, su *Libro de la Predestinacion*, y su *Tratado de la Perseverancia*, son otros tantos monumentos eternos que se depositarán en favor de la verdad. Con estas obras, hermanos míos, podemos desentrañar y reconocer la diferencia que hay tan esencial entre la proscripta doctrina de los Semi-Pelagianos y el sistema Orthodoxo de algunos teólogos modernos. La interesante malignidad, ha procurado, aunque en vano, confundir las dos opiniones: mas la Iglesia las distingue muy bien. La doctrina de nuestro Santo es diametralmente opuesta á la una: la otra se puede sostener con la autoridad misma de este Santo Doctor.

Acabemos ya con decir: que siendo *Agustin* el oráculo de la Religion contra los que atacan á su doctrina, es así bien su defensor, y, si me es permitido hablar así, una viva imagen contra los que la atacan en sus costumbres. *Manus ejus contra omnes.*

No es menos necesario mantener á la Iglesia en sus costumbres que en su doctrina. Por lo mismo se dirigian á uno y otro el objeto y los trabajos del ministerio de *Agustin*. Como tañ enemigo del vicio, se presentaba y habla-

ba en todas partes contra él: su modestia admiraba, su caridad atraía, su eloqüencia arrebataba, su erudicion persuadía, y con su dulzura triunfaba. Los pueblos enmudecian, se llenaban de mocion y convertian. El crimen se habia hecho ya odioso: la virtud amable. Los escándalos habian cesado, y la Iglesia de Hipona tomado otro semblante. En una palabra, conseguia otros tantos sucesos, quantas eran las empresas á que se determinaba.

Yo observo, que en una parte disminuía y aun quitaba las ceremonias profanas, que parecia autorizaban las reliquias del paganismo que habia quedado; habiendo abolido ademas la supersticiosa costumbre de celebrar el triunfo de los Santos con los mayores y mas iniquos excesos.

En otra, que á las murmuraciones de un pueblo sedicioso, oponia las victoriosas armas de la persuasion: confundiendo así á la rebelion audaz, y haciendo que renaciese dichosamente la paz entre el seno mismo de la discordia.

Como restaurador ya de la exácta disciplina, formaba, por medio de sus cuidados y exemplos, levitas virtuosos, ministros irreprehensibles y pastores perfectos. Y ya por medio de su regla (1) dió una nueva brillantez á la vida monástica. Sí, de la Regla de *San Agustin* os hablo. ¡Quánto celebrará yo que el tiempo me permitiera descubrir os su plan, recordar os sus progresos y manifestaros su es-

(1) Regla de S. Agustin.

píritu! ¡O Regla admirable! ¡O escuela de todas las virtudes! Tú eres la que transmitirás su espíritu á los siglos mas remotos, y la que siempre le harás renovar en sus hijos.

Si christianos, aunque un indigno discípulo de *San Agustin* dexé á sus hermanos y aflija á su sagrada Religion, ¿quántos otros discípulos fieles tendrá que defiendan á su Patriarca, á la Iglesia y á la Religion? El vivo é impetuoso *Luthero*, romperá sus cadenas, y se huirá por no escuchar mas que al resentimiento y á la venganza; pero una multitud de héroes christianos hará que florezcan, baxo la Regla de *San Agustin*, los talentos sin orgullo, el zelo sin interes, y la obediencia sin reserva. Mientras que el herejarca arranca, digámoslo así, del altar á unas vírgenes inconstantes para hacerlas víctimas de la desenfrenada luxuria, serán otras vírgenes generosas, baxo los estandartes de *Agustin*, milagros de honestidad y pudor, y mártires de la penitencia. *Luthero* mismo forma con su apostasía el elogio de aquellos á quienes dexa. Por ella se descubre el contraste de sus virtudes y de sus vicios. En medio de que abjuró la Regla de aquel Santo legislador, no dexaba de anunciar á todo el mundo, que los verdaderos discípulos de *Agustin*, debian ser, como este mismo Santo, los defensores y los modelos de la Religion. Pero ya no se debía mirar á nuestro Héroe como á padre suyo desde el mismo punto en que dexó de recogerle entre sus hijos. No dexéis, pues, de serlo los que verdaderamente lo sois

de este Santo tan esclarecido. Imitad siempre á tan grande modelo.

Y vosotros los que sois dechado de un generoso desinterés, persuadíos á que no consagra *Agustin* los tesoros de la Iglesia sino á expensas de una santa y liberal caridad. Su noble desprendimiento llega hasta el punto de hacer participantes de los beneficios destinados para el santuario á los tímidos bienhechores, que ni aun tan siquiera se avergüenzan de no serlo como debieran.

Si le miramos como modelo de una perfecta modestia, veremos que él es la lumbre de la Iglesia, y que su doctrina arregla las decisiones de los concilios. Me atrevo á decir, que lo que él ignoró, eso es lo que falta á las ciencias, y, segun dice el célebre Volusiano, lo que falta que saber en la ley de Dios. *Legi Dei deest, quidquid Augustino contigit ignorare.* Entre sus admiradores cuenta varios soberanos pontífices, y no pocos doctores entre sus discípulos; pero ademas admiro yo en *Agustin* otro prodigio. Este es el que en el mas sabio de los hombres advierto el hombre mas humilde. De tal suerte, que llegó á retractarse de varias proposiciones por solo creer que las habia soltado con demasiada ligereza. Como rígido censor de sus obras, léjos de disimularse los defectos, se los descubria y condenaba. En medio de la mucha gloria que adquirió por sus talentos, supo, sin disputa, excederse á ella por sus virtudes.

En fin, si le consideramos como á un modelo de invencible constancia, advertiremos que

que no puso otros límites á sus trabajos que los de su vida. ¡Qué exemplo de zelo mas heroico que el que nos presentan los tristes dias que antecedieron á su muerte! En Africa se vió levantar una terrible tempestad, que, con sus rayos, esparcía una pavorosa luz por toda la faz de la tierra. Un monarca temible por su valor, famoso por sus conquistas, el apoyo del Arrianismo, el azote de la Iglesia, el terror del Universo, Genserico, en fin, salió de España, y como si fuera una precipitada corriente, inundó el Africa con sus formidables batallones. Todo se rendia á sus victoriosas armas. Cirtha tiembla, Cartago se extremece, Hipona se ve afligida. El furor de un desenfrenado soldado ninguna ley respeta. Ninguna cosa es sagrada para él. El nombre de *Agustin*, tan celebrado en todo el Universo, parecia que daba un nuevo impulso y actividad á la rabia de los hereges. Se hacia preciso que el defensor de la verdad fuese ya su mártir. Este es el último exemplo que debia dar nuestro Santo á su pueblo. Encerrado, pues, en Hipona, que estaba ya casi reducida á polvo, no se contentaba aun, como víctima de la caridad, con gemir baxo la afliccion de su pueblo, volvió á encender el amortiguado fuego de su juventud, y, con intrepidez sin igual, visitó, exhortó y consoló á quantos pudo, ofreciéndose por último en sacrificio para aplacar la cólera del irritado Dios de las venganzas. El último suspiro fué un esfuerzo de su zelo. Murió, en fin, en medio de los trabajos de su apostolado y de las lá-

gri-

nas veces en comunicar á los mortales su poder, ya por medio de la instruccion, ó ya por la felicidad y abundancia de la tierra.

Este poder, pues, ¿ha resplandecido jamas con mayor magnificencia que en el Santo Pontífice, baxo de cuya advocacion está consagrado este templo al Eterno Padre? *Mirabilis potentia ipsius.* La pintura de su vida y la historia de su culto, nos presentan una encadenacion de maravillas, señaladas tanto en los fastos de los imperios, como en los anales de la Religion. A la interesante enumeracion de estas maravillas, era á la que San Bernardo cefia en otro tiempo el panegirico de *San Nicolas.* Si es cierto que le proponia en él como el modelo de la juventud, el curso de la miserable indigencia y la gloria de los pontífices; tambien lo es, de que con la mayor complacencia hacia estrivar su discurso sobre el carácter de un Santo (1), cuyos milagros se han extendido por toda la re-
dondez de la tierra. Cujus miracula per totam mundi latitudinem diffunduntur. ¡Ah! exclamaba él quando referia los milagros de *San Nicolas*: ni todas las plumas de los sabios son suficientes para escribirlos, ni todas las lenguas de los oradores para publicarlos. En efecto, hermanos mios, son admirables, *Mirabilis potentia ipsius.* Ellos fueron el premio y la recompensa de sus virtudes.

Yo, pues, no separaré la santidad de *San Nicolas* de su poder. Por lo primero solicitaré
 vues-

(1) Bern. Serm. de S. Nicol.

vuestra admiracion; por lo segundo vuestro reconocimiento. Ambas circunstancias merecen vuestros respetos, porque una y otra pueden ser colocadas en el lugar de los milagros. Milagros en el orden de la gracia; y milagros en el orden de la naturaleza.

Los milagros de *San Nicolas* en el orden de la gracia, son dignos de admiracion en todos los siglos. *Punto primero.*

Los milagros de *San Nicolas* en el orden de la naturaleza, son dignos de reconocimiento en todos los hombres. *Punto segundo.*
 AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Dichoso el hombre que, libre su vida de vicios y flaquezas, ofrece solamente dias de piedad y de penitencia: que en medio de la prosperidad, desprecia los tesoros de una fortuna percedera, ó, por medio de útiles beneficios, consagra el uso de ella: que en las funciones, y desempeño de un ministerio lleno de gloria, aunque penoso, ignora los privilegios mundanos que le favorecen y lisonjean, y no conoce sino los que le imponen sus austéras obligaciones: que en los tiempos de turbacion y de tempestad sostiene los combates del Señor, y no teme ser victima de la verdad despues de haberla defendido. ¿Quién es este Héroe, este prodigio? El siglo en que nació se regocijará con haberle poseído. Los que le sucedan, le tributarán, penetrados de sus maravillas, los justos elogios que se deben á sus obras

obras y á sus virtudes. *Quis est hic? Et laudabimus eum* (1).

¿Se podrán desconocer, á vista de estas primeras señales, el carácter que dominaba á *San Nicolas*, y sus milagros en el órden de la gracia? Los milagros de *San Nicolas* en el órden de la gracia, son milagros de penitencia y de caridad: milagros de sabiduría y de zelo: milagros de intrepidez y de constancia. Los milagros de penitencia y de caridad le adquirieron su reputacion, como la admiracion nos los anuncia: los de zelo y sabiduría, aumentaron su reputacion, como la misma admiracion alaba; y los de intrepidez y constancia, pusieron el colmo á su reputacion, segun la admiracion nos los consagra. *Mirabilis potentia ipsius*.

La virtud de los santos no siempre empieza con ellos mismos. Hay algunos cuyos primeros dias estuvieron llenos de tinieblas, y si no se hallaron en ellos vicios que reprehenderles, mucho ménos se les hubiera encontrado despues méritos que aplaudirles.

El mérito, segun *San Bernardo*, penetró á nuestro Héroe por las obscuras nubes de la infancia. *Electus ab utero* (2). Los historiadores de su vida empiezan la relacion de ella por la de sus milagros. Milagros de penitencia. En efecto, señores, entre todos los santos á quienes reverencia la Iglesia, ninguno es mas joven que *San Nicolas* entre los penitentes. El pri-

(1) *Eccli.* 31. 9.

(2) *Bern. Serm.* de S. Nicol.

primer lugar de sus austeridades fué la cuna. Si: la cuna digo, en donde ignora el hombre la Religion, sus obligaciones, y aun hasta á sí mismo: la cuna, que es el primer testimonio de la debilidad humana, y la depositaria de nuestros primeros suspiros: la cuna, en donde las ideas están confundidas y son imperceptibles los sentimientos: la cuna, en fin, no fué para nuestro Santo lo que para el común de los demas hombres. Puede decirse, que la piedad antepuso en él la razon, y que fué el mártir del Evangelio ántes que pudiese ser su discípulo. La misma naturaleza se admiraba al verle que se negaba los auxilios mas justos y necesarios, repugnando el alimento por religion, así como otros claman por él con sus lágrimas; y haciendo memorables, por medio de unas privaciones reflexionadas, unos dias que habia consagrado ya con anticipada virtud á los ayunos y á la mortificacion.

¿Cómo os parece, hermanos míos, que alumbrará en su medio dia el astro que se dexa ver con una aurora semejante? ¿Qué exemplos de penitencia no dará á la Iglesia un Santo que desde la mas tierna edad se entrega voluntariamente á los rigores de una abstinencia hasta entónces desconocida (1)? *Quis putas puer iste erit?* En qualquier estado que la Providencia le coloque, será un constante modelo de severidad evangélica. Será tan penitente en la juventud como en la infancia: sobre el

Tom. II.

(1) *Luc.* I. 66.

trono de la Iglesia, como en el silencio del retiro; y tanto en la amortiguada edad de la vejez, como en la fuerte y vigorosa de sus primeros dias. Su penitencia empezó con él, y no se acabará hasta que él se acabe.

A estos admirables prodigios se juntan los de la caridad. *Andad, vended vuestros bienes y distribuidlos entre los pobres.* San Nicolas se impuso un precepto de este singular consejo del Evangelio. En vano se le presentaba á su vista la mas brillante fortuna por medio de una opulenta sucesion. ¿Qué vienen á ser las mayores dichas de este mundo para un hombre que piensa en la eternidad? *Nicolas* solo advertia en las riquezas que sus padres le dexaron un obstáculo para la santidad: por lo mismo las renunció. Pero aunque no las quiso admitir para sí propio, no por eso dexó de disponer de ellas en favor de los demas. Su infinita caridad se habia reservado el precioso derecho de repartirlas entre los miserables. Un corazon grande solo se complace en ser rico por llegar á ser liberal.

El explicar la liberalidad de *San Nicolas* seria detener vuestra consideracion sobre aquel desgraciado padre, á quien de su antigua opulencia no le habian quedado otros residuos que tres vírgenes christianas, herederas de sus desgracias al mismo tiempo que de su nombre. Así, pues, pasaba sus tristes dias en un desconocido retiro con la mira de ocultar á los ojos del público sus suspiros, su dolor y sus necesidades. A vista de sus ojos, que vertian arroyos de lágrimas y excitaban á otros

á que las derramasen, esperaban sus desconsoladas hijas el preciso instante de la muerte, como que era para ellas la vida la calamidad mas grande. El único recurso que las quedaba era el de su virtud. ¡Ah! ¿quién puede dudar que siempre ha tenido esta un absoluto imperio sobre los corazones á quienes va á provocar la fortuna en el centro de la indigencia? ¡O miserias! ¡ó cruel miseria! ¿A cuántos peligros expones á la inocencia, al honor y á la Religion? ¿Si lo diré yo? ¿No se han de admirar todos al oirlo? Despachado el padre, aquel padre indigno de serlo, inientó, guiado de su desesperado impulso, formar un proyecto á cuya vista se horroriza el pudor y la humanidad. Percíbese en la ciudad su monstruoso designio, hace que se subleve la piedad, y que el libertinage lo advierta. Abrióse el abismo y se preparó el escándalo. Ya andaban ambos al rededor de aquel peligroso asilo en que el padre y su brillante posteridad estaban encerrados: les sitiaban las mas violentas tentaciones, lisonjeras promesas, y pasiones tan atrevidas para producirse, como fáciles para insinuarse. Ya estaba armado el crimen de acuerdo con la fortuna, quando::: Pero ¿qué es lo que va á suceder? No: no haya miedo: una mano respetable y bienhechora detendrá á la orilla del precipicio á unas ilustres vírgenes, á quienes solo llevadas de una desesperada situacion iba á sumergir una bárbara determinacion. *San Nicolas* estaba instruido del oprobio que amenazaba á una miserable familia, digna de mejor suerte. Cono-

cia el peligro. Mas ¿cómo le había de remediar? Siempre es la caridad industriosa. ¡O sombras de una noche obscura! Vosotras, vosotras sois las que ocultareis los secretos pasos que *San Nicolas* medita. La virtud amenazada recibió por él el premio de su seguridad, sin haber podido descubrir la propicia mano que la había salvado de un peligro tan próximo. Los milagros de la caridad son otro tanto mas admirables en quanto con mas cuidado se ocultan.

Peró ¿cómo es posible que estén ocultos mucho tiempo á las eficaces indagaciones del reconocimiento? A la verdad que es muy dificultoso. Interesado en la gloria de su bienhechor, observó sus piadosos caminos hasta descubrirle, é hizo que muy en breve se extendiese su reputacion por toda la Lycia. Aquella heroyca accion que estaba creido nuestro Santo no había confiado mas que á su corazon, llamó sobre él los respetos y las atenciones públicas, consiguiéndole admiradores en todas las partes del Universo y panegiristas en todos los siglos.

Los milagros de penitencia y de caridad eran el motivo de su reputacion: la admiracion les anunciaba. Los milagros de sabiduría y de zelo aumentaban su reputacion: la admiracion les alababa. *Mirabilis potentia ipsius.*

Ya le había visto la Lycia, con edificacion suya, dirigido por los cuidados de un tio virtuoso y sabio, hacer rápidos progresos en el camino de la virtud y de las ciencias.

En-

Entrado al honorífico estado del Sacerdocio, se dispuso para conservar este delicado ministerio con el vencimiento de sus pasiones, habiendo logrado sujetarlas tantas veces, quantas le combatieron. A pesar de estas victorias, como todavía estaba vacilante por su mal asegurada virtud entre los escollos del mundo, había concebido la noble idea de huir del peligro, como en efecto lo executó.

A expensas de la Providencia se había establecido cerca de las puertas de Mira un solitario asilo, acreditado desde sus principios por la reputacion de la santidad que se habían adquirido los muchos hombres religiosos que se consagraban en él al Señor. A aquella escuela de piedad y de penitencia había ido *Nicolas* á buscar exemplos y á darlos. El fin que se había propuesto al ir á ella, era el de obedecer; pero se le obligó á mandar. Puesto al frente de esta santa Religion, ¿con quantos prodigios de zelo y de prudencia se distinguió? Decir que formó allí discípulos que le imitaron en la sabiduria de la ley, en lo zelosos del culto, en lo amigos de la virtud y en lo enemigos del vicio y del error, es dar á entender, pero no acabar, el interesante quadro de su gobierno. Pero ¡ah! apenas le poseyeron sus discípulos quando le perdieron.

Entre tanto que triunfaba allí baxo de sus leyes la perfeccion evangélica, ¿dónde pensaba él buscar otra todavía mas sublime? En la Palestina. El oráculo de la Lycia se desapareció entre las inconstantes olas del mar. Dexemos á un lado, hermanos míos, el que

M 3

la

la embarcación en que iba se formó una cátedra de la verdad, donde hizo respetar su zelo á la Religion casi desde el punto en que entró en ella. No hagamos cuenta, de que así que entró en Alexandria fuese á postrarse á los pies de Antonio el Grande, y le admira- se al propio tiempo que él quedase admira- do. No por cierto: de nada de esto hemos de hacer caso. Por donde es menester seguirle, es por Jerusalem y sobre el Calvario. ¿Cómo es posible manifestar los movimientos de su corazón al ver aquella preciosa montaña en donde se consumó la redención del mundo? Pero ¿adónde voy yo á parar? Dexa *Nicolas*: dexa los desiertos de la Palestina, y vuelve entre la multitud de las gentes del mundo: *Tibi redeundum est ad mundi Palestinam* (1). Esa no es la tierra que debes cultivar: *Non est hic ager in quo fructum proferas*. Tú estás destinado para trabajos mas útiles y penosos.

Por fin, la divina Providencia le encaminó á Mira. Su Iglesia acababa de perder su prelado. Una infinidad de concurrentes aspira- ban con ansia á la consecucion de tan distin- guido y privilegiado empleo. ¡Ah! No: no será sobre esos hombres, que con tanta ansia lo pretenden, sobre quienes recaerá la elec- cion del Señor. *Non elegit Dominus ex istis* (2). ¿Quereis saber, ó zelosos Pontífices, que os habeis juntado para dar á esta desconsolada Iglesia, segun las intenciones de Dios, un dig-

(1) Surlus, in Vita S. Nicol.

(2) I. Reg. 16. ro.

digno pastor; quereis saber quien es aquel que el cielo tiene determinado que lo sea? Consultad á sus oráculos: orad, y lo sabreis. Pa- rece que el cielo lo daba ya entender. *Mane qui sacram prior intrat eadem, fingite Mitram* (1). Aquel que al romper el alba se acerque el pri- mero hácia ese augusto Santuario, ese es jus- tamente el hombre de Dios, y á quien habeis de nombrar. En efecto, preséntase *Nicolas* en el templo, é inmediatamente pusieron todos sobre él sus miras. Condúxosele al altar lleno de aclamaciones públicas. ¡Ah! ¡y quan igno- rante estaba este nuevo Isaac, de que era él la víctima que se iba á sacrificar! Por mas que le proclamaban todos á una voz, no dexaba de resistirse. ¡Quan gloriosa es esta accion para la Religion! *Hic pugna*. Aquellos respe- tables prelados estaban bien persuadidos á que la elevacion de *Nicolas* era obra de la Provi- dencia. Asombrado nuestro Santo, á vista de un yugo superior á sus fuerzas, temblaba, ge- mia y suplicaba. Pero su turbacion, su espanto y sus lágrimas, solo servían de probar mas bien quan digno era de los honores que reu- saba. ¡O repentina mudanza! La misma cruz con que se le honraba, le parecia que estaba teñida con la sangre de los mártires sus pre- decesores. En vista de esto, cesaron sus lágrimas. Pensaba que el episcopado le proporci- onaría muy en breve la ocasion de conseguir la corona del martirio. ¡Que esperanza tan de- leytable para su zelo! ¡Que no se hubiera vis-

M 4 to

(1) Hymn. in Offic. S. Nicol. ad Nativ. Santol.

to ya desde aquel mismo instante en medio de los cadahalsos ó de las hogueras! ¡Qual será el día que se señale con su muerte en defensa de la fe de Jesu-Christo! Le parecía que aquel había de ser el mas precioso de toda su vida. ¡Ah! No es la sangre de *Nicolas* la que pide la Religion, sino su zelo. ¿Quánta necesidad tenían de él toda la Iglesia universal, y la particular de Mira? ¡O deplorable estado de la primera! Por desgracia se veía entonces como temblando y para perecer, baxo el hierro homicida de los tiranos que, como protectores políticos de la idolatría, se habían propuesto esta idea. Estaba desacreditada con las poderosas facciones de la heregia, tal vez mas terrible en sus sucesos que el paganismo en sus furors. El precursor de Arrio, de Macedonio, de Mahomet y de todos aquellos Heresiarcas, cuyos errores habían sido poderosamente combatidos desde el tercer siglo por el sabio zelo de San Dionisio de Alexandria: aquel audaz filósofo, que tan pronto como fué discípulo del impio Noé, se le vió excederle en la propagacion de la impiedad: aquel feroz enemigo de la augusta Trinidad, que, baxo el especioso pretexto de sostener la unidad de Dios por la de las personas, destruía á la divinidad misma. Sabelio digo, destruido, condenado y muerto, tenia todavia en el quarto siglo, y sobre todo en la Lycia, partidarios, discípulos y protectores.

Pero si es cierto que la Iglesia universal padecia sus males, tambien lo es de que la particular de Mira tenia sus desórdenes. A esta

ta

ta ciudad, pues; no se la debe considerar semejante á aquellas en donde, por sus depravadas costumbres, reyna impunemente y con la mas desenfrenada licencia el orgullo, la luxuria; el escándalo, la independencia; el sacrilegio, la irreligion. El siglo de *San Nicolas* aun no estaba lleno todavia de incredulidad. Pero habia en Mira algunos vestigios de la idolatría á quienes era preciso borrar: semillas del error á quienes era indispensable ahogar; y vicios del clima contra quienes era menester combatir. Ella era una ciudad opulenta; y estas ventajas son, como todo el mundo sabe, la causa de mil extravíos. Atraídos á ella los extrangeros, por el comercio marítimo, la llevaron el luxo mas excesivo. Este es el escollo en donde tropiezan las buenas costumbres. Con que ¿quiere duda que para introducir allí el espíritu evangélico se necesitaban milagros de sabiduría y de zelo? Pues esto es justamente lo que hizo *San Nicolas*.

Lo mismo fué presentarse allí y reconocer el mal que atacarle. Esto lo hizo por medio de los útiles reglamentos que estableció; y para darles una forma estable y mas segura, los ratificó en los concilios que celebró. Concilios á la verdad en donde por las decisiones mas sabias se detenian los abusos en sus principios: recibia un nuevo resplandor la magestad del eulto: se volvian á su vigor las leyes de la disciplina; y se renovaban los anatemas de la Iglesia contra la declinante heregia de Sabelio y de sus últimos apologistas.

Pe-

Pero habia algunos espíritus desobedientes que desde luego se resistian á las piadosas intenciones del santo Prelado. ¿Con que se opondrá él á semejantes malvados? Con las reconvençiones de un amigo y las amonestaciones de un padre, que le bastaban para triunfar de ellos. Su moderacion desengañaba á los preocupados, y aun hasta los mas inflexibles cedian á su prudencia. Su afabilidad y su dulzura, no dexaban á los corazones mas pertinaces sino el sentimiento de su ingratitude. Se disipaban las intrigas, cesaba la rebelion, se arruinaban los ídolos y huía la heregia: protegidos todos los vicios por una larga impunidad, no eran ya conocidos desde entónces, sino por la vergüenza de aquellos que les habian sido fieles. De tal suerte, que hizo ménos conversiones Jonás en Ninive, que *Nicolas* en Mira.

Mas ¿que conversiones se le habian de escapar al zelo de un Pontífice tan sabio como edificativo, que era el oráculo y el modelo de su Clerecia del mismo modo que de su pueblo: protector de las ciencias y de los sabios; y aplicado á formar unos apóstoles que llegaron á ser las lumbreras de la Clerecia, como lo manifestaron Paulo Rodano y Teodoro Ascatonita? De este modo no era extrañio que en cada dia se añadiesen nuevos rasgos á la gloria de *San Nicolas*. La extension de su Diócesis parece que se estrechaba para oír la celebridad de su reputacion. Por todas partes le concedia la admiracion pública el privilegio de ser el honor del Sacerdocio, el apoyo de la Igle-

Iglesia y el milagro de su siglo. *Mirabilis potentia ipsius*. Pero en este necesitaba aun mas que milagros de sabiduria y de zelo, porque eran menester otros de intrepidez y de constancia.

— Si, á vosotros, Pontífices de la Iglesia, os está confiado el depósito de la fé. Vosotros debéis responder de él al cielo y á la tierra. Así esta como aquel mirarian con indignacion á unos Pontífices tímidos que intentasen acomodar la Religion á las circunstancias del tiempo, dando á entender una odiosa neutralidad entre Jesu-Christo y Belial, y que por una tolerancia política proporcionasen triunfos al error y á la incredulidad. ¡ Ah! Si siempre se renovasen los tristes exemplos de Eusebio, de Osio y de Auxenza para confundir á los imitadores de estos hombres flojos é infieles á su ministerio, solo les opondria yo la constancia é intrepidez de *San Nicolas*.

— Intrepidez, constancia y virtudes que necesitan tener los Pontífices en todo tiempo, como que siempre encuentra obstáculos la Religion. Tal vez no los halló nunca mayores que en el quarto siglo. Siglo de horror y de carnicería en el que habian procurado su ruina los mayores enemigos del christianismo Diocleciano y Maximino, aquel por política y este por gusto. El primero porque temia á los christianos, y el segundo porque los aborrecia. Diocleciano para asegurar su poder: Maximino para manifestar su autoridad. El uno sin mas motivo que el de quitar unos temores infundados: el otro sin tener mas causa que el bárbaro placer que ha-

hallaba en verter la sangre de los fieles. ¡Quantos ruinosos edictos se publicaron por toda la extension del imperio Romano! ¡A quantos se condenaron á muerte! El perder los bienes y la libertad, era lo menos que podian esperar los discípulos de Jesu-Christo. Baxo de mil modos diferentes se presentaba á sus ojos el honroso aparato de su suplicio. Se les decía, que la venganza de los césares consistia en hacer una grandísima hoguera de todo el mundo christiano, y que su crueldad era solamente ingeniosa para buscar tormentos desconocidos á los Neronés y á los Dioclecianos. ¡O Lycia! ¡O Mira! ¿Por qué fatal suerte se descargaron sobre vosotras los primeros rayos de la tempestad? Yo veo, pero ¡con que sentimiento! destruidos vuestros altares, y sepultados vuestros templos baxo de sus ruinas; á vuestros ciudadanos amenazados y llenos de temor, precisados á buscar en diferentes subterráneos la seguridad, la salvacion y la vida. ¡Qué espectáculo tan cruel para *San Nicolas*! Pero ¿se escapará él mismo del fuego de la persecucion? Enterados de su zelo y sucesos los señores del Mundo, le levantaron sobre su misma reputacion una causa criminal. Siempre se les mira como delinquentes á quienes se quiere perder ó perseguir. ¿Dónde hallaré yo colores tan vivos que sean suficientes para pintar el valor con que despreciaba la tempestad, corria delante de los suplicios, y, al parecer, desafiaba santamente á la muerte? Mas ¡qué mucho si los ministros de los césares no se atrevian á levantar contra él

aque-

aquellas manos destinadas á descargar sus golpes sobre todos quantos no hiciesen una tímida genuflexion delante de los ídolos! ¿Si se temerian de que llegase á ser su muerte un triunfo para el Christianismo, cuya destruccion meditaban? Lo cierto es, que el Obispo de Mira fué arrebatado de su pueblo. Llevósele á aquellas tristes mansiones en donde entregados los reos á la justicia, esperan lastimosamente encadenados, su sentencia y su muerte. ¡O, qué preciosas se me representan aquellas cadenas con que se sujetan á unas manos acostumbradas á esparcir tantos beneficios! *O gloriosa vincula* (1)! Aquella prision parecia á *San Nicolas*, del mismo modo que á *San Pablo*, un palacio y un trono. El permanecer mucho tiempo en ella, será evidente señal de que se le condene tambien á un rigoroso destierro; pero siempre manifestará en él la misma firmeza y constancia que antes. A su piedad se la aumentan sus fuerzas con las desgracias.

¡Ah! ¿cómo era posible de que se mantuviese esta fortaleza, quando para colmo de su desgracia supiese lo muy funesta que habia sido su ausencia á su pueblo, y que en medio de él habia corazones tan interesados que se habian dexado deslumbrar por las promesas, tan pusilánimes que se habian intimidado con las amenazas, y tan pérfidos que consintieron sacrificar su Religion por conservar su vida? ¡De cuánto sentimiento le serviria conocer su delito y no poderle remediar!

¡O

(1) Prosa de San Nicolas para la Misa.

¡O Dios omnipotente! restituid, restituid la paz á la Iglesia para que vuelva *Nicolas* á su pueblo. Tales eran las súplicas que dirigia al cielo. Por fortuna fueron oidas, y todo mudó de aspecto. Los tiranos fueron humillados, el infierno confundido, pereció Diocleciano, Maximino ya no existia, y con esto respiraba la Iglesia. Vencedor Constantino de Lycinio, subió al trono y colocó en él la Cruz de Jesu-Christo, declarándose protector de la Religion y revocando los edictos de sus predecesores. Con este motivo se llamaron á los obispos desterrados, y *Nicolas* fué restituido á Mira. ¡Que dia tan dichoso para él y para su pueblo! El dolor que habia tenido en su pérdida, se le olvidó con el placer que tuvo en recibirle. Aprovechándose nuestro Santo de la tranquilidad que gozaba la Religion, no se descuidó un instante para proporcionarla nuevas conquistas y fortificarla contra otras nuevas desgracias que la sobreviniesen.

En efecto, no dexaban de amenazarla y affigirla algunas de ellas. De lo mas profundo de los infiernos salió un monstruo de audacia y de impiedad. Este fué Arrio, que solo tenia de grande el atrevimiento y el orgullo. Presentóse á la vista de un mundo alucinado con las apariencias de un ingenio brillante, que nada era en realidad. Con las sutilezas de una cautelosa eloqüencia suplía la profundidad de la erudicion. Articioso, insinuativo é hipócrita, ocultaba con el velo del disimulo sus reflexionados atentados. Ambicioso y vindicativo, usaba solo del lenguaje de la

mo-

moderacion y del desinterés. Capaz de cometer todo género de baxezas, intrigas y maldades, aparentaba estar unido á los grandes, sumiso á los obispos, afable con el pueblo, y era muy diestro para condescender con las opiniones de los sabios, á fin de persuadirles mejor sus errores.

¡Pero que errores! Solo tenian por objeto el profundizar la raiz y los fundamentos del Christianismo, y negar la divinidad de su Autor. A las primeras blasfemias que profirió Arrio, se estremeció la Iglesia. Ya estaban discordes los espíritus, y se declaraba un pernicioso y sanguinario error. Al paso que encontraba este enemigos, hallaba tambien protectores. Por una parte se armaba el zelo, se exercitaban los talentos y amenazaba la autoridad para apagar una centella que podria producir algun incendio. Por otra infestaba el veneno preparado con destreza á los reyes, á los emperadores, á los sabios y hasta á los obispos mismos.

¿De que medios os parece que se valdria desde luego *San Nicolas* contra un enemigo tan poderosamente sostenido como Arrio, y contra una doctrina tan manifiestamente impía como la del arrianismo? Una carta sabia y razonada que dirigió al santo patriarca de Alexandria, fué el primer monumento de su zelo. Despues de esto, se armó inmediatamente con el látigo de la palabra, y vaticinó con sus discursos las tempestades que despediria muy en breve el concilio de Nicéa. Concilio compuesto, por cierto, del concurso mas venerable

y

y agosto que vió jamas el mundo christiano: Asamblea en donde baxo la proteccion de Constantino, que era lo que tenia la Iglesia de mas illustre, el Imperio de mas respetable y el Mundo de mas sabio, se trataba de comun acuerdo para exáminar sin preocupacion el error, profundizarle con discernimiento, y juzgarle sin apelacion. Entre los padres que componian el concilio bastará nombrar á un Osio de Córdoba, á un Eustazio de Antioquia, á un Macario de Jerusalem, á un Pablo de Neocesarea, á un Zenon de Tiro, á un Teodoro de Tarsa, á un Athanasio, que, aunque todavía no era obispo, era muy digno de serlo.

Otro qualquiera que no pensase como yo, os diria que el nombre de *San Nicolas* estaba comprehendido tambien entre los que aterraban al Arrianismo: pero por lo que á mí toca, me contentaré solo con preguntaros, ¿si se estremecerian ó no los partidarios de esta secta al advertir que entre sus jueces estaba un Pontífice perseguido, proscripto por su fé, y á quien sin embargo de esto, por respeto á la idolatría, no se habian atrevido á sacrificar? ¡Que adversario tan terrible es contra el error un apóstol y un mártir de la Religión! ¡Quanto peso dan sus sufrimientos á su doctrina! A la verdad que sus exemplos consiguen sobre los espíritus y los corazones una elevacion tan imperiosa, que no puede dexar de prometer la victoria á la verdad.

Y esta, ¿que podía dexar de esperar de un Pontífice que era el alma de un concilio por sus luces, el ornamento por su santidad y el pa-

padre por su edad prematura? *San Nicolas* se me representa en él como otro Juan Evangelista, que se escapó milagrosamente del sacrificio. En él reverenciaban los Pontífices su oráculo y admiraba la Iglesia su defensor. Constantino le hizo los mas brillantes honores, y el Papa San Silvestre le anunciaba al Universo como una víctima de la fé, que sobrevivía á su martirio para armar contra el error aquel mismo valor que tantas veces habia salido vencedor de la idolatría.

¿Os parece, hermanos míos, que faltan todavía á la gloria de *San Nicolas* algunas circunstancias? Los milagros de penitencia y de caridad, fueron la causa de su reputacion como la admiracion nos lo da á entender. Los milagros de sabiduría y de zelo, aumentaron su reputacion como la admiracion nos les alaba. Y los milagros de intrepidez y de constancia que consagra la admiracion, pusieron el colmo á su reputacion. *Mirabilis potentia ipsius*. Tales fueron los milagros de *San Nicolas* en el órden de la gracia. Los que tuvo en el órden de la naturaleza, ocuparán de su elogio la

SEGUNDA PARTE.

Los sagrados libros nos muestran á un Moyses que corta las aguas de la mar, á un Elias que hace baxar fuego del cielo, á un Josué que suspende el curso del sol en su carrera; pero sin embargo, encuentran espíritus incrédulos estos prodigios señalados en los anales

de la Religion. ¿Cómo, pues, me he de atrever yo á describir los milagros de *San Nicolas* en el órden de la naturaleza? No obstante lo dicho, hermanos míos, me determino á ello, porque son unos milagros constantemente averiguados, multiplicados con utilidad y perpetuados dichosamente. De los milagros efectivamente averiguados, dimana el principio del culto que le estableció el reconocimiento. De los milagros que se multiplicaron con tanta utilidad, nació la universalidad del culto con que le corresponde el reconocimiento. Y de los milagros perpetuados tan dichosamente, emana la adoracion del culto que eterniza el reconocimiento. *Mirabilis potentia ipsius.*

Dexemos de exponer el nombre de los milagros; pero no por eso nos olvidemos del de las obras que llevan consigo visiblemente el sello de la divinidad. En una materia tan delicada, no es ménos perjudicial el creer mucho, que no creer lo bastante. Es menester caminar con prudencia entre los dos escollos de la supersticion y de la incredulidad, máxime en un tiempo en que estos dos vicios, aunque diametralmente opuestos, se producen con audacia y parece que se quieren disputar la gloria del suceso. En el día casi no se sabe lo que es mas digno de admiracion, si el espíritu del error y de la mentira que realiza las fantasmas, ó el espíritu de irreligion que se empeña en no descubrir mas que quimeras y supercherias hasta en la verdad misma. Véamoslo sino; pero ¿lo creerá la posteridad? Lo que

que no tiene duda es, de que el siglo mas incrédulo, es al propio tiempo el mas supersticioso.

Yo bien sé que algunos historiadores poco fieles en engrandecer la gloria de *San Nicolas*, no se han desdafiado de mezclar los hechos apócrifos con los incontrastables. Tampoco es mi ánimo llegar hasta el punto de subscribir sin discernimiento á todos los milagros con que las plumas sospechosas han llenado imprudentemente su retrato. Los enemigos de la Religion tendrian fundamento en este caso para desconocer la mano de Dios en las obras en que verdaderamente no se halla. *Non Dominus fecit hac omnia* (1).

No por cierto: la mano de Dios no se descubre en un hecho que refieren sin exámen los escritores mal instruidos. Estos llevan á *San Nicolas* sobre el calvario, y suponen en él un templo depositario de la cruz. A vista, dicen, de *San Nicolas* se apresuraban los Angeles para abrir á su zelo aquel agosto santuario, cerrado hasta entónces á todos los mortales. Suposicion chímérica y milagros falsísimos. Y ¿por qué? Porque la piadosa Helena, madre de Constantino, no habia encontrado todavía hasta entónces la cruz de Jesu-Christo; y porque el templo en donde milagrosamente la introduce nuestro Santo, no habia sido aun erigido por las manos del zelo. No se puede ménos de dudar sobre un prodigio, cuya falsedad se demuestra por la historia y la

N 2 cro

(1) Deuter. 12. v. 27. c. 32.

cronología. *Non Dominus fecit hæc omnia.*

— Ni ménos se descubre la mano de Dios en un acontecimiento aun mas increíble. Este, pues, le cita San Antonino, aunque no sale por su fiador. Se hace mencion de él en un martirologio griego, pero tampoco se certifica. Con que, ¿sobre qué pruebas hemos de asegurar, que en presencia de los padres que se juntaron en Nicéa, reprimió San Nicolas la audacia de Arrio; que arrebatado de su zelo sacó al Heresiarca convencido de blasfemo; que por este indiscreto zelo mereció ser reprehendido del concilio, y que los Pontífices decretasen unánimemente la sentencia de su condenacion; que perdiese por esta, tanto su sangre como su libertad; y que, como si fuera otro San Pablo, hubiese visto llegar á ser el teatro de su detencion el de su gloria? Vosotros mismos diréis conmigo, que un hecho acompañado de circunstancias tan singulares debería referirse en las actas del concilio, que es donde cabalmente no se halla. No haya miedo que tenga la incredulidad la gloria de disputar este prodigio, porque justamente no tendremos nosotros la temeridad de admitirle. *Non Dominus fecit hæc omnia.*

— Mas, si es cosa prudente no admitir milagros sospechosos, tambien es equitativo el no desechar los incontrastables. En este supuesto, ¿quién será el temerario que se atreva á negar las muchas y verdaderas maravillas con que se distinguió el poder de San Nicolas? *Stetit contra reges borrendos in portentis et signis*

nis (1). Aquí se me presenta desde luego el admirable prodigio con que immortalizó la época de su exáltacion sobre el trono de Mirra; ¡O afortunada Iglesia! ¡Qué pontificado re debes prometer de un Santo que empieza sus augustas funciones por la resurreccion de una muerte! Pero ¿qué muerte?

Como madre aun mas desconsolada que la viuda de Nain, habia visto perecer en un inesperado incendio á un hijo único que era su consuelo y su esperanza. De este hijo tan sentido y amado, no habia ya otra cosa que una porcion de cenizas y unos secos y casi consumidos huesos. Ningun recurso la quedaba á esta tierna madre en el justo dolor de que estaba penetrada. ¿Podrá acaso esperar algún milagro sobre un motivo de que jamas ha habido exemplo? Ella es cierto que le deseaba; mas ¿cómo lo habia de conseguir? Cargada con los despojos que habia recogido en medio de las llamas, se postró á los pies del nuevo Obispo. ¿Es posible, le decia, que un día que llena de felicidad á Mira haya de estar para mí sola lleno de tristeza? Yo solo tenia un hijo: estos son los despojos de su inanimacion:: Las lágrimas impedian las palabras:: Quería hablar:: Y únicamente se la perelbían sus suspiros:: ¡Qué lance tan tierno! Penetrados los circunstantes del mas vivo sentimiento pusieron los ojos en Nicolas. Los prelados que se habian juntado allí, remitieron á él la suerte de la madre y del hijo. ¿Qué hará en este caso

N 3

so

(1) Sap. 10. v. 16.

so el santo Pontífice? Como el discípulo imita siempre la conducta del maestro (1), levantó sus ojos al Cielo. No lloreis, dixo á la madre. *Noli flere.* Levantaos y vivid, dixo al hijo. *Adolescens, tibi dico surge.* Lo mismo fué decirlo, que reanimarse aquel abrasado cadáver, cubriéndose los huesos, que no eran antes sino polvo, con nuevas carnes. Empezó á respirar aquella criatura, y á celebrar la gloria de su libertador:: Si os maravillais, hermanos míos, á vista de este prodigio, debeis tener entendido que tiene por testigos á los altares, á los obispos, á la clerecia, á todo un pueblo, á toda una ciudad. Ninguna cosa es imposible para el Dios de misericordia de quien *San Nicolas* es la imágen. *Stetit in portentis et signis.*

Si en efecto era imágen del Dios de misericordia, tambien lo era del Dios de justicia. Achemed, aquel terrible enemigo del nombre christiano, que cubria los mares con sus formidables armadas, llevó el fuego y el cuchillo mortal á la Isla de Rodas; penetró por la Lycia, é hizo que Mira cayese baxo el poder de las triunfantes armas de los Sarracenos; y despues que como cruel vencedor habia profanado los templos y los altares, se dedicó de expofeso y con el mayor rigor á usar sobre el mismo sepulcro de *San Nicolas* de todo el furor de que es capaz el odio del Mahometismo. Deteneos bárbaro, deteneos y temblad. Un poder mas formidable que el vuestro

(1) Luc. c. 7. v. 13. y 15.

tro vela por la seguridad del sagrado depósito ácia el qual se dirigen vuestros pasos. No, no haya miedo que executeis vuestros sacrilegos intentos. Por solo haberlos concebido sereis castigado. Volverás á entrar en tus embarcaciones; pero desatados los vientos vengarán á la Religion, á Mira y á su pontífice. Esa numerosa flota que hace parecer á tantos christianos, será deshecha y arruinada; y humillados y confundidos los sectarios de Mahoma, conocerán, bien á costa suya, el poder de *San Nicolas* con el justo castigo de aquellos que se atrevieron á dar contra su gloria. *Stetit in portentis et signis.*

Estos, pues, no son unos milagros supuestos con maña por la impostura; unos milagros que para manifestarse al público necesitan de misteriosas precauciones; ni unos milagros cuyo importante secreto solo está confiado á los que tienen interes en aplaudirles, ó están encargados de acreditarles. Los milagros de *San Nicolas* están justificados por San Miguel Archimandrita Abad de Sion, por Lipomano Obispo de Verona, y por San Methodo Patriarca de Constantinopla. Agregad á estos hombres ilustres otros que aun lo son mucho mas, como Leonardo Justiniano, Teofano, Andres de Creta, Methafrasto, Nicéforo, Godofredo Obispo de Amiens, Surio, Gerson, Alberto el Grande, Guillermo de París, Baronio y Dionisio el Cartuxo.

¿Quánto no dicen acerca de los milagros de nuestro Santo un San Bernardo, un Santo Thomas de Aquino, un San Buenaventura, un

Bienaventurado Pedro Damiano, un San Antonino, un San Vicente Ferrer y un Santo Thomas de Villanueva? ¿Si analizaré yo el eloquente panegirico que consagró á la gloria de *San Nicolas* aquel Emperador filósofo, guerrero, escritor y orador Leon VI? ¿Haré yo hablar á aquella ciudad del Palatinado, en donde la gloria de nuestro Héroe borra casi á los Luteranos la del mismo Lutero? Si: Wormes, Wormes mismo oyó publicar á los sectarios de la confesion de Ausbourg, que los milagros de *San Nicolas* igualaban á los de los mas famosos thaumaturgos.

¡O qué título este! No es otro el nombre que le da la Iglesia latina para caracterizar sus milagros, del mismo modo que la Griega le dió el de *Ayunador* (1). para dar á conocer sus austeridades. Así, pues, á esta brillante autenticidad de sus milagros, es á la que se debe atribuir el origen y la celebridad de su culto, como dice un crítico historiador, libre siempre de ser tachado de crédulo. Quando reconozco, pues, sus escritos advierto en ellos, que desde el sexto siglo estaba ya solemnemente establecido este culto en la Iglesia de Oriente (2); y que ácia la mitad del mismo siglo, dió en Constantinopla un Emperador temible á la heregia, protector de la Religion, vencedor de los Wandalos, restaurador de la jurisprudencia y compilador de las leyes las

(1) M. Godeau Obispo de Venza, Elogio de San Nicolas, incluso en los *Elogios históricos de los Obispos*.

(2) M. Baillet, vida de S. Nicol. 6. de Diciemb.

mas gloriosas pruebas de su piedad y zelo por *San Nicolas*.

Reconozco tambien en ellos lo muy en breve que llegó á ser celebrado su culto, tanto en Roma como en Constantinopla. Que así como los Emperadores de la Grecia le habian reconocido por su protector, tenian los pontífices de Roma á mucho honor el llevar su nombre: que el templo mas antiguo erigido en Europa baxo de su advocacion, subsiste todavia en la capital del Christianismo, y que, en fin, ha llegado á ser uno de los títulos de la púrpura Romana. Por último advierto en ellos, que baxo el dominio del Papa Dámaso (1), multiplica la Iglesia las solemnidades en honor de nuestro Santo, imitándola todo el mundo. El dia de su festividad, como dice San Bernardo (2), es un dia de general alegría. Esta fiesta, añade S. Vicente Ferrer (3), se celebraba desde los primeros siglos con el mismo brillo y magnificencia que la de los santos mártires. Privilegio singular por cierto, del que solo San Martín hace participante á *San Nicolas*; pero que lo merece este muy bien, tanto por su santidad como por sus milagros. Milagros constantemente averiguados, y multiplicados con grande utilidad. *Mirabilis potentia ipsius*.

Los verdaderos milagros siempre son útiles.

(1) Misa en verso para la fiesta de S. Nicolas, compuesta por el Papa Dámaso.

(2) Bern. Serm. S. Nicol.

(3) Vicente Ferrer *in festo S. Nicol.*

les. Su utilidad les distingue de entre aquellos infructuosos engaños inventados por el error para ofuscar á los pueblos. Por mas que un Arrio, un Pelagio, un Lutero y un Calvino se esfuerzen para ilustrar su secta con el espectáculo de algunas maravillas tan frivolas como ilusorias, no se tardará en conocer la falsedad de un poder, que como no viene de Dios, nada hace en favor de los hombres. Semejantes á los Sacerdotes de Baal, se atreven á mandar al fuego, á las enfermedades y á la muerte; pero ni cesan los incendios, ni se quitan los males, ni se abren los sepulcros para resucitar los que en ellos están enterrados. Su poder se cifra únicamente á producir sobre un pueblo de entusiastas, movimientos violentos, socorros estériles, delirios frenéticos y escandalosas convulsiones.

Los milagros de Jesu-Christo, de los apóstoles y de los santos, no se cifien á estas débiles señales. Id, decia á los discípulos de Juan Bautista el Salvador del mundo (1): id, anunciad y publicad lo que habeis visto y oido. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos sanan, los sordos oyen y los muertos resucitan. Estos, estos sí que son verdaderos milagros; pero creed que no eran otros los de *San Nicolas*.

El primero y único objeto de su poder era el de que fuese útil. *Pertransiit benefaciendo* (2). ¡Qué admirablemente brilló este utilísimo poder quando abatió una invisible mano á los pue-

(1) Matth. II. 4. 5.

(2) Act. IO. 38.

pueblos de la Lycia con los mas funestos golpes! Corrompióse el ayre, y estendiéndose, digámoslo así, por Mira una plaga de fuego, como si se hubiera derramado un torrente de azufre, esparció por aquella ciudad el terror y la consternacion. Aun con mas rapidez que el agua quando se precipita desde la cima de las montañas, se dexó ver aquel rayo destructor, que se esparció y comunicó por todas partes. No habia parage por donde no se viesen expirar muchas víctimas, y amontonarse un sin número de cadáveres. Ya no parecia Mira sino un horrible desierto. El temor dexaba sin movimiento á todos los corazones. Aterrado por el mal que le amenazaba, no se atrevia ya el padre á librar al hijo del daño que padecia. Hasta las familias mismas entre sí parecia que no componian mas que un pueblo de enemigos. Ningun miramiento habia á los vínculos del parentesco. Todos los sentimientos se habian enagenado de aquellos infelices. El valor se mudaba en timidez, y degeneraba la ternura en indiferencia. Todos se escapaban; pero no aseguraba la huida su salvacion. Los álitos contagiosos que no se querian recoger llegaron á ser la triste herencia de todos. Pero siendo *San Nicolas* un afligido expectador de la desolacion que causaban en su pueblo aquellos mortíferos vapores, ¿se contentará solo con acudir al remedio como pastor y padre? ¿Se limitarán sus tiernos cuidados al sacrificio de su reposo, de su salud y su vida? No por cierto, rógaba, mandaba y suplicaba, y no dexó de hacerlo hasta que

que cesó aquel terrible azote. Los santos siempre alejan los males por medio de los milagros. *Pertransiit benefaciendo.*

Libertador de su pueblo en aquellos tristes y calamitosos dias, no por eso dexó de serlo tambien en los que la hambre, como consecuencia fatal de las malas cosechas, de las inundaciones y de las continuas guerras, empobreció al rico, agobió al pobre, excitó la blasfemia con el dolor y esparció con la desesperacion la muerte. Del mismo modo que se advirtió á Joseph en otro tiempo en el Egipto fué *San Nicolas* en Mira. Aun hizo mas, sobre dos veces se multiplicó el pan entre sus manos, y, semejante al maná, descendia milagrosamente del cielo para alimentar á un nuevo pueblo de Dios. *Pertransiit benefaciendo.*

Si me olvidára de referir el poder que exerció *San Nicolas* sobre aquellos mares tan de continuo tempestuosos, quitaría á su gloria la parte mas brillante de su elogio. ¿Era acaso alguna apóstol? Lo cierto es que instrufa á los que navegaban con él sobre las olas. ¿Era algun profeta? Por de contado interrumpiendo sus instrucciones, predecia el próximo mal que amenazaba y la horrible tempestad que se iba á levantar. Lo mismo era vaticinarlo que verse juntar las nubes, obscurecerse la atmósfera, desencaxarse los vientos, formarse la tempestad, retumbar los truenos, moverse desordenadamente las aguas; y, como si de ellas se formase una gran porcion de montañas, amenazar hasta las mismas nubes. Con la luz de los relámpagos no se percibía ya mas que un

un cielo abrasado por unos abismos abiertos. Todo se abandonaba y parecia que iba á perecer. ¡O tristes pueblos! movied en sí. Empleaos otra vez en vuestras maniobras, tímidos pilotos. Nada teneis que temer quando está con vosotros *Nicolas*. Con la cruz en la mano, suplicaba este á Dios, que es quien prefixa límites al mar. Al instante era oido. Apaciguábanse los vientos, salía el sol, se dexaba ver la serenidad, y aquellos que se habian resistido tal vez á las amenazas de su zelo, se rendian al resplandor de sus milagros. *Pertransiit benefaciendo.*

Pero lo que ahora me admira y detiene mi consideracion, es un milagro todavia mas singular, aunque igualmente útil. Constantino, pues, á quien el equitativo paganismo coloca en el lugar de los héroes, y á quien el Cristianismo reconocido pone en el de los Apóstoles: príncipe amigo de la equidad; pero cuya bondad demasiado fácil se prestaba algunas veces, aunque sin querer, á las injusticias. Constantino digo, habia sido engañado por los depositarios de su autoridad. Por sus infieles acusaciones habia hecho prender y condenado á tres Tribunos de Roma. Ninguno se atrevió á descubrirle el borron que se echaba con un decreto tan severo como injusto. Los príncipes son, por desgracia, otro tanto menos instruidos de la verdad, en quanto tienen mayor interés en conocerla. ¿A quién se encargaría el sacar aquellas tristes victimas de entre la calumnia y el peligro que las amenazaba? A *San Nicolas*. Estaba este en la Lycia y repen-

tinamente le vió Constantino presentarse en la corte. *Visus absens* (1). Presentóse en ella con aquella magestad que exige de suyo el respeto. Príncipe, le dice, rompe las cadenas de la inocencia. Tu religion está sorprendida y engañada. Tú has pronunciado una sentencia iniqua. No te detengas en reformarla. Esto que te pido no es gracia, sino justicia::: Asombrado Constantino, desengañado y justamente indignado contra sí mismo, revocó un decreto que fraudulentamente se le habia sacado á su fácil condescendencia. Triunfó la verdad; y el mas absoluto monarca del Universo, se tenia por dichoso de haber encontrado en *San Nicolas* (como que habia sido milagrosamente presentado á su vista) el único verdadero hombre sobre la tierra que le habia estorbado de cometer una injusticia. *Visus absens, conterriti mutat Regis iudicium.*

Necesitaria tener la eloqüencia de un San Bernardo ó de un San Antonino para compendiar ahora todos los milagros de *San Nicolas*. Milagros innumerables, como dice la Iglesia. *Innumeris decorasti miraculis* (2). Mucho es lo que he dicho; y aunque tal vez se les hará infinitamente mas de lo que es á los incrédulos, todavía no he dicho casi nada de lo que podia. Sin embargo, creo que sea lo suficiente para que de ello podais concluir, que el acrecentamiento de su culto le debió el Obispo de Mira á estos prodigios multiplicados con tanta

(1) Prosa de S. Nicolas para la Misa.

(2) *Orat. S. Nicol. in Brev. tum Rom. tum Paris.*

utilidad. El reconocimiento, como dice Theofano, no pone límites al culto de *San Nicolas*, porque su poder tampoco les señala á sus beneficios. *Nullus est locus expers gratiarum ejus: nullus á celebritate ejus alienus* (1).

En efecto, dice San Bernardo, ¿qué para-ge habrá en que *San Nicolas* no sea conocido? Su gloria se celebra sobre todos los mares. *Glorificatur in mari.* Por toda la tierra resueñan sus alabanzas. *Laudator in terrâ.* A él es á quien dirigen los mortales sus súplicas llenos de confianza en todos los peligros. *In omnibus periculis invocatur* (2). Preguntad sino á todas las naciones. Unas os dirán, que despues de Dios deben á *San Nicolas* la prosperidad de sus armas. Otras, que despues de aquel gran Señor, son deudoras á *San Nicolas* del remedio y fin de sus desgracias. Animaos, animaos vosotras en este momento, ó gloriosas cenizas de nuestros mayores, para contar entre la congregacion de los fieles, así como lo hacia Teodoro en el segundo concilio de Nicea, las muchísimas gracias de que sois deudores á su poderosa mediacion. Y vosotros príncipes y monarcas, ciudades, provincias y reynos, decidnos el motivo ¿por qué conservais con tanto respeto las imágenes de *San Nicolas*? ¿Por qué razon aumentais con tanto zelo sus altares? ¡Ah! ¿no es todo esto para acreditar el reconocimiento que le debeis (3)?

Con-

(1) *In Offic. S. Nic. lect. nonâ ad Matutin.*

(2) Bern: *Serm. de S. Nicol.*

(3) Mr. Baylet, vida de S. Nicolas, 6 de Diciembre.

Contigo atestiguo, gran reyno de Francia, donde baxo el imperio de Cárlos el Calvo se introduxo el culto de *San Nicolas* en casi todas tus ciudades. Con este culto, pues, empezaron á resplandecer sus milagros; á la sombra de estos se multiplicaron los templos consagrados á su santo nombre; y quando ácia el fin del décimo siglo se resentian ya con su vejez, se dedicó el zelo de los fieles á darles un nuevo esplendor. Un Santo, pues, á quien debia este reyno tan grandes obligaciones, no podia tampoco recibir de él honores mayores ni mas distinguidos (1).

Atestiguo tambien con Alemania, quien colmada de beneficios por *San Nicolas*, ha dado la mayor celebridad á su culto. Solo basta decir, que quando el Cardenal Campege quitó en Alemania tan gran número de fiestas en el sexto siglo, se impuso la religiosa obligacion de dexar continuar la de *San Nicolas*. El conservarla perpetuamente era llenar los deseos de toda la nacion (2).

Atestiguo igualmente con Inglaterra. ¡Quanto florecia en aquel reyno el culto de *San Nicolas* ántes del desgraciado tiempo en que las islas Británicas se separasen de la Iglesia Romana! ¡Quantos zelosos defensores encontraban allí sus milagros! Aun en el dia subsisten algunas señales de aquel zelo á pesar de la desolacion del cisma; y sin embargo de este respecta todavía la Iglesia entre las ruinas de su culto.

(1) Mr. Bayllet, vida de S. Nicolas, 6 de Diciembre.

(2) Ibid.

culto el nombre de *San Nicolas*. Esta parte de respeto es la condenacion mas auténtica del error (1).

Atestiguo, así bien, con la Moscovia. Aquella desgraciada nacion á quien su príncipe Czar Pedro el Grande, hombre de vasto y sublime ingenio, sabio y reflexivo, sacó de la ignorancia y la barbarie, como que parece no haber conservado de sus antiguas ideas sino el inmortal respeto á *San Nicolas*. Entre los santos á quienes honra este pueblo sabio, belicoso y devoto, aunque cismático, ocupa el primer lugar nuestro Santo. Este distinguido asiento le debe á infinitos prodigios que publican haber conseguido por su intercesion los reconocidos Moscovitas. Mas á tantos y tan verdaderos milagros, es menester Santo mio, que añadais el de la union de este pueblo á la Iglesia, como que sin comparacion es el mas útil.

Pero no, no es necesario este nuevo rasgo de poder para inmortalizar tu gloria. Tus milagros no son solamente multiplicados con utilidad, sino que tambien estan dichosamente perpetuados. Ellos son los que aseguran la permanencia de tu culto. El reconocimiento le eterniza. *Mirabilis potentia ipsius.*

La muerte es siempre para los reyes de la tierra el término inevitable de su autoridad, y algunas veces el fatal escollo de su gloria. Por lo que hace á lo primero no cabe duda, porque su poder baxa con ellos al sepulcro. En el instante mismo en que huye el cetro de sus

Tom. II.

(1) Ibid.

manos, dexan de reynar. En aquellos mismos dominios en que son como dioses, que disponen de todo á su arbitrio, son tambien como unos hombres qualesquiera nacidos para la eternidad. En quanto á lo segundo, no se puede negar de que la muerte es algunas veces el término fatal de su gloria, porque en su sepulcro se les considera como fueron y no como la adulacion nos le quiso representar. En el mismo instante en que se dexa de temer su poder, se dexa de incensar á sus pasiones. De suerte, que aunque fuesen los ídolos de su siglo, no son á los ojos de la posteridad mas que unos monstruos.

Los santos sobreviven en algun modo á sí mismos. Mueren, porque son hombres; pero como tambien son santos, hasta en medio de las sombras de la muerte resplandece su gloria y se manifiesta su poder. La voz de sus exemplos aun despues de su tránsito es eloqüente. No porque hayan espirado dexan de ser los bienhechores de la humanidad.

¿No es, hermanos míos, para vosotros *San Nicolas* una constante prueba de esta verdad? ¡Ah! ¿por que no he de poder yo hablar de los honores que constantemente se han hecho á sus sagradas cenizas, sin hacer conmemoracion del día en que le recibió la tierra en su seno? La desfallecida naturaleza le hubiera advertido de que le habia llegado ya aquel terrible momento en que debia ser víctima de la muerte, si él no la hubiera prescripto límites muchas veces. ¿Quales, pues, son sus sentimientos á la hora de la muerte? ¡O, Dios mio,

mio, exclamaba él! ¡O padre mio! Siempre he esperado en tí. *In te Domine speravi* (1) No creo yo que salgan fallidas mis esperanzas. *Non confundar.* Yo no siento entregarte una vida que no puedo ya consagrar en tu gloria. Dignate aceptar mi sacrificio. Quando aun estaba hablando de este modo le arrebató la muerte sus últimos alientos.

A este fatal golpe se extendió por Mira, por la Lycia y por toda la Iglesia un duelo general. Pero yo me engaño: no era con las lágrimas con las que se honraban sus cenizas. Los públicos homenajes le acompañaron hasta el sepulcro, ya que tantas veces les habia menospreciado durante su vida. El día de su pompa fúnebre llegó á ser, digámoslo así, el de su divinizacion y la época en que empezó una nueva encadenacion de prodigios. Si trabajaba *San Nicolas* durante su vida para justificar y defender la fé, no por eso dexa de contribuir despues de su muerte para asegurarla nuevos triunfos. En tiempo de *San Agustin* fué causa de que un Wándalo se convirtiese. El fué el que confundió á los Iconoclastas, y por quien en tiempo de estos se autorizó el culto de las imágenes. Sus preciosos huesos destilan un saludable licor muy á propósito para curar todos los males (2). Ellos son una fuente, cuyas aguas no se agotarán jamás.

Eris sicut fons aquarum, cujus non deficiet aqua

(1) Psal. 30. v. 1.

(2) *Ut salutaris liquore sepulchro. Hymn. in Offic. S. Nic. ad Laud.*

aque (1). Despues de catorce siglos que hace se están viendo una infinidad de milagros sobre su sepulcro, no es extraño que atraigan, tanto á Bari, quanto á Mira todas las naciones de la tierra.

¿Y en que ocasion se me acuerdan á un tiempo los nombres de Mira y de Bari? ¿Pues que? ¿ha perdido la Lycia el cuerpo de *San Nicolas* que era el que formaba su riqueza, su gloria y su seguridad? Sí, y le debía perder. Lo mismo fué presentarse delante de Mira los enemigos del christianismo, que ceder al terror sus tímidos habitantes. ¡O ingratos, que olvidáis lo mucho que debeis al poder de *San Nicolas*! Sin duda que se olvidaron de las infinitas veces que habia confundido á sus enemigos, defendido sus costumbres y libertádoles de su ruina. Huyeron, pero :::: ¡O pueblo insensible! ¿Con que te apartas de tus sólidos intereses? ¿Dexas en poder de los Mahometanos el sepulcro de tu padre y de tu libertador? Pues ahora saldrá desde ese sepulcro una amenazadora voz que te anunciará, como á pueblo infiel, un mal aun mucho mayor que el que con tu temor te has figurado. Tu me abandonas y yo te dexaré. ¡Terrible prediccion de *San Nicolas*! No tardará en cumplirse.

Ya hacia mucho tiempo que la Italia enviaba á Mira la inestimable fortuna de poseer las cenizas de nuestro Santo. Jamás habia dexado de hacer, aunque inútilmente, sus tentativas para arrebatárselas. En fin, llegó el dia

(1) Isaie 58. 11.

dia en que se executó este proyecto que tantas veces se habia concebido y ninguna de ellas realizado. Con motivo de sus hostilidades, habian reducido á Mira los infieles á un triste desierto. Noticiosos de esto algunos habitantes de Bari, se aprovecharon de la ocasion. Se llegaron á los solitarios, á cuyo cuidado estaba confiado el sepulcro de *San Nicolas*, y fingieron que por órden del soberano Pontífice iban desde Roma á Lycia con el fin de velar en la seguridad de las santas reliquias (1). Procuraron hacer ver que la Italia sería un asilo inaccesible á los atentados del Mahometismo. Aquellos á quienes no se lo podian persuadir, hicieron ánimo de seducirles. El interés hace á los hombres condescendientes. Se dexaron corromper aquellos ministros, y consintieron en un robo clandestino. Abrióse el sepulcro, y el mármol cedia á los fuertes y repetidos golpes del martillo. ¡O Dios mio! y como parece que un resplandeciente milagro sale aquí por garante y coadyuvador de una empresa que solo tiene á tu gloria y á la de tu servidor por objeto. Ya gemian las olas bajo el peso de la embarcacion cargada con este rico tesoro. Los vientos respetaban todavia á aquel que tantas veces habia sujetado su furor. Una feliz navegacion conduxo rápidamente al puerto de Bari el objeto de sus esperanzas.

¡O Bari! ¡ó afortunada ciudad! Tú llegas á ser para *San Nicolas* como un resplandeciente trono de gloria á donde atrae su poder los

O 3

(1) M. Bayllet, vida de *San Nicolas*, 6 de Diciembre.

homenajes de todos los hombres y de todos los siglos. Ya se le levanta un agosto templo. Los monarcas se apresuran para honrarle. Urbano II. se impuso la obligacion de darle con su consagracion el mayor lustre. Desapareced, desapareced golpes fatales que desolais á la naturaleza á vista de este magestuoso Santuario. Huid enemigos infernales. Hablad mudos. Mirad ciegos con vuestra propia vista. Respirad cadáveres, y: pero no, no se acabarán los milagros de *San Nicolas* sino con su culto. Este permanecerá hasta el fin de los siglos. Sino con ellos no podrán perecer los monumentos consagrados á su gloria en todas las quatro partes del Mundo por el reconocimiento. ¿Me pedis, decia San Bernardo, una resplandeciente y decisiva prueba de la perpetuidad del culto que dan á *San Nicolas* tanto los pueblos como los reyes? Desde las extremidades del Mundo acuden á la ciudad adonde se depositan sus cenizas hombres de todas edades, estados y condiciones. Estos son justamente mis testimonios: esos mi garantes: *In testimonium sunt peregrinationes in sanctum illius corpus á finibus terræ susceptæ* (1). Los mahometanos y los idólatras entran á la parte en el zelo de los christianos, imitando su confianza, participando de los mismos beneficios y penetrados de reconocimiento, buscan hombres zelosos para *San Nicolas*, y le tributan un cierto género de culto en todos los impérios del Universo.

Es-

(1) Bern. Serm. de *San Nicolas*.

Este culto, pues, recibió en el último siglo una celebridad que siempre será eterna, con la asociacion que formaron, baxo los auspicios de este Santo unos hombres destinados á ser el honor del Sacerdocio y formarle nuevos ministros (1). Hombres zelosos y llenos de erudicion, que como unos nuevos Elías forman otros Eliseos. Hombres piadosos y edificativos, que siendo el ornamento de la Clercia la proporcionan mil recursos. Y, en fin, hombres que, como hijos de obediencia y sumision, respetan á los mismos pastores á quienes enseñan á serlo. Si á pesar de los milagros de *San Nicolas* en el orden de la gracia y de la naturaleza, no hubiera podido conservar su memoria en los fastos de la Iglesia reconocida, bastarían estos fieles ministros para consagrar su nombre á la inmortalidad.

Ya me parece, hermanos míos, que puedo concluir aquí su elogio. En los mismos términos que os le acabo de pintar lo han hecho ya en diferentes siglos los mas eloquentes Oradores, los historiadores mas célebres, los Wandalvertos, los Adonos de Viena y los Usuardos. ¡Qué tanto debeis respetar á *San Nicolas*, mis queridos oyentes, quando despues de tantos siglos lo hace la Iglesia de Jesu-Christo! ¿Podiais menos de interesaros en su gloria componiendo vosotros la mejor y mas grande porcion de su pueblo? ¡O pueblo christiano! Bien

(1) Los señores Sacerdotes del Seminario de *San Nicolas* de Chardonnet, cuya institucion se debe á Mr. Bourdoise.

Bien puedes estar seguro de que lo que ha hecho *San Nicolas* por otras naciones lo hará por tí. Su poder siempre es el mismo. El engrandecerle con nuevos prodigios es la obra en que Dios se deleyta continuamente. *Mirabilis potentia ipsius*. Hazte digno acreedor de su poder con el respeto, la confianza y, aun mucho mas, con las virtudes. Imita los exemplos de aquel, cuyos beneficios te atreves á reclamar.

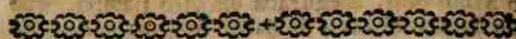
Pero ¡ó miserable contraste de acciones! *San Nicolas* fué desinteresado, y á vosotros os mueve el interes. Vuestra conciencia la habeis sacrificado infinitas veces por vuestra fortuna. El fué caritativo y vosotros sois insensibles. Bien léjos de enterneceros con las miserias de los pobres, apartais de vosotros su importuna y viva imágen. El fué humilde, y vosotros sois altivos y soberbios. Quereis tener derechos sin títulos, y distinciones sin mérito. No sois mas que polvo, y estais creidos de que sois como dioses. El fué sumamente zeloso de la verdad, y vosotros la desechais con vuestras preocupaciones, y sin conocerla la combatis. Os alabais de que sois sus discípulos, y muchas veces sois sus perseguidores. Y en fin, él fué sufrido en las adversidades, y á vosotros solo la apariencia de una desgracia os inquieta, os hace rebeldes, é igualmente enemigos de Dios que de vosotros mismos. ¡Que oposicion!

Uno de vuestros mayores panegiristas (1),

(1) *Div. Andr. Cret. Orat. de S. Nicol.*

ó Santo mio, aseguraba en otro tiempo, que no habiais dexado de hacer ningun género de beneficios. *Nullum tibi bonum elapsum est, ó Nicolae!* Poned el sello á vuestros favores. Conseguid para este pueblo, cuyos intereses os deben mover, las virtudes que le faltan. Haced que los niños y la juventud sean piadosos á vista de vuestro exemplo, zelosos los levitas y los pastores, caritativos los ricos y los grandes, sufridos los pobres y los desgraciados, y que todos, todos se encaminen á la santidad, para que despues de haberos honrado é invocado sobre la tierra, reynen con vos en el Cielo.





PANEGÍRICO
DE SANTA INES,

Virgen y Mártir:

PREDICADO

*En el día de su fiesta en la Iglesia de
San Eustaquio.*

Exemplum virtutis, et fortitudinis.
Fué un exemplo de virtud, y de fortaleza. II. Macab. 6. v. 31.

La misma Religion que presenta á nuestra fé las obscuras verdades que debemos creer, ofrece á nuestra piedad los admirables exemplos que debemos seguir. Los exemplos de los Santos son la apología mas eloqüente del Evangelio.

¿Acaso se dexó este ver jamas en ninguno con mayor claridad que en la Santa de quien tengo en el día de hoy que referir las virtudes y celebrar los triunfos? Ella es la gloria de Roma como lo fué Judith de Jerusalén. Por ella

ella se vió confundida la idolatría, y pareció admirable á sus tiranos el christianismo. El Señor la protegía en los mas arduos y rigurosos trabajos. Como victima de la inocencia y de la fé, lograba la dicha de ver aplaudida su victoria hasta por sus mismos enemigos. Sobre su cabeza se colocó la corona del pudor y del martirio, que excede sin comparacion á todas. Su santidad alentaba su fortaleza, y su fortaleza es la recompensa de su santidad. Con el heroísmo de sus acciones, la multiplicidad de sus prodigios y la fuerza de sus exemplos, hizo alternativamente respetar y triunfar á la Religion. *Exemplum virtutis, et fortitudinis.*

Ines hizo durante su vida que la idolatría respetase á la Religion. Estos fueron los exemplos de su santidad. *Exemplum virtutis.* Punto primero.

Ines hizo con su muerte triunfar á la Religion de la idolatría. Estos fueron los exemplos de su fortaleza. *Exemplum fortitudinis.* Punto segundo. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Los medios de que Dios se valió para hacer respetable á la Religion durante la vida de *Ines*, me parece que comprehenden todos aquellos de que el Señor se sirvió para que esta misma Religion fuese respetada en los primeros tiempos de su establecimiento. Dios, como dice San Pablo, escogió el instrumento mas flaco del Mundo para confundir á lo que hay

hay de mas fuerte en él. *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia* (1). Instrumentos débiles, enemigos poderosos y prodigios resplandecientes, es lo que justamente me presenta á la consideracion el dicho del apóstol, y lo que me hace ver la conducta de *Ines*.

Comparemos, pues, flaqueza con flaqueza, *infirmia*: fuerza con fuerza, *fortia*: prodigios con prodigios, *ut confundat*: y reunidas todas estas ideas quedareis convencidos de que *Ines* hizo respetable la Religion á la idolatría durante su vida. Prestad, hermanos míos, vuestra atencion y aprovechaos de los instructivos exemplos que os va á dar su santidad. *Exemplum virtutis*.

Ni la brillantez de los talentos, ni la preeminencia de la autoridad, ni los títulos de la nobleza, son los bien ordenados medios que hace Dios concurrir para el cumplimiento de sus designios. Para hacer ver el respeto que merece su Religion no se sirve mas que de la flaqueza y de la virtud. Aquellos hombres que no tienen otras luces que las de su fé, otras armas que su zelo, ni otro crédito que sus exemplos, son los ministros á quienes encarga el penoso ministerio de destruir con la imperiosa elevacion de su santidad las supersticiones, los vicios y las deidades del Universo. *Infirma mundi elegit*.

Aquello que habia visto el mundo con admiracion en los primeros fundadores del christianismo, lo observó Roma con no menos sorpre-

(1) I. Cor. I. v. 27.

prehendimiento renovado en *Ines*. Nació en esta célebre ciudad que promulgaba leyes al Universo, así como este la habia dado tambien dioses á ella... En el tiempo de sus brillantes triunfos era mucho menos Roma que en los tristes dias de sus persecuciones. Casi no tenian sus victorias otro objeto que el de disputar al christianismo sus altares y arrebatarle sus discípulos. Menos zelosa Roma de persuadir la Religion que atenta para defenderla, hacia que toda su política consistiese en publicar bárbaros edictos, y todo su poder en hacerlos executar. Es cierto que ya era aquella ciudad el centro de la Iglesia, pero de una Iglesia perseguida que casi contaba por el número de sus victimas el de sus discípulos. Por medio de unos templos secretos contruidos con suma rapidez en cuebas subterráneas, quitaban á la vista de los perseguidores la santidad de sus sacrificios muchos hombres que estaban encerrados en ellos y eran capaces de despreciar los tormentos, aunque no de ser traidores á su fé. Los soberanos pontífices solo salian de su retiro para ser llevados al suplicio; pero no habia otro recurso para ejercer con brillantez la autoridad de su ministerio que el de valerse de su constancia y sufrir los tormentos. No falta quien diga de Roma, que para conservar la Religion habia consentido en perder á sus ciudadanos; y que lo que no hubiera hecho tal vez en favor de sus conquistas, lo hizo para hacer respetar sus errores.

Mientras que aquella capital juzgaba á la Re-

Religion y sus discípulos por las odiosas imputaciones con que les cargaban el odio y la calumnia, ¿de que medio os parece se valió el Señor para hacer en Roma respetable el Evangelio hasta á la idolatría misma? Una virgen tierna, cuya virtud exige la admiracion, fué el débil, pero persuasivo, instrumento de que se valió para defender á la Religion, atacada tanto en sus costumbres como en su culto. *Infirma mundi elegit.*

¡Quan poderosa es la verdad quando para convencer y admirar á los espíritus de sus enemigos no les muestra mas que la tierna imagen de la sabiduría, de la modestia y de la inocencia! No de otra suerte se nos muestra la Religion en las costumbres de *Ines*. Educada en la escuela del paganismo, ¿quales hubieran sido sus sentimientos? El haberla visto presentar con aquella variedad meditada, que en las personas de su sexó sabe prevalecerse bien del alto lugar que ocupan, aprovecharse de sus encantos y dexar que se piense con variedad acerca de sus pretensiones. En ella no hubiera sido el pudor mas que la obra del orgullo; y sus mayores sentimientos no se hubieran originado sino de los ambiciosos deseos, ó del arte estudiado de ocultar el vicio baxo la máscara de la inocencia. Pero no, no era, hermanos míos, una hipócrita señal la que daba á la idolatría en los primeros tiempos de la Iglesia una virgen formada en la escuela del Evangelio. Entonces se mostraba la virtud sin rodeos, porque no se consideraba á propósito para di-

perjudicar la estimacion de los hombres.

Ines tuvo la fortuna de que en la capital del mundo idólatra no hubiese abierto los ojos á la luz sino para ver la claridad de la fé. Unos padres, cuya piedad era tan sólida como ilustre su nacimiento, la habian enseñado, que la nobleza consiste mas bien en un privilegio que en el merito: que las riquezas son menos útiles que perjudiciales; y que el pudor es el primer ornato de una virgen cristiana, su inocencia el mas precioso tesoro, y la modesta simplicidad el grande y principal arte de hacer respetar á su Religion.

Lo que habia empezado la educacion en *Ines* lo acabó la gracia. Una esclarecida piedad, daba á entender en ella, como dice San Ambrosio, la madurez de la razon. *Devotio supra etatem* (1). Los sentimientos que en ella se manifestaban, no los inspira la naturaleza. *Virtus supra naturam*. ¡Que cuidadosa atencion ponía para no descubrir una hermosura que era muy sensible á su modestia por los deslices en que podia hacer caer! Tomó la santa determinacion de desazonar á aquellos á quienes se habia resuelto no agradar jamas. Se avergonzaba de las peligrosas ventajas que la habia dado la naturaleza. *Erubescbat se esse formosam* (2). ¡Quantas inquietudes y quantos cuidados la costó alejar unas impresiones tan fáciles de concebir como difíciles de borrar! *Ines* era un prodigio de piedad.

(1) Ambros. lib. I. de Virg.

(2) Act. Sancta Agnet. apud Bolland.

piedad en el retiro antes que hubiese podido parecer en el mundo un prodigio de fé.

Venid, venid aquí ciegos adoradores de los ídolos. Yo solamente os diré, que para conocer la Religion christiana es menester que profundiceis su doctrina, y que si quereis saberla la estudiéis en la conducta de *Ines*. Tal es el espíritu del Evangelio, cuya apología pertenece á todos los sexos y edades. Una virgen aun mas célebre por la reputacion de sus virtudes que por la de sus atractivos encantos, os da acerca del christianismo la sana idea que debeis tener de él. Quanto mas débil es su edad y su sexo, otro tanto mas favorecen sus costumbres á la gloria de la ley que profesa. Sin respetar su creencia, no se puede admirar á *Ines*. Pero así como era muy ingeniosa para combatir sus propias pasiones, así tambien será firmísima para combatir las de los demas. El instrumento mas débil se va á armar contra los mas poderosos enemigos. *Infirma mundi elegit, ut confundat fortia.*

A los primeros héroes del Evangelio les habia anunciado Jesu-Christo la sangrienta y penosa suerte que les esperaba. Sereis, les decia, el juguete y las victimas de la zelosa sinagoga, de la dominante idolatría y de todos aquellos pueblos que tengan algun interes en vuestra perdicion. Pero ¡quan vanos son contra la santa locura de la Cruz los esfuerzos del humano poder! La debilidad resiste á la fortaleza; la virtud perseguida, consigue se mude el vicio aun á vista de sus profanos altares; y la Religion, que siempre es respe-

ta-

table en aquellos que la defienden, consigue el que unan sus votos hasta aquellos mismos que intentan destruirla. *Infirma mundi elegit, ut confundat fortia.*

¿No eran estos los combates que experimentaba la nueva Iglesia que acabo de citar? ¿Son estos los que yo digo que sufrió *Ines*? El siglo en que habia nacido permitia qualquier atentado contra los christianos. Entónces acababa de tomar las riendas del imperio un príncipe, cuya elevacion será mirada siempre como una época fatal para el Christianismo. La Dalmacia vió que se habia levantado desde el polvo de la tierra. Sus primeros pasos habian sido dirigidos por la ambicion. Sus sucesos fueron la voz poderosa que le conduxo al colmo de la fortuna y de la grandeza. Guerrero afortunado, politico profundo, vencedor de los bárbaros y de Roma misma, enemigo de los christianos porque les creía perjudiciales á su poder, y, en una palabra, Diocleciano fué despues de Neron entre todos los césares el mas cruel, el mas feroso y el mas codicioso de la sangre humana.

Casi siempre es el espíritu del soberano el que anima á sus vasallos; pero con especialidad á aquellos políticos que, destinados en los mas importantes empleos, solo obran á gusto de la corte, condescendiendo con sus deseos, y siendo, por decirlo así, los ministros de sus injusticias. El enemigo que debia pelear contra *Ines*, era uno de aquellos diestros hombres, que, baxo el especioso pretexto de ser muy zeloso del príncipe, estar sujeto á sus

Tom. II.

P

6r-

órdenes y tomar mucho interes por la Religion, sabia dar un buen colorido á su ódio, justificar su furor y asegurar su venganza. Hablo de Sinfronio, gobernador de Roma. ¿Cuál fué la causa del resentimiento que manifestó contra *Ines*? La pasión. Pero ¡qué pasión aquella! ¡Ah!:::

Aun no habia visto Roma presentarse á *Ines* sino en aquellos sangrientos espectáculos que, en medio de las hogueras y de los cadalsos, ofrecia la constancia de los christianos y de los mártires. ¡Ah! demasiado se habia dexado ver para que el resplandor de su hermosura llamase la atencion. Se la miraba y admiraba::: Procope, que era hijo de un padre á cuya presencia temblaban quantos habia en Roma, se lisonjaba de una conquista tan maravillosa. Su vanidad se arrebatava ya con la consideracion de una victoria que deseaba. Aquel á quien nada se le pone por delante, todo se atreve á emprenderlo.

He aquí, hermanos míos, el primer motivo de la persecucion que debia experimentar muy en breve. El terror y las amenazas, no son desde luego muy á propósito para persuadir á quien se intenta. Las pasiones tienen su politica. *Ines* observaba en Procope un enemigo que se sabia vestir con suma destreza de todos los trages. Como poderoso, se dexaba ver con un magestuoso aparato, y con aquel brillante adorno que anuncia la grandeza. Un nombre respetado, el segundo empleo del imperio, y la proteccion del príncipe, eran los exteriores y grandiosos aparatos que concurrían

en Procope, con cuyo auxilio se creía salir victorioso. Esto es lo que hace la ceguedad de las pasiones. Cuentan con los sucesos antes de ver los obstáculos que se las oponen.

Como enemigo importuno y tentador, juzgaba que *Ines* seria susceptible de las flaquezas y debilidades que suelen acompañar á su sexo. Para sorprehender su simplicidad, recurrió á los halagos y á los artificios. Para tentar á su vanidad, la prometia un puesto honroso y un poder al qual solo le aventajaria el de los cesares. Para asustar su timidez la hacia algunas amenazas. Estas son trazas y astucias de las pasiones. Quando no pueden deslumbrar, intentan hacerse temer.

Como enemigo liberal, se juntaban al lenguaje de la adulacion, y á unas estudiadas y halagüeñas protestas, la magnificencia de los regalos. Creía que por sus prodigalidades habia de ganar un corazon á quien no habia podido mover con sus eficaces diligencias y servicios. Este es el camino regular de las pasiones. Por lo comun empiezan á seducir por los beneficios.

Como enemigo prudente, qualquiera que le oyese se pensaria que no intentaba disparar sus saetas contra la virtud de *Ines*. Su intencion, al parecer, era la de conseguir con ella una union tan sólida como permanente. Esta es la maña de las pasiones. Fingen respetar á la inocencia que quieren seducir.

Como enemigo persuasivo, le impacientaban los obstáculos que encontraba su ardoroso fuego, alimentado por la pasión. Una en-

¡O qué mudanza tan maravillosa se advirtió al oír este angusto y divino nombre! Desaparecese aquel padre soberano. Desde aquel instante hablaba ya como gobernador político de Roma. El que amenazaba era el mas zeloso hipócrita de los idolos. El pretexto de religion, fué el favorable motivo de que se sirvió el orgullo, el despecho y la venganza. Pero aquella que no temió al enemigo de su inocencia, tampoco temerá al de su fé. Si los sentimientos que esta inspira no bastasen para hacerla respetable á sus enemigos, sabrá hacer Dios resplandecer su omnipotente poder, y obligar por medio de los prodigios á que la respeten aquellos mismos que la combaten y persiguen.

Ahora vereis aquí renovados aquellos singulares sucesos que admiraron á la primitiva Iglesia. A vista de los Apóstoles, observó que se sosegaban las olas del mar, desaparecia la languidez, cesaban las tempestades y se abrían los sepulcros. Asombrada la tierra, creía ver Dioses en los hombres. Entónces se necesitaban semejantes prodigios para consolidar la Religion. Para manifestar su santidad, eran indispensables las virtudes, y para que se viese que era incontrastable la divinidad, eran precisos los milagros: *ut confundat.*

En el tiempo en que defendió *Ines* el poder y la fé, aun necesitaba esta de los mismos socorros. Los enemigos que tenía nuestra Santa, no eran tanto suyos quanto de su Dios. Por lo mismo era indispensable que para que este se diese á conocer y se hiciese respetar y ado-

adorar, hiciese todavía resplandecer su omnipotente poder. Si los enemigos de la Religion hubieran sabido reflexionar, precisamente habian de haber admirado en *Ines* aquel desinterés noble que menosprecia las grandezas, la fortuna y todo quanto tiene el Mundo de mas brillante y lisonjero. Como útiles espectadores de su generosa resolucion, hubieran concedido la gloria á la sagrada ley que dictaba aquellos sentimientos. Pero no mueven las virtudes lo suficiente á los corazones que se interesan en combatirlas; y no pocas veces impide la preocupacion respetar públicamente lo que secretamente se admira. Para exigir del público este homenaje, son necesarios resortes mas poderosos que los de la santidad: es menester que se obren prodigios. *Ut confundat.*

Estos justamente son los que conseguirá *Ines* siendo Roma testigo de ellos, estremeciéndose la idolatría á vista suya, y siendo vengador el Dios de los christianos. Por su constante firmeza, habia derrotado *Ines* á las pasiones armadas para vencerla. A estas quanto mas se las desprecia mas se encienden y mas furiosas se ponen. Con el ímpetu á que le arrebató la cólera, juró el imprudente hijo de Sinfonio que habia de ser el perseguidor de aquella de quien no esperaba ser esposo. Su ingeniosa rabia le mostró delante al gobernador de Roma como muy á propósito para vengar el menosprecio con que se le habia ofendido. ¡Con qué colores tan vivos le representó la indiferencia del hijo como una injuria

hecha al padre! Me parece que le oigo pronunciar estas tiernas palabras: ¡ó padre mío! ¿Cómo es posible que quedé impune una afrenta que nos interesa tanto á uno como á otro? Vengad, vengad á vuestro nombre, á vuestro hijo y á vuestra gloria. Ya que menosprecia *Ines* mi alianza, que sea la víctima de vuestra ira. Que muera; pero que á su muerte preceda su deshonra. Quede para siempre infamada.

Aun estaba hablando de este modo, quando los sentimientos del hijo habian penetrado ya el corazon del Padre. Dispone este que se ponga presa á *Ines*. ¡O gran Dios! ¡cuántos peligros se juntan para agobiarla! Mándasela que elija la suerte, ó de incluirse entre las vírgenes consagradas á Minerva con el nombre de Vestales, á quien se las representa como unos exemplos edificativos que llenan al imperio de gloria, ó que se resuelva á padecer la violencia que autorizan las leyes Romanas, y se representa con los espantosos títulos de oprobio y de crimen: como si este pudiera deshonrar y hacer delinqüente á una involuntaria víctima de la iniquidad.

¿De qué expresiones llenas de horror y de indignacion me valdré yo para dar á entender un iniquo misterio que hasta el sol casi se niega á alumbrarle con su luz? ¿Que no abriese la tierra su seno para tragar al monstruo que se atrevió á pronunciar semejante decreto, cuya sola idea exalta á la humanidad! Yo, hermanos míos, debo respetar vuestra delicadeza y mi ministerio. Hay crímenes

con-

contra los que no debemos combatir, porque nos horrorizaríamos al darlos á conocer. ¡Que no tuviera yo la delicada mocion, y las ingeniosas semejanzas que empleaba aquel consumado maestro de la eloqüencia San Ambrosio para manifestar los peligros y victorias de *Ines*! Por lo ménos procuraré imitarle en sus sabias precauciones. Vírgenes christianas, decia él, no presteis un oído atento á la triste relacion que debo haceros. *Claudite aures, Virgines Dei.* *Ines* fué sentenciada á presentarse en un lugar, que por la primera vez veía á la inocencia en la horrible morada del libertinage. ¿Acaso un ministro público no debia respetar entre las circunstancias que acompañaban á *Ines* las de su nacimiento y virtud? Ya veo que las pasiones no conocen estos respetos. Pero ¿qué es lo que yo hago, continuaba San Ambrosio? ¡Ah! dexemos á un lado nuestras atenciones y no las oscurezcamos con unos objetos que únicamente sirven para hacerlas mas sensibles. No tomemos en boca un nombre á quien le aborrece con indignacion hasta la misma naturaleza. Olvidémonos de los delitos de los hombres, y no recordemos sino los milagros del cielo. *Discite miracula; dediscite locorum vocabula* (1).

Si atendemos á los milagros de proteccion, advertiremos que aquel Dios omnipotente que cubria con alas de su providencia á Joseph, Daniel y Susana, velaba en la defensa de *Ines*. Señor, le decia la Santa, yo os ofrezco gustos

(1) Ambros.

tosa mi vida, pero sacad á salvo mi virtud. En efecto, fué oída su súplica. No, no conseguirá el mancharla el horroroso crimen que su corazon detesta. Aun la tendrá mayor respeto que á los tiranos. ¡O qué maravilla! El mismo Dios, por decirlo así, baxó á la tierra para defender la religion de *Ines* que se hallaba ofendida. ¡Qué dichoso velo fué el que hizo inaccesible á su virtud á los depravados intentos del vicio! ¡Qué amenazadora cuchilla estaba suspensa sobre la cabeza de aquellos que no se atreviesen á respetarla! Me parece que estoy viendo un Angel que armado con rayos de fuego estaba pronto para descargarles. En aquellos peligrosos instantes en que se lisonjeaba ver perecer á la inocencia, conservó esta sus derechos y su pureza. En una palabra, fué constantemente defendida.

Si nos paramos á considerar los milagros de terror, notarémos el iniquo y detestable designio que se tramaba. Procope, el temerario Procope, se atrevió á::: pero una mano invisible le detiene::: obscurecióse la atmósfera, tembló la tierra y se desgajó el rayo::: Como si fuera otro Oza cegó Procope, se atrevió y murió::: Id iniquos testigos y cómplices de su atentado, id llenos de pavor y espanto á desengañar á la idólatra Roma, de que no solo es el Dios de *Ines* el vengador del crimen, sino el protector de la virtud::: A vista de este terrible espectáculo parecia que se arrepentia Roma del respeto que habia guardado á los ídolos y el odio que habia tenido á los christianos. *Ines* llegó á ser el objeto de la ve-

veneracion pública. A sus pies miraba un cadáver renegrado que anunciaba su poder; y observaba como el fiero gobernador de Roma, su Juez, solicitaba su proteccion y la pedia á su hijo. ¡O Dios á quien adora *Ines*! Admira, admira y sorprehende á los espiritus con otros prodigios diferentes.

En efecto, Señores, si nos paramos á considerar los milagros de clemencia, advertiremos que dando nuestra Santa al cielo infinitas gracias por los beneficios que habia recibido, y suplicándole sin cesar, se atrevió á pedirle otro favor aun mucho mas distinguido y señalado qual era la vida de su enemigo. Su caridad la movia á interesarse por la suerte de un desgraciado que habia sido castigado tan pronto como fué delinquente. Oyéronse sus nobles y generosas súplicas. Procope recobró nuevamente la vista y la vida. El mismo prodigio que le habia sacado de entre los brazos de la muerte le sacó tambien de los de la idolatría. Convertido y lleno de reconocimiento, se declaró por christiano, teniéndolo á mucha gloria y llegando á ser por su fé una evidente prueba del respeto que merecia la religion de *Ines*.

Yo no sé, hermanos míos, decia San Gregorio, que impresiones harán en vuestro corazon tantas maravillas. Lo cierto es, que las virtudes de *Ines* merecian esta rápida y continuada serie de milagros, y que ella los conseguia con el único fin de estampar en todos los ánimos el respeto debido á la Religion. Yo bien conozco que admirais estas virtudes; pe-

ro ¿las imitais? No dudo que profesais esta sagrada Religion; pero ¿la practicais? *Ines* la honra con su modestia, con su desinterés, con su confianza, con su caridad y con su heroísmo. ¡Quántas vírgenes christianas la denigran y perjudican con su vanidad, con su ambicion, con su temeridad, con sus venganzas y con sus flaquezas.

Pero en un dia destinado para celebrar el mérito de la inocencia y de la pureza, no quiero dar lugar á las reflexiones que naturalmente presentan el contraste de nuestras costumbres y vicios, sino acabar el elogio de *Ines* con la pintura de su muerte despues de haber hecho descripcion de su vida. Durante esta hizo que fuese respetable la Religion á la idolatría, y en esto consistieron los exemplos de su santidad. *Exemplum virtutis*. Por su muerte consiguió que triunfase la Religion de la idolatría, y en esto estriban los exemplos de su fortaleza. *Exemplum fortitudinis*.

SEGUNDA PARTE.

Los medios de que Dios se valió para hacer triunfar la Religion de la idolatría por la muerte de *Ines*, tienen tambien alguna especie de conformidad con aquellos de que se sirvió el Señor en los primeros tiempos del establecimiento de la Iglesia para que saliese triunfante la Religion. ¿Quereis, como dice San Juan Chrisóstomo (1), apreciar las victo-

(1) Joan. Chrisost. hom. in dard. Apost. 132. 133. 134.

rias del Christianismo? Pues considerad quales son sus testimonios, quales sus víctimas y qual su gloria. *Videte testes, victimas, gloriam*. Las expresiones de San Chrisóstomo me recuerdan el zelo, el sufrimiento y los sucesos, y me hacen ver las circunstancias que precedieron, acompañaron y siguieron á la muerte de *Ines*.

En lo que precedió á esta, y en el zelo que tuvo, consiste el testimonio que dió á la Religion. *Testes*. Los martirios que sufrió por ella nos demuestran los sufrimientos y las circunstancias que acompañaron á su muerte. *Victimas*. Lo que se siguió á esta y causó su gloria, fueron los sucesos que procuró á la Religion. *Gloriam*. Unidas todas estas ideas, os convencerán sin duda, que por su muerte hizo triunfar *Ines* á la Religion de la idolatría. ¡Felices vosotros, hermanos míos, si despues de haber reflexionado sobre los exemplos que os ha suministrado su santidad, os aprovecháseis de los que os va á dar su fortaleza. *Exemplum fortitudinis*.

Los hombres que son depositarios de la verdad deben ser los testimonios de ella. El no publicarla es serla traidores. Los Apóstoles repartieron entre si la conquista del Universo, y por todas partes predicaban los mismos dogmas, las mismas obligaciones y la propia ley. En Jerusalem, que era el centro del judaísmo, y en Roma, que era la cabeza del imperio de la idolatría, hicieron percibir su dominante voz, enseñando la ciencia de la cruz y confundiendo la sabiduría de los sabios. An-

tes que fuesen las víctimas de la verdad; eran sus testigos. *Testes.*

Ines se habia presentado igualmente para dar á la Religion un testimonio sólido, resplandeciente y decisivo. Pero ¿en qué tiempo? Las circunstancias que acompañaron á la confesion de su fé, parece que dan un nuevo realce á sus oráculos. La idolatría estaba entonces amenazando ruina. Cayéndose de los altares que la habian erigido la política y las pasiones, no hallaban ya los idolos en la supersticion pública aquel inmenso crédito que mas bien que la conviccion mantenía la magestad de su culto. Decaido el império Romano á fuerza de los repetidos golpes que habia llevado, se esforzaba en vano para resucitar su antiguo poder. Todas las señales anunciaban una revolucion entre la que se creia descubrir á los christianos como sus secretos cómplices, respecto de que solo ellos podian ser los autores interesados en ella. En medio de que era imposible remediar la caída del paganismo, empleaba la política de los Césares todos los medios posibles para retardarla. A proporcion de lo ménos respetables que parecian los Dioses de la gentilidad á la luz de la razon, se les hacia que fuesen mas terribles á los ojos de la credulidad. Vatiéndose de la autoridad se pensaba por medio de rigurosos edictos obligar á que los adorasen aquellos infelices á quienes habian sujetado por la fuerza de las armas.

¿Qué empresa sería tan grande la de atacar al paganismo en medio de estos dias de tur-

turbulencia y de confusion! Determinóse *Ines* á hacerlo, y lo executó como lo pensaba. Los mismos combates que habia sostenido para mantener su pureza, los sufrió, como dice S. Ambrosio, para defender á su Religion. *Idem certamen profesa & pudoris, & Religionis* (1).

Los hombres se engañan porque casi siempre juzgan por apariencias. El prefecto de Roma conocía que era nuestra Santa capaz de practicar la Religion christiana, y que no la podia él castigar. Guiado de este juicio, dispuso para sorprenderla quantos artificios y tramoyas le sugirió su política mas bien que su zelo. ¡Con cuánta habilidad se supo desentender de aquel maravilloso aparato, que, al mismo tiempo que sorprehendia á todas las gentes, anunciaba el ministro depositario de la soberana autoridad! Mas bien era como amigo que como juez, segun él se explicaba. ¡Qué razones tan sutiles alegaba! El visible poder de los Dioses á quienes adoraba el império; las excesivas ventajas que habian conseguido sus adoradores sobre todas las naciones de la tierra: el haber llegado á ser la Religion de Roma la de todo el Universo: la voluntad de los emperadores, que eran viva imagen de los dioses, cuyos altares honraban y mantenian: la entera proteccion que tenian declarada á su culto; y el ódio, el menosprecio, la proscripcion y la muerte, como justo castigo de aquellos que se les resistian, negándoles sus inmensos y homenages, eran las ruinosas prue-

(1) Ambros. lib. 1. de Virg. bas

bas de que magestuosamente se servia Sinfonio para ocultar á los ojos de *Ines* el error de las supersticiones paganas.

¡Cuán poco luminosa es vuestra autoridad, ó inútiles efugios de la prudencia humana, para llevaros tras si un espíritu que está guiado por la fe! La que tenia *Ines* penetraba mucho mas allá de donde llegaban las astucias que por un zelo político estaban diestramente preparadas. No porque las habia concebido quiso por entónces destruirlas: su zelo tomó una determinacion mas noble y generosa. Pereced, dixo ella, pereced, dioses frivolos é indignos, que no habeis hecho el cielo ni la tierra. *Diis, qui caelum & terram non fecerunt, pereant* (1). No, no haya miedo que jamas doble yo la rodilla delante de unos simulacros que son obra y oprobio de la supersticiosa credulidad. Si el imperio les adora, yo les menosprecio. Roma alaba su poder, y yo se le niego. Los césases protegen y fomentan su culto, y yo le aborrezco.

Aquello, hermanos míos, no era otra cosa en sustancia que insultar al paganismo y defender á la Religion christiana: *Ines* irritaba á sus enemigos, pero les debia tambien asombrar. En efecto, ¿quanto no se sorprendieron, como dice San Ambrosio, quando la oyeron dar el mas eloqüente testimonio á la divinidad? *Stupéte universi, quod jam divinitatis testis existeret* (2). ¿Que Religion hay, de-

(1) Jerem. c. 10. v. 11.

(2) Ambros. lib. 1. de Virg.

cia ella, como la mia? Los Profetas la han anunciado tan antigua como el mundo, y un diluvio fué el que la estableció. Comprobada con el resplandor de los milagros, y acrecentada con el fuego de la persecucion, llega la sangre de los mártires á ser triunfo suyo. Sobre el sepulcro mismo de sus discipulos se ensalza y acrecienta. Dispersadas sus cenizas, no por eso dexan de asegurarla conquistadas hasta en los climas mas remotos.

¿Que Dios hay que se pueda igualar con el que yo adoro? Engendrado, digámoslo así, entre el esplendor de los santos, es hijo del Padre, igual á este, superior á todos los seres, autor de todo lo criado, é independiente de todo. *Cujus Pater feminam nescit* (1). El existía antes del nacimiento de los siglos: nacido en tiempo, é hijo de una Virgen Madre. *Cujus Mater Virgo est*. El es á quien reconocen los Angeles por su Señor, y cuya voz obedecen. *Cui serviunt Angeli*. Sin embargo de que no cesa de colmarnos de beneficios, jamas sus liberalidades agotan sus riquezas. *Cujus opes nunquam deficiunt*.

¿Es David el que refiere la eterna generacion del Verbo? ¿Es Isaías el que señala la anticipada gloria del Mesías? ¿Es San Pablo el que profundiza los sublimes misterios de la Encarnacion, de la gracia, de la salvacion y de la Religion toda? No por cierto: yo creo que es *Ines* quien hace todas estas cosas. Es una virgen, y una virgen que no tiene mas
Tom. II. O edad

(2) Act. S. Agnet. apud Bolland.

edad que la de trece años. ¡Que testimonio tan admirable de Jesu-Christo! ¡Que panegirista de su divinidad! *Divinitatis testis*. Divididos el juez y los espectadores entre la confusion, el furor y el asombro, se vieron á un mismo tiempo llenos de admiracion, confundidos y arrebatados. Se estremecian y se admiraban. *Stupète universi* (1). ¡Que cosa tan maravillosa es la virtud de la fé, concluye San Ambrosio, quando vemos que para su defensa se escuda con unos apologistas tan débiles por su edad y tan fuertes por su heroismo.

Pe~~ro~~ aun no se creía vencida la humillada idolatría. Lo que hizo fue llevar con mucho estrépito al templo de los falsos Dioses á aquella que no se habia detenido en insultar su vano poder. Presentóse *Ines* en él delante de los altares. ¡De que zelo tan maravilloso se hallaba allí nuevamente poseida! A presencia de los mismos idolos se atrevió á menospreciar su venganza, a mofarse de sus adoradores, á hacer ver el escándalo de sus fiestas y la supersticion de su culto. No tuvo dificultad en celebrar delante de los Dioses de Roma la gloria del Dios á quien aquella ciudad perseguia, ensalzar su grandeza, publicar su misericordia y anunciar su justicia. ¡O santo atrevimiento! ¡ó terrible espectáculo de la idolatría y de sus zelosos defensores! *Stupète universi*. Aun á vista de esto se intentaba obligarla á que ofreciese con sus manos aquel vil incienso; pero ella permanecia inmovil. Se la per-
sua-

(1) Ambros. lib. 1, de Virg.

suadia á que se entregase al placer de una fingida adoracion; pero ella se resistia y lo rehusaba. Al ver una tenacidad semejante, pidieron los Dioses ofendidos, por boca de infinitos de sus adoradores, la muerte de aquella de quien no podian conseguir homenajes. La indignacion ocupó el lugar de la piedad. Ya desde aquel instante no se reparaba en la corta edad. *Ines* era enemiga de los Dioses, con que se hacia culpable, y por consecuencia debia perecer. La Religion de Jesu-Christo encontró en ella un nuevo testimonio que darles. *Testes*. Era menester que con ella se inmolasé á los Dioses una nueva víctima. *Victimas*.

El ver en los principios de la Iglesia llevar á sus defensores de tribunal en tribunal y de suplicio en suplicio, era, aunque muy triste, una cosa ordinaria. El cuchillo, los cadalsos y las hogueras, eran los terribles medios de que se valian el judaísmo y la idolatría para arrebatarse al christianismo sus defensores. Las huellas de sus primeras conquistas estaban señaladas con arroyos de sangre. El Universo se habia armado contra aquellos que eran solamente enviados para convertirle y salvarle.

Habiendo heredado *Ines* su espíritu, queria tambien participar de su recompensa. Ya no eran razones las que se empleaban contra su fé, sino tormentos. Pero, ¿que juez será el que se atreva á pronunciar una sentencia decisiva de muerte contra aquella á quien debe su vida el hijo del prefecto de Roma? ¿Pues que? ¿se ha olvidado el ingrato Sin-

fronio del singular beneficio que debe á las oraciones de *Ines*? ¡O reconocimiento! ¿Te hallas acaso sin ningun derecho sobre un corazon idólatra? Es verdad que la politica del gobernador estaba indecisa, porque conocia la virtud de *Ines*; pero Roma no descubria en ella mas que delitos. ¿De que siniestros medios se valdria él para conciliar su aparente zelo por los ídolos con su secreta veneracion por su protectora? Lo que hizo por decontado, fué entregar á manos extrañas la suerte de esta Heroyna. Alargóse á otro juez el lugar que él ocupaba en el tribunal. Aspasá, cuyos ojos centelleaban, cuyo semblante descubria su furor, y cuyas manos gotteaban todavía sangre de los christianos, fué el que en el tribunal de la justicia ocupó aquel distinguido lugar. En él no se conocian aquellas interrogaciones siniestras ni aquella disimulada bondad con que embaraza, sorprende y lisongéa á sus víctimas la prudencia humana antes de inmolarlas. Sabia que los encantos mas atractivos no habian podido seducir á *Ines*: que las amenazas mas terribles no la habian podido humillar; y así solo presentaba á su vista el sangriento aparato de su suplicio. *Ines* miraba con suma tranquilidad las cadenas que la estaban aguardando. Aun ignorando todavía como habia de ser su muerte, se habia dispuesto ya su corazon para sufrirla. *Adhuc mori nescia, jam parata* (1).

Exe-

(1) Ambros. lib. I. de Virg.

Executad, ministros encargados de cortar-me el hilo de la vida, executad, decia ella, las órdenes que se os han comunicado. No, no penseis que habeis de hacer morir en mí sino lo que es puramente mortal. El alma que poséo, es una joya sobre la qual no tiene ningun derecho el fiero acero de la idolatría. Al oír estas palabras, pronunció el juez su sentencia y fué condenada *Ines* al suplicio del fuego. Lo mismo fué saberlo que apoderarse de ella una excesiva alegría. El lugar de su sacrificio la parecia un trono del que iba á tomar posesion. Corrió ácia él con aquella firmeza varonil que solo inspira la Religion. *Ad supplicii locum lata, festiva processit* (1).

Preparóse la hoguera, encendióse la llama, y todo causaba horror; de modo, que hasta en los corazones mas bárbaros é iniquos se dexaba percibir el sentimiento. Yo no puedo explicar mas bien que con el silencio la consternacion que se esparció, y la lástima y el terror que se advertia á vista de semejante espectáculo. Ya me parece que no se percibe otra cosa que las esparcidas porciones de un cuerpo consumido por el fuego destructor.

¡O que prodigio! como que perdian las llamas su actividad para con *Ines*. Al modo que si su cuerpo estuviese espiritualizado, se notó, no sin admiracion, que no la habia hecho ningun daño. Las llamas de que estaba rodeada la respetaban; y la hoguera que debía destruir

Q 3

(1) Ambros. lib. I. de Virg.

truir y consumir la víctima, hacia mas resplandeciente su victoria. Aquel mismo fuego que respetó á *Ines*, fué el que tambien la vengó y á la Religion con ella. Dividense las llamas: *In duas partes flammæ scinduntur* (1); y con su separacion llevan repentinamente entre los enemigos de *Ines* la desolacion, la destruccion y la muerte. Los sediciosos espectadores de su suplicio llegaron ellos mismos á ser las desgraciadas víctimas de aquel fuego. Al modo que un imprevisto incendio, ó unas rápidas centellas llevan por los parages circunvecinos las llamas, la desolacion y la muerte, no dexando por todas partes sino tristes señales de su ruina, se extendieron contra aquellos malvados las horribles llamas del injusto suplicio.

Pero por desgracia los prodigios que obró Moyses á vista de Pharaon, no sirvieron de otra cosa que de endurecer mas bien el corazon de aquel desgraciado principe. No de otra suerte admiraron al pueblo que los veía los milagros que justificaban la fé de *Ines*, supuesto que solo le sirvió para asegurarse mas en su ceguedad.

¡Que cosas tan terribles se me representan á la imaginacion! ¡O crueldad! ¡O bárbaro juez! Da este por fin otra nueva sentencia, y aquella que no habia podido perecer á impulsos del fuego murió por el cuchillo. Ya se dexaba ver el hierro que aun estaba teñido con la sangre de infinitos christianos.

Hie-

(1) Ambros. lib. 1. de Virg.

Hiere tirano, hiere á tu víctima. Su sangre corresponde al esposo que ella ha elegido. Ya es tiempo de derramarla. La misma *Ines* es quien te exhorta y quien te anima para que concluyas tu obra y consumas su sacrificio, Acaba..... ¿en que te detienes? *Quid, percussor, moraris* (1). Ella misma parecia que provocaba á la mano encargada de descargarla el golpe fatal. Se detenia no obstante. *Stetit. Oraba. Oravit.* Y por fin, inclinó aquella respetable cabeza, adornada ya con la duplicada corona del pudor y de la fé. *Cervicem inflexit* (2).

¡Quanto estimára yo, hermanos míos, poder fixar vuestra consideracion sobre el encendido y sangriento parage de su suplicio! Allí veríais. *Cerneres.* Allí veríais, como lleno repentinamente de horror el executor de la justicia, se negaba casi á cumplir con su ministerio. *Cerneres trepidare carnificem.* Allí le veríais estremecerse, y, como si él mismo hubiera sido condenado, volver á otro lado su cabeza para no ver la víctima á quien iba á sacrificar. *Quasi ipse addictus fuisset.* Allí le veríais coger con una mano trémula el hierro que debia acabar con la vida de *Ines.* *Cerneres tremere percussoris dexteram.* Allí veríais cubiertos todos los semblantes de un color pálido, como triste imágen de la muerte. Todo se interesaba en el peligro de *Ines*, y todo temblaba por ella; á no ser aquella Santa, que

Q 4

era

(1) Act. S. Agn. apud Bolland.

(2) Ambros. lib. 1. de Virg.

era quien solamente no temia nada de lo que la pudiera sobrevenir. En aquel lance tan generalmente tierno, á ninguno sino á ella se le dexaron de saltar las lágrimas. *Fleve omnes, ipsa sine fetu*. Y en una palabra, allí la oíríais dirigir sus últimas súplicas al cielo, con una firmeza y constancia digna de un apóstol.

Benedico te, Pater (1). ¡O Dios mio! ¡ó Padre mio! yo adoro tus decretos. En medio de mis trabajos reconozco tus beneficios, y mi corazón te manifiesta bien claramente mi reconocimiento. He creído, y he esperado. Ya veo lo que creía y lo que esperaba: ya lo poseo. Amigos míos, parientes, y vosotros sensibles christianos que os interesais en mi suerte, dexad, dexad de llorar, dexad de sentirme: participad mas bien de mi alegría... *Congaudete mecum*. Alabad mi victoria, que es la de la Religion y la vuestra. *Congratulamini*.

Al estar hablando de este modo, se levantó el cuchillo y descargó el golpe. A la fuerza de este, cayó, y espiró bañada en su misma sangre. De este modo triunfó *Ines* por su muerte de la idolatría. *Victimas*. Por su gloria sí que triunfará mucho mejor de ella. *Gloriam*.

Los primeros héroes del Evangelio fueron los primeros mártires. Pero saliendo muy en breve la Religion triunfante de su sepulcro por su suplicio, se hace mas temible á la idolatría, y por sus sucesos mas poderosa. Amon-tonados sus cadáveres, sirven como de esca-

(1) *In Offic. S. Agnet. Brev. Rom.*

lones al Evangelio para subir hasta el trono de los césares. Sus sagradas cenizas aun hacen temer á los tiranos y cambiar su furor en admiracion. A las persecuciones es, como dice Tertuliano (1), á quienes debe la Iglesia su estabilidad y subsistencia.

Semejante á esta es tambien la gloria que corona el martirio de *Ines*. Como victima inmolada al furor de la idolatría, causa su terror despues de su muerte, del mismo modo que fué su admiracion durante su vida. No sucede así con vosotros, grandes del mundo, que muertos y depositadas vuestras cenizas en unos soberbios mausoléos, ofrecen á todo el Universo un triste espectáculo de las vanidades humanas. Esos sepulcros honrados con tantos titulos pomposos, no sirven muchas veces en la memoria de los hombres, sino para eternizar con la memoria de vuestros empleos la de vuestros crímenes.

Ines es cierto que espiró; pero desde aquel mismo instante se empezó á manifestar su triunfo. Parece que sobreviviendo á sí misma respira todavia en las sagradas cenizas que se veneran sobre los altares. ¿Que han venido á ser en substancia aquellos jueces tan temibles, aquellos emperadores famosos y aquellos mismos Dioses del paganismo, de Roma y del Universo? Nada á la verdad, porque ellos ya no existen sino entre las ruinas de Roma. La suerte de *Ines* es muy diversa. En vano se habia propuesto aquella ciudad la religiosa obli-

(1) *Ecclesia persecutionibus stetit.*

gacion de anunciar la muerte de los christianos como llena de oprobio y de deshonra; porque no podia Roma manchar la reputacion de *Ines* con aquella pretendida infamia con que obscurecia á todos los mártires del christianismo. En el dia en que acabó nuestra Santa con su vida empezó su culto. Culto otro tanto mayor y mas apreciable en quanto confundió á la idolatría, no pudiéndole detener ésta en su rápido vuelo, obscurecer su brillo ni detener su celebridad. Aunque estaba todavía Roma entregada á los ídolos, no por eso dexó de llegar á ser á sus mismas puertas el sepulcro de *Ines* un famoso templo, que consternó con sus prodigios hasta los mismos cesares que se hallaban sobre el trono, pareciendo igualmente que vaticinaba con su nombre la ruina de aquellas falsas divinidades para quienes era tan fatal.

Si yo, hermanos míos, me hubiera cefido solamente á la idea de manifestaros á *Ines* triunfante de la idolatría por su muerte, encontraria en la discusion de trece siglos infinitos rasgos que confirman admirablemente su gloria. Os haria ver, que introducido su culto por el respeto y por el zelo, debió muy en breve al reconocimiento público los mas rápidos progresos; y que á la primera fiesta que se estableció en honor suyo, sucedió inmediatamente otra en la Iglesia latina, á quien tambien procuró imitar con la suya la Iglesia Griega (1).

Os

(1) Bayllet, 21 de Enero. Culto de Santa *Ines*.

Os estimularia á que sobre el sepulcro de *Ines* consideraseis asimismo á una augusta princesa, que la tributaba el homenaje correspondiente á su grandeza, porque estaba creida de que la debia á ella la vida. Os haria notar, que el exemplo de su constancia, fué como el origen y señal de aquellas útiles y edificativas congregaciones que se levantaron despues baxo los auspicios y proteccion de *Santa Ines* (1).

Haria un conjunto de aquellas magestuosas ideas que contienen los sabios panegiricos pronunciados en su alabanza por los Ambrosios, los Máximos, los Thomases de Aquino, los Buenaventuras, los Guillemos de Paris, Alberto el Grande, y Dionisio el Cartujo.

Haria una no interrumpida enumeracion de los varios zelosos defensores que encontró *Ines* en todas las partes del mundo christiano. Os diria, que en España formó de su vida el Poeta Prudencio la materia de sus poemas. Que en Francia tomó Sulpicio Severo el asunto de sus elogios. Que por quantas partes estableció San Martin la Religion christiana, extendió la veneracion de *Santa Ines*. Que San Agustin la propuso en Hipona como un modelo. Que San Gregorio el Grande la dió á conocer en Roma como un prodigio. Y, en fin, que San Gerónimo asegura, que el nombre de *Santa Ines* ha llegado á ser célebre en todas las naciones, y publicadas sus alabanzas en todas las lenguas.

Aun

(1) La de las Hijas de Santa *Ines*.

Aun proseguiría hablando del zelo con que muchas naciones envidiaban la fortuna de poseer sus sagradas reliquias. Este fué un tesoro que baxo el império de Teodosio el Joven recibió Constantinopla con reconocimiento, y contó la Francia, despues que se hizo christiana baxo el mando de Clovis, entre los primeros monumentos dignos de su piedad. Yo no pasaré en silencio, que casi desde el nacimiento de la fé fué en esta capital consagrado á Dios un altar con la invocacion de *Santa Ines* (1). Honrada de este modo, podemos muy bien decir, que si no se ha conservado en este templo el nombre de tan illustre mártir, permanece á lo menos en él un zelo siempre igual por su culto, una total confianza en sus preciosas reliquias, y un reconocimiento siempre nuevo á sus beneficios.

Pero todas estas ideas que manifiestan el constante triunfo de *Santa Ines*, no recuerdan mas que de un modo indirecto el que proporcionó su muerte á la Religion. En efecto si reflexionais sobre la historia de la Iglesia advertireis, que desde la muerte de *Santa Ines* es desde la que se puede fixar la data de aquellos dichosos dias en los que empezaron los ídolos á tener menos adoradores y Jesu-Christo mas discípulos. Murió *Ines* (no se puede negar); pero desde el mismo siglo en que espiró principió la época favorable en que la Iglesia enjugó sus lágrimas; dexó de ser cau-

(1) Capilla de Santa Ines. Iglesia de San Eustaquio. Véase á Bayllet, y al Abad Lebeuf.

tivada la divina palabra; se postraron los principes á vista de las naciones delante del Dios muerto en el Calvario; reconoció Constantino, vencedor de Maxencio, que la victoria que consiguió se la debía á Jesu-Christo, y llegó á ser la Religion sagrada de los césares aquella á quien ellos mismos perseguian. No han faltado algunos entre los zelosos devotos de *Santa Ines*, que hayan mirado el triunfo y la paz de la Iglesia como una recompensa de su martirio.

Decia al principio de mi discurso, que *Ines* habia hecho á la Religion durante su vida respetable á la idolatria; que en esto consistian los exemplos de su santidad. *Exemplum virtutis*: y que por su muerte hizo triunfar á la Religion de la idolatria: ved aquí en substancia los exemplos de su fortaleza. *Exemplum fortitudinis*. Vosotros, hermanos míos, os podeis y debeis aprovechar de ellos. Ya habeis visto las virtudes de *Santa Ines*; pues mirad ahora aquí sus reliquias. Estas os patrocinan; pero aquellas os condenan. ¡Ah christianos! decia San Juan Chrisóstomo, bien podeis temer, que cogiendoos algun dia en semejante disposicion sea vuestro juez aquella á quien hoy implorais como vuestra protectora.

Ines venció, tanto la debilidad de su sexó, quanto el furor de un titano. *Aetatem vicit, et tyrannum*. Este es pensamiento de San Jerónimo. Ya, pues, no teneis que buscar ni en la fogosidad de la juventud, ni en el peligro de las ocasiones unos vanos y fútiles pretextos para que justifiquen vuestras infidelidades. Así es como concluye San Ambrosio-

la guerra á los ídolos, y nosotros tenemos hacerla á nuestras pasiones. Yo no sé, pues, entre sus sucesos ó nuestras derrotas á qual de las dos cosas se podrá estar mas bien.

No interrumpamos, hermanos míos, la solemnidad de este día con unas reflexiones que nos son tan poco favorables. Los defectos que sirven por la mayor parte para confundirnos, no son siempre á propósito para nuestra instruccion. La que vosotros vais á conseguir en este día ha de ser por los exemplos de un Santo, cuya vida fué la apología de la Religion, la muerte, el escollo del paganismo, su sepulcro, y aun hasta el día de hoy la desesperacion de la impiedad. Si christianos, *San Victor* es todavía á la hora de esta una sensible prueba de la Religion contra la incredulidad del mismo modo que lo fué en otro tiempo contra la idolatría.

Esta idea tan digna de él como del christianismo, indica naturalmente el asunto y plan de su elogio. ¿Cómo es posible que en él pierda el nombre de *San Victor* nada de su fuerza? Yo bien veo que no siempre la fama es un mérito; pero sí lo es para el ilustre mártir de quien una parte de sus preciosas cenizas descansan al abrigo de sus altares. Ese nombre nos recuerda á un mismo tiempo, tanto las victorias que consiguió durante su vida, quanto las que aun todavía alcanza despues de su muerte. *Exiuit vincens, ut vinceret.*

Victor hizo en otro tiempo triunfar á la Religion de la idolatría. *Exiuit vincens.* Punto primero.

Vic-

Victor hace triunfar aun el día de hoy á la Religion de la incredulidad. *Ut vinceret.* Punto segundo. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Tres caractéres, dice Tertuliano (1), distinguen á la Religion christiana: la santidad, la verdad y el poder. Todos ellos los manifestó *Victor* á vista de la idolatría, consiguiendo que se quedase como sorprendida, confusa y desesperada. Como discípulo fiel, probaba por sus costumbres la santidad de su Religion. Como apologista eloqüente, demostraba su verdad con sus discursos. Como conquistador feliz, hacia ver por sus sucesos el poder que ella tenia. *Exiuit vincens.*

¿Cómo era posible que fuese obra de Dios la Religion christiana, si al mismo tiempo no fuera la expresion fiel de su santidad? Un Dios Santo debe tener discípulos formados á su imagen y semejanza. Si se hallan vicios en los christianos, no es en los principios de su Religion de donde han sacado su semilla.

Que decaigan, pues, podia decir *San Victor*, que decaigan las injustas imputaciones de la idolatría. Ella acusa á los christianos de que se ven autorizados por las leyes del Evangelio para llegar á ser unos vasallos rebeldes, unos ciudadanos inquietos, unos pèrfidos amigos, unos padres crueles, unos hijos desnaturalizados; pero los christianos se deben des-

Tom. II.

R

en-

(1) Tertul. Apolog.

entender de unas acusaciones tan odiosas y tan terribles. El Evangelio tiene por delitos los mismos desórdenes que la idolatría los reprehende::: Lo que no probaba *Victor* con sus discursos lo hacia ver ya con sus costumbres. ¿Y en qué tiempo defendia así á la Religion de las infames acusaciones con que intentaba ultrajarla la idolatría?

Para hacer ver el tiempo mas fatal que tuvo la Iglesia, no se necesita mas que nombrar el tercer siglo. Fué tan sangrienta en este la persecucion que, como un rayo despedido por la tempestad, asoló y destruyó el campo del Señor, y llenó de espanto á los corazones ménos tímidos. La pintura que hace San Juan (1) de este impetuoso dragon que llevaba consigo el hierro, el fuego, la muerte y todas las desgracias juntas; que distribuía á gusto de su furor las cadenas, los oprobios, las llagas y todas las demas desgracias, no alcanza con ser tan horrible á la pintura ó idea que se debe formar de la tempestad terrible que resonaba en aquellos dias de consternacion sobre la mal asegurada cabeza de los discipulos de Jesu-Christo. Dias por cierto de proscripcion y de venganza, en los que el nombre de christiano era una afrenta, y la profesion del christianismo una rebelion; en los que se sabia apurar el pérfido y barbaro arte de hacer sufrir á los elegidos de Dios la muerte mas lenta y mas cruel::: ¿Cómo es posible nombrar los diversos géneros de tor-

(1) Apoc. 13. v. 1. y siguientes.

mentos que se empleaban en oprobio de la humanidad para vengar á los ídolos del incienso que les negaba la piedad y la inocencia? Me seria preciso acabar con todos los nombres de horror, de infamia y de abominacion, y aun todavia creo que me quedaria corto, para extender los colores de semejante pintura. Los tiranos mas inhumanos y relajados no podian discurrir proyectos mas monstruosos, y era preciso que para executarlos se consultase á su envenenada alma.

El Santo mártir, cuyos trabajos y sufrimientos me he propuesto describiros, será una triste, aunque admirable prueba de esta verdad. *Victor* nació en el siglo tercero, y murió tambien en él. Nació en aquella célebre ciudad, cuyo origen se pierde entre la memoria de los tiempos mas remotos, cuya hermosura iguala á la riqueza, cuya situacion favorece al comercio que tiene con todas las quatro partes del Mundo: Marsella, en fin, tan conocida por la concurrencia de todas las naciones, por el ingenio de sus habitantes y por el terror de sus armas; Marsella digo, que en otro tiempo era la silla dominante de la potencia Romana en las provincias occidentales, y aun en el dia de hoy una de las plazas marítimas mas fuertes de la Francia.

Los historiadores nos representan á Marsella en el siglo de *Victor* como una ciudad á quien dominaba una altivez impía, y que por una religion bárbara obligaba que los christianos diesen al Universo, ó la humilde y denigrativa escena de su apostasia, ó el hor-

roroso espectáculo de su muerte.

Pero ¿os parece que aunque era testigo *San Victor* del incendio que se levantó contra la Religion, aumentándose en su patria la llama con rapidez, tiró á libertarse de ella? No por cierto: la idolatría siempre encontrará en él un christiano piadoso, caritativo, desinteresado é intrépido.

Si le contemplamos como christiano piadoso, hallaremos, que las actas de su martirio nos manifiestan la nobleza de su origen, aunque no nos citan sus abuelos. *Vir nobilis* (1). Sus talentos se emplearon desde luego en los ejercicios de la marina, *Nauta*, en donde mereció ser recompensado. *Gubernator* (2). La brillantez de su reputacion determinó muy en breve á los generales de las armadas Romanas para que le dedicasen y estableciesen en la profesion de las armas. *Victor Miles*. Ya se sabe que en esta carrera, como que es la mas peligrosa para la virtud, se entregan otros al torrente de las pasiones; pero *Victor* no seguia mas que la ley del deber. Unicamente conocia los abusos para evitarlos, y las pasiones para vencerlas. Obedecia á su príncipe como fiel vasallo; pero como fiel tambien á su Dios, le adoraba. Entre el estrépito de las armas, habia tomado *Victor* á Jesu-Christo por modelo, al Evangelio por regla y á su conciencia por juez. La santidad de su conducta le habia grangeado la reputacion de christiano en aque-

(1) *Vit. S. Vict. apud Borq.*

(2) *Ibid.*

aquellos críticos dias en que á un mismo tiempo se veía deshonrado y en peligro el que lo parecia.

Si le consideramos como christiano piadoso y caritativo, ¿quál será la ocupacion en que veremos á nuestro Santo exercitarse en Marsella, quando desde el trono de los césares se expidió aquel edicto fatal por el que se mandaba que en toda la extension del imperio Romano fuesen destruidos los templos de los christianos? ¡Ah! ¿Cómo es posible que uno no se persuada al ver aquel guerrero, que está percibiendo en él un pastor y un pontífice? *Miles pontificis munere fungitur* (1). ¿Un pontífice? Sí christianos: *Victor* imita la vigilancia, y exerce las funciones de un ministerio semejante. Siempre útil al christianismo, penetraba en medio del silencio de la noche, *singulis noctibus* (2), hasta los mas escondidos rincones de las casas, y les transformaba en otros tantos templos. Sí pobrecitos, á vosotros es á quienes os proporcionaba socorros, á vosotros, afligidos, á quienes os llevaba el consuelo, á vosotros, cautivos, á quienes os dulcificaba las cadenas. *Victor* era en Marsella el alma de la Religion vacilante, y el defensor de la Religion perseguida.

¡Ah! Aun quando nos admirémos al verle empleado en estos peligrosos ejercicios, ¿nos deberémos de contentar con ellos para dexar de referir lo demas que sepamos de él? Desde

R 3

aquel

(1) *Santol. Victor. Hymn.*

(2) *Ex vit. S. Victor. apud Borq.*

aquel tiempo justamente es desde el que se abrió la sangrienta carrera en que el zelo de nuestro Héroe debía recoger todas sus fuerzas, entregarse á todo su espíritu, y menospreciar santamente al infierno entero, que estaba conjurado para su perdicion.

En la Provenza habia dos ministros de justicia que eran depositarios de la autoridad imperial. Rivales, embidiosos é inquietos, se observaban reciprocamente y con malicia sus acciones, temiéndose y aborreciéndose al mismo tiempo. Esta es la flaqueza de los hombres. El que divide con otro su poder, no tiene por lo regular mucho derecho sobre su amistad. Astero, y Eutiquio tenian que cumplir unas obligaciones que les eran comunes á entrambos, y que manejar al propio tiempo muy opuestos intereses. Esclavos ambos de la fortuna, procuraban descubrir en los deseos del César el secreto feliz de merecer sus recompensas, y aunque por diferentes caminos se dirigian ambos al propio fin. El uno imitaba al emperador en sus crueldades, y el otro en sus placéres. El primero le sacrificaba víctimas, y el segundo procuraba conciliarle amigos. A aquel nada se le ponía por delante para hacer morir á los vasallos del príncipe, y á este le parecia que estaba obligado á conservárseles por todos los medios posibles. Marsella tenia en Astero un juez tirano, y en Eutiquio un juez cortesano.

Al tribunal de estos hombres, llenos de venganzas públicas, es al que citó á *Victor* aquel supersticioso pueblo. *Ad forum perducitur*

tor (1). ¡O, y cuán peligroso es un tribunal en el que, baxo el sagrado nombre de Religión, preside la sabiduría humana, y son las pasiones los intérpretes de la ley! Así lo experimentó nuestro Santo. Lo mismo fué presentarse en él y ser preguntado, que declararse christiano. *Christianus sum* (2). ¡Qué sentimientos tan opuestos dividian á sus jueces al oír esta generosa confesion! El fogoso Astero solo escuchaba su furor. Los cadahalsos contruidos ya con sumo ingenio, las hogueras encendidas, y, en una palabra, hasta la misma muerte eran los terribles espectáculos que presentaba á su fé. Se engañaba aquel tirano en pensar que le habia de intimidar. Quantos mas peligros me muestres, le decia *Victor*, mas bien me aseguras la gloria. El que no sabe ser mártir, no es digno de ser christiano.

Así, pues, ¿cómo era posible que no espantando á un christiano las amenazas le vencieran las promesas? Eutiquio se prometia conseguir por su prudencia una victoria que acababa de perder la impetuosidad de Astero. Decia muy astutamente, que nuestro Santo no debía, como amigo de la razon, ser enemigo de los Dioses, y que una palabra, un fingimiento le proporcionaria la gracia del príncipe, no encontrando en sus jueces sino unos verdaderos amigos y protectores desde el mismo punto en que dexase de ser obstinado.

¡Ah, replicaba *Victor*, y que protectores tan

(1) *Act. S. Victor.*
 (2) *Ibid.*

tan inútiles, que amigos tan falsos! Yo os cedo desde luego los honores y la fortuna. Dexadme con mi virtud y mi Religion. Soy christiano. *Christianus sum.* ¿Qué viene á ser para este todo lo que hay en el Mundo? ¿Qué importan sus favores? ¿Qué suponen sus coronas? Por mi conducta debéis haber conocido ya mis sentimientos. Entonces, ya habia manifestado nuestro Héroe por medio de una señal única en su clase el desinterés de que era capaz por su fé y su zelo. Negóse á recibir la paga de sus servicios. *Victor militie premia respuens* (1). El no haber querido admitir su salario, no era motivo para tacharle de rebelde. Es un delicado modo de pensar que prueba bien claramente lo capaz que es un christiano de sacrificar sus intereses por su Religion. Pero nuestro Santo la hará todavía sacrificios mayores.

El primero es el de su libertad. ¿Os recordaré yo aquella tenebrosa mansion en donde confundido entre los delinquentes esperaba una rigurosa y decisiva sentencia? Pues en verdad que su nacimiento y su estado pedian otras consideraciones muy diversas. Al príncipe es á quien corresponde el derecho de pronunciar en el asunto. Y si esto es así política humana, ¿cómo retardas el suplicio de *Victor*? ¡Ah! Tú, tú eres la que dispones á él y á su Religion nuevos triunfos. Nuestro Santo ha probado como discípulo fiel la santidad de la Religion por medio de sus costumbres; y como

(1) *Santol. Vict. Hymn.*

mo apologista eloqüente, va tambien á probar lo verdadera que es, valiéndose de sus discursos. *Exivit vincens.*

¿Un militar apologista de la Religion? Si hermanos míos, aquel que desata y hace eloqüente la lengua de los niños, puede igualmente inspirar una sublime y patética eloqüencia á todos aquellos á quienes encargue el honoroso cuidado de defender su gloria contra sus enemigos. *Victor* no imitará en sus pruebas los reglados pasos de Justino, de Tertuliano, ni de Clemente de Alexandrino. Estos primeros defensores de la Religion, que llevaron hasta el trono de los césares la causa del Evangelio, habian dispuesto sus obras con una reflexiva eleccion. Un guerrero no necesita quando habla sujetarse al pausado método de un filósofo que escribe. Un discurso pronunciado con todo el ardor que comunica el zelo, no es susceptible de esta armonía en los pensamientos, ni de aquellos brillantes razonamientos que deben formar el conjunto de un discurso que dirige con lentitud una sabia pluma, llevándole hasta el último punto de perfeccion por una encadenacion de penas meditaciones. Aunque naturalmente era viva la eloqüencia de *Victor*, no se acomodaba á servirse de los fútiles adornos del arte. Sus palabras tenían toda la fuerza del zelo y todas las amenazas de la prudencia. *Victor prudens, et eruditus* (1). Instruirá á los emperadores y reyes del Mundo sin dexar de respetarles. En

(1) *Act. S. Vict. c. 8.*

En fin, llegó el día en que debia presentarse nuestro Santo delante de Maximino. ¡O Maximino! Aun hoy se estremece la Iglesia de Jesu-Christo al oír este nombre. Nombre de un príncipe el mas depravado en sus costumbres, y el ménos delicado en sus placeres; elevado á la suprema dignidad por el favor, y no por el mérito. Enteramente deudor á la fortuna, pero de ningun modo al nacimiento, habia llevado consigo al trono de los césares los vicios infames de los mas desacreditados tiranos. Cruel por temperamento y por gusto, furioso en sus arrebatos, injusto en sus venganzas, económico hasta llegar á ser avaro, envidioso, malicioso, ingrato, incapaz de probidad y buena fé, y, en una palabra, un hombre que en la ferocidad de su semblante descubria la imágen fiel de su bárbara alma. En él vió con horror todo el Universo un monstruo que manchaba el brillo de la púrpura. Su aparente zelo por los ídolos, pudo únicamente hacer soportable al Mundo, sumergido en la idolatría, un emperador violento é inhumano, entregado á todos los excesos, é indigno de obtener la suprema dignidad.

Maximino y *Victor*; ¡ó qué contraste! ¡Un emperador y un soldado; el señor y el vasallo; el poder y la flaqueza; y, en fin, todos los vicios de una parte, y todas las virtudes de otra! No, no haré cuenta de las diversas acusaciones que el odio descargaba maliciosamente contra el Santo mártir en el tribunal del emperador. Es muy fácil suponer un atentado á aquellos que se quieren perder. Para ar-

arruinar á nuestro Santo, es muy suficiente el pretexto de la Religion. Es christiano, y basta para que sea el blanco de todos, y les parezca el hombre mas delinqüente (1). El es aquel á quien queria sacrificar Maximino á los dioses. *Victor sacrifica*. Lo mandaba el emperador y bastaba, como que su ley consistia en su voluntad. Quien se le resiste le ofende. Sí príncipe injusto, si en esto consiste el agravarte, tú serás ofendido de *Victor*, porque se resistirá á tus intentos. Yo, decia Daniel al rey de Babilonia, no adoro á los ídolos que son obra de los hombres. *Non colo idola manu facta* (2). No quiero dar incienso, exclamaba nuestro Santo, á unos dioses que son demonios. *Non sacrifico demoniis*. Por mas poderosos que sean los dueños del Mundo, de ningun modo alcanzan sus derechos sobre mi Religion:::

Al oír estas palabras salió del trono una orden mucho mas severa para que nuevamente se le cargase de prisiones y se le llenase de oprobios en las plazas públicas de Marsella. Irritado y furioso el príncipe, queria ser por sí mismo espectador de este pretendido triunfo. Los paganos le hacian mucho mayor con sus aplausos: honrábanle los christianos con sus lágrimas, y *Victor* adquiria por él toda la gloria posible. Mas, ¿hasta donde voy yo con mis expresiones? Habia hecho ver que nuestro Santo era el apologista de la Religion,

(1) *Act. S. Vict. c. 3.*

(2) Daniel 14. 4.

gion, y ahora hago relacion de sus sufrimientos quando debería analizar sus discursos. El mismo es el que hablará por mí, pero ¿con cuánta autoridad? Como profeta y apóstol, atemorizará al error y á la mentira, al modo que otro Eliseo; y, como si fuera un San Pablo, sostendrá las grandezas y la divinidad de Jesu-Christo. *Multa pro Christo, et in dæmones dixit* (1).

¡Qué campo tan dilatado presentan á su eloqüencia las especiosas objeciones de sus adversarios! La política pretexta los intereses del império. La impostura pone por delante el poder de los ídolos. El orgullo y la altivez alegan las humillaciones de Jesu-Christo. ¡Qué reparos tan frívolos! Sin mucho trabajo los refutó y destruyó *Victor*. Escuchad vosotros, ciegos adoradores de los ídolos, escuchad y confundios. Oid una voz que aunque débil, á fuerza de los muchos trabajos que ha padecido, la transforma el espíritu de Dios en una voz fuerte y magnífica. *Vox Domini in virtute; vox Domini in magnificentia* (2). Sí christianos, empezó á hablar nuestro Santo, y sus magestuosas palabras las dirigia lleno de confianza á aquellos jueces que tan injustamente se hallaban preocupados. Sino se tratase, decia, mas que de los intereses del César y de la república en la intentada acusacion contra mí, consistiria únicamente mi defensa en hacer ver que jamas habia faltado á la sumision que se de-

(1) *Ex vit. S. Vict. apud Borg.*

(2) *Psalm. 28. v. 4.*

debe á los emperadores. Mi profesion y mis ser vicios me justificarian mas bien que mis expresiones. Soy christiano, aun á pesar de aquellos que con su triste exemplo manifiestan su rebeldia. Todos dexariamos de ser fieles á nuestras leyes, si no lo fuéramos á nuestro príncipe. La Religion nos haria tan responsables y dignos de castigo por esta accion como el estado.

Mas ¡qué divino fuego y que rápido entusiasmo fué el que se apoderó de su espíritu! Dioses de la gentilidad, exclamaba él, débiles simulacros, sombras del poder, ¿cómo pretendéis que os adore? Me avergonzaria de imitaros. Por mas que se alabe la magestad de vuestro culto, y se cuenten las maravillas de vuestra proteccion, conozco que son unas grandes imposturas y unas ilusiones las mas brillantes. ¿Hasta quando se han de dexar engañar los mas crédulos de los mortales? ¡Ah! perezcan, perezcan unos Dioses, cuyas órdenes y exemplos encaminan á la perdicion. *Pereant* (1). ¿Qué otra cosa oigo yo decir de ellos en todos los parages públicos, que sus malos hechos? Aquí veo que tiene el incesto sus adoradores. Allí, que baxo el nombre de divinidad se da incienso á un ladron. Tan pronto honra la supersticiosa piedad con sus homenajes al furor como á la prostitucion. ¿Cómo era posible que mi lengua tributase alabanzas á esas fantasmas, de quienes no se puede celebrar sino la cruel malignidad que las asiste, y de las que siem.

(1) *Act. S. Vict. c. 2.*

siempre es nocivo al género humano su poder? ¡O Roma! ¡o Marsella! Vuestros Dioses son, al mismo paso que vuestros enemigos, obra de vuestras manos. Si: díganlo si no esas maderas, esas piedras y ese metal que les da la existencia sin comunicarles la vida. Esto es atendiendo á que son obra de vuestras manos; pero si les consideramos como á vuestros enemigos, ¿quáles serán mayores para vosotros que aquellos que favorecen y patrocinan todas vuestras pasiones? En donde éstas reynan se introducen necesariamente todas las desgracias. ¡O jueces míos! ¡o mis conciudadanos! ¿Qué corona pueden esperar vuestras virtudes, si es que las teneis? Vuestros Dioses no deben recompensar la virtud de que no han dado exemplo.

Aun era poco para nuestro Héroe cubrir de vergüenza al paganismo y sus partidarios. Le faltaba defender, tanto la fé que profesaba, quanto al Dios que adoraba. Un Dios pobre, decian los paganos ¡qué escándalo! Sí, decia *Victor*, un Dios pobre es el que enriqueció con sus bienes al Universo. ¡Qué grande es aquel que desde el madero de la cruz sujeta todas las religiones del Mundo á la suya! Yo bien veo que se insulta su debilidad y flaqueza; pero desde su mismo seno hizo tambien Jesu-Christo que saliese su poder. A su voz obedecieron los vientos y la mar. A su vista huyeron las enfermedades y la muerte. Los hombres deben tener por su Dios á quien toda la naturaleza reconoce por su autor.

¡Que no lográra yo la dicha de que se hallá-

lláran en mis palabras los vivos pensamientos de *Victor*! En este caso, haria que hablasen por mí, y en favor de la Religion christiana, los profetas que la anuncian, los apóstoles que la predicán, los mártires que la defienden, los milagros que la confirman, y la gloria de un Dios, que, como vencedor de la muerte, da á sus discípulos por regla sus acciones, su gracia por apoyo, su sangre por rescate y su reyno por recompensa.

Vencidos sus preocupados jueces con la fuerza de sus razones, le acusaron de que queria sorprehender su credulidad por medio de las sutilezas de una vana filosofia. *Philosophavis* (1). No, venerables jueces, respondió él, no es con sofisticos argumentos, sino con la fuerza de la verdad con la que yo intento su-
jetar vuestras luces. ¡Quiera el cielo que mi ministerio se corone con vuestra conversion! No han llegado á ser pocas veces sus discípulos los enemigos de la Religion, y yo mismo podria citaros acerca de esto importantes conquistas. ¡O *Victor*! ¿Qué es lo que has dicho? ¡Cuán sensible les es el que agregues á tu Religion esos discípulos y conquistas! ¡Qué silencio tan profundo ha causado en aquellos malvados tu confesion! ¡Y qué proyectos tan sanguinarios se van á realizar en su seguida! Ya se muda la escena. Cambiémos tambien nosotros, hermanos míos, el objeto que tiene empleada nuestra consideracion. Hagamos que al eloqüente apologista de la Religion, que
prue-

(1) *Act. S. Vict. c. 6.*

prueba la verdad de ella, se siga el dichoso conquistador, que manifiesta su poder. *Exiuit vincens.*

Ya hacia el espacio de dos siglos que los progresos del Evangelio vaticinaban á Roma la ruina de la idolatría. En vano presentaba la adulacion á los césares la perspectiva de una dominacion permanente: temian que habia de llegar el caso de experimentar una fatal revolucion; y este recelo estaba otro tanto mas bien fundado, en quanto observaban los repetidos golpes que experimentaba el imperio Romano. Los señores del Mundo son hombres, y estos, al fin, ingeniosos para inquietarse. Al considerarlos como corresponde, no puede dexarse de inferir, que conocen las desgracias que les esperan.

Imbuido Maximino con estas ideas, se dexó ver en Marsella, donde la Religion christiana habia multiplicado sus discípulos. Entre todos ellos ocupaba nuestro Héroe el primer lugar. Era el alma de aquella nueva sociedad. Y como esta se contaba por una de aquellas que levantándose á vista del gobierno introduce en él una nueva religion; anunciaba á unos príncipes ciegos é infatuados una tempestad, cuyo curso tenían mucho interés en cortar. Sobre *Victor* fué únicamente sobre quien recayeron todas las sospechas que formaba contra los christianos el ódio de un príncipe zeloso de su autoridad. Pero ¿quántas dudas se apoderarán nuevamente de la agitada alma de Maximino, quando oiga resonar hasta en su palacio el ruido de las maravillas que obra

obra el cautivo de Jesu-Christo en el lugar de su mansion?

Por el mismo decreto que se habia privado á nuestro Santo de la libertad, se le habia confiado al cuidado de los ministros para que, como encargados de él, le presentasen en el tribunal de sus jueces. Alexandro, Feliciano y Longino se habian criado en la carrera de las armas, y como fieles al César y zelosos defensores de los ídolos, exercian desde luego con un bárbaro rigor la autoridad que el ministerio público les habia dado sobre *Victor*. ¡O gran Dios! ¡Y quán incomprendibles son tus altos juicios! Permites que los enemigos de este Héroe armen contra él toda su crueldad, porque tu gracia la debia mudar en dulzura; y al mismo tiempo, porque convenia que no pudiese el Universo atribuir mas que á tu gloria el milagro de su conversion.

Miéntas que *Victor* por su paciencia enseñaba á sus guardas ó centinelas, que eran insensibles á las reglas de la moderacion y de la caridad, cubrió la noche con su negro manto la claridad de aquella aurora. Rompen los Angeles las cadenas de su cautividad, y admirados los ministros, vieron abrirse su prision. Hallándose nuestro Santo libre y desembarazado, escapó con duplicado esfuerzo, y se fué inmediatamente á consolar á los christianos, á quienes despues de compadecerse de la opresion de sus cadenas, las rompió con sus propias manos, y ofreció á sus guardas un nuevo motivo de admiracion. Confundidos y sobresaltados éstos, parecía que menosprecia-

ban el testimonio que les daba su misma vista. Preguntábanse unos á otros, y, aunque habian visto aquellos prodigios, dudaban sin embargo de ellos. Pero yo me engaño; porque justamente se renovaron en aquel mismo instante. No hallando ya eflugios que oponerle la incredulidad, se convirtieron aquellos paganos. La prision de *Victor* llegó á ser, digámoslo así, la cuna de una nueva Iglesia. Habiéndose sus guardas declarado por sus discípulos, á los primeros impulsos de su arrepentimiento, le protestaron que jamas se acordarian ya de ser, como hasta allí, sus perseguidores por razon de su empleo. Siguiendo sus pasos, se dirigieron hácia la orilla del mar. Un ministro del Dios vivo, les regó con aquella agua saludable que da la muerte al pecado, y la vida á la gracia (1). Como que se habian hecho christianos por medio de un milagro, era forzoso que no tardasen tampoco en serlo por conviccion. Nuestro Santo era su consejo y su guia, su maestro y su padre. ¡O qué padre tan excelente, pues da á sus hijos un nuevo espíritu, un nuevo corazon, una nueva vida (2)!

Desde la obscuridad de una profunda cueva se dexó ver la claridad de esta preciosa y rica mansion de christianos. *Surgit christianorum seges* (3). En el mismo dia en que se sembró el grano, empezó á brotar, á florecer y

- (1) *Sacris illustrat aquis. Santol. Vict. Hymn.*
 (2) *Nova pectora vero Numini consecrat.*
 (3) *Idem.*

se maduró el fruto. Fortificados Alexandro, Feliciano y Longino por la gracia del Sacramento, que quita el pecado original y los hacia christianos, é instruidos por *Victor* en los principios de nuestra Religion, *non ignari divina legis* (1), se tenian por dichosos en su suerte como prisioneros voluntarios. ¡Ah! ¿pensais vosotros que fueron traidores á sí mismos, y que penetrado ya desde su obscura prision el prodigio de la conversion que acababan de hacer solicitaban contra ellos y contra nuestro Héroe la indignacion del pueblo y el furor del príncipe? No por cierto.

Hasta en medio de la corte se percibió el ruido que habia causado semejante maravilla, y se supo, que admirados de sus engaños los guardas de *Victor* se habian declarado por sus discípulos. Al oirlo Maximino se estremeció. *Fremuit* (2). Arrebatado de su cólera, le condenó á padecer otros mil tormentos distintos. Que sean, decia aquel tirano, las conquistas de su zelo los compañeros de su suplicio. Ya se cumplirán tus deseos, príncipe bárbaro y cruel.

A mí me parece que estoy viendo á *Victor* animar al combate en aquel triste momento á los que habia atraído á la fé. *Reficiebat eos sermonibus suis* (3). Se me figura que les diria estas enérgicas palabras: ¡O discípulos de Jesu Christo! ¡O hijos y hermanos míos! Animaos:

- (1) *Act. S. Vict.*
 (2) *Idem.*
 (3) *Act. S. Vict. c. 9.*

Desde el bautismo al martirio no debe haber mas que un paso. Haced por vuestra Religion, como soldados valientes, lo que ántes hicisteis por vuestra patria. Ese mismo valor que ha sostenido al Romano poder, debe confundir sus supersticiones. En los ídolos tenéis vuestros enemigos: en Dios vuestro apoyo: en el cielo vuestra recompensa.

Animados los discípulos de *Victor* con sus eloqüentes palabras, se presentaron delante de sus jueces con la misma firmeza que antes lo habian hecho á presencia de los enemigos del imperio. Declararon sin rebozo, que profesaban la Religion de Jesu-Christo y estaban dispuestos á morir por ella. *Responderunt se per omnia christianos* (1).

No podría ménos una determinacion tan firme de causar un general descontento. Entre los inquietos clamores del populacho, se dexaban percibir unos gritos furiosos que hacian responsable á *Victor* de la muerte que iban á padecer las victimas sobornadas por sus pérfidos consejos. Oíalo todo nuestro Santo, pero permanecia constante. ¿Qué sucedió quando se le quiso obligar á que inclinase al culto de los ídolos á aquellos á quienes habia grangeado para la fe de Jesu-Christo? El haber respondido, que él no debía destruir por medio de una iniqua politica la obra que habia comenzado por una gracia divina.

Vosotros mismos, ó generosos soldados de Jesu-Christo, vosotros mismos oísteis este discurso-

(1) *Act. S. Vict. c. 8.*

curso inspirado por la Religion. No es otra cosa que una leccion que, del propio modo que á sus jueces, os da *Victor*. Aquellos se ofenden, y vosotros os aprovechais de ella. Aquellos se hacen mas furiosos, y vosotros llegais á ser mas intrépidos. El Mundo no tiene ya cosa alguna para vosotros. El único recurso que os queda que apetecer, es el de morir por Jesu-Christo. Ya se os cumplirá vuestro deseo:: Mandaron los jueces que fuesen conducidos á presencia de los altares, tanto el Santo como sus discípulos. *Ducuntur ad templum* (1). Eran innumerables los que habian concurrido á este espectáculo. *Concurrente universo Populo*. Preparóse el incienso, y se les estimulaba á que confundiesen sus homenajes entre los que públicamente se suministraban. Mas no, no haya miedo: los discípulos de *Victor* dirigieron á su maestro una firme mirada, como en señal de su victoria. Se les quería vencer á fuerza de instancias, y se negaban á la condescendencia. *Thura negant*. ¡Humildes recursos de la idolatría y de sus protectores! Solo escuchaban á su desesperada rabia; y como tales decretaron aquellos tiranos, y mandaron que se executase su sentencia. A los pies del triunfante *Victor* cayeron á la fuerza de un hierro homicida aquellos tres héroes á quienes en un mismo dia habia hecho christianos, apóstoles y mártires. *Gladio feviuntur*.

¡Con cuánto respeto contemplaba nuestro

S 3

San-

(1) *Act. S. Vict. c. 9.*

Santo lleno de su sangre y de su gloria á aquellas nobles victimas de la fé! Arrebatado de su fervor, solicitaba el instante en que se debia consumir su sacrificio y su felicidad. Mas ¡ah! No, no la conseguirá *Victor* sino á costa de mil tormentos. Para las grandes almas son necesarias pruebas superiores. No era bastante para él el haber confundido á la idolatría, porque debia instruir y enseñar á todos los siglos futuros. No hay uno en que nuestro Santo no pueda servir de prueba á la Religion. Aunque al reynado de los ídolos suceda el império de la incredulidad, es menester que en prueba de la fé se puedan citar, tanto los sufrimientos y trabajos, quanto la gloria de *Victor*.

Por sus costumbres hizo ver la santidad de la Religion: por su eloqüencia justificó su verdad; y por sus conquistas probó, que la fé lleva mas allá que la ambicion sus sucesos. Esta, pues, sujeta á los impérios; pero aquella esclaviza á los espíritus. La ambicion hace esclavos; pero la fé mártires. Los grandes corazones huyen de las conquistas de la ambicion, que casi siempre forma descontentos al paso que se presentan delante del juez que impone la fé, y se tienen por muy dichosos al ver que son sus cautivos. No, no os alabéis de vuestras expediciones, héroes de la antigua Roma, no os alabéis de ellas respecto de que en el dia no existen mas que unos leves vestigios. Las victorias que ha conseguido el Héroe de Marsella son eternas. De ellas saca todavia sus frutos la Iglesia. Jamas ha cesado

sado *Victor* de comprobar el poder de la Religion. Antiguamente la hizo triunfar de la idolatría. *Exiuit vincens*. En el dia aun la hace salir victoriosa de la incredulidad. *Ut vinceret*.

SEGUNDA PARTE.

Siempre ha tenido la Religion por enemigos á algunos pretendidos espíritus fuertes, á cuyos malvados honra la ignorancia y la vanidad con el pomposo nombre de Filósofos. Tal vez no se habrán visto jamás en tan gran número, ni tan presuntuosos como en nuestro siglo. Si les hubiéramos de creer, debería el Christianismo sus mártires al entusiasmo, sus milagros á la supersticion y sus virtudes á la hipocresía. Con solo el exemplo de *San Victor* haré reflexiones tan sólidas, que se vean precisados los incrédulos á avergonzarse de su injusticia. Yo quiero que me respondan su sangre, sus cenizas y sus discípulos. Si oigo al clamor de su sangre, me dice, que no hay mas que una divina Religion que pueda inspirar tanto valor y ánimo en medio de tan grandes suplicios: la voz de sus cenizas me enseñan, que solo hay una Religion divina que pueda perpetuar tantos milagros entre tantas revoluciones; y, en una palabra, las expresiones de sus discípulos me persuaden, que no hay sino una Religion divina que pueda conciliar tanta virtud con tanta gloria. Luego *Victor* hace aun el dia de hoy triunfar á la Religion de la incredulidad, así como en otro

tiempo la hizo salir victoriosa de la idolatría. *Exiit vincens, ut vinceret.*

Cada mártir es un testigo de la fé. Su muerte es para ella una victoria. En medio de sus sufrimientos, publica, como dice San Juan Crisóstomo, la gloria del Dios que le sostiene y le corona. *Omnis Martyr enarrat gloriam Dei* (1). Esteban la publicó en Jerusalem, Ignacio en Antioquia, Lorenzo en Roma, Cipriano en Cartago, Ireneo en Leon, Vicente en Zaragoza, Victor en Marsella. Pero ¡quán resplandeciente es el testimonio que dió á la Religion nuestro Santo en esta ciudad! Quantos mas han sido sus combates, otro tanto mas gloriosos han sido sus triunfos. ¡Ah! ¿Quién es el que entre los mártires ha sostenido mayores combates que el nuestro? Sin dificultad podríamos decir, que las plumas que se han tomado el trabajo de mantener su memoria entre las futuras generaciones, se habian valido de ingeniosas é infieles pinturas, si el mas sabio historiador de los santos (2) no se hubiera tomado el trabajo de advertir, que las actas de *San Victor*, recogidas por manos fieles, son unas actas antiguas y auténticas que no dexan ninguna duda, ni sobre el tiempo, ni sobre el lugar, ni acerca del género de muerte.

Pensaba un célebre orador (3), que quantas

(1) *Chrisost. Hom. ad Pop. Antioch.*

(2) Baylet, 21 de Julio: *Tabla critica.*

(3) El Abate Boileau de la Academ. Francesa. Panegirico de S. Victor.

tas particularidades concurren en esta muerte las habia hallado dichosamente reunidas en las palabras de un profeta: tenia gusto en prestar una magestuosa voz á cada instrumento de los que sirvieron á *Victor* de suplicio. Hacía sentir el eco y el resentimiento de las varas con que habia sido herido. *Vox flagelli.* No lo era ménos el de la rueda con que nuestro Santo habia sido despedazado. *Vox impetus rotæ.* El de la furiosa crugia por donde habia sido arrastrado. *Equi frementis.* El de una relumbrante espada con que fué atravesado. *Et micantis gladii.* Y el de las victimas que á presencia del mismo *Victor* fueron inmoladas á la fé. *Et multitudinis interfectæ* (1).

Alabémos, pues, estas brillantes y justas semejanzas, supuesto que no pertenecen sino á los consumados maestros de la eloqüencia el tratar, vituperar y disponer de ellas. Pero confesemos tambien, que estos rasgos de eloqüencia y de ingenio, no nos hacian ver todavía el retrato de *Victor* en toda su estension, ni nos le presentaban completo.

¿Que se necesita añadir ya á la memoria de tantos dolores y al mérito de tantos combates? Los sentimientos de nuestro Santo; esto es, aquellos heroycos é invencibles sentimientos que la Religion sola es capaz de inspirar, y la defienden contra los incrédulos de la sospecha que tienen de que disminuye el espíritu, amortigua el ánimo y extingue el heroísmo.

Es indispensable decir, que desde el principio

(1) Nahum 3. v. 3.

cipio de su carrera se le presentaron baxo de mil modos diversos el aparato de su suplicio y la muerte; pero que los conremplaba sin horror, los despreciaba sin miedo, y no igualaban jamás sus sacrificios á sus deseos. Tampoco debemos pasar en silencio, que los enemigos de *Victor* se vieron precisados, á observar la sobrehumana virtud que le animaba, á reconocer la divinidad de la Religion que profesaba.

Yo quisiera que la solemnidad de este dia hubiera atraido á este templo á todos esos independientes espíritus que tan abiertamente se declaran hoy contra la Religion y sus mártires. Desde luego les convidaría para que siguiesen los pasos del que elogiamos, ó por mejor decir, el rastro de su sangre. ¿Que parage hay en Marsella por donde no haya corrido? *Fusus vulneribus signat iter cruor* (1). El castigo que cabe en suerte á los esclavos fué el primero que le determinaron los tiranos. ¡Castigo, por cierto, sensible para un hombre ilustre por su nacimiento, y conocido por su valor! Los azotes mas sangrientos se siguieron á sus primeros trabajos, y fueron como preludios de otros nuevos: *Ambuc militaturus remittitur* (2). Y superior siempre á los tormentos, parecia que provocaba sus jueces á que derramasen su cólera sobre su sangre. Aunque le denuncie el império, le acusen los Dioses y pidan los pueblos su muerte

(1) Santol. Victor. Hymn.

(2) Act. S. Vict. c. 8.

te, se verá que él solo contra todos, hace ver en este general desamparo, que la diversidad de sus tormentos no es capaz de hacerle variar de su modo de pensar.

Ni aun á vista de una crueldad semejante suspendieron sus jueces el curso de sus tribulaciones, sino para dexar al mas inhumano de los dos el bárbaro deleyte de llevarlas hasta el mayor exceso. Hasta sobre el rostro del Santo, que debía imprimir en Astéro el respeto, se atrevió éste en un impetuoso arrebato á ponerle sus sacrílegas manos. *Asterius dedit ei et alapham* (1). A exemplo de Jesu-Christo, sufrió nuestro Santo la afrenta sin hablar palabra, y le perdonó. Solo se acordaba aquel militar famoso de que era christiano.

Ahora vereis como lo manifiesta mejor. Sobre tres veces levantaron á *Victor* con suma violencia, unas manos pagadas por la iniquidad, en la cruz en que se hallaba tendido, *Affixus cruci* (2). Por otras tantas fué expuesto con igual iniquidad á la vista de un pueblo insensato, que siempre con un nuevo placer se alimentaba con un espectáculo tan bárbaro.

En tiempo de *Victor* aun no se había usado de la cruz para los césares. Tanto en Roma como en Marsella era todavia un suplicio infame. Pero ¡con que aspecto tan diferente la miraba nuestro Santo! Su fe descubría solamente en ella la representacion de un sagra-

(1) Act. S. Vict. c. 8.

(2) Santol. Vict. Hymn.

do madero, sobre el qual selló Dios con su sangre la salvacion del Mundo. Tú piensas, decia al tirano, que me llenas de oprobio y me colmas de gloria. Acaba con tu obra y dame la felicidad. Yo no solo espero la cuchilla, la hoguera y el cadahalso, sino que deseo todas estas cosas. Ya se le cumplirá su gusto; pero ántes debe arruinar y destruir, por medio de una victoria decisiva á la idolatría, y sacar triunfante á la Religión.

Anda, decia el Dios de Israel á Jedeon el mas valiente de los hombres: anda, vé y da á conocer tu valor. Yo iré contigo: humillarás el orgullo y la soberbia de Madiano, y destruirás el altar de Baal (1). Las mismas órdenes y promesas experimentó *Victor*, quien procuró cumplirlas. Descúbrese una pomposa ceremonia; y presídela el Emperador. Acuden los jueces á ella, y apresúrase el pueblo para observarla. Preséntase un altar á la vista, y colócase el ídolo en él. Compareció allí nuestro Santo, que era en quien pendia únicamente el acabar el sacrificio. Convidábasele con la amistad del príncipe: se le quería precisar con su autoridad y hacerle creer, que su exemplo le justificaba, y que sus recompensas le aguardaban para servirle de premio. Acércate al altar, le decian. En efecto, da *Victor* algunos pasos hasta llegar á él, y al percibir el ídolo adora... ¡Ah!, hermanos míos: yo creo seguramente que al oír esto os estremecéis. Pero cobrad ánimo; pues no es al

(1) Judic. c. 6. v. 2. 4. 15.

ídolo infame á quien dirige su homenaje. El sí que fué el que inflamó su zelo. Se atrevió:::

Mas ¡que espectáculo! se atrevió, digo, en presencia del príncipe, de los jueces, del pontífice y del pueblo á insultar al ídolo, derribarle, despedazarle y pisarle. A vista de un sacrificador rebelde, de un ídolo destrozado y de un altar reducido á polvo, todas las facias del império manifestaban su desesperacion, todos los Dioses de la gentilidad reclamaban sus derechos, y la voz de todos los expectadores pedian de comun acuerdo, que ya que aquellos sacrilegos pies no habian respetado la divinidad, experimentasen el resentimiento de ella. ¡O Dioses sin poder! ¿Como quereis ser vengados por vuestros estúpidos adoradores sino lo podeis hacer vosotros por vosotros mismos? ¿Que poder es el vuestro? ¡Ah! Ese respetable y sagrado pie que, cortado (1) de orden de un príncipe furioso, dexa de servir de apoyo al extenuado cuerpo de *Victor*, no dexará de serlo por lo que hace á su fé y su zelo. Con la mayor tranquilidad entenderá su contemplativa vista sobre esa parte de si mismo, de que se le priva. A tí te le ofrece, ó Dios mio, como las primicias de todo su cuerpo (2), el qual no tardará en sacrificarte.

Mas no, no se ha consumado aun su sacrificio. Este será una especie de suplicio desconocido á los Nerones y á los Domicianos.

Ba-

(1) El Padre de la Roche, del Orat. Panegirico de San Victor 2. parte.

(2) Baylet 21 de Julio.

Baxo el enorme peso de una muela, á quien hacia mover con esfuerzo el impulso de una rueda, fué puesto nuestro Santo á manos del furor. De este modo fueron deshechas y desmenuzadas todas las partes de su cuerpo; de tal suerte que llegaron á salir arroyos de sangre de la que le restaba quando le metieron en aquella especie de prensa. ¿Quién á vista de esto se habia de persuadir que aun habia de respirar? Pues sí, hermanos míos: el cielo le conservó, como por una especie de prodigio, para llenar de asombro á todo el mundo y manifestarle un busto animado que, como podemos decir, sobrevivió á sí mismo.

Sin embargo de esto, no le poseerá la tierra por mucho tiempo. Bafiado *Victor* en su misma sangre, aunque siempre firme y animoso, presentó su cabeza sin alteración alguna á la corva cuchilla que debía derribarla. En efecto, descárgase el golpe y cae el mártir. Espira este Santo; mas aun en el mismo hecho de espirar consiguió una victoria. Oyó una milagrosa voz, que baxando del cielo le dixo (1): *Victor*, tú has vencido. *Vicisti, Victor*. Sí, tú has vencido, *vicisti*: y aun el día de hoy es tu victoria un triunfo para la Religión.

En efecto, yo quiero que me digan los incrédulos, ¿de donde sacó este Heroe su valor, constancia y heroísmo? ¡Ah señores! No nos engañémos. Solo una gracia poderosa es la que suministra al hombre una permanente

(1) Act. S. Vict. c. 9.

superioridad sobre los sufrimientos y trabajos más terribles y dilatados. El hombre repugna su destruccion: luego solo pertenece á la divinidad ensalzarle sobre estos débiles sentimientos de la naturaleza. No hay mas que una divina Religion que pueda inspirar tanto valor en medio de semejantes suplicios. Ved ahí justamente lo que me dice la sangre de *Victor*. Sus cenizas nos harán ver, que no hay mas que una Religion divina que pueda perpetuar tantos milagros entre tantas revoluciones. *Exivit vincens, ut vinceret.*

La gloria de los santos mártires, como dice San Cypriano, no se acaba con ellos mismos como sucede con la de los héroes mundanos. Reconocida la Iglesia, une á su nombre la inmortalidad que los tiranos intentaron arrebatarnos.

¿No podré yo decir en particular de *San Victor* lo que decia en otro tiempo San Cypriano de los mártires en general? En el mismo instante en que cayó sobre el altar de su sacrificio aquella grande víctima de la Religion, declaró el cielo, como lleno de ardor, por medio de los milagros y de los castigos, la gloria del Santo Mártir y el oprobio de su perseguidor. *Vindices æther jaculatus ignes* (1). ¡O impío Maximiano! Tú te lisongearas como tirano cruel de vencer por tu autoridad, despues de su muerte, al que por su constancia te habia vencido durante su vida. Tú pensabas sepultar entre las olas de la mar el nombre

(1) Santol. Vict. Hymn.

bre de nuestro Santo y el de sus discípulos. Mas tus iniquos proyectos se frustraron. Aun mas sensibles que tú las aguas, respetan á los mártires á quienes condenas. Parece que se consolidan para llevar á las orillas del mar el incorruptible tesoro de que las haces depositarias. *Constitit Pontus venerantis instar* (1). Una invisible mano condujo sobre las olas á la admirada Marsella á sus mártires y protectores. Por ella se distingue ya el grande poder de *Victor*. A vista de su flotante cadaver, se forma un nuevo mártir. Deuterre, como hijo único de un padre á quien el cuchillo del tirano acababa de arrebatár, seguía con su vista, lleno de desconsuelo y por entre los escollos de la mar, los preciosos restos de Longino que apenas se habían escapado de su ternura. Llénase del espíritu de la fé. Arrebátale el fuego del zelo. Se precipita y se arroja; y atravesando las espumosas ondas fué á buscar sobre el sangriento cuerpo de su padre, que ya no existía, la muerte que deseaba, y que no tardó en encontrar. Muerte gloriosa por cierto, y justa recompensa del amor filial: muerte á quien la Iglesia honra con el nombre del martirio, atribuyendo á *Victor* toda la gloria. Este es el primer fruto de su proteccion. No tardará en resplandecer con nuevas maravillas.

Sobre su sepulcro se cumplió aquel oráculo del Señor, que nos anuncia por medio de sus profetas la destruccion de la idolatría.

Yo

(1) Santol. Vict. Hymn.

Yo enviaré, dixo, á vuestros pueblos el cuchillo de mi venganza: *Inducam super vos gladium*. Destruiré vuestros templos y demoleré vuestros altares. *Demoliar aras vestras*. No quedarán de vuestros simulacros mas que unos escarpados despojos. *Confringentur simulacra vestra* (1).

¡O Iglesia santa! ¿Cómo te habias de prometer que el siglo de Diocleciano y de Maximiano habian de estar tan inmediatos al tiempo en que el Christianismo debia subir sobre el trono de los césares? ¿Ofrecia acaso la más espantosa tempestad una paz tan próxima? Si Dios es el que manda, y á medida de su ilimitado poder y voluntad se muda la faz del Universo. ¡Quántas revoluciones nos presentan aquí los fastos de la Iglesia! Inmediato al venerable lugar en que descansan las cenizas de *Victor* ataca Constantino á Maximiano. Se temia éste en aquel un vencedor, y advertía su derrota. Pereció, en fin; y Marsella que habia sido el teatro de sus crueldades lo debia ser de su desesperacion. Era preciso que este desgraciado principe pusiese el colmo á los crímenes de su vida con el de su misma muerte. Muerte que, como escribe Lactancio, era justo castigo de Maximiano por la que en el mismo Marsella habia hecho sufrir á nuestro Santo. *Apud Marsiliam pœnas luit*. En fin, debia permitir el cielo que volviese este monstruo contra su propia existencia unas manos que siempre habian estado armadas contra los

Tom. II.

T

chris-

(1) Ezech. 6. 4. 5. 6.

christianos. Ninguno tenia mejor merecido que se le quitase la vida, porque nadie habia sido mas infame. ¡O *Victor!* ¿Acaso no es tu sangre la que con su lastimera voz penetra hasta el cielo para excitar el furor de Maximiano contra sí mismo, y armar en favor de la Iglesia el zelo de Constantino?

Nuestro Santo habia trastornado en Marsella al ídolo y sus altares. La caída del que adoraba aquella ciudad, presagiaba la de los ídolos á quienes adoraba el Universo. ¿En dónde están al presente aquellos simulacros á quienes la supersticiosa Roma prestaba sus incienso y adoraciones? *Nunc ubi Júpiter* (1)? ¿Dónde están sus adoradores? *Supplex ubi turba*? ¿Dónde sus templos y sus altares? *Ubi ara*? Los altares, los adoradores y los dioses, no son ya otra cosa que un monton de polvo y basura. *Pulvis est:::* y el Dios de *Victor* es adorado por toda la tierra. Su culto ha llegado á ser el de todas las naciones. Su cruz colocada sobre el trono, no se ocultará tampoco entre las ruinas del Mundo.

¿Qué nos queda ya que decir acerca de aquel príncipe cruel que se declaró el perseguidor de nuestro Santo? Parece que la memoria de su nombre no se ha obscurecido entre el olvido de los tiempos, sino con el fin de que la sean inseparables á su reputacion las ideas mas feas y deshonorosas para la humanidad. Vencedor nuestro Héroe de su muerte, aun vive todavía entre la noche de su sepulcro. Sus

(1) Santol. Vict. Himn.

sagradas reliquias ordenan y mandan á la naturaleza. Mas ¿qué digo yo? mandan al infierno, á la tierra y al cielo. El infierno teme de ellas su poder; la tierra le experimenta, y el cielo le perpetúa. Espira nuestro Santo, y se disputan con empeño las naciones la ventaja de conseguir los despojos de su mortalidad.

Su nombre ya era ilustre en la capital de la Francia desde el principio de la monarquía. Con ella se extendió su culto. Desde esta capital, en donde la liberalidad de un pontífice (1) fixa la respetable cabeza de *Victor*, pasó la veneracion por su memoria á las provincias mas remotas. Baxo el imperio de Juan Comneno llegó hasta la famosa ciudad de Constantinopla, que es hoy el centro del Mahometismo, así como en otro tiempo, despues de Roma, fué la silla dominante de la Religión christiana.

Y tú Marsella, dichosa patria de nuestro Santo, ¿cómo es posible que llegue el dia de que te olvides y dexes de reconocer en su inanimado cuerpo la joya mas constante y preciosa de tu seguridad? *Ad sepulchrum Victoris mira virtus.* Sobre su sepulcro decia San Gregorio de Tours (2), atrahe á los demonios á quienes sujeta, á los tiranos á quienes castiga, á los fieles á quienes santifica, y á los novadores á quienes convierte.

Pero ¿qué he dicho yo? ¿los novadores? ¡Ah! ¿con qué sombras tan negras estuvo rodeado

(1) Pedro de Corbeylle, Arch. de Sens.

(2) Greg. Turon. de Gloria. Mart. e. 67.

algun tiempo el sepulcro de *Victor*? ¿Qué imprevista tempestad fué la que vino á turbar el reposo de sus cenizas? Entre sus zelosos defensores, se deslizó el veneno de un simulado pelagianismo. Al primer paso del error, parece que el apóstol de la verdad rompió sus fúnebres cadenas para reprehender con aquella fuerte y triunfante voz que aterró en otro tiempo á la idolatría: acudid, acudid, diría, al socorro de la fe que se halla amenazada y en gran peligro; animad á los Prósperos y á los Hilarios, y reprehended á los hombres, cuyo honor é interes estriba en la temeraria audacia de consentir y proferir sentimientos opuestos á los de San Agustín. En efecto se dexa percibir aquella dichosa voz, y casi en el mismo instante se vió arruinada la sutil heregía que, independientemente de la gracia, concede al hombre el deseo de la conversion, el principio de la penitencia y el de la fe, el acto de la oración y la resistencia á la tentación, pesando, por decirlo así, en una balanza igual el poder de Dios y el del hombre. Estas máximas funestas, y estas pasajeras sombras, se acercaron á nuestro Santo; pero bien pronto fueron disipadas. No vela ménos por la fé de Marsella que por su felicidad eterna. El mayor de sus milagros fué haber detenido el mas poderoso y temible rayo, qual es el de un cisma en la Iglesia. *Ad sepulchrum Victoris mira virtus.*

Solo este milagro obscurece todos los demas prodigios con que yo podria adornar su elogio. Prodigios recogidos por el zelo, des-

crip-

criptos por la eloqüencia y respetados por la crítica. En el sepulcro de nuestro Santo, dice tambien San Gregorio de Tours, se libran los endemoniados, se rompen las cadenas de los cautivos, y se reconcilian los enemigos. El temerario que á vista de él se rie del poder de *Victor*, es castigado con la falta de la vista. Allí recibe el blasfemo altivo el sentimiento de su audacia. Y allí, en fin, recobran los ciegos la vista, los sordos el oido, los paralíticos el movimiento y los muertos la vida. *Ad sepulchrum Victoris mira virtus.*

Yo no dudo de que los incrédulos oirán con menosprecio la relacion de tantas maravillas. Pero es preciso que, ó estos pretendidos espíritus fuertes desmientan la fé de todos los siglos, ó que convengan en que la Religión debe á *San Victor* los triunfos mas insignes. Si, aunque siempre subsistentes, los tienen por dudosos, que huyan léjos de este templo. *Impius quisquis::: procul hinc recedat* (1). Sí, templo augusto, á tí que es en donde se conservan las cenizas de *Victor*, á tí digo, es á quien tomo por testigo de su poder. Santos altares, paredes sagradas y antiguas bóvedas, hablad, hablad si podéis. Con vosotros atestiguo: y sobre todo con ese respetable pie. *Ille pes* (2). Con ese pie digo, que trastornó los vanos simulacros de la gentilidad. *Vana qui stravit simulachra Divorum*. Con ese pie, que el soberano pontifice Urbano V. se dignó confiar

T 3

(1) Santol. Vict. Himn.

(2) Ibl.

fiar á las reales manos, y con el que un hijo de Francia, llamado Juan, Duque de Berri, se impuso la obligacion de enriquecer esta Basílica. *Ille pes nostris venerandus Aris.* Si, hermanos míos, con ese pie tan temible á la incredulidad como á la idolatría, es con el que yo atestiguo.

Rompa en este instante el insensible metal que le encierra, así como en otro tiempo lo hizo con el enmudecido ídolo á quien no quiso dar culto: que se presente en medio de nosotros, y confirme de este modo á los incrédulos, tanto la gloria de nuestro Santo como la de la Religión. Que justifique sus milagros y su culto; nuestra veneracion, y nuestros elogios. Si despues de mas de catorce siglos parece á los incrédulos ese precioso pie un monumento de la supersticion, ¡quánto nos podemos lisongear de ser supersticiosos, viendo que nos acompañan los soberanos pontífices, los reyes, los sabios, los santos y toda la Iglesia! ¡Ah! y con quanta razon nos felicitamos, á despecho de la incredulidad, en profesar una Religión, cuyos mártires llegan á ser los protectores de los reynos.

Pero si nos enseña nuestro Santo por medio de la voz de sus cenizas, que no hay mas que una Religión divina que pueda perpetuar tantos milagros en medio de infinitas revoluciones: tambien nos persuade la voz de sus discípulos, que solo hay una Religión divina que pueda conciliar tantas virtudes con tanta gloria. *Exiit vincens, ut vinceret.*

Alabando San Cipriano á un Santo mártir de.

decia, que no solo habia vencido él, sino que habia abierto á otros el camino de la victoria. *Vincit, vincendi cæteris viam fecit* (1). ¿A cuál de los mártires puede aplicarse mas legítimamente este elogio que á San Victor? A la verdad que él mas bien debe su gloria á sus discípulos que á sus panegiristas. Estos solo refieren sus combates. *Vincit.* Aquellos los renuevan por sí mismos. *Vincendi cæteris viam fecit.*

Desde luego me persuado, hermanos míos, que no ignorareis las sabias plumas, que, despues del siglo de Constantino han transferido la reputacion de nuestro Santo á todas las regiones en donde el zelo ha llevado la luz de la fé. En el V siglo podreis citar á un San Gerónimo, que con el nombre de *San Victor* honró á una obra digna de ser respetada en todos tiempos. En el VI podreis dar á conocer un Fortunato de Poitiers y un Gregorio de Tours, que felicitan tanto á la Francia por haber producido á nuestro Santo, como á la Inglaterra por haber dado á San Albano. En el VII indicareis un San Gregorio el Grande, que sella, digámoslo así, con su aprobacion las pomposas expresiones con que anuncian los fastos de la Iglesia el martirio de nuestro Héroe y su celebridad. En el VIII siglo nombrareis un venerable Beda, cuya doctrina y piedad parece se formaron, durante su vida, sobre las virtudes de *San Victor*, y despues de su muerte sobre su gloria. En el IX y X juntareis un Usuardo, un Rabano y un S. Adon,

T 4

quie-

(1) Cyprian. Epist. 34.

quienes por diferentes climas y parages, mostraron por nuestro mártir el mismo zelo y respeto. En el XI hareis hablar á Hernando Contracto, á Mariano Scoto y á Florencio de Worcestre; á los Adams y Godofredos en el XII. En el XIII á un Vicente de Beauvais y á un Absalon, quienes colocan el nombre de nuestro Santo entre los que consagran con sus obras como ilustres á la inmortalidad. En el XIV produciriais á los Guillemos de Slos y á los Mauricios: con un Pedro Noels en el XV. En el XVI á un Gregorio XIII, á Baronio, á Lipomano, á Belino de Padua y á Juan de Plasencia: y á los Ferares, á los del Sausay, á los Tillemontes, á los Bosquetes y á los Ruinardos en el último siglo, y casi en nuestros dias. En una palabra, yo estoy cierto, que hasta en el seno de esas pretendidas Iglesias reformadas podeis buscar panegiristas á *San Victor*, seguros de que los hallaréis entre esos infelices hombres que ni reconocen á los Santos ni á su culto.

Por lo que á mí toca, hermanos míos, desde luego no me detendré en el discurso de tantos siglos, tanto sobre los hombres célebres que han consagrado sus talentos en gloria y honor de nuestro Santo, como sobre los hombres religiosos á quienes ha servido de modelo. Casiano no me parece tan grande quando erige dos templos en honor de *San Victor*, como quando del uno y otro sexó formó imitadores suyos. ¡O Iglesia de mi Dios! ¡qué dias tan preciosos te han acarreado los nombres reunidos de *Victor* y de Casiano! Instruido éste

en

en la escuela de San Juan Chrisóstomo, baxo la autoridad de los soberanos pontífices, se dexó ver despues en Marsella. En esta ciudad, pues, estableció con el nombre de nuestro Santo un famoso Monasterio, cuya reputacion no se acabará sino con los siglos. ¡Ah! ¿cómo no te haces sensible, Santo mio, á los inmensos bienes que procuran á la Iglesia los discípulos de Casiano, que puedes llamar como tuyos, si los Santos coronados en el cielo se interesan en que progresa la virtud sobre la tierra? Mientras que á aquellos discípulos les sirve de refugio tu sepulcro, sirvenles tus exemplos de regla. En estos felices dias no envidia ya la Francia los Antonios y los Hilaciones del Egypto. ¡Qué espectáculo tan edificativo para ella el de contar en lugar de un solo mártir cinco mil solitarios que le hacen revivir con sus virtudes! La escuela de nuestro Santo ha llegado á ser la de los obispos. Dos soberanos pontífices de ella recibieron la tiara; y aquellos señores de la Roma christiana, vengan con brillantez la sangre de *Victor* derramada por los dueños de la Roma idólatra.

Mas en la misma capital de este imperio es preciso seguir á nuestro Héroe como que ha venido á ser el protector de un pueblo Santo. De entre sus cenizas salió una centella de su espíritu, que, volando hasta la escuela de Anselmo y de Raouldo, animó el zelo de un filósofo, y le detuvo á los pies de un altar, que baxo la invocacion de *Victor* existia ya en el centro de esta ciudad, y hasta el dia de hoy

hoy conserva su nombre. El piadoso y sabio Guillermo de Champeaux no tiene necesidad de nuestros elogios. Su obra, como que subsiste aun, le asegura el reconocimiento de todos los siglos. ¡Qué establecimiento se puede comparar con el de *San Victor*, como exclama el cardenal de Vitry! El voto del público se divide hablando de esto entre el maestro y los discípulos. Aquel enseña la Religion y la práctica. Estos llegan por sí mismos á ser maestros; y la Francia á quien su erudicion instruye se santifica con sus exemplos.

Muerto Champeaux, dexó á los hombres á quienes juntó su zelo sus escritos por lecciones, este templo por asilo y el espíritu de nuestro Santo por herencia. Este toma una nueva fuerza entre los discípulos de San Agustin. En este antiguo y venerable asilo, componen bajo el nombre de *Victor* y consagrados al Señor, un cuerpo canónico y regular, que siempre carece de reforma, porque nunca tiene necesidad de ella. De este abundante manantial en filósofos sutiles, teólogos profundos, oradores eloquentes y literatos ingeniosos, salen pontífices, cardenales, doctores y santos, siendo siempre el espíritu de este ilustre Santo el que los anima.

Este espíritu, pues, es el que arregló la conducta de Gilduino, que fué el primer gefe y cabeza de esta real casa, y uno de los primeros miembros de la universidad de París. El espíritu de nuestro Santo mártir fué tambien el que conduxo la pluma y purificó los sentimientos de Hugues, que fué el Agustin

de

de su siglo, y cuya erudicion y santidad han hecho pasar su reputacion á todas las partes en donde tiene la Religion discipulos. Su espíritu fué el que alimentó la piedad y santificó los talentos de Richardo, que fué el ribal de Hugues, y el amigo de San Bernardo, y así como él el rayo de la heregía, la luz de la verdad y el Chrisóstomo de la Francia. El espíritu de *Victor* es el que sostuvo é inflamó el corazon de Thomas, quien siempre fiel á su pontífice, combatió y espiró á su propia vista, viniendo á ser mártir de la Iglesia en medio de la paz que gozaba. Su espíritu fué el que inspiró al ingenio de Santeuil, cuyos monumentos públicos conservan las inscripciones mundanas, y de quien canta la Iglesia sagrados himnos: ingenio que justifica y hace ver á todas las naciones la arrogante y atrevida comparacion entre el siglo de Augusto y el de Luis el Grande. Y espíritu, en fin, que guía y perfecciona la humildad y la penitencia de Gourdano, que es el Santo de nuestro tiempo y el Angel de esta casa, cuyas obras causan igualmente el consuelo que la edificacion de la Iglesia.

No estaba, pues, precisamente reservado al siglo de *Victor* que venciese á los enemigos de la Religion. A todos los tiempos les ha hecho participar de sus victorias. Aun en este día hace triunfar á la Religion de la incredulidad, así como en otro tiempo logró que saliese victoriosa contra la idolatría. *Exiit vincens, ut vinceret.* En efecto, señores, la incredulidad favorece á las pasiones, y los disci-

pu-

pulos de *Victor* las combaten y destruyen. La incredulidad predica la independenciam, y los discípulos de nuestro Santo practican la sumision. En una palabra, la incredulidad se hace entender con sus vanos clamores contra las órdenes religiosas; y los discípulos de nuestro Santo prueban quàn útiles son al mundo para edificarle, á la Iglesia para defenderla y aun á los mismos incrédulos para no confundir la presuncion con la sabiduria, el orgullo con la humildad, la razon con la fé, el escándalo con el buen exemplo.

¿Qué me resta ya que deciros, hermanos míos, concluia San Cipriano en una solemnidad semejante á la que aqui nos junta al presente? ¿Si me habré cansado en valde en haberos descripto los combates y los triunfos del Santo mártir á quien reverenciáis? ¡Ah! solo quiero que en pago de mi zelo camineis por las sendas del héroe christiano que habeis escogido por protector, no pudiendo exhortaros de mejor modo para copiar fidelísimamente sus virtudes, que animándoos á que honreis religiosamente sus cenizas. *Beatissimum martyrem, ut sectemini opto pariter, et exhortor* (1). No es el apologista ni el conquistador del Evangelio el que propongo á vuestra imitacion, sino el Santo. Pero un Santo cuyos exemplos, sangre, cenizas y discípulos os manifiestan lo que debeis ser durante esta vida, si quereis reynar con él en la otra.

(1) *Cypriani. Epist. 8.*

PA-

PANEGÍRICO

DE SAN NORBERTO,

Fundador del Orden Premonstratense y
Arzobispo de Magdeburgo:

PREDICADO

En la Iglesia de los Premonstratenses de la calle de la Oja-alta, y en la de los de la Cruz Roxa.

Misit Deus misericordiam suam, et veritatem suam. Dios embió su misericordia, y su verdad. *Ps. 56. v. 4.*

Quando propicio el cielo hace nacer en la Iglesia hombres fieles y zelosos, que disipan las tormentas de que está amenazada, y la indemnizan con brillantez de sus pérdidas, ¿qué nombre daremos á estos edificativos ministros é intrépidos defensores de su gloria? Ellos son á un mismo tiempo para el Mundo y para la Iglesia, y tanto una sensible imá-

gen

pulos de *Victor* las combaten y destruyen. La incredulidad predica la independenciam, y los discípulos de nuestro Santo practican la sumision. En una palabra, la incredulidad se hace entender con sus vanos clamores contra las órdenes religiosas; y los discípulos de nuestro Santo prueban quàn útiles son al mundo para edificarle, á la Iglesia para defenderla y aun á los mismos incrédulos para no confundir la presuncion con la sabiduria, el orgullo con la humildad, la razon con la fé, el escándalo con el buen exemplo.

¿Qué me resta ya que deciros, hermanos míos, concluia San Cipriano en una solemnidad semejante á la que aqui nos junta al presente? ¿Si me habré cansado en valde en haberos descripto los combates y los triunfos del Santo mártir á quien reverenciáis? ¡Ah! solo quiero que en pago de mi zelo camineis por las sendas del héroe christiano que habeis escogido por protector, no pudiendo exhortaros de mejor modo para copiar fidelísimamente sus virtudes, que animándoos á que honreis religiosamente sus cenizas. *Beatissimum martyrem, ut sectemini opto pariter, et exhortor* (1). No es el apologista ni el conquistador del Evangelio el que propongo á vuestra imitacion, sino el Santo. Pero un Santo cuyos exemplos, sangre, cenizas y discípulos os manifiestan lo que debeis ser durante esta vida, si quereis reynar con él en la otra.

(1) *Cypriani. Epist. 8.*

PA-

PANEGÍRICO

DE SAN NORBERTO,

Fundador del Orden Premonstratense y
Arzobispo de Magdeburgo:

PREDICADO

En la Iglesia de los Premonstratenses de la calle de la Oja-alta, y en la de los de la Cruz Roxa.

Misit Deus misericordiam suam, et veritatem suam. Dios embió su misericordia, y su verdad. *Ps. 56. v. 4.*

Quando propicio el cielo hace nacer en la Iglesia hombres fieles y zelosos, que disipan las tormentas de que está amenazada, y la indemnizan con brillantez de sus pérdidas, ¿qué nombre daremos á estos edificativos ministros é intrépidos defensores de su gloria? Ellos son á un mismo tiempo para el Mundo y para la Iglesia, y tanto una sensible imá-

gen

gen del Dios de misericordia , como un señalado retrato del Dios de verdad. *Misit Deus misericordiam suam, et veritatem suam.*

Baxo la doble consideracion de ser imagen de la misericordia y de la verdad, es como debemos distinguir al Patriarca , al Pontífice, al Apóstol , y al Santo , de cuyas virtudes y triunfos me he propuesto hablaros en este día.

Pero , ¿quién podrá lisongearse de percibir todos los lineamientos de que el retrato de *San Norberto* es susceptible? Quanto mas se reflexiona sobre las diversas acciones que compone una encadenacion de su vida , otro tanto mas bien se descubre lo dificultoso que es escoger el oportuno y preciso asunto de su elogio. La época de su conversion nos indica desde luego un penitente ilustre : pero pasando á sus trabajos evangélicos, se eclipsa muy en breve este apreciable título , y como que ya no se atiende uno mas que al de su apostolado. Este se escapa tambien á nuestra vista quando la detenemos sobre el Fundador de los Premonstratenses , y , en fin , casi dexa este último de interesarnos quando el Arzobispo de Magdeburgo manda á la admiracion. Y es casi imposible seguirle en la corte de los reyes, de quienes es el oráculo ; en medio de los hereges , de quienes es el azote , y entre la desolacion de un cisma , de quien es el destructor.

Confundidos con esta multitud de acontecimientos , creo que distinguir á *Norberto* con el carácter de defensor de la Religion , era manifestárosle baxo un general aspecto , y como

mo de una vez , por darse así á conocer en él el ministro de la misericordia y el apóstol de la verdad. *Misit Deus misericordiam suam, et veritatem suam.*

Norberto muda, como ministro de la misericordia , los temores de la Iglesia en esperanzas. *Misit Deus misericordiam suam.* Punto primero.

Norberto hace, como apóstol de la verdad, que se vuelvan en triunfos los peligros de la Iglesia. *Misit veritatem.* Punto segundo. **AVR MARIA.**

PRIMERA PARTE.

En el duodécimo siglo , tan abundante en acontecimientos desgraciados , como ventajosos á la Iglesia : en aquel siglo donde casi siempre desunidos el sacerdocio y el império renovaban sin cesar el espectáculo de las mayores revoluciones : siglo demasadamente conocido por los errores de Tanchelino , de Pedro de Bruis , de Gilberto de Poiree , Enrique de Tolosa , Arnaldo de Bresa , y Abelardo : siglo inmortal, tanto por los trabajos, quanto por los sucesos de Roberto de Arbrisel, Esteban de Cister, Pedro de Cluni , Suger y Bernardo : en un tiempo en que llena la Iglesia de terror y espanto pedía al cielo los mas poderosos socorros, nació un hombre en el ducado de Cleves , que debia al conde de Genepe , su padre, el honor de descender por su linea de todos los príncipes de Alemania , y hasta de los mismos césares , y á la piadosa Hadevige, su madre, el privilegio de estar en-
tron-

troncado con la augusta casa de Lorena. Este hombre, pues, era *San Norberto*.

Yo os he prometido pintarle desde luego como el ministro de la misericordia, que muda los temores de la Iglesia en esperanzas. Temores que estaban bien fundados á la verdad, pues tenían por su objeto á *Norberto* que se estraviaba, al mundo que se perdía, y á la virtud que perecía. *Norberto* animó por sí mismo á la Iglesia despues de verificarse el milagro de su conversion. Las esperanzas nuevas y recientes que dió, fué librándola, por medio de los sucesos de sus predicaciones, de la depravacion del mundo. Las esperanzas sólidas, librándola de la ruina de la virtud, valiéndose del establecimiento de su Orden. Esperanzas permanentes y seguras. Mas sobre estos diversos puntos de vista, ¿es *Norberto* el ministro de la misericordia? Sí; pero ¿cómo lo es? Yo os lo diré. Convertido y penitente, fué la prueba de la misericordia: como predicador y apóstol fué el instrumento de ella; y como legislador y patriarca su defensor. *Misit Deus misericordiam.*

Si uno reflexionára sobre sus primeros años, con dificultad descubriría en él el ministro de la misericordia. Estando entre el bullicio de la corte de los príncipes y emperadores, no prometía ser un Santo ilustre por su piedad, admirable por su eloqüencia, y consumado en la ciencia de las sagradas Escrituras. Solo se percibían en él algunas ligeras sombras, una mediana probidad, frívolas ocupaciones, talentos estériles y limitados, y virtudes sos-

pe-

pechosas. Algunos, pues, me preguntarán, ¿si es este el héroe del Evangelio que dice San Bernardo es como el canal por donde manifiesta á los hombres el Eterno Padre su voluntad? Este no es un Saul injusto, un Salomon idólatra, ni un impío Roboan.

Pero ¡quan distante estaba de conocer los sublimes designios que tenía acerca de él la misericordia! Su ingenio podia dar á la Religion las mas sólidas esperanzas: su conducta los mas justos temores y desconfianzas. En vano se habia manifestado la voz de Dios sobre las futuras grandezas de este nuevo Samuel; pues por desgracia el mismo dia que comunicaba la luz á la aurora de su piedad, la eclipsaba tambien. En aquella edad en que las pasiones fomentadas en la corte, como centro suyo, le hacían una viva guerra, seguía con rapidez tras el funesto torrente de sus desgracias.

La Corte de Federico Arzobispo de Colonia era, á un mismo tiempo que religiosa, una corte profana. La Iglesia y el mundo ofrecían en ella alternativamente sus espectáculos. Aquellos mismos que manifestaban al pontífice ser ministros de los altares, se daban á conocer como cortesanos con el soberano. Aquello no venía á ser otra cosa que una alternativa funesta de solemnidades edificativas y de fiestas licenciosas. El dia se dividía entre las funciones del sagrado ministerio, y los cuidados del gobierno político. Tan pronto eclesiástico como secular, llegaba qualquiera á los pies de los altares con una indecente

Tom. II.

V

ex-

exterioridad del siglo, y tal vez con toda la desenvoltura de sus costumbres; quando al mismo tiempo daba á entender al público un exterior tomado, digámoslo así, como de prestado del santuario, y acaso con toda la falsedad de la hipocresia.

Allí fué, pues, donde *Norberto* se crió entre las equivocadas costumbres de aquellos á quienes él tenia por árbitros de su fortuna. ¿Olvidará acaso la solemne promesa que hizo de tomar al Señor por su única herencia? Ah! Aunque piensa que se ha unido al santuario por medio de unos lazos indisolubles, no causan tampoco estas terribles ideas en su conciencia, demasiado dispuesta para familiarizarse con los remordimientos, sino unas ligeras impresiones. Dividido su corazón entre los tres ídolos que dominan en todas las cortes; quiero decir, entre la lascivia, el interés y la ambicion, se descarriaba muchas veces, y se justificaba igualmente hasta de los mayores abusos. Los primeros honores que obtuvo excitaron sus deseos. La Iglesia gemía con las ilegítimas posesiones que *Norberto* se acumulaba; pero éste aun llevaba á mucha mayor distancia sus excesivas pretensiones. Para él era un teatro muy limitado la corte de un pontífice. Donde percibió su ambicion el templo de la fortuna, fué en la del emperador. Dexó á un señor que habia sido su bienhechor, y se fué á buscar en otro, que era su aliado, una proteccion mas util y de mucha mayor recompensa.

Ya estaba para verificarse la aprehension de

de su espíritu acerca de sus esperanzas profanas, y esperaba con una audaz é increíble rapidez todos los empleos y dignidades, quando una mano invisible le detuvo á la misma orilla del precipicio.

Figuraos á un nuevo Saulo en una extensa llanura, no digo yo respirando venganza, sino placer: no por el camino de Damasco, sino por el de Freden. Figuraos, digo, que se levanta un viento furioso, que se juntan los nublados, desaparece el sol, y hasta la atmósfera se oscurece, y veréis como no advertis otra luz que la de los relámpagos y centellas. A este modo, y como si acompañadas de los truenos se redoblasen aquellas pavorosas constelaciones, parecia que se dexaba caer sobre la cabeza de *Norberto* una tempestad semejante. En efecto, despréndese un rayo de lo alto y cae á sus pies: derriba también consigo, y le llena de temor, dexándole inmóvil y casi espirando.

Saulo ¿por que me persigues? *Quid me persequeris* (1)? Penetrado el apóstol de las gentes con esta triunfante voz del cielo y de la gracia, exclama al oírlo: Señor ¿que quieres que yo haga? *Domine, quid me vis facere?*

El mismo milagro se observó en la conversion de *Norberto*, y la misma fidelidad de parte suya. Desde el centro de la nube que se abrió delante de sus ojos, salió una voz espantosa que esparció por su alma el terror y la consternacion, diciéndole: *Norberto, ¿por*

V 2

(1) Act. 9. v. 4. y 6.

que me persigues? *Quid me persequeris?* Tú debes de ser la salud y el consuelo de las naciones: dexa ya de ser su escándalo. Múdase enteramente al oír esta voz, y forma el ánimo de cumplir con exáctitud el destino á que le encaminaba. ¡Prueba por cierto resplandeciente y enérgica de la misericordia de Dios para con el Universo! Lo mismo fué oír *Norberto* aquella voz, y reflexionar sobre ella, que ya no parecia el mismo que era antes. ¿Que es lo que quereis de mí, decia él al Señor? *Domine, quid me vis facere?* Pedidme lo que querais, y mandadme lo que gusteis que yo os obedeceré. Demasiado feliz seré, si con mis lágrimas logro borrar mis culpas, quando debia, como quisiera, borrarlas con mi sangre ::: Huye, mundo impostor, huye de mí, y no ofrezcas ya á mi espíritu tus engañosas y lisongeras ilusiones. Conozco tu inutilidad y tu nada. Desde luego lo renuncio todo. A esta promesa se siguió la execucion. En el mismo dia en que se convirtió, se le vió penitente. Pero lo era de tal suerte, que desconfiaba tanto de sus luces como de sus fuerzas. Le parecia á nuestro Santo que gobernándose por sí solo, se habia de extraviar por los caminos de la perdicion, y que para conducirse por los de la salvacion y felicidad, necesitaba buscar una guia tan sabia como luminosa. En efecto, en el Abad de Sigeberto encontró lo que en otro tiempo halló S. Pablo en Ananías. ¡Quan rápidos serán sus progresos en la piedad baxo la direccion de un maestro semejante! Lo cierto es, que la humil-

mildad, la mortificacion y el desinterés, sucedieron al deseo de la gloria, al gusto de los placeres y á la sed de los honores. No era bastante para igualar á su heroismo. Sacrificó tambien las riquezas que heredó de sus padres, y aquellas con que abundantemente le honró la Iglesia.

¡O prodigio de la misericordia! *Norberto* caminaba con rapidéz hacia el abismo: aquel excelente ingenio, y aquel corazon tan grande con que estaba unido, se burlaban de las esperanzas de la Iglesia con las seducciones de un pérfido mundo: pero en medio de este tiempo seductivo le buscó la misericordia. *Invenit eum in loco horroris* (1). Con un golpe imprevisto, bien que saludable, le aterró y llenó de espanto. *Circumduxit eum*. Atemorizado, pues, por la misericordia, logró que en seguida le iluminase; que despues de iluminado le hiciese mudar de vida, despues de haber mudado de vida le guiase; guiado que le animase; despues de animado que le consolase, y luego que le consoló que se fixase en lo mas útil. *Et docuit*. Ningun rodeo gastó para fixarle en la práctica de la penitencia. Esta justamente, de quien él era el modelo, hizo que viniese á ser tambien su apóstol. Y llegando á ser el instrumento de la misericordia para el Universo, llegó á ser mucho mas bien su prueba. *Misit Deus misericordiam*.

El siglo que abunda en errores, es indispensable que sea fecundo en vicios. Acredi-

(1) Deuter. c. 32. v. 10.

tados estos por el error, toman un nuevo incremento entre la licencia de las armas. En el duodécimo siglo tenian desolada y aniquilada á la Iglesia todos estos males. Las campiñas eran el parage en donde se mantenia la ignorancia y la supersticion. Las ciudades el centro del libertinage y de la discordia. En el santuario habia escándalos; en la corte abusos, y hasta en las mismas escuelas de las ciencias comenzaba ya á brotar la semilla de la impiedad. ¿Que temores para la Iglesia! ¿Quien podrá mudárselos en esperanzas? ¿Quien hará renacer la justicia dentro de la iniquidad, y la paz en medio de la turbacion? ¿Será acaso necesario de que á vista de esto os nombre yo el ministro que envió el Señor al desolado campo de la Iglesia? Sí; no quiero tener mas tiempo suspensa vuestra atencion. *Norberto* fué aquel hombre dichoso y afortunado. A su eficazísima voz, va á estremecerse la iniquidad y á desaparecerse del Mundo. *Consumetur nequitia peccatorum* (1).

Le faltaba ser Sacerdote para estar adornado con el esencial caracter del ministerio, á cuyo exercicio le llamaba la voz del cielo. Nuestro Santo habia estado largo tiempo muy ageno de este cuidado por varias miras políticas que tenia. Pero con la mayor presteza y, tal vez, con un ardor excesivo, se encaminó sin tardanza al Arzobispo de Colonia para solicitar de él una gracia semejante. Gracia que muy en breve causó en él algun escrúpulo.

(1) Ps. 7. 10.

lo. En suma, la solicitó y la obtuvo. Pero ¿como se aprovechó de ella? ¡Ah! hermanos míos, y que excelente preparacion fué la de *Norberto* para el Sacerdocio! Los Epifanios y los Ambrosios, no se dispusieron para recibir este estado con sacrificios mas nobles. Subió al altar:: ¡O dia para siempre memorable en los anales de la Religion! Empezó el sacrificio, y al tiempo de ofrecer la Sagrada víctima, se apoderó de él un santo y laudable entusiasmo. Con este motivo suspendió sus augustas funciones. Como apóstol inadvertido, subió tambien despues á la cátedra de la verdad. ¡Que cosa tan admirable! En ella se le oía pintar como á un censor equitativo, sin dexar de ser prudente, los desórdenes del santuario, é infundir hasta en las conciencias menos escrupulosas el temor de los juicios de Dios. La misericordia amedrenta á los pecadores con el fin de convertirlos. El vicio de los disputadores como que se irritaba al ver la santa libertad con que le atacaba nuestro Santo. Su zelo dió sin ficcion contra aquellos que se habia atraído con mafia, y les manifestó la necesidad de reformarse. Esta idea era muy perjudicial para el libertinage, y por lo mismo manifestó descubiertamente su resentimiento. Murmuraba la hipocresía, resaltaba en ellos el furor, y por fin, tramaron una revolucion fatal. Desde aquel punto se dexaban percibir ya algunas chispas de un fuego, cuyas llamas habian de llegar hasta el concilio de Fritlar. Se me dispensará, pues, el que pase en silencio aquellas

llas detestables intenciones, que en perdonarlas *Norberto* daban á entender la virtud que poseía. El cielo le indemnizó muy bien por medio de sus favores de la injusticia que los hombres le habian hecho. Estos le suscitaban persecuciones. Dios le concedia milagros.

Pero juntos ya los padres del concilio, intentó la calumnia esparcir con profusion las sombras mas oscuras sobre la conducta de nuestro Héroe. Vanos esfuerzos de la malignidad. Demuéstrase la inocencia, y lo mismo es hablar que salir victoriosa.

Tampoco tardará en triunfar con mayor autoridad en todos los reynos y provincias á donde consecutivamente le llame, como á nuevo apóstol, la misericordia. En él, pues, creia la Francia tener otro San Bernardo. Uno y otro interesaban en el mismo tiempo á la Europa y á toda la Iglesia. Ambos con aquella fuerza de ingenio que subyuga á la indocilidad, y con aquella dulce unción que amaestra á los espíritus y á los corazones: ambos digo, como apóstoles intrépidos, se levantaron contra los escándalos hasta hacerlos cesar, y contra los abusos hasta que les hicieron caer. A vista de que uno y otro confirmaban sus discursos por medio de sus ejemplos, empezó á florecer el reyno de la virtud. Dijon suministró á Bernardo los primeros imitadores de la suya: *Norberto* ganó en Orleans el primero que cooperó á su ministerio. Aquel como cultivador industrioso fertilizó todas las tierras por donde anduvo, é hizo brotar en ellas los exquisitos frutos de la gracia. Este,

como si fuera una rápida corriente, arrastró hácia sí todos los diques que se oponian á su curso impetuoso; quiero decir, los diques de la luxuria, del sacrilegio y de la impenitencia: sus felices inundaciones apenas dexaban la señal de los vicios que desarraigaba. Rheims, Milan y Pisa ofan con admiracion á Bernardo: Valencienes, Colonia y Cambray se convertian al mismo tiempo que aplaudian á *Norberto*.

Seria preciso tener su eloqüencia para representarosle en el curso de sus expediciones evangélicas. ¡Quántas conversiones testifican en el Languedoc los milagros de esta eloqüencia! Pero este pueblo, no debia poseer por mucho tiempo un apóstol, á cuya mision no daba otros límites Gelaso Segundo que los del Mundo entero.

Los mismos sucesos que se advertian en Alemania se reconocian en Francia, en Italia lo propio que en Alemania, y en Flandes lo mismo que en Italia. El anunciar la penitencia á los pecadores, convertir á los impíos, fortificar á los justos, y llevar por todas partes el consuelo, la gracia y la salvacion, es manifestar el compendio de su ministerio y de sus victorias. Yo os cito á este fin, ó Spira y Ratisbona, en donde el vicio se habia introducido como un veneno, y como si fuese un vencedor soberbio, desafiaba con audacia á todos los esfuerzos del zelo. Decid, si es verdad que así que *Norberto* se dexó ver, se cerró la iniquidad dentro del abismo. Es innegable de que un solo apóstol mu-
da

da la fisonomía de las costumbres de infinitos parages. En todos los que se halló nuestro Santo, ganó á las mas rebeldes voluntades con la misma facilidad que los conquistadores ganan y obligan á las ciudades mas susceptibles de defensa. *Consumetur nequitia peccatorum.*

Hasta en medio de las campañas llevaba la voz de la verdad y de la vida. Por la industria de su zelo formaba unos hombres que estaban contentos en ellas con su estado, se juzgaban felices en medio de su miseria, y se les veía exceder á su educacion con sus sentimientos.

Si los pueblos dóciles se rendian sin dificultad á sus insinuativas y penetrantes exhortaciones, tambien sus juiciosos consejos arreglaban hasta la conducta de los mismos obispos. Si vosotros sois, príncipes de la Iglesia, vosotros sois los que supisteis de él lo importante y peligroso de vuestro ministerio, y la extension y austeridad de vuestros debéres. El hombre de la misericordia se debe prestar á todos aquellos á quienes ella encierra dentro de su seno.

Nunca pareció mejor ministro que quando estuvo en el pais de Lieja. Allí, hermanos míos, armado *Norberto* con el cuchillo de su voz, y como si fuese un angel de paz entre los horrores de una guerra civil, se abrió un paso libre contra los obstáculos que le oponian el hierro y el fuego; y contra los inconvenientes de un arroyo de sangre, que parecia aumentarse á cada paso, corria para atemo-

morizar al pueblo, interceder con el magistrado, interesarse con los potentados, y arrancar á aquella desafortada turba las tristes victimas que iba á sacrificar inhumanamente el partido vencedor. Esto verdaderamente era ser otro David que hacia que se volviesen á su amistad y union los hombres mas crueles, que únicamente conocen la dulzura y la suavidad para turbarla y burlarse de ella. *Cum his qui oderunt pacem, eram pacificus (1).*

Mas ¿en qué nuevo lugar se me presenta á mi vista? Con la luz del Evangelio en la mano, se dexó ver en aquella famosa escuela, que baxo los auspicios del sabio y piadoso Anselmo dió en el duodécimo siglo á la Iglesia de Francia los Albericos, los Metelos, y los Guillemos de Champeaux. Del mismo modo se producía *Norberto* en aquella floreciente escuela que lo habia hecho en otro tiempo San Pablo en el Areópago. Entónces se hallaba dirigida por medio del cuidado de Raouldo, cuyos universales talentos hacian volar su reputacion hasta los parages mas escondidos, y cuyos exemplos y documentos honraban igualmente á las ciencias que á las costumbres. Era tan útil al estado como precioso á la Iglesia; y de un gran zelo para transmitir á sus discípulos la variedad de sus conocimientos, la pureza de su fé, y la celebridad de su gloria. A vista de esto ¿me atreveré yo á decir que hablaba *Norberto* en aquella escuela con una erudicion tan superior que encantaba, admi-

(1) Psalm. 119. 7.

raba, y persuadia? Pues sí señores: por sus sucesos se juzgará de su eloquencia. Solo bastó uno de sus discursos para atraerle aquella porcion de discipulos que sometiéndose á él, y siguiendo sus pisadas, corrieron con precipitacion para sepultarse en el retiro de Premonstratenses:: O Premonstratenses dichosos! Hasta aquí es hasta donde llega el Apostolado de vuestro Fundador, y desde cuyo feliz momento empieza su legislacion. Como apóstol aseguró á la Iglesia de los escándalos del mundo: como legislador la asegurará y afirmará con los cimientos de una inmortal virtud. En él se ve que aun es mas que el instrumento de la misericordia: es tambien su defensor. *Misit Deus misericordiam.*

Por mas poderosa que sea la gracia que encamina al retiro á los hombres vencedores del mundo, no siempre sale por garante de su constante fidelidad: ni siempre goza la virtud de dias fervorosos.

En la ciudad de Laon vivian algunos hombres que, aunque al parecer lo pretendian, no observaban una regla decente ni regular. No tenian respeto á sus mismas atenciones; estaban poseidos de la inaccion y holgazaneria; eran libres en sus costumbres, y sospechosos á la Religion. La Iglesia desaprueba justamente á los ministros que estando destinados para engrandecer su gloria la convierten en oprobio. El ilustre Bartelemi, como pontífice zeloso, habia procurado volver al fervor de su institucion á aquellos hombres que eran la desolacion del santuario. Mas por desgracia, apar-

apartados todos del verdadero camino, no habian correspondido á sus santas miras, sino con una detestable rebelion. Sin embargo, aun tenia el cielo para con ellos formados algunos designios de misericordia. Señaló á *Norberto* para que fuese el ministro que se dedicase á consumir tan grande obra::

Pero por desgracia, no le esperaban en el penoso ministerio de que se habia encargado, sino muchas contradicciones y pocos sucesos. Para asegurar estos, empleó quanta sabiduria presta la instruccion, y quanta persuasion suministra el buen exemplo. Pero con unos hombres consagrados por su estado á la piedad, é infieles á él mismo por sus costumbres ¿qué podrán hacer la persuasion y la virtud? Reconcentrado el escándalo en el santuario, se hace igualmente inaccesible á la reflexion que al arrepentimiento. Huye nuevo Loth, huye de esa indecente y horrorosa region. *Egredimini de loco isto* (1).

La misericordia te tiene reservados otros trabajos mas dignos de tí y de ella. No dexará de recompensarte la resistencia con que te se opone un pueblo que rehusa su felicidad. Sí: en los eternos decretos está escrito, que esos hombres que al presente son tus enemigos llegarán á ser tus discipulos, y darán un nuevo brillo á tu Orden.

En el tiempo en que ésta se estableció en la Iglesia, oyentes míos, es en el que debo haceros parar vuestra consideracion, como que
fué

(1) Genes. 19. 14.

fué uno de sus mayores recursos. El valle de Cuci es uno de aquellos parages de quien por su ingratitude y aspereza parece que la naturaleza se desentiende. Allí, pues, se despeñan desde lo alto de las montañas muchos torrentes de agua, que perjudican mas que favorecen. Es un lugar enfermo, y un horroroso retiro en donde todo presenta á la vista un establecimiento ruinoso y melancólico. Una mar alborotada, que se estrella contra los montes y las rocas mas elevadas, es su mejor vecindad. El Sol mismo no consigue de que este sitio le permita penetrarle con sus clarísimos rayos: A la vista del Premonstratense, y estando *Norberto* en un dulce éxtasis, le parecia oír una voz del cielo á la que él respondia dentro de sí mismo: este es el lugar de mi reposo, y la puerta de mi salvacion. *Hic requies mea* (1). Aquí juntaré yo servidores fieles que publiquen las misericordias del Señor. Del mismo modo que lo dixo lo executó.

Sus exemplos eran desde luego para sus discipulos la única regla de su conducta. Solamente la caridad era el vínculo y union de su sociedad, y el móvil de su gobierno. Ya eran apóstoles, quando aun ninguna ley les obligaba á serlo: Pero ¡ah! Mientras pensaba *Norberto* trazar el plan de una vida regular y uniforme, embidoso de ello el infierno, se esforzaba quanto podia para trastornar la obra de Dios, tanto por medio de las tentaciones mas vivas, quanto por las mas terribles perse-

(1) Psalm. 131. v. 14.

cuciones, puestas siempre con las armas en la mano, demasiado seguras para triunfar de la flaqueza humana, sino las hubiera opuesto nuestro Héroe la vigilancia á la astucia, la gracia á la fragilidad, y el cielo al infierno. Pero ¿á qué ocupaciones religiosas destinará á sus discipulos? ¿Tomará á Benito por su modelo? ¿Hará de ellos unos hombres solitarios? ¿Formará unos ministros Evangélicos que reproduzcan el zelo de los Pablos y de los Crisóstomos? No hermanos míos, lo que sabrá hacer *Norberto* será reunir esta excesiva y duplicada especie de vocacion. Consagrados á la predicacion, observarán sus discipulos la regla de San Agustin, y seguirán á este doctor de la gracia en los combates que tengan á favor de la Iglesia. Tendrán el espíritu de Cluny y del Cister, y unirán ademas á este espíritu de retiro las funciones y ejercicios de la vida canónica: trabajarán en su propia santificacion y en la de las almas: imitarán el silencio, la oracion, las austeridades, y el cántico del oficio que distingue al primer estado; y tomarán del segundo los trabajos del sagrado ministerio, la dispensacion de la divina palabra, el estudio de las sagradas Escrituras y de la teología, y el zelo por la conversion de los hereges, de los idólatras y de los incrédulos. A vista de esta mezcla de santos y útiles ejercicios, se atraerán las atenciones del Mundo, los beneficios de los príncipes, los elogios de los sabios, y los dictámenes y modo de sentir de la Iglesia. Como religiosos, escritores, controversistas, pastores y pontífices, di-

rigirán á los justos, reprehenderán á los pecadores, gobernarán á la Iglesia, santificarán la tierra, y poblarán el cielo:: ¡Excelente proyecto! Con tanta sabiduría está discurrido por lo que hace á la misericordia, como por lo que toca á las necesidades de la Religión.

Otros muchos se valdrian para ensalzar la gloria de *Norberto* de los rápidos progresos que ha hecho su Orden. Harian que todo el mundo se interesase al oír la relacion de las muchas fundaciones que habia hecho en Francia, en Flandes, la Lorena, Alemania, Polonia y España. Nombrarian los hombres célebres que, baxo sus auspicios, vemos haber dado á cada fundacion una nueva brillantez que aun se excede á la de ellos mismos. Colocarian en *Beurepaire* á un *Luca*, orador eloquente y escritor edificativo. En *Santa María de los Montes*, á un *Ricardo*, prodigio de obediencia y de sabiduría. En *Steinfeld*, un escritor que fué el apóstol de Polonia, y el vencedor de la heregía de los *Enriques*. Harian considerar á un *Hevermodo* sobre el trono episcopal de *Ratzburgo*, á un *Gautiero* sobre el de *Laon*, á un *Milon* sobre el de *Teouane*, á un *Godescalco* sobre el de *Arras*, á un *Enrique* sobre el de *Olmutz*, y aun *Adelberto* sobre el de *Santzburgo*. Contarian entre los santos *Premonstratenses*, á quienes la Iglesia da culto público, á un *Peckano*, á un *Lacopo*, á un *Siardo*, á un *Godofredo*, á un *Federico*, á un *Ludolfo*, á un *Isfrido*, y á un *Gilberto*. Aplaudirian el espíritu de *Norberto* re-

resucitado en una reforma, de la que fué *Laiuels* su autor y modelo, *Longpré* su propagador y organizacion, y *Goseto* su alma y su gloria, y, en una palabra, admirarian un segundo *Norberto* en el zeloso *Lucas*, á quien se le puede llamar el restaurador y el padre de todo el Orden::

Todo esto no es mas que una parte de las maravillas que caracterizan el instituto de nuestro Santo. Baxo sus leyes, se distinguieron é hicieron famosas muchas personas del bello sexô. Desde luego ocuparon entre ellas un lugar preeminente las condesas de *Clastres*, de *Rusi*, y de *Brena*; en seguida la *Vizcondesa de Amiens*, la *Condesa de Cleves*, y la *Duquesa de Pomerania*, que todas seguian sus grandes exemplos. A estas mugeres tan maravillosas, debemos añadir la bienaventurada *Oda*, prodigio tan singular por el heroísmo de su sacrificio, como por las virtudes con que le corona. A vista del mismo *San Norberto* se extendió con suma rapidéz esta nueva rama de su Orden, reynando y perpetuándose en ella por todas partes su espíritu y su exemplo. *In animas sanctas se transfert* (1).

Este seria el lugar proporcionado para dar á conocer el espíritu de nuestro Héroe en su gobierno, en sus máximas y en sus sacrificios. En su gobierno se vió que mostraba el espíritu de un sabio, el alma de un héroe, y la penitencia de un mártir: era un verdadero padre, porque su vigilancia lo preveía todo: un maestro porque todo lo remediaba su fir-

Tom. II.

X

me-

(1) Sap. 7. v. 27.

meza. El único que poseía todos los talentos necesarios para conducir y encaminar á todos los espíritus. Los sabia llevar por medio de la persuasión al cumplimiento de sus obligaciones y debéres, y con su exemplo aun mucho mas allá.

¿Y que me sucederia si yo intentara añadir á la pintura de su gobierno el compendio de sus maravillas? La Iglesia no posee ya las obras de *Norberto*. El furor de los Luteranos la ha causado la pérdida de este tesoro. Pero tambien es cierto hay el consuelo de que en defecto de sus obras nos haya conservado el tiempo sus máximas. Estas procuró siempre infundirlas á sus discípulos, los cuales se formaron de ellas la regla de su conducta aun en el tiempo en que vivia su maestro. Así, pues, en medio de que no existe ya, no dexan de consultarle, haciéndole el asunto de sus reflexiones, y la ley de su disciplina. Apoyada constantemente su Orden en ellas, se mantendrá sin duda, como la Iglesia, hasta la consumacion de los siglos.

¿Quien hubiera creido que habian de haber experimentado sus obras el menosprecio y ultraje de aquellos tiempos, siendo así que se le habia visto sacrificar en ellos las esperanzas mas lisonjeras que podia concebir su nueva Orden? Digo esto por el Conde de Champaña. La piedad, el valor, y la beneficencia concurrían en este príncipe como á porfia, y le hacían el ídolo de sus vasallos, la admiracion de los extrangeros y la gloria de su siglo. Tenia por su amigo á San Bernardo, y quiso que *San Norberto* fuese su guia,

y

y su padre. No, príncipe, nada menos que eso: tú no atiendes sino á tu fervor, el qual es mas vivo que reflexionado, y mas piadoso que iluminado. No haya miedo que le disimule *Norberto* esta falta. Hablará la verdad á pesar de los intereses que se lo impidan. Tú, te dirá, eres mas necesario al Estado que á mi Orden: servirás mas bien á la Religion en el mundo que en el retiro: mejor necesita la Iglesia de tus exemplos que de tus sacrificios: vivirás entre las grandezas y sacrificarás el uso que hagas de ellas: serás, aun que no un humilde religioso, un respetable soberano. La esposa que te toque, será digna de tí y hará tu felicidad: la posteridad que tengas será muy parecida á tí y engrandecerá tu gloria: tales son acerca de tí los designios de la Providencia, que debes cumplir: deseo tu resolucíon al paso que rehuso tus ofertas: sed en buen hora el protector de los Premonstratenses; pero no pienses en que has de ser su discípulo :: los santos jamás favorecen proyectos, por mas útiles y edificativos que sean, quando creen que se oponen á las intenciones de Dios.

Norberto, pues, ha desempeñado, segun habeis visto, su destino. Como Ministro de la misericordia, ha cambiado los temores de la Iglesia en esperanzas, y esperanzas que fueron el principio de su prodigiosa conversion: por el suceso de sus predicaciones, consiguió que fuesen sólidas y permanentes para el establecimiento de su orden. Como pobre, fué instrumento y defensor de la misericordia. He aquí su primer carácter. *Misit Deus misericordiam.*

X 2

diam.

diam. Ahora solo me resta presentárosle como apóstol de la verdad, que muda en triunfos los peligros de la Iglesia. *Misit veritatem.*

SEGUNDA PARTE.

El mudar en triunfos los peligros de la Iglesia, es propio de un ministerio glorioso, aunque difícil. A ninguno pertenece desempeñar esta penosa carrera con tanto zelo como suceso, como á aquellos á quienes la verdad tiene encargados sus intereses. Esto es lo que justamente sucedió á *Norberto*, pues desempeñó con tanto zelo como suceso un encargo tan delicado. El es el Apóstol de la verdad, porque es su intérprete, su oráculo y su conservador. Como intérprete hablaba á los grandes de la tierra con el lenguaje de la verdad; y sacaba triunfante á la Iglesia de los peligros que la hacian temer la adulacion y la política del mundo. Como oráculo de la verdad mantenía los derechos de una vasta y dilatada Diócesis, y sacaba triunfante á la Iglesia de los peligros con que la amenazaban la independencía y la rebelion. Y, en fin, como conservador de la verdad, reparaba en toda la christiandad sus pérdidas, y sacaba triunfante á la Iglesia de los peligros á que la exponian el cisma y la heregía. *Misit veritatem.*

Rara vez permite la política que se acerque al trono la verdad. Esta es una luz importuna que turbaría el reposo que los grandes de la tierra gozasen en el seno de la illusion. De esta proceden aquellas oficiosas simu-

mulaciones de que se vale la adulacion para paliar delante de los príncipes la injusticia de sus pretensiones, el deshonor de sus extravíos, y la iniquidad de sus usurpaciones.

¡Dichoso *Norberto* que ignoraba siempre tan detestables intrigas y maquinaciones! Yo estoy cierto, ó Héroe bienaventurado, de que siempre advertirás su peligro. Entre los rodeos de la adulacion y las astucias de la política, siempre resplandecerá el amor á la verdad como virtud propia en tí. En su ciencia consistirán tus talentos, y en su predicacion tu apostolado. No hay que dudar, pues, que en su boca es susceptible la verdad de quantas formas la hacia tomar San Agustin. Siempre brillaba en ella. *Lucet.* Siempre agradaba. *Placet.* Siempre movia. *Movet.*

Yo le considero desde luego del mismo modo que en el vigor de su edad le admiraba la corte de Enrique V. Aquel príncipe joven, impetuoso, ardiente, zeloso de su autoridad, terrible en sus venganzas y enemigo de los soberanos Pontífices, ocupaba el trono de los césares al mismo tiempo que Pasqual II. gobernaba la cátedra de San Pedro. Este Pontífice, pues, demasiado conocido por el zelo animoso con que habia sostenido contra el emperador Enrique IV. una causa que le pareció ser verdaderamente de la Iglesia, aun se hizo mucho mas riguroso por el encadenamiento de desgracias de que fué victima por los resentimientos de Enrique V.

El genio tan afable y el carácter tan precioso de *Norberto* le atraxeron la confianza y amistad del Emperador. Con este motivo le

comunicó Enrique sus ideas, sus dudas y sus proyectos. A él fué á quien hizo el depositario de sus secretos, el alma de sus consejos y el vasallo privilegiado sobre quien recaían todas sus gracias. Pero ¡ó ídolos del favor! Vosotros sois en las cortes los objetos de la envidia. No creais que nuestro Santo encuentre en ellas envidioso alguno: solo halla admiradores. El uso que hace de su crédito honra la eleccion del príncipe del mismo modo que la justicia. En efecto, no se valía de este crédito, sino para inspirar al mas altivo de los soberanos ideas de conciliacion, sentimientos de paz, amor á la Iglesia y respeto á sus ministros.

¡Con quanta sabiduría confundió en la dieta de Ratisbona, como juicioso y moderado intercesor entre el império y el sacerdocio, á la tenebrosa política, cuyas sórdidas y mañosas intrigas no llevaban otro objeto que el de sembrar la cizafia y la discordia entre las dos potestades! Lo mismo fué advertir que se despreciaban las proposiciones de paz, y se declaraba la guerra, que descubriese la verdad en sus labios con aquella noble libertad que, sin faltar al respeto de los soberanos, da lugar á que se les reprehenda. ¿Quantas veces aconsejó á Enrique á que como en una balanza igual pesase las pretensiones del Emperador y las del Papa? A su costa misma señalará *Norberto* el amor á la verdad que le domina. Norbróle el Emperador para el Arzobispado de Cambray, cuya plaza era otro tanto mas lisonjera para él, quanto en aquel tiempo reynaba aun mucha am-

ambicion en su pecho. Pero no señor: conocia muy bien la limitada extension del poder de su señor; y por lo mismo no le permitía el interes ser traidor á su conciencia y á la verdad. A un mismo tiempo supo condenar un abuso y rehusar una gracia: asegurando con su prudencia un amigo en el soberano Pontífice, sin dexar de serlo del Emperador.

Si quando era ambicioso y estaba aun lleno de profanidad, supo dar tanta fuerza á la verdad, ¿que respeto le merecería quando fué penitente y apóstol? Por él, sin duda alguna, brilló en la corte de Enrique V. *Luceat*. Por él se hizo agradable en la de Lotario. *Placet*. Este fué sucesor de aquel, y enteramente opuesto á sus máximas; porque Lotario era un príncipe digno de ser amigo, susceptible al reconocimiento, temible á sus contrarios, y aunque bastante feliz para vencerles, mucho mas generoso para perdonarles, y sumamente noble para colmarles de beneficios: unido á la Iglesia, protector de los soberanos Pontífices, amigo de la paz y de la justicia, restaurador de las leyes y riguroso conservador de ellas: grande por su valor, pero mucho mas por su piedad: un nuevo Constantino por su zelo, un nuevo Teodosio por su dulzura, y un nuevo Carlo Magno por sus victorias.

Por la derrota del Duque de Suabia y de Conrado, competidores de Lotario á la potestad soberana, acababa este de sujetar á Spira á su obediencia. Como un vencedor sin resentimiento, habia perdonado á esta ciudad

el castigo de su rebelion. Su corte era tan numerosa como brillante quando *Norberto* fué á honrarla con su presencia, instruirla con su predicacion, edificarla con sus exemplos, felicitarla y llevarla la paz. Oíale el príncipe y le admiraba. Consultábale sobre los asuntos mas importantes de su reyno, y sobre los puntos mas intrincados de la Religion, como si fuera á un nuevo *Chrisóstomo* que no tenia explicar á los dueños del Mundo los oráculos de la salvacion. Aquel príncipe á quien arreglaba nuestro Santo los intereses políticos, le inspiraba el amor al bien público: y la indiferencia á las pretensiones dudosas, al príncipe que le descubria los secretos de su conciencia. ¿Que sucedió quando la adulacion engañó á *Lotario* en quanto á la fidelidad de sus vasallos? Que nuestro Santo le descubrió la multitud de los que entre ellos eran pérfidos y malvados; ahorrando con las decisivas luces que comunicaba por todas partes de una desgracia al príncipe, de un crimen al pueblo y de una guerra á todo el imperio. *Lotario* ciertamente era virtuoso, pero tenia sus flaquezas. *Norberto* no se detenía en afeárselas y predicarle sobre ellas. Príncipe, le decia él, si suministras socorros á la Iglesia, por eso consigues la gloria que tienes; pero el que des buen exemplo á todo el Mundo, es esencial carácter de tu obligacion. No bien habia hablado de este modo, quando triunfó de aquel potentado. La verdad nunca ofende á un príncipe religioso. *Lotario* admiraba y honraba á un profeta y á un santo en el severo censor de sus desórdenes. No es ne-

ce-

cesario mas que un santo para atraer á la austeridad de sus obligaciones á un rey que solo ha sido traidor y ha faltado á ellas, porque nunca aprendió á conocerlas y distinguir las.

La verdad agrada algunas veces á los Dioses de la tierra, sin poder lograr el moverles. Mas quando la pronuncia *Norberto* agrada del mismo modo que mueve. *Placet, movet*. Con ella movió nuestro Santo á *Honorio Segundo*, quando hizo ver á este pontífice las necesidades de la Iglesia, y la precision que habia de proporcionarla socorros, y la de que aprobase su apostolado, confirmando su Orden y dándole facultades para extender sus discípulos por quantas partes podia esperar la Religion que se incluyesen en ella. *Movet*.

La verdad fué tambien la que movió al Conde de *Capemberg*, príncipe sumamente religioso en su palacio, héroe en las armadas, bienhechor de sus vasallos y padre de los pobres. Lo mismo fué verle *Norberto* y hablarle, que al instante consiguió la dicha de tenerle por uno de sus discípulos. ¡Quántos obstáculos se opusieron á un designio tan generoso! Tenia una esposa joven y virtuosa, y un hermano interesado y vengativo. Pero nada de esto bastó; porque todos aquellos inconvenientes se allanaban al oír el éco de la verdad, de quien nuestro Santo era el intérprete. Levantóse una imprevista tempestad, y el Conde de *Arnsbourg* se armó contra el de *Capemberg* su hierno. No creais que á vista de esta resistencia logre vencerle. Aquel á quien mueve la verdad siempre permanecerá fiel, y *Norberto* conseguirá en vista de sus

tra-

trabajos la triplicada gloria de dar á su Orden uno de sus mejores ornamentos; humillar á uno de sus mas implacables enemigos, y atraerla uno de sus mas ricos establecimientos. *Movet.*

¿Y qué inconveniente tiene la verdad para mover tambien á un héroe que se empeña en huir de ella? Conrado, Duque de Franconia, se lisongeaba de haber invadido por medio de sus victorias aquel mismo império que los Electores acababan de negarle con sus votos y consentimiento. Con el rápido curso de sus conquistas habia sujetado á muchas ciudades de Italia. Guiado de su ambicion el Arzobispo de Milan, le habia coronado por rey de Lombardia. Honorio II. fulminó contra el usurpador las excomuniones de la Iglesia. Los Arzobispos de Colonia y de Treves seguian el mismo camino que aquel Pontífice soberano. *Norberto* les imitaba tambien. ¿Qué título tenia, pues, para expedir una anatéma semejante? El de Canciller del império, primado de Germania y Arzobispo de Magdeburgo.

Dexemos en este estado, hermanos míos, al intérprete de la verdad mientras que habla siempre con ella á los grandes del Mundo. Yo debo llamar vuestra atencion ácia el oráculo de la verdad, que mediante ella mantiene los derechos y regalías de una dilatada Diócesis, y hace triunfar á la Iglesia de los peligros con que la amenazan la independéncia y la rebelion. *Misit veritatem.*

Recordaré á mi pueblo á un pastor fiel que le alimenta con la palabra de la verdad.

Con

Con él brillará la paz y reynará la justicia. Su ministerio estará lleno de bendicion y de salud. Su zelo confundirá el orgullo de los potentados, enemigos de mi gloria. *Suscitabo super eas Pastorem unum, qui paseat eas::: Et scient quia exvero eos de manu imperantium sibi* (1).

¡O christianos! Estas que acabais de oír, son las expresiones y los oráculos de Ezequiel. Pero, ¿no es verdad que he pintado yo en ellas la imágen de los combates y sucesos que coronaron en Magdeburgo el ministerio de *Norberto*? Si por razon de su ministerio Episcopal necesitaba para ejercerle una caridad activa, una prudencia reflexionada, un zelo infatigable, una dulzura insinuativa y un ánimo invencible: tambien le precisaba tener costumbres irreprehensibles. *Irreprehensibilem.* Una ciencia clara: *Doctorem.* Una reputacion sin defectos: *Testimonium bonum* (2): estas qualidades reunidas eran las que formaban el carácter de nuestro Santo. La Iglesia le deseaba ya contar entre sus Pontífices, aun ántes que tuviese la dicha de oírle nombrar.

Una conformidad general y unánime fué la que le colocó sobre la silla de Magdeburgo. El solo fué quien se opuso á semejante nombramiento. Fué como otro Jeremias que se quejaba al cielo por haberle cargado de un peso que excedia á sus fuerzas.

¡Quánto me complazco yo al contemplarle en la augusta ceremonia de su instalacion!

Pe-

(1) Ezech. c. 34. v. 23.

(2) I. Timot. 3. 2. 7.

Pero ¿qué es lo que digo? ¿Ceremonia augusta? ¡Ah! *Norberto* no conoce ese aparato ostentoso y profano que procura atraerse las atenciones del público. Ingenioso para huir de los honores que le estaban preparados, supo confundirse entre el pueblo por medio de un piadoso artificio. Ignorado, desconocido y aun expuesto á los menosprecios de aquellos que tenían el mayor interes en que se le hiciesen los honores debidos á su dignidad, no quería percibir en aquel menosprecio, de que ellos mismos se avergonzaban, sino una justicia que aplaudia. Inmediatamente se pusieron de parte de sus deseos aquellos instantes de error que sorprenden. ¡Que no pudiera gozar por mas tiempo de una ilusion que tanto agradaba á su modestia! ¡Con cuánto dolor se disculpaba arrepentido de qualquiera ofensa involuntaria! ¡Con cuánta bondad consentia un vergonzoso arrepentimiento por haberse podido engañar!::: Y á vista de esto, ¿podremos decir que no redundo todo en favor de nuestro Héroe? Anunció un Pontifice virtuoso, y de consiguiente reformador de su Diócesis.

Jamás hubo alguna que, como la de Magdeburgo, abriese un campo dilatadísimo á la reforma. Por desgracia habian dexado inculco este campo fértil los predecesores de *Norberto*, con cuyo motivo no producía mas que abrojos y espinas. Si mis expresiones fueran tan vivas, y patéticas como las de Ezequiel ¿con qué acierto pintaría el oprobio del Santuario, y excitaría vuestra indignacion contra el diluvio de males que se propuso desarraigar?

El

El debía combatir contra la presuncion, la rebelion y la supersticion, desgraciada é infame semilla de la ignorancia. El libertinaje, el error y la irreligion, son los frutos mas malos de la impunidad. Los ministros de los altares se abrian por caminos torcidos la entrada en el santuario. Profanaban sus riquezas con sus tráficos escandalosos, y trastornaban la disciplina con el desarreglo de su conducta. Entre los potentados seculares, parecia que la usurpacion de los bienes consagrados á la Iglesia habia adquirido algun titulo de prescripcion. Se apoderaban de ellos sin escrúpulo, y los disfrutaban sin remordimiento de su conciencia. Los exemplos de los grandes, y las costumbres de la clerecía autorizaban los vicios del pueblo. Este no respetaba ya á aquellos que habian dexado de edificarle. Como sus superiores no habian tenido con ellos ninguna consideracion, habian perdido el gusto de cumplir con sus obligaciones. El abandono de estas les habia encaminado á la costumbre de serlas traidores. De aquel cúmulo de iniquidades dimanaban, como de su origen, las turbulencias, desuniones, ódios, venganzas y con la decadencia del buen orden, el desaparecimiento de la fé.

¿Qué contradicciones debía esperar el zelo de *Norberto* si se determinaba á dar contra semejantes abusos? Pues no hay que hacer: él se atrevió sin embargo de esto á rebatirles. ¿De qué modo se valdrá para conseguir un feliz suceso en una empresa que ofrece tantos peligros como trabajos? Lo que hará será templar el rigor de la autoridad por medio de la

la

la persuacion de la dulzura. De este modo se insinuará y advertirá quanto tenga que decir. Mas por desgracia todos estos medios tan poderosos, con los que San Ambrosio sometió á sí en Milán y Magdeburgo á los Emperadores, eran demasiado débiles. *Norberto* no consiguió igual victoria. Formóse una tempestad, y por todas partes se dexó ver la resistencia y la rebelion. ¿Lo advertia como amigo? Pues se menospreciaban sus consejos. ¿Exhortaba como Apóstol? Pues el furor era el que respondia á sus exhortaciones. ¿Amenazaba como pastor, diciendo que se habia de valer de las censuras de la Iglesia? Pues á él mismo se le intimidaba, riéndose de sus amenazas y menospreciando sus censuras. ¿Expiende, en fin, aunque con sentimiento suyo, las excomuniones de la Iglesia? Pues su vigor apostólico advirtió desde luego el resentimiento que causaban, y aumentó las turbaciones. Todas las pasiones se armaron contra él. La calumnia le desacreditaba, y la venganza le perseguia. Un mundo entero de enemigos se coligó contra el mas tierno y afable de los prelados y pastores. ¿Y qué no se debia este temer de la baxeza de sus sentimientos? El que no sabe respetar á la Religion, tampoco se sabe respetar á sí mismo. El oráculo de la verdad llegó á ser la víctima de una guerra formada por las pasiones, sostenidas por el odio y terminada por un atentado.

En efecto, la ira meditó un iniquo proyecto. La audacia se ofreció á ponerle en execucion. Y una mano venal y traidora se encargó del criminalísimo hecho de acabar por medio

dio de la muerte de *Norberto* con los saludables efectos de su zelo. A aquel monstruo fué confiado el acero que habia preparado una secreta conjuracion. Adelantóse para descargar el fatal golpe. Mas no, rebañó ingrato, no creas conseguir por ese medio tus pérfidos designios. Aunque á pesar tuyo le conservará el cielo.

¿Qué hará, pues, aquella impotente rabia despues que, por fortuna, se vió chasqueada en sus esperanzas? Encenderá el fuego de una sedicion popular. Quanto sufrió San Pablo en Listra y en Icona lo sufrirá *Norberto* en Magdeburgo, aunque sin acabar con su paciencia. Yo, decia él, siempre me entregaré gustoso al sacrificio por la salvacion de vuestras almas. *Libentissimè impendam, et superinpendar ipse pro animabus vestris* (1). A quantos esfuerzos hagais, opondré la misma constancia. Os amaré otro tanto mas, quanto ménos me améis vosotros. *Licet plus diligens vos, minus diligar.*

¿Cómo era posible que mantuviese aquella venda fatal que cubria los ojos de su pueblo? ¡O pueblo injusto! Tú conocerás á *Norberto* quando ya no puedas gozar de su presencia. Desaparecerá á tu vista para atraerla mas bien sobre sí. Vuestros extrañados corazones se mudarán, y le seguirán en su voluntario destierro. Desde luego empezareis á percibir lo que falta á vuestra felicidad. Con el temor de perderle conoceréis lo utilísimo que os es el conservarle. Descubriréis todo el valor

(1) II. Cor. 12. v. 15.

lor de su zelo á proporcion de como vayais dexando de recoger sus útiles y excelentes frutos. Vuestros corazones le llamarán. Vuestras instancias le volverán á atraer; y el afortunado día de su regreso, será entre vosotros un día memorable en el que vuestros anales fixarán la data de vuestra conversion.

En efecto, muéstrase *Norberto* á su clerecía, á la nobleza y á su pueblo; y desde luego empieza éste á quererle, la nobleza á respetarle, y á imitarle su clerecía. El amor sucedió al ódio, el desinterés á la codicia, la edificacion al escándalo, la paz á la turbacion, la verdad al error y la penitencia á la iniquidad. Todo se mudó: parecia un pueblo diferente. Quantas costumbres se veian eran nuevas, y Magdeburgo ofreció á la Iglesia edificada y sorprendida la imágen de un nuevo Christianismo:: Al llegar aquí, me parece que os oigo decir, hermanos míos, que se acabó ya el elogio de nuestro Santo. Pero os engañáis: aun no he tocado el asunto mas brillante entre todos los de su panegirico. El oráculo de la verdad es el que le conserva. Por toda la christiandad reparó las pérdidas de esta excelente qualidad, é hizo triunfar á la Iglesia de los peligros á que la exponian la heregía y el cisma. *Misit veritatem.*

Es conveniente, como dice San Pablo, que haya heregias: *Oportet hæreses esse* (1). Ellas nacieron, por decirlo así, con la Iglesia misma. Sus primeros sucesos la dieron sus primeros enemigos. Nunca hubo siglo mas fe-

(1) I. Cor. II. 19.

cundo en heregias que aquel en que vivió nuestro Héroe; pero no estuvo sujeto para combatir las todas. La voz pública me desmentiría si yo le declarara antagonista del sutil Abelardo en el Concilio de Soissons: si le hiciera aparecer entre los padres que en el de Rheims condenaron la erronea doctrina de Gilberto de la Porea. Bien sé que no fué mas indulgente Abelardo en sus fogosas declamaciones con *S. Norberto* que con S. Bernardo. Sé tambien, que los milagros del Arzobispo de Magdeburgo no se le ocultaban, y que los del Abad de Clarabal merecian igual aprecio á las irrisiones y burlas de aquel genio filosófico. Pero si en San Bernardo atacaba á su enemigo y vencedor, en *San Norberto* intentaba degradar el ministro de la Iglesia, el vencedor de la fé, y el destructor del Tanquelismo.

Este nombre llevará sin sentir vuestra imaginacion al Brabante. La ciudad de Anvers presenta desde luego á vuestras reflexiones el campo de batalla en que nuestro Santo se dexó ver cargado de los depojos de una heregía tan monstruosa como funesta. Mas de medio siglo hacia que era la ciudad de Anvers la fortaleza en donde se atrincheraba una secta que, triunfando sobre el mismo sepulcro de su autor, turbaba la fé y amenazaba á la Iglesia. Tanquelino habia asolado con sus dogmas, igualmente que con sus armas, la Alemania y Flandes. Una eloqüencia natural suplía en él el mérito que le faltaba por el lado de la erudicion, y se creia poseer todos los talentos segun la apariencia que tenia. Era habil para sorprender la credulidad de los

pueblos, y diestro para lisonjear los vicios, nada menos que con una reputacion de un santo. La hipocresía es siempre el velo con que se encubre el error. Pero ¡ó cielos! ¿Me atreveré yo á describir los errores de que fueron testigos los desgraciados países á quienes habia seducido aquel desenfrenado apóstol de la mentira y del engaño? Para él se habia envilecido la dignidad del Sacerdocio: combatió y contradijo la realidad del Cuerpo de Jesu-Christo en la Eucaristía, y al oír la virtud de los Sacramentos, tomaba su origen de la santidad de sus ministros. Tanquelino tuvo el ingenio y la depravacion de todos los heresiarcas.

Era de un ingenio orgulloso y enredador: diestro para la seduccion; de impostura y de calumnia, de supersticion y de fanatismo, lleno de audacia y propenso á la rebelion, y, en una palabra, capaz de todas las impiedades, y favorable por lo mismo á todos los vicios. Por delante de él habian ido siempre el blasfemo y el sacrilego, de cuya especie tenian varios discipulos. Puesta una sociedad de hombres infames baxo los auspicios de un gefe ó cabeza tan digno de ellos, y tan igual en su modo de pensar, se alababa de renovar los exemplos y el ministerio de los apóstoles. Por toda la costa marítima de Zelandia y de Flandes insultaban al zelo de los príncipes católicos con su autoridad y sus leyes. Los pueblos estaban sin fé, los templos sin pastores, los altares sin sacrificio, los ministros sin autoridad, la justicia sin fuerza, la religion sin poder y Dios sin adoradores.

Una

Una clerecía solamente compuesta de hombres sabios y virtuosos, era quien consolaba á Anvers de los progresos de la heregía. Estos piadosos y eruditos hombres imploraron el socorro de *Norberto*, y le llamaron á la defensa de la verdad. Todo se lo prometian ellos de su talento, virtud y reputacion. Mas ¿si acaso se engañarán en su esperanza? No por cierto: *Norberto* aun pasará de sus limites. A los primeros ecos de su lastimosa voz, se atraxo á la soledad á sus discipulos, imponiéndoles la esencial obligacion que pedia su Orden, y dexando en ella á Hugo, como á un otro sí mismo para que le substituyese. Así, pues, acudió donde la necesidad lo pedia, y salió victorioso en quantas cosas emprendió. Todo quanto podia su zelo, su prudencia, su firmeza y su dulzura lo empleaba para rebatir á los fogosos discipulos de Tanquelino. ¡Con que noble empeño instruía á la ignorancia, combatia á la mentira, y confundia á la apostasia! Jamás usó de aquel bárbaro é insultador language, que mas bien es capaz de exáspere los ánimos, que de vencerlos. Sabia manifestar con suma bondad la vergüenza que le causaba el ser delinquente. De su boca salia un dulce torrente de persuasion. Una inesperada mudanza confirmó la eficacia de su voz. El monstruo del error no podia hacer ya otra cosa que gemir, cuyas miserables señales presagiaban su destruccion. Logróse, en fin, el que las costumbres se reformatasen, se respetase á la clerecía, recobrasen los templos su antiguo esplendor, se defendiese la fé del misterio de la sagrada Eu-

Y 2

ca-

caristia, y volviese la Religion á tomar posesion de sus derechos: de modo, que así como se vió abatido al Arrianismo por causa de los vencedores esfuerzos del grande Atanasio, así tambien á la fuerza de los golpes de *Norberto*, cayeron y se vieron abatidos los discípulos de Tanquelino. Estos no parecian ya otra cosa, que unos cadáveres corrompidos, cuyo aspecto solamente inspiraba el horror á todo el mundo.

Así como la heregia de Tanquelino habia hecho tantas conquistas en Flandes: así tambien el cisma de Pedro de Leon las habia hecho por todo el catolicismo.

Este hombre perverso se habia adquirido grande reputacion y muchos amigos á la sombra de una humildad fingida, y de algunas negociaciones sabiamente dirigidas. Habiendo llegado á obtener las primeras dignidades de la Iglesia con una rapidez que asombró á todo el Universo, llegó á creer de sí mismo, que era digno de la tiara, á cuyo pensamiento condescendió. Soberbio ribal de Inocencio II., aunque legítimamente elegido y llevado por los habitantes de Roma, de quienes era el ídolo, esperaba muy de seguro obligar á todos los potentados católicos á que le proclamasen por Vicario de Jesu-Christo en la tierra. Baxo el nombre de Anacleto, reynaba y mandaba como maestro, pero sin derechos justos y legítimos, al paso que Inocencio, aunque los tenia muy sagrados, estaba olvidado y oprimido. Triunfaba la serpiente y gemia la paloma: no determinándose casi la vacilante Iglesia á decidir entre el Pontifice

y

y sucesor legítimo de los Apóstoles, y el que no lo era mas que como mercenario é intruso, sin avergonzarse de usurparla su autoridad. Pero si este último tenia de su parte la preocupacion, la política y el enredo, tambien declaraban contra él el legítimo derecho y la justicia Bernardo y *Norberto* ::: Yo bien sé, que para sorprehender á la religion de este último, y dar á su vista un buen colorido al atentado de una usurpacion, procurará el seductor Antipapa echar por todas las sendas que le sugiera un ingenio tan fértil como el suyo en medios y recursos. Menudeará sus cartas de empeño, valiéndose de todos los artificiosos rodeos que pueda, de las promesas lisonjeras, y, en fin, de quanto interese á una causa sospechosa y verdaderamente iniqua, y á una alma ambiciosa ::: ¡Ah! Mal conoce al equitativo Prelado, á quien espera confiar el suceso de una empresa odiosa y aborrecible. *Norberto* despreció las brillantes ofertas que pródigamente le hacian el interés y la injusticia. Entregado enteramente á la Iglesia y á la verdad, solo respeta sus derechos: estos son los que únicamente se empeña en sostener. Enemigo declarado de un hombre que intenta hallarle cómplice de sus iniquidades, lo mismo fué reclamar contra él la autoridad de Lotario que conseguirlo. Lo propio fué instar á todos los potentados del imperio á que obedeciesen á Inocencio, que someterles al gobierno de este príncipe. Por él se consiguió que toda la Alemania se uniformase, digámoslo así, en los sentimientos que se proponian. Tan pronto como se le vió ir al

Con-

Concilio de Rheims, se le observó la fuerza con que defendió á la verdad y á su Pontífice. Allí fué donde las dos mas brillantes antorchas de la Iglesia, Bernardo y *Norberto*, se convinieron en poner la tyara sobre la cabeza mas digna de llevarla. Mientras que Bernardo acabó de persuadir á la Francia en el Concilio de Estampes, procuró hacer lo mismo nuestro Santo en la corte del Emperador. Llevará á aquel principe hasta Roma en donde al esfuerzo de sus victoriosas armas caerá el partido del falso Pontífice, y se aniquilarán sus furoros.

Cubierto de gloria, y como pacificador de las turbaciones, intérprete, oráculo, conservador de la verdad y cargado de los trofeos de la fé, reparaba los desórdenes que habia en Magdeburgo. Pero otros varios y nuevos sucesos coronaron en aquella ciudad su ministerio. Por desgracia no le veía ni poseía su pueblo con tan indecible gusto, sino para llorarle y perderle dentro de pocos dias. En efecto, agobiado de trabajos, lleno de méritos, respetado de sus enemigos, querido de sus discípulos, y útil aun á su rebaño murió *Norberto* ::: Murió, en fin, y sus preciosas reliquias llegaron á ser el asunto de una contestacion á quien yo llamaria edificativa si la caridad la hubiera sabido prescribir límites. Murió, y desde entónces acuden los reyes á su sepulcro con viva fé, inmortalizando los soberanos Pontífices su nombre, publicando los Obispos sus alabanzas y honrando su memoria la universal Iglesia. Murió, es verdad; pero el Brabante y la Bohemia le colocan al

lado de sus protectores. Murió, digo, pero la Iglesia se aprovecha de sus lecciones y exemplos desde entónces. Murió, mas á vista de los pueblos que reclaman su poderosa intercesion, cesan los contagios, se disipan las enfermedades y aun hasta la muerte cede sus victimas. Murió, y desfigurada su Diócesis con el Luteranismo, conserva por él desde entónces un respeto y un reconocimiento, que no ha podido ni podrá acabar la sucesion de los siglos. Aun cuenta *S. Norberto* en Magdeburgo algunos discípulos que, á pesar de sus errores, se llaman sus hijos, siguen sus leyes, se alaban de hacer revivir continuamente su espíritu, y perpetuar en la Iglesia, aunque separados de ella, el ministerio de misericordia y de verdad que le confió la Providencia: *Misit Deus misericordiam suam, & veritatem suam.*

La misericordia y la verdad, hermanos míos, son para nosotros lo mismo que fueron en otro tiempo para *San Norberto*. Aquella fué á buscarle en sus extravíos; y en los nuestros nos convida y nos empeña con sus ofertas. Escuchémos su voz, sigamos sus movimientos, y pongamos con nuestra conversion el colmo á sus beneficios. La verdad nos llama á su socorro: nos muestra sus llagas y pide que reparemos sus pérdidas, quando no con las victorias de nuestro zelo, como *San Norberto*, á lo menos por medio de nuestra fidelidad. Nuestro Héroe cambió los temores de la Iglesia en esperanzas, y sus peligros en triunfos. Resentida de nuestros desórdenes la Iglesia, solo nos pide que reflexionemos, y

que por este medio nazcan los remordimientos en nuestros corazones. Teme ácia nosotros los peligros de quienes á nosotros mismos no nos da cuidado. Teme el peligro de una vida que se pasa en medio de la ilusion , y el peligro de una muerte que nos sorprehenderá en la impenitencia. Procurémos enmendarla con la pureza de las costumbres, y con una inseparable union á la fé. Si así lo executásemos, serán nuestros exemplos un triunfo para ella , y para nosotros el premio de la eterna felicidad de que goza *San Norberto* en el cielo.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.



T A B L A
DE LOS PANEGÍRICOS
que contiene este Tomo.

<i>Panegirico de San Dionisio....</i>	Pág. 3.
<i>De San Cayetano.....</i>	44.
<i>De San Francisco de Sales.....</i>	83.
<i>De San Agustin.....</i>	129.
<i>De San Nicolas de Bari.....</i>	173.
<i>De Santa Ines.....</i>	218.
<i>De San Victor.....</i>	255.
<i>De San Norberto.....</i>	301.

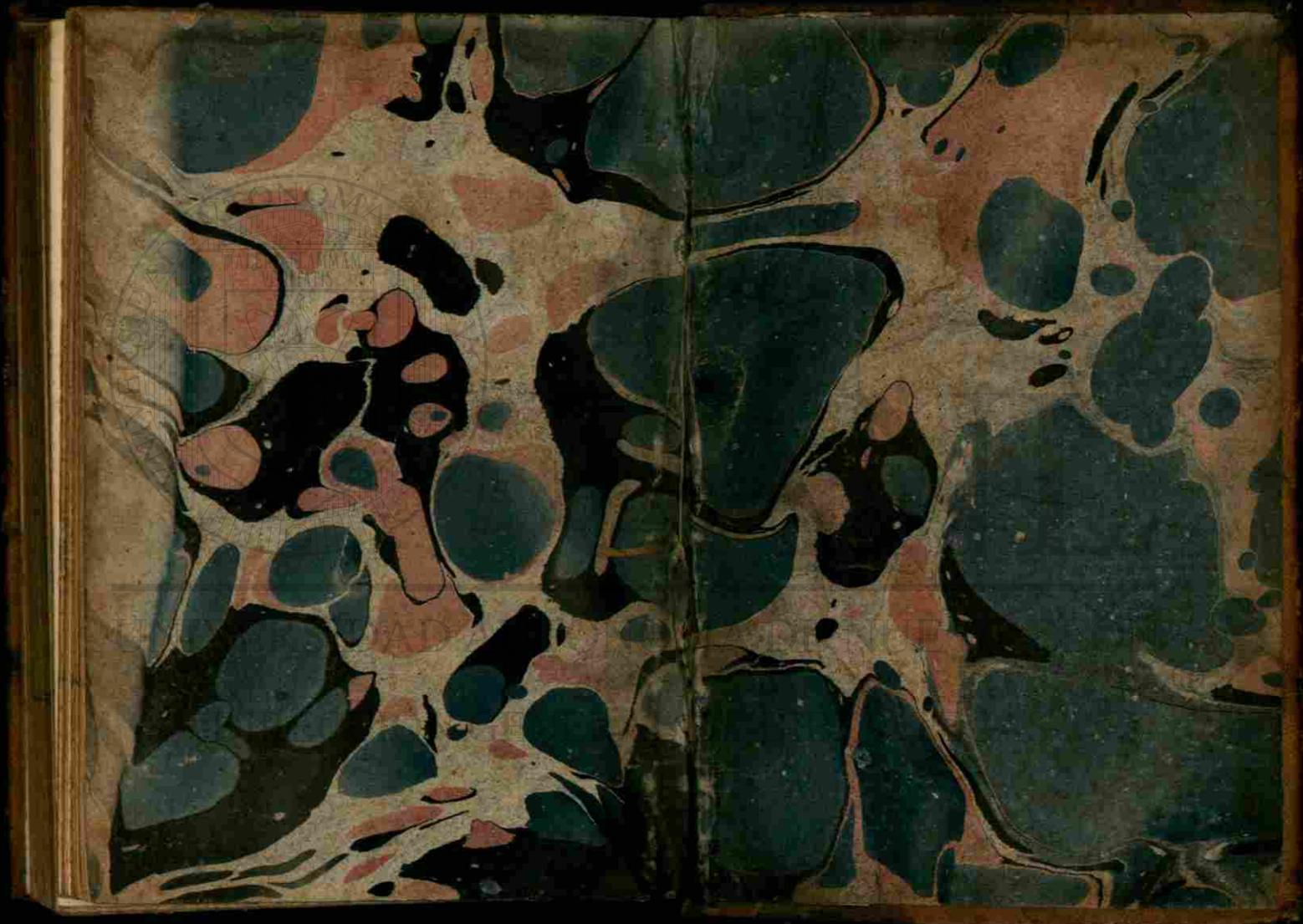
que por este medio nazcan los remordimientos en nuestros corazones. Teme ácia nosotros los peligros de quienes á nosotros mismos no nos da cuidado. Teme el peligro de una vida que se pasa en medio de la ilusion , y el peligro de una muerte que nos sorprehenderá en la impenitencia. Procurémos enmendarla con la pureza de las costumbres, y con una inseparable union á la fé. Si así lo executásemos, serán nuestros exemplos un triunfo para ella , y para nosotros el premio de la eterna felicidad de que goza *San Norberto* en el cielo.

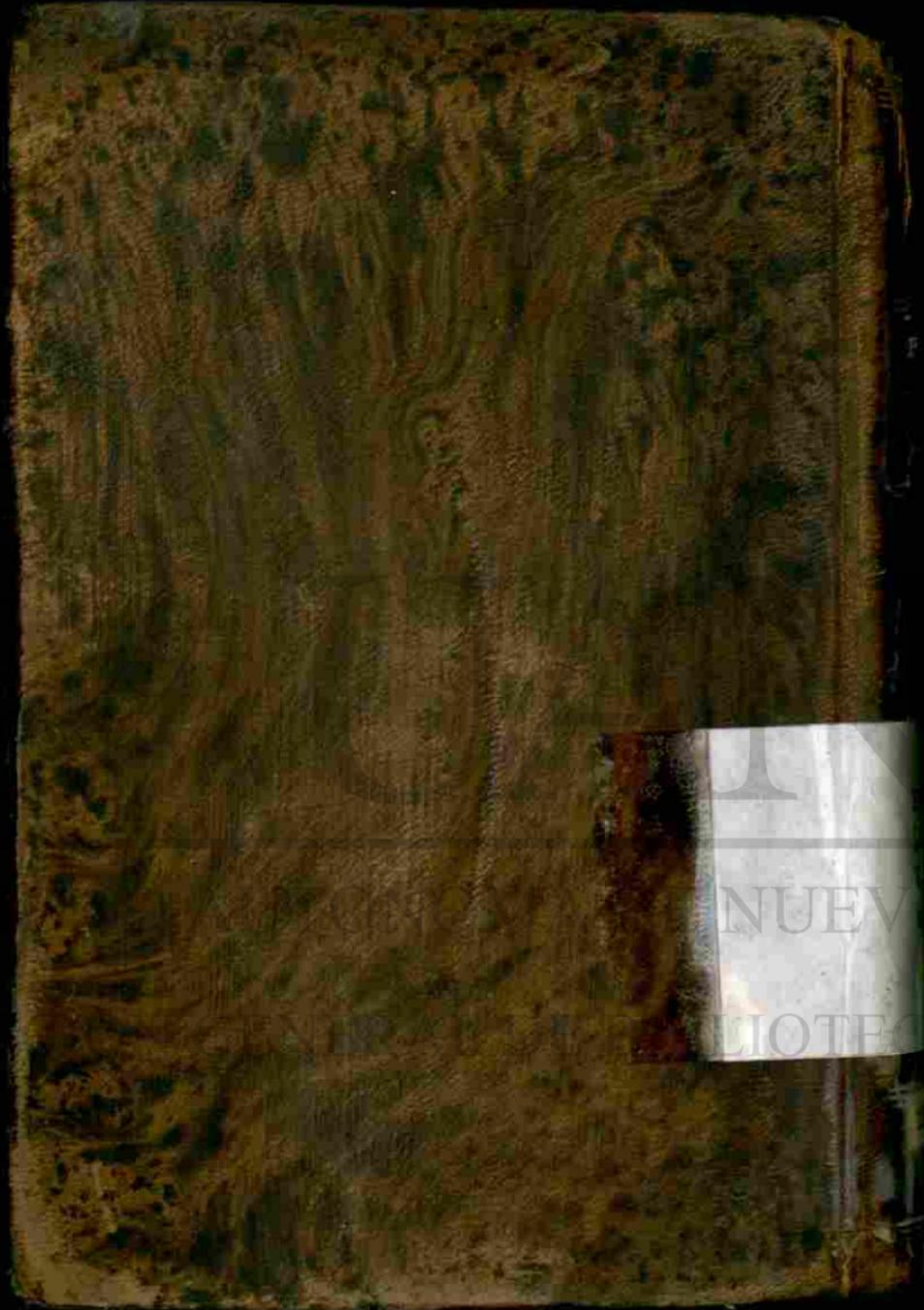
FIN DEL SEGUNDO TOMO.



T A B L A
DE LOS PANEGÍRICOS
que contiene este Tomo.

<i>Panegirico de San Dionisio....</i>	Pág. 3.
<i>De San Cayetano.....</i>	44.
<i>De San Francisco de Sales.....</i>	83.
<i>De San Agustin.....</i>	129.
<i>De San Nicolas de Bari.....</i>	173.
<i>De Santa Ines.....</i>	218.
<i>De San Victor.....</i>	255.
<i>De San Norberto.....</i>	301.






NUEV
BIOTE